

DORIS
LESSING

INSTRUCCIONES PARA UN
DESCENSO AL INFIERNO



Annotation

Un hombre condenado a navegar hacia el Mar de los Sargazos, recalca en una isla inhóspita poblada por seres antropomorfos. En esa isla halla el cristal de luz con el que emprende un viaje astral en el que tropieza con seres mitológicos que le conducen a un extraño juicio. Se trata de un proceso sobre su pasado como partisano en Yugoslavia... Se trata, quizás, del delirio del catedrático Charles Walkins, ingresado en un psiquiátrico...

- DORIS LESSING
 - Sinopsis
 - INSTRUCCIONES PARA UN DESCENSO AL INFIERNO
 -
 - HOSPITAL CENTRAL
 - EPÍLOGO O GUARDA
 - notes
 -
 -
-

DORIS LESSING

*Instrucciones Para Un Descenso Al
Infierno*

Traducción de Manuel Villar Rasco

Ediciones B

Sinopsis

Un hombre condenado a navegar hacia el Mar de los Sargazos, recalca en una isla inhóspita poblada por seres antropomorfos. En esa isla halla el cristal de luz con el que emprende un viaje astral en el que tropieza con seres mitológicos que le conducen a un extraño juicio. Se trata de un proceso sobre su pasado como partisano en Yugoslavia... Se trata, quizás, del delirio del catedrático

Charles Walkins, ingresado en
un psiquiátrico...

Título Original: *Briefing for a
descent into hell*

Traductor: Villar Rasco, Manuel

Autor: Doris Lessing

©2007, Ediciones B

Colección: Byblos, 965/3.

Narrativa

ISBN: 9788466600064

Generado con: QualityEbook v0.72

**INSTRUCCIONES
PARA UN
DESCENSO AL
INFIERNO**

DORIS LESSING

*Título original: Briefing for a Descent
into Hell*

Por la traducción: Manuel Villar Rasco
Traducción cedida por Editorial Seix
Barral, S.A.

1ª edición: mayo 2007

© Doria Lessing, 1971

© Ediciones B, S. A., 2007

Bailen, 84 – 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Diseño de portada: Estudio Ediciones B

Diseño de portada: JUPITERÍMAGES
Corporation

Diseño de colección: Ignacio
Ballesteros

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-0006-4

Depósito legal: B. 11.591-2007

Impreso por NOVOPRINT

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares

mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi hijo John,
amante de la mar*

*Si la insignificante gota
de lluvia abriera su corazón,
contemplaríamos en su
interior el fausto de cien
mares.*

*En cada átomo, si miras
atentamente,
verás miles de seres que
razonan.*

*Mosquitos que compiten
con elefantes.*

*Gotas minúsculas tan
vastas como la corriente del*

Nilo.

En cada grano late un millar de cosechas.

El mundo entero está en el corazón de un grano de maíz.

En el ala de un mosquito se halla el universo.

En ese punto espacial en que giran los cielos.

En ese lugar insignificante dentro del corazón

donde descansa el Amo y Señor de los mundos.

Allí dentro se vislumbran dos mundos

convergentes...

MAHMUD
SHABISTARI, sabio del siglo
XIV

Es nuestra rosaleda

... este minúsculo mundo de granos de arena es también el mundo de seres increíblemente diminutos que nadan en la membrana líquida que rodea cada grano como peces en los océanos de la esfera terrestre. Entre la fauna

y la flora del agua capilar hay animales y plantas unicelulares, motas de agua, crustáceos, insectos y larvas de gusanos infinitamente pequeños que viven, mueren, se desplazan, se alimentan, respiran y se reproducen en un mundo tan insignificante que escapa a nuestros sentidos, un mundo en que la gota minúscula de agua que separa un grano de arena de otro semeja un mar vasto y profundo.

RACHEL CARSON,
bióloga marina del siglo XX

The edge of the sea

HOSPITAL CENTRAL

HOJA DE ADMISIÓN -
Viernes, 15 de agosto de 1969

Nombre,
Desconocido
Sexo, Varon
Edad,
Desconocido
Domicilio,
Desconocido

Observaciones
generales:

... A medianoche la policía encontró al Paciente vagabundeando por el Embankment, cerca del puente de Waterloo. Se lo llevaron a comisaría pensando que estaba borracho o drogado. Según su informe, el Paciente «divaga constantemente, está confundido y muestra una actitud dócil». Lo trajeron a las tres en ambulancia. Mientras se formalizaba su ingreso, el Paciente trató varias veces de tumbarse sobre la mesa del despacho. Aparentemente, creía que era una barca o una balsa. La

policía investiga en puertos, barcos, etc. El Paciente iba bien vestido, aunque no se había cambiado de ropa desde hacía algún tiempo. No parecía tener mucha hambre o sed. Llevaba pantalones y un jersey, pero no portaba documentos, ni cartera, ni dinero, ni identificación alguna. La policía cree que fue víctima de un atraco. Es un hombre educado. Se le administraron dos cápsulas de Librium pero no se durmió. Hablaba en voz alta. Fue trasladado a la pequeña sala de observación pues

molestaba a los demás
pacientes.

ENFERMERA DE NOCHE.

6 a.m.

El Paciente ha estado despierto todo el día, divagando y alucinando, excitado. Dos cápsulas de Librium cada tres horas. No tenemos información de la policía. Se han llevado la ropa, aunque es improbable que les sirva para averiguar algo sobre él: el jersey, la

camisa y la ropa interior son de unos grandes almacenes. Los pantalones, italianos. El Paciente está todavía convencido de que se encuentra en una especie de travesía. La policía piensa que quizás es un aficionado a la vela o el propietario de un velero.

DOCTOR Y. 6 *p.m.*

Necesito viento. Un viento fuerte y favorable. El aire está en calma. La corriente debe de fluir a una velocidad considerable. Sí, pero no la siento. ¿Dónde está mi brújula? Se perdió hace

días, ¿no lo recuerdas? Necesito viento, un viento fuerte y favorable. Silbaré para que venga uno. Silbaría si le hubiera pagado al flautista. Un viento del este, que sople con fuerza contra mi espalda, sí. ¿Estaré tal vez aún demasiado cerca de la costa? ¿Después de tantos días en el mar, demasiado cerca de la costa? Quién sabe, quizá la corriente me ha empujado hacia tierra otra vez. Oh no, no, probaré a remar. Los remos han desaparecido, ¿no te acuerdas? Los perdiste hace días. No, debes de estar más cerca de tierra de lo que piensas. Las islas de Cabo Verde estaban a estribor... ¿cuándo? La semana pasada. ¿La semana qué? No era pesada, era mi mujer. El mar está más salado

aquí que en la orilla. Un mar salado, salado; la espuma se eleva pulverizada de las mandíbulas de los caballos a las mías. En mi rostro, gruesas costras de sal. La saboreo. Lágrimas, agua del mar. Saboreo la sal del mar. Del desierto. El mar desierto. Caballos marinos. Dunas. El viento, al soplar, arranca la arena de la cresta de las dunas, retuerce los rizos de las olas. La arena se mueve, se mece y forma olas, pero más despacio. Despacio. El ojo que calculase el paso al que avanzan los caballos de arena, del mismo modo que yo observo el galope arrollador de los caballos marinos, sería un ojo como es debido. Un ojo. Enojo. Quizá si me arrojo sobre un caballo, pueda cabalgar sobre él;

sobre un caballo marino, no sobre un caballo de arena, ya que mi plano temporal es humano y los desiertos pertenecen a Dios. Algunos montan delfines. Muchos lo han atestiguado. Tal vez abandone mi zozobrante balsa y me agarre al cuello de un caballo marino para que me lleve hasta Jamaica, al encuentro de la Nancy del pobre Charlie, o, si la corriente me empuja finalmente hacia el sur, hasta la costa donde aguarda el ave blanca.

Vueltas y vueltas y vueltas doy, de la costa de los Diamantes a las islas Canarias, cruzo de una zambullida el trópico de Cáncer y tuerzo el rumbo hacia arriba, gritando a las Antillas, que se encuentran a babor, donde Nancy

espera a su pobre Charlie, y más vueltas, evitando el mar de los Sargazos a estribor, con la floreciente Florida a babor, y vueltas y más vueltas, dejándome arrastrar por la corriente del Golfo, y continúo mi trayecto circular, con las Azores a la vuelta de mi codo, y hacia abajo, más allá de las costas de Portugal donde mi Conchita me espera, paso por Madeira, paso por las Canarias, siempre de paso, me dirijo de nuevo hacia la costa de los Diamantes, y vueltas y más vueltas una y otra vez, para siempre jamás, a menos que la corriente me lleve hacia el sur. Pero esta corriente jamás me llevará al sur, no. Las corrientes siguen un recorrido fijo, inexorable, como las líneas de autobús.

La corriente dextrorsa de los mares del Norte debe arrastrarme, arrastrarme, a menos que... sí. Quizás Ellos me desvíen un poco; sí, lo harán, dirigiéndome con una pequeña pluma de sus alas blancas, estabilizando mi rumbo hacia el sur, protegiéndome mientras atravieso las corrientes impetuosas, por no decir furiosas, que discurren a ambos lados del Ecuador, y entonces, sano y salvo, encontraré la Ecuatorial del Sur al fin, al fin, y a salvo de todos los Sargazos, Escilas y Caribes, me deslizaré ágil y ligero, transportado por las dulces corrientes del sur a lo largo de las costas de las tierras altas brasileñas hacia las aguas de la Paz. Pero necesito viento. La sal está agrietando los

maderos, y la vieja balsa se bambolea con el oleaje, y yo estoy enfermo. Estoy lo bastante enfermo para morirme. Así que adelante, compañeros, adelante... No, ya no están; todos han muerto, me ataron a un mástil y una ola gigantesca los barrió y los alejó de mí, y yo estoy solo, sujeto y atado a la corriente Ecuatorial del Norte, sin un puerto donde recalar y a merced de un mar agitado.

No hay noticias de la policía ni informes sobre pequeñas barcas, yates o bañistas desaparecidos. El Paciente continúa hablando en

voz alta, cantando,
meciéndose en la cama. Está
excesivamente cansado.
Mañana, amital sódico.
Recomiendo una semana de
narcosis.

17 de agosto. DOCTOR Y

Disiento. Recomendando
tratamiento de electro-
choque.

18 de agosto. DOCTOR X

Hace mucho calor. La corriente
fluctúa, va y viene. Muy deprisa. Hace
tanto calor que el agua se derrite. Está
más clara de lo normal, por lo que

percibo una oscilación clara y rápida. Como las olas de calor. Veo un brillo intenso. Luz. Diferentes clases de luz. Está la luz conocida, la claridad normal, digamos, de un día nublado. Luego, la del sol, una danza amarilla añadida a la primera. Luego, el cabrilleo de las olas de calor, ondas calóricas que generan luz cuando la luz las genera a ellas. Luego, la luz interior, un resplandor que semeja nieve suspendida en el aire. Que resplandece incluso por la noche, cuando no hay luna, ni sol, ni luz. El resplandor del viento solar. Sí, eso es. Oh, viento solar, sopla, sopla, sopla y tráeme a mi amor. Hace mucho calor. Una costra salada me recubre el rostro. Si me lo frotara, me lo restregaría con

pura sal marina. Estoy al paio, en un mar ligero, luminoso, oscilante, delirantemente delicioso, pues el agua se ha vuelto clara y resbaladiza con el calor, agua ligera en vez de agua pesada. Necesito viento. Oh, viento solar, viento del sol. Sol. Al final de su *Espectros*, él dice «el Sol, el Sol, el Sol, el Sol», y al final de *Al despertar de nuestra muerte*, «el Sol», en los brazos del Sol, impulsado por el viento solar, vueltas y vueltas y vueltas y vueltas...

El Paciente está muy inquieto. Le he preguntado cómo se llama: Jasón. Va en una balsa en medio del

Atlántico. 3 cápsulas de amital sódico esta noche. Lo veré mañana.

DOCTOR Y

DOCTOR Y. ¿Ha dormido usted bien?

PACIENTE. A ratos se me cierran los ojos, pero no debo dormir, no debo.

DOCTOR Y. Pero ¿por qué no? Yo quiero que duerma.

PACIENTE. Me hundiría en las profundidades del mar.

DOCTOR Y. No, no se hundirá. Está usted en un lecho muy cómodo, en una habitación agradable y tranquila.

PACIENTE. El lecho marino. El profundo lecho del mar.

DOCTOR Y. No

está en una balsa. No está en el mar. No es usted marinero.

PACIENTE. ¿Que no soy marinero?

DOCTOR Y. Está usted en el Hospital Central, en cama, y estamos cuidando de usted. Debe descansar. Queremos que duerma.

PACIENTE. Si me duermo, moriré.

DOCTOR Y. ¿Cómo se llama? ¿Me lo dirá?

PACIENTE. Jonás.

DOCTOR Y. Ayer se llamaba Jasón. Comprenda que no puede ser ambos al mismo tiempo.

PACIENTE. Todos somos marineros.

DOCTOR Y. Yo no. Yo soy un médico de este hospital.

PACIENTE. ¿Horas?

ENFERMERA. He empezado mi turno a las ocho, y cada vez que entro a verle, está usted dando vueltas y más vueltas.

PACIENTE. La ronda de rutina.

ENFERMERA. Vueltas y más vueltas, ¿a qué? ¿Dónde? Vamos, vuélvase.

PACIENTE. Hace mucho calor. No estoy lejos del Ecuador.

ENFERMERA. Así pues, ¿va usted todavía en la balsa?

PACIENTE. ¡Usted sí que no va en la balsa!

ENFERMERA. La verdad es que no.

PACIENTE. Entonces, ¿cómo es

posible que esté hablando conmigo?

ENFERMERA. Por favor, trate de descansar. No queremos que se canse tanto. Estamos preocupados por usted, ¿sabe?

PACIENTE. Bueno, eso depende de ustedes, ¿no?

ENFERMERA. ¿De nosotros? ¿A quiénes se refiere?

PACIENTE. A ustedes. Usted ha dicho «nosotros». Conozco ese uso del plural. Es el colectivo categórico. Sería muy fácil para ustedes hacerlo.

ENFERMERA. Pero ¿qué quiere que haga?

PACIENTE. He dicho «ustedes», no «usted». Elévenme, elévenme, elévenme. Ha de ser bastante fácil para

ustedes. Evidentemente. Usen solamente su... su fuerza, o lo que sea. Propúlsenme hacia allí.

ENFERMERA. ¿Hacia dónde?

PACIENTE. Lo sabe muy bien. Oriénteme hacia el sur con su ala blanca.

ENFERMERA. ¡Mi ala blanca! Me gusta cómo suena eso.

PACIENTE. Usted no puede ser uno de ellos. Si lo fuera, lo sabría. Me está engañando.

ENFERMERA. Lamento que piense eso.

PACIENTE. O quizá me esté poniendo a prueba. Sí, es posible.

ENFERMERA. Tal vez.

PACIENTE. Es sólo cuestión de

pasar de la corriente Ecuatorial del Norte a la corriente Ecuatorial del Sur, de dejar de desplazarse en el sentido de las agujas del reloj para ir en sentido contrario a las agujas del reloj. Agujas con sentido.

ENFERMERA. Comprendo.

PACIENTE. Bueno, ¿por qué no lo hace?

ENFERMERA. No sé cómo.

PACIENTE. ¿Quizás le hace falta alguna contraseña? ¿Quién era ese hombre que estuvo aquí ayer?

ENFERMERA. ¿Se refiere al doctor Y? Vino a verle.

PACIENTE. El está detrás de esto. Lo sabe. Es un hombre amable, pero inflexible.

ENFERMERA. Es amable, pero yo no diría inflexible.

PACIENTE. Yo lo digo; así que ¿por qué no lo diría usted?

ENFERMERA. Y el doctor X estuvo aquí el día anterior.

PACIENTE. No recuerdo a ningún doctor X.

ENFERMERA. El doctor X se pasará, esta misma tarde.

PACIENTE. ¿De qué se pasará?

ENFERMERA. Trate de descansar. Trate de dormir.

PACIENTE. Si lo hago, puedo darme por muerto. Seguramente usted lo sabe. Si no, es que no es usted mujer de mar.

ENFERMERA. Soy Alice Kincaid.

Ya se lo dije. ¿Se acuerda? La misma noche en que usted llegó.

PACIENTE. Se llame como se llame, si duerme, morirá.

ENFERMERA. Bueno, no importa. Calma. Pobrecito, está usted muy nervioso. Túmbese... así, así. Chsssss, silencio. No, no se mueva. Chsss... Así, muy bien, muy bien, duerma. Dueeeeeerma. Dueeerma.

El Paciente está afligido, fatigado, ansioso, confundido, alucinado.

¿Habrá que probar a administrarle imipramina? ¿Marplan? ¿Amitriptilina? Si

no, electrochoque.

21 de agosto. DOCTOR X

DOCTOR Y. Bien, la enfermera me dice que hoy usted es Simbad.

*PACIENTE. Simbad. Sin bad. Bad sin.*¹

DOCTOR Y. Explíquese. ¿A qué viene todo eso?

PACIENTE. No pienso decírselo.

DOCTOR Y. ¿Por qué no?

PACIENTE. Usted no es uno de Ellos.

DOCTOR Y. ¿De quiénes?

PACIENTE. De los Grandes.

DOCTOR Y. No, yo soy de un tamaño corriente, me temo.

PACIENTE. ¿Por qué se teme?

DOCTOR Y. ¿Quiénes son ellos, los Grandes?

PACIENTE. Había gigantes en aquel tiempo.

DOCTOR Y. ¿Se lo diría usted a ellos?

PACIENTE. No tendría necesidad de decírselo.

DOCTOR Y. ¿Lo saben ya?

PACIENTE. Desde luego.

DOCTOR Y. Comprendo. ¿Se lo diría al doctor X?

PACIENTE. ¿Quién es el doctor X?

DOCTOR Y. Estuvo aquí ayer.

PACIENTE. Aquí y allí. Aquí y allí. Aquí y allí.

DOCTOR Y. Pensamos que sería

positivo que hablara usted con alguien.
Si no le sirvo yo, está el doctor X.

PACIENTE. ¿Está? ¿Dónde está?
No lo conozco. No lo veo.

DOCTOR Y. ¿Me ve a mí?

PACIENTE. Desde luego. Usted
está ahí.

DOCTOR Y. Y el doctor X, ¿no
está aquí?

PACIENTE. Ya le he dicho que no
sé a quién se refiere.

DOCTOR Y. Bien, de acuerdo. ¿Y
la enfermera? ¿Le gustaría hablar con
ella? Creemos que debería intentar
hablar. Comprenda que debemos saber
más acerca de usted. Nos facilitaría las
cosas si se abriese a nosotros. Pero trate
de hablar más claro y despacio, para

que le oigamos bien.

PACIENTE. ¿Es usted de la policía secreta?

DOCTOR Y. No. Soy médico. Éste es el Hospital Central. Hace casi una semana que está usted aquí. Hasta ahora no ha sido capaz de decirnos su nombre ni dónde vive. Queremos ayudarle a recordar.

PACIENTE. No hay necesidad. Yo no les necesito a ustedes. Los necesito a Ellos. Cuando los encuentre no habrá necesidad de decirles nada; ellos sabrán cuáles son mis necesidades. A usted no le necesito. No sé quién es. Una ilusión, espero. Después de tanto tiempo en esta balsa, sin comida y sin dormir, es fácil que sufra alucinaciones. Voces.

Visiones.

DOCTOR Y. Toque esto, vamos. Es mi mano. ¿Le parece acaso una ilusión? Es una mano tangible, sólida.

PACIENTE. Las cosas no son lo que parecen. Han surgido muchas manos de la oscuridad para después desaparecer. ¿Por qué no habría de desaparecer la suya?

DOCTOR Y. Escuche atentamente. La enfermera va a sentarse aquí, junto a usted. Va a hacerle compañía, a escucharle mientras usted habla. Y quiero que hable, que le diga quién es y dónde está, que le cuente lo de la balsa, el mar y los gigantes. Pero debe hablar más alto y claro, porque cuando habla así, entre dientes, no le oímos. Y es muy

importante que oigamos lo que dice.

PACIENTE. Importante para usted.

DOCTOR Y. ¿Lo intentará?

PACIENTE. Si me acuerdo.

DOCTOR Y. Bien. Aquí está la enfermera Kincaid.

PACIENTE. Sí, la conozco. La conozco bien. Me llena la cabeza de oscuridad. Me confunde. Me embota la mente.

DOCTOR Y. Tonterías. Estoy seguro de que no. Pero si tampoco le gusta la enfermera Kincaid, le dejaremos un magnetófono aquí. Sabe lo que es un magnetófono, ¿no?

PACIENTE. Intenté usar uno una vez, pero me cohibió.

DOCTOR Y. Ah, ¿sí? ¿Para qué

quería usarlo?

PACIENTE. Para grabar alguna charla estúpida.

DOCTOR Y. Usted da charlas, ¿verdad? ¿Qué clase de charlas? ¿Sobre qué habla?

PACIENTE. Simbad el marino. Un ciego guiando a los ciegos. Vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y...

DOCTOR Y. Basta ya, por favor. No empiece de nuevo.

PACIENTE. Vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y...

DOCTOR Y. ¿Vueltas a qué? ¿A qué va usted dando vueltas? ¿Dónde?

PACIENTE. No voy. La corriente me arrastra. La Ecuatorial del Norte, desde la costa septentrional de Africa,

pasando por las Antillas hacia la corriente de Florida, más allá de la península de Florida y bordeando el mar de los Sargazos hasta la corriente del Golfo, después, el viento del oeste me impulsa hacia las Canarias y luego rodeo las islas de Cabo Verde y doy vueltas y vueltas y vueltas...

DOCTOR Y. Muy bien, muy bien. Pero ¿cómo va usted a escapar?

PACIENTE. Con su ayuda.

DOCTOR Y. Continúe. Háblenos de ello. ¿Qué sucede cuando se encuentra con ellos? Trate de contárnoslo.

Da charlas. ¿En

escuelas, universidades, en la radio, en la televisión, sobre política? ¿Pertenece a alguna sociedad de exploradores, arqueólogos, zoólogos? Simbad. «*Badsin.*» Propongo la hipótesis descabellada de que este paciente en particular ha cometido un crimen real y sus palabras no obedecen simplemente al sentimiento de culpa corriente.

DOCTOR Y

Hipótesis aceptada.
¿Qué crimen?

DOCTOR X

Tras zarpar de la costa de los Diamantes, el primer obstáculo que hay que sortear es la corriente costera del norte. Más de una vez y más de dos, incluso más de una docena, al partir de la costa de los Diamantes, la corriente litoral nos ha llevado demasiado al sur, e incluso a la vista de la curva africana nos ha arrastrado de forma inexorable hacia la corriente de Guinea, hacia parajes desconocidos e indeseados. Pero siempre hemos conseguido virar a tiempo y poner rumbo al oeste, con la intención de recalar en Trinidad. Es decir, a menos que en esta ocasión nos topáramos con Ellos. Vueltas y vueltas. No es un ciclo sin puertos lo que

deseamos alcanzar. Nancy espera al pobre Charlie en Puerto Rico, George tiene a su viejo amigo John en el cabo Cañaveral, y yo, cuando el barco se haya acercado lo bastante a la playa, espero ver a Conchita sentada en su alta y negra roca y oírla cantar para mí. Sin embargo, ahora que los saludos y las despedidas se han repetido tantas veces, ellos, como nosotros, sólo quieren que esto acabe. Y cuando uno ha escuchado las canciones tan a menudo, los cantores ya no son Nancy sola, el pobre Charlie solo, ni el resto de nosotros. En los últimos viajes, cuando dejamos atrás el jardín donde Nancy aguarda, se unieron a ella todas las muchachas de su ciudad, y, de pie sobre el malecón, nos siguieron

con la mirada mientras nos alejábamos y cantaron juntas aquello que tantas veces les habían cantado a ellas el pobre Charlie y su tripulación:

*Bajo mi mano
carne de flores,
bajo mi mano
cálido paisaje.
Me has devuelto mi
mundo,
en ti respira la tierra
bajo mi mano.*

*Mis brazos son ramas
carbonizadas,
mis brazos, tierra*

dolorida.

*Me desvío hacia selvas
exuberantes,*

*me disuelvo en ríos
poderosos,*

*soy el hueso de la carne
de las flores.*

¡Estamos llegando...

ahora, ahora!

*Al sibilante centro del
mundo.*

*Como si Dios hubiera
desencadenado un remolino,*

*lanzado al aire un
nuevo continente.*

Los hombres permanecíamos de pie, formados a lo largo de la cubierta, y les cantábamos:

*Si todavía se oyeran los
chillidos de las aves en la
playa,*

*y el galope de los
caballos por la noche,*

*amor, yo me volvería
hacia ti para decirte:*

*prepara la cama,
enciende la lámpara.*

*Nos tumbaríamos toda
la noche a escuchar*

*el golpe de las olas, el
golpe.*

*Si todavía hubiera aves
en las dunas,
si los caballos todavía
corrieran salvajes por la
playa.*

Y entonces nos despedíamos con la mano, hasta que nos perdíamos de vista mutuamente. Con cada vuelta derramábamos menos lágrimas, porque nos preparábamos para avistarlos a Ellos, y ellas, las mujeres, esperaban con nosotros, ya que de nosotros dependía su libertad, puesto que estaban prisioneras en aquella isla.

Doce hombres nos embarcamos en esta travesía, yo en el puesto de capitán.

En el viaje anterior yo oficiaba de marino de cubierta, y George de capitán. Llevábamos cuatro días en alta mar. La corriente nos impelía con suavidad y el viento del norte nos soplaba en la mejilla derecha cuando Charles, el vigía en esta ocasión, nos llamó a voces. Y allí estaba. O, mejor dicho, allí estaban. Si me preguntan cómo lo supimos, es que carecen ustedes de sensibilidad para apreciar las ilusiones que nos habíamos forjado respecto a este momento. Y significa que ustedes no han aprendido aún que toda esperanza reside en aguardarlos a Ellos. No, no es verdad que los hubiéramos imaginado así. Nunca habíamos dicho ni pensado: tendrán apariencia de pájaros o serán

seres de luz que andarán sobre las olas. Pero si usted ha concebido alguna vez en su vida expectativas elevadas que al fin se han cumplido, sabrá que las esperanzas de conseguir una cosa han de corresponderse con dicha cosa, o, al menos, ésa es la forma en que usted debe verla. Si se ha representado en su imaginación un monstruo de ocho patas con ojos enormes y redondos, y resulta que existe una criatura así en ese mar, no avistará nada menos ni nada más: eso es lo que está destinado a ver. Aunque surgiesen de las olas ejércitos de ángeles, si usted espera encontrarse con un gigante de un solo ojo, podría navegar entre ellos sin notar más que una ligera brisa. Por eso, como no

habíamos fijado una imagen en nuestra mente, no nos habíamos preparado para afrontar un ser maligno o temible. Lo que esperábamos encontrar era ayuda, una explicación, una experiencia que enalteciese nuestro espíritu y nuestros pensamientos.

Rebosábamos optimismo como un barómetro que pronostica buen tiempo. Éramos conscientes de que toparíamos con un ente superior, más lúcido que nosotros, y por eso supimos de inmediato que esto era lo que habíamos salido a buscar, dando vueltas y vueltas y vueltas y vueltas a lo largo de tantos ciclos que incluso cabría decir que la espera de nuestro encuentro con Ellos se había convertido en un circuito tanto en

el océano como en nuestro cerebro.

De entrada percibimos su presencia por la sensación que se respiraba en el ambiente, un silencio cristalino acompañado de una tensión en nosotros mismos, porque no estábamos afinados en el mismo tono que aquello que habíamos estado esperando.

Era un mar revuelto y picado, del que salían despedidas partículas de espuma. En el aire, por encima de estas olas impetuosas, a unos doscientos metros de nosotros, flotaba un disco brillante. Parecía transparente, porque lo primero que captaron nuestros ojos fue un brillo propio del vidrio o el cristal, aunque luego nuestra mirada, como ante un vaso lleno de agua, se

desvió hacia el interior, hacia lo que estaba detrás del brillo, como si se tratara de un vaso lleno de agua. Mas el brillo no era reflejado: las paredes del Disco en sí mismas estaban formadas por una especie de luz. Las nubes correteaban, y el cielo, medio entoldado, medio despejado. Nos rodeaba un escenario cambiante de olas salvajes y espuma, rocío y luz movediza. Pensábamos que saldrían unos seres del Disco y descenderían, tal vez, como acostumbran los humanos, en una chalupa o un bote, de manera que nosotros, de pie en la cubierta, cerca de la borda, bien agarrados a cuerdas y mástiles, pudiéramos observarlos intentando adaptar nuestros

pensamientos y nuestra actitud a la impresión que nos causarían. Sin embargo, nadie apareció. El Disco se acercó, pero de un modo prácticamente imperceptible, pues formaba parte del movimiento incesante de blancos y azules, por lo que no fue sino hasta que se cernía sobre el agua, quieto, a pocos pies de distancia, cuando comprendimos estremecidos que no cabía esperar que ocurriese algo reconfortante como que se abriese una puerta, dejasen caer una escala o botasen una barca con los brazos doblados, listos para empujar los remos. No obstante, todavía no imaginábamos nada concreto cuando ya estaba sobre nosotros. *¿Qué?* De repente un extraño estremecimiento nos

recorrió todo el cuerpo. Bajo los efectos de la fiebre, la tensión que precede al agotamiento o el amor, todos los recursos del cuerpo se despiertan, se despliegan y se agudizan mucho más que en circunstancias normales. Así pues, vibrábamos en un tono más agudo a la vez que sonaba en el aire una nota alta y estridente, de aquellas que rompen cristales (y toda clase de cosas, cuando se prolongan). El Disco, que a nuestros ojos parecía situado a pocas yardas de distancia, un objeto entre otros, aunque más imponente, más devastador, se aproximó aparentemente e invadió nuestro campo visual. Estoy describiendo lo que sentí, puesto que no sabría decir con exactitud cómo se

produjeron los hechos. Es cierto que el Disco se elevó un poco sobre las olas, hasta ponerse a la altura de nuestra cubierta, y entonces pasó por encima o a través de nosotros. Sin embargo, cuando estuvo muy cerca, ya no se presentaba ante nuestros sentidos como un Disco, con una forma concreta, sino como un frenético batir del aire, una reverberación que era a la vez un sonido. Mientras duró fue insoportable, como si dos sustancias diferentes entraran en colisión, sin que cupiera duda sobre el resultado; pero no duró más que un momento, y una vez que se disipó la sensación de que mis ojos estaban inundados de una luz, o un sonido, que palpitaba rápidamente, y de

que todo mi cuerpo había sido dilatado, estirado o invadido, como si la luz (o el sonido) tuviera la capacidad de traspasar los tejidos humanos con una forma tan sólida como la propia, miré hacia George, que estaba a mi lado, para ver si todavía vivía. Pero había desaparecido, y cuando, aterrorizado, me volví en todas direcciones, buscándolos a él y a los demás con la mirada, descubrí que no estaban allí. Se habían esfumado. Todos. La luz, que se había transformado de nuevo en un disco de cristal, suspendido sobre el oleaje al otro lado del barco, comenzó a ascender hacia el cielo. Había arrastrado consigo, devorado o absorbido a mis compañeros, dejándome a mí solo. El

velero estaba desierto. En las cubiertas no había nadie. Yo estaba empavorecido y, lo que es peor: yo me había pasado siglos enteros navegando, dando vueltas y vueltas y vueltas y vueltas sin otro propósito que el de encontrarme un día con Ellos, y ahora al fin había ocupado por unos instantes el mismo espacio de aire, pero me habían dejado atrás. Corrí a la otra barandilla y, bien agarrado, abrí la boca para gritar. Es posible que algún grito, alguna exclamación débil saliese de ella; pero ¿a qué o a quién iba dirigido? ¿Aun disco argénteo y brillante que, en su ascenso, parecía transparente pero no lo era? No estaba dotado de ojos para verme ni de laringe para responder a mi grito con un sonido

propio. Nada. Y dentro iban once hombres, mis amigos, a quienes conocía mejor que a mí mismo, ya que conocemos mejor a los amigos que a nosotros mismos. Allí, con la mirada perdida en la inmensidad de color plata, azul y blanco que se agitaba y salpicaba, que bailaba y deslumbraba, mar y aire al mismo tiempo, advertí que no estaba contemplando nada. El Disco se había alejado hasta quedar reducido al tamaño de una célula en mi retina. Añada.

Estaba enloquecido por la pérdida, por la conciencia de una imprevisible indiferencia por parte de Ellos. ¿Llevarse a mis amigos y dejarme a mí? Jamás en nuestros viajes se nos había ocurrido la posibilidad de que Ellos nos

recogiesen y nos hiciesen desaparecer como a una Camada de cachorros o garitos. Necesitábamos instrucciones o ayuda, necesitábamos que se nos indicara cómo salir de este ciclo interminable y enfilear la corriente del Sur. Sin embargo, al comprobar que no había sucedido así, que no se nos habían proporcionado indicaciones ni información, que sólo habíamos sido objeto de un raptó, quise aullar contra su fría crueldad, del mismo modo que un gatito que ha quedado oculto por un doblez de una manta en el fondo de una cesta maúlla en soledad, buscando con su hocico y sus sentidos a sus compañeros entre los pliegues cada vez más fríos de la manta.

Permanecí frente a la borda, pues a pesar de que había que gobernar el barco y ajustar las velas, y de que, por lo que yo sabía, nuestro rumbo se había desviado, no era capaz de manejar esta embarcación yo solo. Comprendí que debía abandonarla, a no ser que me resignase a vivir solo a bordo, con la endeble esperanza de que el Disco regresara para devolverme a mis compañeros de la misma forma en que se los había llevado. Pero no creía que esto fuese a suceder. Y me aterraba la idea de quedarme.

Era como si aquel Disco o Cristal, en su rápido paso por encima o a través del barco, por encima o a través de mí, hubiera cambiado la atmósfera que me

rodeaba, me hubiera cambiado a mí. Me había dejado temblando, sacudido por escalofríos y paralizado por un frío terror. Apenas me tenía de pie, aferrado a una cuerda para no caerme. Cuando el tembleque remitió, yo me quedé con los dientes apretados, esperando recuperar el calorillo vital propio de un cachorro, mas el temblor recrudeció, como si yo sufriese un ataque de malaria, aunque lo que me había acometido era una especie de debilidad, no la fiebre. Ahora todo el barco se me antojaba hostil, como si su sustancia hubiera comenzado a pudrirse al recibir el aliento del Disco. Decir que estaba aterrorizado sería emplear una expresión demasiado ordinaria. No,

había colisionado con un mundo extraño, había aspirado profundamente un aire insoportable. Yo no era yo, y la aversión al barco constituía en sí misma una enfermedad. Entretanto, las velas se mecían, se agitaban, se hinchaban o colgaban muertas sobre mi cabeza, y el barco daba bandazos, cabeceaba a merced de un viento cambiante. Me sentía como una criatura asaltada y abandonada a una muerte segura.

Empecé a construir una balsa con madera de la carpintería. Trabajé febrilmente, deseoso de escapar. Tan asustado estaba que nunca me pasó por la cabeza la posibilidad de permanecer allí. Con todo, sabía que embarcarme solo en una balsa era más peligroso que

quedarme. En el barco había agua, alimentos y un techo bajo el que guarecerme, hasta que se fuera a pique o encallara. Mientras eso no sucediera, me encontraría a salvo. Pero no podía quedarme. Era como si el verme despreciado, abandonado, apartado de mis compañeros, representara una especie de maldición. Había quedado marcado, al igual que mi barco.

Trabajé durante muchas horas y, cuando oscureció, trinqué un farol a un mástil y continué trabajando durante la noche. Hice una almadía cuadrada de unos tres metros y medio de lado con troncos de madera de balsa. Até a ella un baúl lleno de provisiones y un barril de agua. Sujeté una vela a un mástil que

planté en el centro. Reuní tres pares de remos y aseguré dos de ellos a los maderos de la balsa como recambios. Levanté en el centro una plataforma de 1,20 metros de ancho. Durante todo este tiempo me afanaba, presa de un terror mortal, de un miedo enfermizo, atacado a intervalos por temblores tales que me obligaban a doblarme como si sufriera calambres, agarrándome a algún soporte por temor a deshacerme en pedazos.

Al alba la balsa estaba terminada. El resplandor rojizo del cielo me daba en el rostro, que estaba vuelto hacia la proa, de modo que me percaté de que el barco había virado ligeramente y se dirigía, arrastrado por la corriente de Guinea, hacia el Camerún o el Congo.

Debía abandonarlo lo antes posible y confiar en mi capacidad para escapar a remo de esta mortal corriente costera para volver a la Ecuatorial una vez más. Me puse toda la ropa que encontré. Dejé caer la balsa al mar, donde quedó flotando como un corcho. Y, bajo aquel cielo que la aurora teñía de un color parecido al del corazón de un melocotón maduro, me deslicé por una cuerda hasta posar los pies sobre la pequeña embarcación, que se alejaba despacio, justo antes de que saliese de mi alcance. Todavía estaba seco, aunque empezaba ya a sentir la rociada de las olas, y enseguida me puse a remar de espaldas al sol. Remé como si me dirigiese hacia un barco seguro y resguardado del agua,

en lugar de alejarme de uno. Entonces el sol resplandecía en aquel típico cielo caliginoso de verano unos tres o cuatro palmos por encima del horizonte. Las velas de nuestro barco habían empequeñecido hasta convertirse en un enjambre blanco, en un ramillete de mariposas diseminadas sobre la superficie, muy lejos detrás de mí, mientras yo avanzaba hacia el oeste. Cuando volví la cabeza de nuevo, me costó precisar si el blanco que divisaba era el de las velas o sencillamente el de la espuma de una ola distante. El estado del mar había cambiado favorablemente; ahora formaba ondas suaves y ya no estaba encrespado. Remé, por lo tanto, durante todo aquel día y la mayor parte

de la noche siguiente. Remé y remé y remé, hasta que mis brazos parecían funcionar con independendencia de mi cuerpo, sin que yo se lo ordenase conscientemente. Luego, en cierto momento —creo que tres días después de ver las velas de mi barco desaparecer por el este—, se desató una borrasca repentina, se me empapó la ropa y perdí mis remos de repuesto. Dos días después, el mar impetuoso me arrancó los que me quedaban, y desde entonces me he confiado a la corriente que fluye al noroeste. Ahora dispongo de todo el tiempo del mundo para pensar que continúo en la misma travesía, a merced de la misma corriente, dando vueltas y vueltas y vueltas, esperando

divisar las Antillas, ver a la Nancy del pobre Charlie y oír su canción, exactamente como si hubiera permanecido en el barco con mis compañeros. Y después de dejar atrás el canto de las mujeres, como en otros tiempos, vueltas y vueltas, surco el mar de los Sargazos, me dejo llevar por la corriente del Golfo, por el vaivén del mar, hasta más allá de las costas de Portugal y España, girando y girando. Pero ahora ya no navego en un barco alto con velas como mariposas blancas, sino en una balsa pequeña, solo, dando vueltas y más vueltas. Y todo permanece igual, aparentemente, con tanto girar, aunque la desesperanza, si bien de forma imperceptible, se va adueñando de mí.

¿Columbrarán Ellos, o el Disco, o la Cosa de Cristal, cuando desciendan, la mota de mi balsa en el mar? ¿Me localizarán y tendrán la delicadeza de decirme hola, o al menos de responderme cuando les pida que me indiquen cómo dejar esta corriente y poner rumbo a esa otra costa?

Sí, los saludaré, desde luego, aunque ahora una nueva frialdad en mi corazón me habla de otro miedo que antes no lo atormentaba. No se me había ocurrido, a lo largo de todos esos ciclos y círculos y rodeos, de esas vueltas y vueltas, la posibilidad de que Ellos no me vieran, de que me pasaran por alto como a un gatito dormido o un cachorro ciego oculto en el pliegue de su

maloliente manta. ¿Por qué habrían de fijarse en esa partícula diminuta que es la balsa en mar abierto? Y no queda otra opción que la de continuar, aun sin remos, sin timón, sin dormir, totalmente exhausto. A pesar de todo, sé que sería un detalle por mi parte recalar en la playa de Nancy y comunicarle que su Charlie se ha encontrado al fin con... ¿con qué? Con Ellos, supongo, aunque eso es todo cuanto sabría decirle, pues ignoro qué sintió él al ser absorbido por la sustancia de aquella Cosa brillante. ¿Me dedicará ella su canción cuando pase en mi balsa? ¿Se alinearán las mujeres sobre las tapias de aquel jardín estival para cantarme? ¿Les cantaré yo a mi vez que el tiempo del amor ha

quedado atrás? Y luego seguiré a la deriva para ir al encuentro del amigo de George y le informaré a voces de que George... ¿qué? ¿Y dónde? Y así sucesivamente hasta vislumbrar de nuevo a mi Conchita, que aguarda, vestida con el hábito de monja, allí a donde mis viajes y andanzas la han llevado.

*El hombre, como un gran árbol,
se resiente con las tormentas.*

*Brazos, rodillas, manos,
demasiado rígidas para el amor,
como el árbol que resiste al
viento.*

*Pero lentamente despierta,
y en el bosque oscuro*

*el viento separa las hojas
y la bestia negra sale con
estrépito de la cueva.*

Amor mío, cuando digas:

*«Aquí se desató la tormenta,
aquí estuvo ella,
aquí la bestia fabulosa»,*

¿contarás también

*cómo nos besamos por vez
primera con labios cerrados,
asustados,*

*y nos tomamos de las manos,
temerosos,*

*como si un pájaro durmiera entre
ellas?*

¿Dirás:

*«Fue el pequeño pájaro el que me
atrapó»?*

Y así canta ella, cada vez que paso, dando vueltas y más vueltas, ininterrumpidamente,

DOCTOR X. ¿Cómo se encuentra esta tarde?

PACIENTE. Vueltas y vueltas y vueltas...

DOCTOR X. Debe saber que, en mi opinión, usted podría salir de esto en cualquier momento, si quisiera.

PACIENTE. Vueltas y vueltas y vueltas...

DOCTOR X. El doctor Y estará ausente este fin de semana. Voy a administrarle un nuevo medicamento. Veremos cómo le va.

PACIENTE. Dentro y fuera, fuera y dentro, dentro y fuera, fuera y dentro.

DOCTOR X. Soy el doctor X. ¿Cómo se llama usted?

PACIENTE. Vueltas y...

Creo que es muy posible que haya sufrido una regresión a los once o doce años. Es la edad en la que me encantaban las historias de barcos. Está mucho peor, a mi juicio. Lo cierto es que nunca da señales de reparar en mi presencia. El doctor Y afirma que con él reacciona.

DOCTOR X

DOCTOR Y. ¿Cómo se llama hoy?

PACIENTE. ¿Podría llamarme

Ulises?

DOCTOR Y. Él no navegaba en el Atlántico, ¿verdad?

PACIENTE. Pero ahora podría hacerlo, ¿no?

DOCTOR Y. Bien, bien. ¿Cuál es la próxima parada?

PACIENTE. Tal vez Jamaica. Estoy algo más al sur de lo normal.

DOCTOR Y. Lleva varios días hablando prácticamente sin parar, ¿lo sabía?

PACIENTE. Usted me insistió en que hablara. No me importaría pensar en lugar de hablar.

DOCTOR Y. Bien; haga lo que haga, recuerde esto: no va en una balsa en medio del Atlántico. Un platillo volante no se ha llevado a sus amigos. Usted nunca ha sido marinero.

PACIENTE. Entonces, ¿por qué creo que lo soy?

DOCTOR Y. ¿Cuál es su verdadero nombre?

PACIENTE. Pícaro.

DOCTOR Y. ¿Dónde vive?

PACIENTE. Aquí.

DOCTOR Y. ¿Cuál es el nombre de su esposa?

PACIENTE. ¿Tengo esposa?
¿Cómo se llama?

DOCTOR Y. Dígame: ¿por qué nunca quiere hablar con el doctor X? Él

está bastante molesto por ello. Yo lo estaría también.

PACIENTE. Ya se lo he dicho, no lo veo.

DOCTOR Y. Esto empieza a preocuparnos. No sabemos qué hacer. Usted ingresó hace casi dos semanas. La policía no sabe quién es. Sólo hay una cosa de la que estamos bastante seguros, y es que usted no es marinero, ni profesional ni aficionado. Dígame: ¿leía usted muchas historias de marinos cuando era niño?

PACIENTE. Hombre y niño.

DOCTOR Y. ¿Cuál es el apellido de George? ¿Y el de Charlie?

PACIENTE. Es curioso, no logro acordarme de ellos... Sí, desde luego,

todos teníamos el mismo nombre. El nombre del barco.

DOCTOR Y. ¿Cuál era el nombre del barco?

PACIENTE. No lo recuerdo. Se hundió o naufragó hace tiempo. Y la balsa nunca tuvo nombre. No se bautiza una balsa como a una persona.

DOCTOR Y. ¿Por qué no? Póngale un nombre ahora a su balsa.

PACIENTE. ¿Cómo voy a ponerle nombre, si ni siquiera sé cómo me llamo yo? Me llamo... ¿cómo? ¿Quién me llama? ¿Cómo? ¿Por qué? Usted es el doctor Por Qué,² y yo me llamo Por Qué... Eso es, se trataba del buen barco *Por Qué*, que se hundió en la corriente de Guinea, dejando a Quién en la

resbaladiza balsa y...

DOCTOR Y. Un momento. Estaré fuera cuatro o cinco días. El doctor X cuidará de usted hasta que yo vuelva. Vendré a verle en cuanto regrese.

PACIENTE. Dentro y fuera, fuera y dentro, dentro y fuera...

Nuevo tratamiento.
Librium. 3 Imipramina.
29 de agosto. DOCTOR X

El mar está más picado que antes. Cuando el oleaje inclina la balsa hacia un lado, veo los peces aletear sobre mi cabeza; y cuando las olas rompen contra

mí, los peces y las algas emergen de golpe, se deslizan sobre mi rostro y se zambullen de nuevo. Cuando mi balsa sube y sube hacia la cresta de las olas, los peces me miran fijamente desde el interior de la pared de agua. Fijaos en esa criatura del aire, piensan, antes de golpearme la cara y los hombros, y yo me digo, mientras resbalan sobre mí y desaparecen, que son criaturas acuáticas, que pertenecen a la humedad. La ola se riza y se retuerce formando remolinos perfectos, llevando dentro de sí tres peces de las profundidades que han subido a contemplar el cielo, un pececillo propio de estanques o charcas y el nítido destello del plancton, que no es visible ni invisible, sino un crujido

brillante en la imaginación. Si los hombres son criaturas del aire, y los peces, grandes o pequeños, criaturas del mar, ¿cuáles son las criaturas del fuego? Ah, ya lo sé, pero vosotros no me visteis, me pasasteis por alto, me arrebatasteis a mis compañeros y me dejasteis maullando en mi pliegue de manta maloliente. ¿Dónde están mis amigos? Administrando justicia desde las frondas ígneas, mirándome directamente a los ojos desde la sedosa y ondulante espesura de las llamas. Fijaos, piensan, hay un hombre, una criatura del aire que respira fuego amarillo del mismo modo que nosotros respiramos H₂O. Hay algo en esa forma de boquear, reflexionan —¿será George

o el pobre Charlie?—, que resulta familiar. Pero están más allá del aire y de los seres que habitan en él. Son lanzallamas. Tormentas de fuego. ¿Cabe definir la justicia como una entidad benévola? Pues no: arrasa, derriba, aterroriza. Las olas son tan profundas y estallan con tal ímpetu y furia que paso más tiempo debajo de ellas que encima. Ellas enseñan a los hombres —los hombres enseñan a los hombres— a desarrollar pulmones de pez, los hombres aprenden a respirar agua. Si aspiro profundamente en el agua, ¿se adaptarán los tejidos de mis pulmones en el breve lapso en que cae la ola y gritarán: sí, sí, eh, tú, el de arriba, marinero, respira hondo y te llevaremos

a través de las aguas como a través del aire? Después de todo, Ellos deben de haber enseñado a mis amigos George, Charles y James y a los demás a inhalar grandes bocanadas de fuego. No me digan que cuando el remolino de cristal me envolvió con los demás era un aire corriente el que respirábamos; no, era un fuego frío, el aliento del sol, el viento solar; pero hay hombres cuyos pulmones están tan dormidos como los de un niño en el vientre materno, esperando a que el viento solar los hinche como velas. Pulmones de aire para el aire, pero órganos hechos de sonido cristalino, de luz cantarina, para el viento solar que me traerá a mi amor. O me llevará hasta ella. Las olas se yerguen muy altas, se

vienen abajo y crecen y se elevan; paso más tiempo debajo que encima, mi balsa es un pequeño corcho en este mar zarandeado por las corrientes y estoy enfermo, sí, muy enfermo, cabeceo y doy bandazos, doy bandazos y cabeceo, pobres, pobres de mi cabeza y mis pulmones, si permanezco en esta pegajosa y sucia balsa que cruje y se estremece cuando los grandes mares rompen contra ella, arrojaré el corazón por la boca y caeré desfallecido en las profundas aguas. Dejaré la balsa, pues.

Oh, no, no, no, he abandonado mi barco, el buen barco *Por Qué*, y me he agarrado como una lapa a mi nueva y dura cama, la balsa; y ahora, ¿cómo voy a apartarme de ella, para adentrarme

girando en las selvas marinas como un ave enferma? Pero ¿y si encuentro un escollo o un islote? Qué tontería: no hay escollos ni islotes ni islas ni puertos de escala en medio del ancho océano Atlántico a 45 grados sobre el Ecuador. Pero la balsa se está deshaciendo. Se rompe. Yo sólo disponía de cuerdas corrientes para atar los maderos de lado a lado, de través y longitudinalmente; pero ¿qué clase de cuerdas habrían mantenido sujeto este tosco conjunto de troncos en un mar tan embravecido? Se avecina una tempestad. Un tifón. El cielo está negro de tormenta, y las nubes aparecen bordeadas de un blanco enfermizo y amarillento, y las olas son azules y negras y más altas que el

campanario de la iglesia, y todo lo que me rodea está húmedo y frío, y los oídos me pitan como si hubiese contraído las fiebres palúdicas. Y allí va mi balsa, desbaratándose debajo de mí como un manojo de paja en el remolino de un desagüe de cocina. Allí va, y yo a nado, esforzándome por agarrarme a unas briznas o incluso a una espina de pescado. Estoy completamente empapado y me ahogo y tengo frío, mucho frío; frío en mi interior, allí donde debería concentrarse todo mi calor vital, a lo largo de la columna vertebral y en el vientre, pero allí hace frío, tanto frío como en la luna. Desciendo cada vez más, pero el mar suberoso me lanza de nuevo hacia

arriba, hacia la luz, y allí, bajo mi mano, hay roca, un puerto en medio de la tormenta, un peñasco pequeño y negro que apenas asoma a la superficie, que no figura en ningún mapa y con el que ningún gran marinero ha topado antes que yo. No es más que una solitaria y negra roca de basalto, la cima de una gran montaña de unos tres kilómetros de alto, cuyas laderas inferiores están cubiertas de grandes bosques de ramas oscilantes donde pacen manadas de búfalos marinos. Me aferraré a este escollo hasta que la borrasca remita y vuelva el sol. Aquí al fin puedo descansar tranquilo: la roca, surgida del fondo del océano hace un millón de años y bien acostumbrada a reclamar sus

posesiones y a aguantar las galernas del Atlántico, se mantiene firme. Hay una larga grieta en la roca, un hueco en el que me acurrucaré hasta la mañana. Oh, ahora vuelvo a ser una criatura terrestre y con derecho a dormir a pierna suelta. El peñasco, que es la cumbre de una montaña, y yo formamos un conjunto sólido, y ahora es el agua la que se mueve y fluye. Calma. Quieto. La tempestad ha amainado y el sol luce sobre un mar llano, tranquilo y estable, cuya superficie se curva suavemente sin crispase como si el océano quisiera hacerse pedazos. Un mar caliente, arrullador, salado, que se desplaza y pasa junto a mí, hacia el oeste, hacia la siguiente parada, las Antillas, que se

desplaza, dejándome atrás, asentado sobre mi roca. Sumido en un sueño profundo. Un sueño. Profundo.

ENFERMERA. Despierte. Vamos, despierte. No, no, así.

Incorpórese. Muy bien, le ayudo.

PACIENTE. ¿Por qué? ¿Para qué?

ENFERMERA. Debe comer algo. De acuerdo, enseguida le dejaré dormir de nuevo. Porque no tiene problemas para dormir, ¿verdad?

PACIENTE. ¿Por qué me hace dormir si luego no deja de despertarme?

ENFERMERA. No se trata de que se pase todo el tiempo durmiendo, sino de que se relaje y descanse; pero usted siempre duerme.

PACIENTE. ¿Quién dice eso?
¿Quién me ha dado las pastillas?

ENFERMERA. No importa.
Bébase esto.

PACIENTE. Huele mal.

ENFERMERA. Es sopa. Una sopa
caliente estupenda.

PACIENTE. Déjeme en paz. Me da
píldoras y luego no hace más que
despertarme.

ENFERMERA. ¿Despertarle? En
absoluto. Sería como intentar despertar
a una roca. ¿Tiene calor?

PACIENTE. El sol se ha ido, el
sol...

*¿Quién no se ha tumbado a
reposar sobre una roca caliente,*

*aplicado su oído al sonido vago y
perezoso del agua,
para sumergirse en él corno quien
oye el bramido
de las mareas en una caracola, o
la sangre
en las grutas interiores de la
carne,
asiéndose a pesar de todo como un
hombre hundido a la vista del sol,
aferrándose a un sol distante o a
esas voces que llaman?*

ENFERMERA. Un poco más, por favor.

PACIENTE. No tengo hambre. He aprendido a respirar agua. Está llena de plancton, ya sabe. Uno puede alimentar

sus pulmones al mismo tiempo que alimenta el estómago.

ENFERMERA. Ah, ¿sí? Por favor, no se acostumbre, tendrá que volver a respirar aire de nuevo.

PACIENTE. Estoy respirando aire ahora. Estoy sobre la roca, ya lo ve.

Míralo a través de los ojos del ave que se mece como barco maniatado en el aire destemplado y cálido,

procedente de los aireados espacios, en dirección al océano arbolado,

esa masa gigantesca que se arroja sobre otra masa,

paciente y lenta contra la

testaruda tierra,

*luchando por conseguir no se sabe
qué extraña inversión,*

*la de ese monstruoso nacimiento
cuando, después de*

*trabajar durante largo tiempo,
emergió una extremidad cubierta de
yerbajos,*

*una cabeza y, finalmente, el
cuerpo de la tierra,*

*siempre atacada y erosionada por
un mar materno,*

*un mar celoso que ama su antiguo
tormento.*

ENFERMERA. ¿Por qué no va a sentarse un rato en el salón? ¿No se cansa de estar en cama todo el tiempo?

PACIENTE. Unos celos que aman.
Su tormento.

ENFERMERA. ¿Le duele algo?
¿Dónde?

PACIENTE. Yo no. Usted. Ama y
atiende su dolor celosamente.

ENFERMERA. No me duele nada,
se lo aseguro.

PACIENTE. Flota sobre alas
perezosas a lo largo de millas de
espuma, y allí, abajo, la pequeña forma
extendida como el águila se agarra a la
roca negra cual hombre que se ahoga,
consciente dé que la gran ave planea
sobre su cabeza y de que no puede alzar
la voz, las alas o los vientos quien la
sigue hipnotizado en golfos cristalinos,
con un rugido en los oídos, extinguidos

por la corriente.

ENFERMERA. Tómese estas píldoras. Eso es, muy bien.

PACIENTE. Quién no se ha hundido como se hunde el ahogado, en lechos de sol donde todavía la curvatura de la ola colgante retiene tanta luz como un cristal, por donde un pez precioso se desliza como un pájaro. Luego, en las profundidades medias, donde reina la penumbra, la luz es difusa como en la espesura de la selva. El cae, cae, pasa junto a brazos prensiles, mandíbulas espinosas y traicioneros abismos de muerte, hasta por fin yacer en el lecho del océano.

Aquí las rocas están encopetadas

con helechos encendidos,

*y los peces que emiten una débil
fosforescencia nadan entre las algas,
y flotan bancos de luz que
parpadean como ojos.*

*Aquí se despierta toda la
curiosidad lógica de la noche.*

*¿Se trata de una dulce mujer
ahogada flotando en su cabello?*

*Los piojos de mar saltan sobre
rocas pálidas hinchadas como sapos.*

*¿Es éste un resplandor de carne
opalescente?*

*Las grandes válvulas cierran cual
puertas blancas de un compartimento
estanco.*

*Se estiran trémulas como un rostro
realzado por la inhalación de*

*cloroformo, el rostro sonriente
de quien ella amó una vez y ahora
ha olvidado a medias,
se eleva como una luna pálida que
atraviesa las franjas acuosas,
y pasa con ojos albinos como la
luna inerte desde hace tanto tiempo.*

*Va armado con la indiferencia del
sueño de las profundidades
y flota inmune entre raíces
marinas alimentadas con carne,
entre esqueletos amontonados
contra los techos de las cuevas
como enjambres de arañas
blanquecinas y trepidantes,
mientras en máquinas ocultas,
recubiertas de pálidas algas,*

*se balancean los ejes y pistones
bajo el verdor...*

ENFERMERA. Por favor. Está usted alterado. Todo el mundo tiene sus altibajos. Todo el mundo ha atravesado alguna crisis en su vida. Incluso yo misma. Piénselo.

PACIENTE. No todo el mundo ha conocido estas profundidades,
las simas negras e imprevistas del mar,
donde todo resplandor solar muere mucho antes,
y el agua corrompida, espesa, lenta y pestilente...

ENFERMERA. De nada le servirá escupir las píldoras.

PACIENTE. Pestilente,
corrompida, corruptora, todo
[absolutamente corrompido...

ENFERMERA. Bébase esto y
tráguesela; así, estupendo.

PACIENTE. Usted me despierta y
usted misma me duerme. Me despierta y
luego me sume de nuevo en el sueño.
Quiero despertar ahora. Quiero
despertar.

ENFERMERA. Entonces
incorpórese.

PACIENTE. Pero ¿qué es esta
porquería, qué son estas píldoras, cómo
voy a despertar si usted...? ¿Quién es
ese hombre que me acosa, que pretende
que me hunda como un ahogado y...?

ENFERMERA. El doctor X cree

que este tratamiento le hará bien.

PACIENTE. ¿Dónde está el otro, el luchador?

ENFERMERA. ¿Se refiere usted al doctor Y? Volverá enseguida.

PACIENTE. Debo ascender del fondo del mar. Debo salir a la superficie, con tormenta o sin ella, porque Ellos nunca me encontrarían allá abajo. Ya cuesta bastante creer que Ellos quieran venir a respirar este aire denso, viciado y repleto de humo; pero esperar que desciendan al lecho del mar, donde reposa tanto pecio, no, no es razonable. No, debo subir y darles la oportunidad de verme allí, aovillado en el hueco de una roca caliente.

ENFERMERA. Sí, desde luego,

muy bien. Pero no se atormente así..., por el amor de Dios.

PACIENTE. El amor de Dios es otra cosa. Debo despertar. Es esencial. Debo permanecer alerta, o nunca saldré, nunca escaparé.

ENFERMERA. Bueno, no sé qué decirle. Quizás este tratamiento no sea bueno para usted. Pero haría bien en acostarse. Eso es. Vuélvase. Bien tapado. Eso es. Silencio. Silencio. Chsssssssss.

PACIENTE. Duérmete, niño, arrullado por la tormenta que si no le haces daño ella tampoco te lo hará a ti.

Me han privado del sentido, de todos mis recursos. Me he tornado

inflexible ante un torbellino de cambios. Cuando estaba en el Buen Barco *Lollipop*, el viento y el mar me retenían allí. Cuando estaba en la balsa, no había nadie más que yo. En esta roca estoy firme, bien sujeto. No me queda otra cosa que hacer que agarrarme bien y aguardar. O zambullirme como un buceador al fondo del océano, donde todo está tan oscuro como intestino de pez y no hay adonde ir más que arriba. Pero existe una alternativa, sí: la de pedir que me lleven, ¿no? Aferrarme a la cola de un pájaro o un pez. Si los perros son los amigos del hombre, ¿cuáles son los del marino? Las marsopas. Ellas nos quieren. Se dice que los seres prefieren siempre a los de

su clase, pero ¿cuándo ha matado una marsopa a un hombre? Nosotros, en cambio, hemos matado muchas, y a menudo no por necesidades alimentarias o por el simple deseo de matar, sino por curiosidad. Una marsopa me llevará hacia mi amor. Una marsopa cantarina, de lomo suave, brillante y negro, mirada tierna y morro alargado, como si silbara. Resiste, marsopa, pobre marsopa, en tu mar envenenado, lleno de desechos malolientes procedentes del intestino humano y de la mente criminal del hombre; no mueras todavía, aguanta, aguántame, y sácame de este circuito del norte helado y cortante, llévame a la suave corriente del sur y a las ansiadas playas. Vamos. Bajo el mar, si es

preciso: soy capaz de respirar agua si es preciso; si vamos por encima, saludaré a ese amigo que ha adoptado la forma de un eje de fuego o de un rayo de luz. Dime, marsopa, ¿soy una carga liviana? ¿Una criatura amable? ¿Amable y familiar? Lo que quiero es que me lleves al sur, a una corriente más cálida; ahora el mar está picado, nos levanta y zarandea como en aquella Gran Tormenta, cuando mi balsa se deshizo como un manojo de paja, pero ahora sé que se trata de un cascarrabias, con espíritu creativo para colmo, qué tensión más terrorífica, qué esfuerzo, ahora estamos fuera, sí, fuera y lejos, nadando hacia el oeste, aunque en dirección suroeste, en el sentido contrario al de

las agujas del reloj, mientras que antes íbamos hacia el oeste y en el sentido de las agujas, sin otro destino que las Antillas y la Florida, para pasar por el mar de los Sargazos y la corriente del Golfo y el viento del oeste y la corriente de las Canarias, dando vueltas y vueltas y vueltas y más vueltas; mas ahora, oh, marsopa, en esta burbuja delicada que es nuestra Tierra y que gira azul, verde, tornasolada, mientras los vientos y el agua se desplazan hacia el norte girando de izquierda a derecha, formando espirales monumentales de aire, luz y agua; ahora en cambio, oh, marsopa, amigo cantarín, hemos tomado otra ruta, pero resistiré, me agarraré con uñas y dientes al último aliento de tu paciencia,

siendo paciente a mi vez, hasta que al fin me deposites en esa tierra, porque, oh, marsopa, debes asegurarte de llevarme allí, debes transportarme realmente hasta ese lugar, y no dejar que me desvíe demasiado hacia el sur, arrastrado por la corriente del Brasil de mi mente; déjame por el contrario apearme de tu lomo resbaladizo en esas arenas de plata de las costas brasileñas donde, ante ti, se yerguen las azules y verdes tierras altas. Allí, allí se encuentran mi destino y mi amor; por eso, marsopa, te ruego que mantengas el rumbo.

Estamos ante la costa. Ahora más que nunca debemos comprobar que nuestra derrota sea la correcta. Aquí no hay rocas, encalladeros ni arrecifes,

marsopa, que amenacen con rasparte la delicada nariz o arrancar tiras de piel de tu liso lomo, pero ante nosotros se extiende el litoral brillante, el peor de todos los peligros que plagan la corriente del Sur, pues si posamos la vista en esa maravillosa costa, deseando estar en ella, entonces nos absorberá de nuevo aquel ciclo del olvido en el que dábamos vueltas y vueltas y vueltas y vueltas a las costas de África con las montañas de hielo del sur por toda compañía; así que sigue adelante, marsopa, y piensa en tu trabajo, que consiste en llevarme a mi destino, y nunca sueñes con esas arenas plateadas, con esas selvas profundas, porque, si lo haces, te fallarán las fuerzas y te

deslizarás hacia el sur como un pez muerto o moribundo.

Allí está. Casi hemos llegado, y el oleaje brama en nuestro interior. Pero cierra tus oídos, marsopa, no mires ni escuches, procura centrar todos tus pensamientos en vencer la fuerte resaca. Adelante. Adelante, con el suave batir de la corriente sur en tu flanco izquierdo. Adelante, que yo tampoco estoy mirando, querida marsopa, porque si no arribase a esa costa ahora y nos deslizáramos hacia el sur de nuevo para dar vueltas y vueltas, te pediría, marsopa, que me trataras como os tratamos a vosotros los hombres, descuartizándome para satisfacer tu curiosidad. Estamos cerca. Sí, muy

cerca. Estamos tan cerca ahora que los árboles de la playa y la tierra que se eleva más allá de la playa tienden sus ramas sobre nosotros como los árboles sobre un río tranquilo. Y llegamos. Pero ¿vendrás conmigo? ¿Te desgarrarás por la mitad esa cola gruesa, lisa, negra y brillante para transformarla en pies que te lleven a las altas planicies junto a mí? No; entonces adiós, marsopa, adiós, regresa a tu mar y sé feliz allí, vive y respira hasta que el veneno que el hombre fabrica en perjuicio de todas las criaturas te alcance y destruya. Y ahora me bajo de tu amistoso lomo, gracias, gracias amable pez. Mis plantas se posan sobre una arena crujiente, y el fleco de la marea me refresca los

tobillos.

Y ahora, al dejar el mar en que he estado dando vueltas y vueltas durante siglos, mi mente presenta varias capas superpuestas, obra del tiempo, como las valvas o los troncos de los árboles. Piso la arena seca y salada y sacudo todo el cuerpo, como un perro mojado.

Debían de ser las diez de la mañana. El sol brillaba a mi espalda desde una altura de media mañana. El cielo estaba despejado, de un color azul intenso y profundo. Me encontraba en una ancha playa de arena blanca que se alargaba unos tres kilómetros en ambas

direcciones antes de torcerse y perderse de vista detrás de unas rocas. Ante mí, una colina recubierta de un espeso bosque arrancaba en el borde de la arena. Una ligera brisa procedente del mar agitaba las hojas de los árboles, que relucían al igual que el agua. La arena centelleaba. Era un espectáculo que infundía sosiego, paz y seguridad, aunque reinaba al mismo tiempo cierta confusión de luz. Respiré aliviado al apartarme del brillo deslumbrante de la arena y cobijarme a la fresca sombra de los árboles. La maleza era baja, lo que me permitía caminar con facilidad. Ya en la playa me había percatado de que el terreno ascendía abruptamente hacia unas rocas que al parecer delimitaban

una meseta. Yo buscaba un camino mientras andaba en dirección oeste bajo las ramas; al fin avisté un sendero arenoso que ascendía hacia el altiplano que se alzaba enfrente. Era una caminata tranquila y relajante. El rumor del oleaje había enmudecido. Arriba, el ramaje guardaba un pesado silencio agudizado por el canto de miles de pájaros. De pronto, delante de mí sonó un ruido tan atronador como el de las olas, que habían quedado cinco o seis kilómetros atrás. Había llegado a orillas de un río que bajaba torrencial de roca en roca hasta afluir a una corriente que discurría con suavidad por un cauce más ancho hasta el mar. El camino bordeaba el río y se estrechaba en su ascenso hasta

convertirse en una simple senda flanqueada por las rocas, junto a la catarata. Yo avanzaba despacio, rociado por una espuma que disolvía la amarga sal marina de mi rostro. Cuando llegué a la cima y volví la cabeza atrás, vi que el terreno formaba una pendiente empinada a lo largo de la costa. El punto en que el río se ensanchaba y sus aguas se apaciguaban tras su descenso rocoso, estaba ya a casi dos kilómetros de distancia. Desde donde me encontraba dominaba una extensión de kilómetros y kilómetros de la espesura que había atravesado; más allá todavía, el azul del océano se fundía con el del cielo entre los mechones blancuzcos de una nube, una suerte de espuma celeste en la

lejanía. Giré sobre los talones. Los promontorios que había divisado desde la playa se alzaban todavía imponentes frente a mí, pues me hallaba aún a una altura media. Y estaba de nuevo en un bosque, más bajo y ralo que el otro, en un lugar donde ya la aulaga y la maleza de las alturas empezaban a entremezclarse. En conjunto esta vegetación tenía un aire más alegre e íntimo que la de abajo, porque estaba poblada de pájaros y monos. Un aroma penetrante flotaba en el aire. Provenía de un árbol que nunca antes había visto. Semejaba un castaño, con unas flores de color malva y rosa como las de la magnolia. La brisa había diseminado este olor de tal forma que parecía estar

en todas partes. Este sitio no destilaba la menor sensación de hostilidad hacia el intruso; por el contrario, yo me sentí bien recibido, como si la aversión y la animosidad no se hubieran implantado aquí todavía. Algo más adelante, recorría el camino a ritmo constante, un animal enorme y moteado como un leopardo salió de entre las cañas de bambú, justo por donde yo iba a pasar, me dirigió una mirada reflexiva y luego se apartó de la senda sin dejar de observarme. Noté que estaba alerta, pues sus ojos verdes se clavaron en mí, sin parpadear, pero con expresión benévola. No se me ocurrió que quizá debía temerlo. Seguí andando con paso firme, acercándome a él. Se encontraba

a sólo unos seis pasos de mí y parecía sumamente grande y poderoso. Aunque estaba agazapado, su cabeza quedaba más o menos a la misma altura que la mía. Lo miré a los ojos con una especie de gesto de asentimiento, pues supuse que una sonrisa no sería lo bastante expresiva, y entonces, como un gato casero que desea agradecer la presencia o la amistad de su amo, pero es demasiado perezoso u orgulloso para moverse, este leopardo o puma o lo que fuera entrecerró los párpados y emitió un leve ronroneo. Continué andando. La bestia me siguió con la vista y, tras avanzar unos metros en pos de mí, desapareció entre unos matorrales que crecían a la orilla del río y lanzaban

destellos de luz iridiscente, pues centenares de hilos de telaraña reflejaban la luz. Proseguí mi ascenso. Era ya por la tarde, y el sol me daba en los ojos, deslumbrándome. Al mirar atrás, me dio la impresión de que había cubierto al menos la mitad del trayecto entre la playa y mi destino, la planicie rodeada de rocas. No se alcanzaba a ver la enorme depresión en la tierra que acababa de atravesar, junto a las cataratas: el terreno parecía descender en tibia pendiente suave hacia el mar, y sólo una tenue bruma gris delataba la ubicación de las cascadas. La única señal de la existencia de la hondonada era el sonido, el rumor todavía perceptible de las cascadas. Si no

hubiera cruzado esa depresión yo mismo, habría jurado que no estaba allí; por tanto era posible que enfrente de mí hubiese otras brechas y pendientes ahora ocultas por el bosque. El río corría a mi lado, encañonado entre dos altas riberas. Era todo un paraíso para las aves y los monos, y cuando me detuve bajo los árboles para descansar y procurar un rato de alivio a mis ojos, lastimados por el fulgor del sol, avisté en la margen opuesta, en una blanca extensión de arena, unos cervatillos que bajaban a beber. Decidí tumbarme a reposar. Encontré un prado en declive, donde la luz se filtraba por el ramaje, y me quedé dormido entre un mosaico de sol y sombra. Cuando desperté, reparé

en que la dorada bestia de piel moteada yacía junto a mí. Oscurecía bajo los árboles. Había dormido más de lo previsto. Decidí pasar la noche allí mismo, pues colegí que mi amigo, el gran felino, se quedaría a mi lado para protegerme. Encontré además un árbol repleto de unos frutos de un color naranja violáceo y el púrpura que me sirvieron de cena, y como era el primer alimento que ingería en tierra después de tanto tiempo, cada bocado me sabía a gloria. Luego me senté de nuevo a contemplar la claridad cada vez más mortecina del crepúsculo; todo cobraba un aspecto más triste. La bestia amarilla se me acercó hasta ponerse al alcance de mi mano, y se echó con la enorme

cabeza apoyada sobre las patas y los sus ojos verdes fijos en la otra orilla del río. Me dio la impresión de que, en esta hora en que la luz solar abandona esta parte de la Tierra y las sombras trepan desde el mar, mi compañía le resultaba agradable. Estábamos sentados juntos cuando el paisaje desapareció engullido por las sombras: primero el río que fluía por el fondo de la hondonada, luego los árboles de la otra margen, cuyas elevadas copas permanecieron iluminadas un largo rato más, luego los arbustos más cercanos y, por último, los matorros que había marcado para utilizarlos como puntos de referencia en caso necesario, tratando de grabarme en la retina su forma, como si estos

pequeños centinelas pudiesen contener el avance avasallador de las sombras. El bramido lejano de las playas servía ahora de telón de fondo al rumor del río, que a su vez acompañaba el chapaleo y el murmullo de la superficie. Las aves nocturnas se rebulleron y se pusieron a parlotear, posadas en las ramas bajas que colgaban sobre mi cabeza. Y cuando la gran bestia levantó la cabeza y rugió, el sonido retumbó por las colinas y las roquedas, y todo quedó en tinieblas. Oí que algo se movía en los arbustos a mi espalda. Pensé que mi amiga, la bestia, se había ido de caza o hacia un sitio lejano, pero cuando escudriñé la espesura en aquella penumbra de olor dulzón, descubrí dos bestias tumbadas

una junto a la otra. La recién llegada lamía con delicadeza la cabeza de la anterior, que ronroneaba.

La oscuridad resultaba opresiva, pero no hacía frío y, de hecho, notaba cierto calor húmedo en el aire que se introducía en mis pulmones y al salir se llevaba consigo poco a poco la sal que los impregnaba, de forma que mi aliento volvía a ser el propio de una criatura terrestre y no marina. De pronto un resplandor interior surgió de la oscuridad, dirigí la mirada hacia la izquierda y vislumbré el claro iluminado por la luz lunar, que .cabrilleaba en los rápidos del río. La luna en sí todavía no era visible, pero pronto asomó por detrás de los árboles que, desde donde

yo estaba sentado sobre el césped, parecían muy cercanos al centro del cielo. Las estrellas se extinguieron o quedaron eclipsadas por el centelleo del agua, y una claridad tranquila bañó el calvero. Las dos bestias amarillas, que ya no lo parecían, pues su piel oscura moteada de luz semejaba ahora el rastro negro de un animal sobre un suelo plateado de rocío, se estaban lamiendo una a otra, gruñendo suavemente con una actitud intranquila, como si estuviesen deseosas de partir. Al percatarme de ello, decidí reanudar la marcha pese a que había caído la noche. Hacía bastante calor, y la senda que ascendía por la orilla del río era de arena lisa, libre de rocas, surcos y otros obstáculos.

Además, la lima iluminaba el camino. Me levanté y, algo apesadumbrado por alejarme del dulce aroma de aquel claro, me encaminé hacia las alturas, seguido a pocos pasos por los dos grandes gatos, cuyos ojos verdes vi brillar a la luz de la luna cuando me volví para asegurarme de que venían detrás de mí; y es que se movían con absoluto sigilo, como dos sombras plateadas.

La noche me pareció muy corta. En un santiamén la luna, al igual que el sol unos momentos antes, se ponía, delante de mis ojos, inundándolos con su solemne poderío; era como si el brillo lunar me lavase el interior del cerebro. Luego miré atrás y comprobé que la

aurora teñía el cielo de rojo y dorado sobre el mar. A mi izquierda, el río, gris en estos instantes que preceden al amanecer, no se deslizaba con una corriente rápida y constante, pues era ahora más ancho y menos profundo, y su curso se veía obstaculizado por piedras y pequeñas cascadas e islas. Fluía a gran velocidad tras su paso por una enorme caída que se hallaba unos metros más adelante. El escarpado camino serpenteaba entre unos árboles que se erguían con la retorcida gallardía característica de las plantas forzadas a crecer en una pendiente muy pronunciada de un terreno montañoso erosionado por la lluvia. Estaba muy cansado y, sin embargo, resolví

continuar hasta que el sol me brillara de nuevo en la cara. Seguí adelante, aunque lentamente, pues el camino era una senda, a veces una simple hendidura entre dos rocas, casi siempre resbaladiza debido a la humedad del río.

Seguí caminando, siempre hacia arriba, medio aturdido por el estruendo del agua al caer, por los vientos cortantes y desagradables que parecían soplar desde todas partes, dejándome sin aliento. Con todo, la viveza de este aire y el esfuerzo por llenar mis pulmones me estimulaba, de forma que todo cobró una especial nitidez ante mis ojos, debido a mi estado de lucidez y a la luz refrescante y desprovista de sombras del amanecer. Me hallaba tan

cerca del borde de la altiplanicie, con sus peñas arracimadas, que temía que los vientos las impeliesen colina abajo contra mí para que me aplastaran, o que toda esa masa se desprendiera y se produjese un corrimiento de tierras, tal como advertí que había ocurrido más abajo, en la ladera. Continué andando, a pesar de todo, agarrándome a ramas y arbustos, a matas y cañas que me arañaban los brazos y las manos. Si los vientos no se hubieran llevado todo mi sentido común, de seguro que habría dado media vuelta; pero, aunque lo que veía me llenaba de malos presentimientos, proseguí mi ascenso como un robot. Ya no me cabía la menor duda: delante de mí había una grieta muy

estrecha, tal vez demasiado peligrosa para cruzarla, y, más arriba —si conseguía llegar a esa altura— me encontraría ante una roca enorme y lisa como el cristal que se elevaba hasta el mismo borde de la escarpa. Al parecer no había rodeo posible. A un costado de la peña el río, más que correr sobre un lecho de roca, se precipitaba hacia abajo. Todo lo que alcanzaba a vislumbrar por ese lado eran masas de agua y espuma. Al otro lado, una cuesta muy empinada que bajaba hasta la orilla de un precipicio. Me habría resultado imposible desviarme hacia la derecha, pues cuando arrojé un simple guijarro se desencadenó un alud que retumbaba entre los árboles, allá abajo. Sin

embargo, la senda subía hasta aquí paralela al río; alguna persona o animal la había usado..., y su destino parecía ser esta brecha que se abría delante de mí. Por eso me atreví a penetrar en ella. La luz del sol matinal brillaba con fuerza en el cielo azul sobre mi cabeza, pero allí abajo me envolvía una penumbra que hedía a murciélagos. Me costaba un enorme esfuerzo avanzar, con los pies apoyados en una pared, y la espalda y los hombros en la otra. Era un proceso lento y doloroso, pero finalmente me planté de un salto en un saliente de la roca de cristal. Miré hacia abajo: la vista de los bosques surcados por el río era magnífica; al otro lado de los árboles se divisaba la franja blanca

y circular de arena, y más allá, todo un horizonte de mar. Aquí arriba el aire estaba impregnado del olor penetrante del rocío y del perfume de las flores de los bosques de más abajo. Tenía la sensación de que la maloliente grieta por la que había pasado no formaba parte real de mi viaje, pues su estrechez y oscuridad se me antojaban inconciliables con los amplios espacios que había atravesado; sin embargo, lo cierto es que había pasado por allí, y me propuse no olvidarlo. De no haber emprendido esa penosa subida a través de la hendidura, no estaría donde estaba, un camino sin salida, al menos aparentemente. Yo deseaba continuar subiendo, ya que no había otra solución,

pero no había manera. El saliente sobre el que estaba apenas medía un metro de ancho, y sus dos extremos desembocaban en el vacío, como descubrí tras una breve exploración. Enfrente de mí se erguía esta roca negra y lisa como el cristal. Intenté escrutar su interior con la vista, tal como había escrutado otras veces las olas del mar. La diferencia era que en la roca no había peces que me miraran, sólo el reflejo de un rostro desaliñado con barba de muchas semanas. Y no sabía qué hacer. Era imposible trepar por aquella roca. Medía al menos siete u ocho metros de altura y no había una sola prominencia o hendidura de donde agarrarse. Me senté, de cara al sol de la mañana, al este, de

donde había venido, pensando que ese lugar era tan bueno como cualquier otro para morir. Sin embargo, algo se movió en la grieta y avisté la cabeza del felino amarillo, que subía con cautela, pues era un ascenso difícil incluso para él. Detrás venía su amiga o su compañera. Me aparté para dejarles espacio sobre la plataforma, pero no permanecieron a mi lado. Primero uno y luego el otro posaron en mí sus ojos verdes. Sus cabezotas cuadradas, empenachadas y amarillas se recortaban contra el profundo azul del cielo. Luego, uno detrás del otro, se plantaron en lo alto de la roca cristalina de un par de saltos grandes y ágiles. Divisé las dos cabezas, todavía enmarcadas por el cielo azul,

mirándome desde las rocas, unos diez metros más arriba. Me acerqué a la punta desde donde habían saltado, sin dar crédito a mis ojos, y caí en la cuenta de que en la rasa superficie cristalina había una veta más áspera, como un sendero, sólo visible cuando la luz incidía en ella desde un ángulo muy concreto. Su rugosidad no era la del árbol de corteza gruesa, sino la del granito en bruto. Sin el ejemplo de las dos bestias, no hubiera soñado siquiera con trepar por aquella franja granulosa; mas ahora me coloqué en el sitio más alto posible, alcancé con las palmas los bordes y descubrí que si no pensaba en lo temerario de aquel acto, mis manos y pies se agarraban con firmeza a la cara

de esta roca dura que respiraba. Me percaté de que había sobrepasado el límite que había estimado infranqueable, entre las peñas que bordeaban la altiplanicie que había fijado como destino de mi viaje. Resultaba evidente que esta elevación, mi meta desde el momento en que había desembarcado en la playa de allá abajo el día anterior, no era sino una llanura baja en comparación con las montañas que se alzaban enfrente, unos ochenta kilómetros al oeste. Ahora, al bajar la mirada, el camino por el que acababa de subir no me parecía gran cosa; incluso la cima escarpada de cristal que acababa de escalar me imponía tan poco respeto como... como cualquier cosa conseguida

con relativa facilidad. El ancho río aparecía simplemente como un hilo de plata brillante. Las cascadas más bajas, a casi veinte kilómetros de distancia, donde el terreno selvático descendía abruptamente, no eran más que una hilera de copas de árboles ensombrecidas, y una blanca nube sobre el ramaje señalaba el emplazamiento de la catarata de varios kilómetros de largo. En cambio, de las cascadas más altas, cuya agua pulverizada alcanzaba la misma cumbre en que me encontraba, no percibía más que el sonido, pues su vertiginosa caída no era ya visible para mí.

Ante mis ojos se extendía la costa, y, más allá, el océano azul. Y era como

si en el mundo no hubiera nadie más que yo. Ni un barco en el mar, ni una canoa en el río, y, en los bosques de allí abajo, ni una columna de humo que indicara la presencia de una cabaña o un viajero que estuviese preparándose algo de comer.

En la meseta donde me encontraba, la vegetación era diferente. Aquí crecían los árboles típicos de la sabana: estilizados, alegres y con las ramas dispuestas en varias capas, así como unas hierbas altas y verdes que pronto se tomarían doradas. Mientras contemplaba las montañas, cuyas cimas, azules en ese momento estival, debían de quedar recubiertas de nieve en invierno, me llegaba desde mi izquierda el borboteo

de agua que corría. Y como un kilómetro al sur, en un promontorio, encontré el origen del ruido. El río, cuyo curso yo había seguido desde el mar, discurría ahora veloz por un lecho de piedras. Era un arroyo, un arroyo con pequeños brazos, remansos que servían de abrevadero a los pájaros, pequeñas playas donde incluso un niño habría podido jugar a salvo de cualquier peligro. Sin embargo, éste no era el río que caía con gran estrépito por la cascada del acantilado y por aquellas paredes de cristal pulidas con toda seguridad por el agua. No; aproximadamente a un kilómetro del borde del acantilado se abría en el cauce una sima de unos doscientos

metros de ancho. La gran masa de agua se sumía allí, casi sin hacer ruido, y desaparecía bajo la tierra. Era fácil ver el curso que seguía la corriente hace miles o millones de años, porque al otro lado de la grieta que se tragaba el agua se divisaba el antiguo lecho, una especie de rambla no muy profunda pero amplia que se ensanchaba aún más cerca de la escarpadura desde donde caía, hoy muy rocosa y plagada de maleza y arbustos. El canal era más hondo a un lado, donde probablemente se formaba un remolino, como sucede con las masas de agua a las que la naturaleza impide abrirse paso de frente y van serpenteando, ejerciendo presión primero en una orilla y luego en la otra. Pero el agua nada sabía del

pronunciado desnivel que había más adelante y que habría hecho inútiles los meandros; el río se despeñaba al llegar al borde. Cuando me acerqué, descubrí que aún quedaban rastros del erosionado y liso camino que seguía el riachuelo cuando era cascada, entre las piedras dispersas al pie de la pared de cristal que creí infranqueable. Y el río emergía de pronto, unos treinta metros más abajo, tras su paso subterráneo por dentro de la roca. Brotaba tan rugiente, espumoso y cristalino como había entrado, como si no hubiera probado el aire del interior de la Tierra. Después de salir, descendía de golpe y saltaba en gotas diminutas, tal como yo había visto por la mañana, mientras subía por la

orilla.

Me fijé de nuevo en la sima de la llanura, en la que el río se abismaba con la misma brusquedad con que el agua se va por un desagüe, y advertí que sobre la gran hendidura el aire se emborronaba de espuma iridiscente. Ante mis ojos volvía a ponerse el sol. Debía buscar un lugar donde dormir, pues, al repasar mentalmente los días y noches que habían transcurrido, era incapaz de recordar cuándo había disfrutado de un sueño tranquilo y reparador por última vez. Desde luego, eso no había ocurrido después de que desembarcase en esta costa amiga, pues esa cabezada de media hora que había echado mientras el sol se ponía y la

bestia amarilla vigilaba no coincidía con mi idea de dormir. Tampoco había pegado ojo cuando viajaba sobre el lomo benévolo del delfín, y menos aún sobre la roca o la balsa. A mi espalda, el tiempo se extendía luminoso, brillante, peligroso y uniforme, sin los marcados cortes de la oscuridad. Y es que, cuando miramos atrás, generalmente se nos figura que en nuestro camino las sombras negras y definidas alternan con espacios de luna o de sol. Empezaba a creer que me estaba convirtiendo en una criatura que había superado la necesidad de dormir, y eso me complacía.

Decidí contemplar la caída de la noche en compañía de mis amigos, las

grandes bestias amarillas, y regresé, en un mundo teñido de atardecer, hacia donde ellas me habían enseñado cómo traspasar el insalvable cristal. Pero se habían ido. El aire volvía a estar lleno de la soledad del atardecer. Me invadió tal melancolía que me entraron ganas de llorar, o incluso de ocultar la cabeza bajo una manta —si hubiera tenido una— y deslizarme con mi tristeza hacia el interior de una regresión de la luz. Con todo, el espectáculo era demasiado grandioso para perderse la puesta del sol tras los azules picos de la lejanía. El manto de la oscuridad se tendió primero sobre el mar, luego sobre los bosques, trepando poco a poco hasta donde yo me hallaba sentado con la espalda contra un

árbol lo bastante pequeño y elástico para que el tronco oscilase cuando empezó a soplar la brisa nocturna. Vi de nuevo salir la lima, aunque aquella noche yo estaba tan alto que vislumbré primero la llamarada de diáfana plata en la oscuridad del cielo del este; luego, un centelleo vigoroso y argénteo en el lejano océano, y por último la primera rodaja plateada cuando la luna emergió del agua. Se trataba de una noche tan templada y ligera como la última. Me senté a mirarla pasar, esperando a mis espléndidas bestias. Pero no vinieron. ¡No vinieron! Ya no vinieron más. No las volví a ver, aunque en ocasiones, cuando me pongo de pie sobre la hilera de rocas de la altiplanicie y dirijo la

vista hacia las copas de los árboles de allá abajo, me da la impresión de que atisbo unas figuras amarillas que se mueven en la oscuridad, o me imagino que diviso junto a un río, que desde aquí no es sino una sinuosa línea verdeazul, un punto amarillo: la bestia que se agacha para beber. A veces, la carraspera de un animal o un rugido más atronador que el de todas las cascadas me hace pensar en ellas y confiar en que ayudarán al próximo viajero que recale, tras una travesía larga y accidentada, en esta gloriosa costa.

Al igual que la anterior, la noche fue corta. Posiblemente dormí algo, aunque debió de ser un sueño muy ligero, deslumbrado por la luz que me

daba de lleno en los párpados, de modo que por la mañana se extendía a mi espalda un prolongado espacio de tiempo uniformemente coloreado de un plateado frío y refrescante. Pensé que quizá debería intentar alcanzar las montañas en cuanto saliera el sol; pero al alba —cuando la pequeña burbuja que es la Tierra giró de tal modo que el punto en que me encontraba quedó orientado hacia el sol—, advertí que el árbol en que me había apoyado toda la noche hundía sus raíces en una quebrada y que esta quebrada se abría en una gran roca plana y que...

Convenía que vigilase los movimientos de mi mente con atención, porque de pronto había entrado en ese

estado en que todo parece ralentizarse, como cuando, al caer de una escalera, a uno todavía le queda tiempo de pensar: debo ir a parar allí, justamente allí; debo volverme en el aire con sumo cuidado de forma que mi espinazo no se golpee con el borde afilado. Y así uno gira en el aire y dispone incluso de tinajas fracciones de segundo para decirse: tal vez salga malherido de esta caída. ¿Hay alguien en casa a quien pedir ayuda? Y todo esto en un lapso normalmente demasiado breve para formular un pensamiento siquiera. Sin embargo, nos equivocamos si analizamos la maquinaria de la mente y el tiempo como fenómenos separados: son lo mismo. Sólo en estos momentos tan

intensos somos capaces de reconocerlo. Al contemplar la roca plana, que evidentemente estaba labrada, pues se apreciaban marcas humanas en los bordes, mi mente comenzó a funcionar más despacio, mientras el tiempo, por el contrario, se aceleraba, o quizás era el tiempo el que transcurría lento, en tanto que mi pensamiento se agilizaba, por expresarlo en términos acordes con nuestra forma corriente de razonar. Fuera cual fuese el proceso, me puse inmediatamente alerta y muy exaltado, me levanté maquinalmente, mirando en derredor. Me hallaba ante los cimientos de una gran casa, o templo, o edificio público de algún tipo, que ahora veía con claridad. Se extendía en un

perímetro de unos doscientos metros en tomo a mí, bajo la hierba. Lo curioso es que el día anterior me había pasado inadvertido al escrutar aquella sabana cubierta de hierba y salpicada de piedras y árboles bajos. Ahora los cimientos en ruinas resultaban inconfundibles. Era como si el ser consciente de lo que iba a ver desvelara ante mí lo que de otra manera habría permanecido oculto; casi creía que mis ojos habían creado aquella visión. Me parecía asombroso que la víspera yo hubiese trepado por la escarpadura, dispuesto a encontrarme con cualquier cosa, desde ciudades habitadas hasta hombres con un ojo en medio de la frente, y a pesar de todo hubiese pasado

por alto lo que ahora era tan evidente. Esta ciudad, fortaleza o pueblo derruido era de piedra. Tanto los suelos como los cimientos estaban muy a la vista. Por todas partes había pilares, columnas y dinteles de piedra. Anduve hacia el norte durante un rato, pero en aquella dirección la ciudad no parecía tener fin. Caminé hacia el oeste; la ciudad se dilataba hacia el horizonte. Las losas y los pedazos de piedra llegaban hasta la orilla del río por la que había caminado el día anterior, sin descubrir ruina alguna; a pesar de que se extendían hasta el mismo borde de la escarpadura. Aquí, en este sitio desde donde se dominan el mar y los bosques, se asentaba en otro tiempo una ciudad muy grande y muy

hermosa.

Ya no era posible para mí abandonar el lugar. Antes del alba había acariciado la idea de proseguir mi camino hasta las montañas, pero ahora esta antigua población me atraía. No podía dejarla, a pesar de que no encontraba un refugio donde cobijarme. Fui de un lado para otro durante un rato, mientras el sol se elevaba rápidamente sobre el océano verdeazul. Yo albergaba la esperanza de dar con una casa, un recinto o algún refugio donde guarecerme en caso de lluvia o viento. Y lo encontré. En el terreno que había explorado —o creía haber explorado, aunque era realmente difícil precisar por dónde había pasado, con tanto ir y venir

— vi unas ruinas que sobresalían de la tierra, y cuando me acerqué me percaté de que aquella masa de piedra había sido en otro tiempo una casa muy grande, un centro de reuniones o un almacén. Había muros de mampostería sin mortero todavía enteras, de unos quince metros de alto. El emparejamiento y el labrado de la piedra, de un cálido amarillo terroso, una especie de arcilla endurecida por los años, estaba fina y minuciosamente trabajada, como atestiguaban los motivos ornamentales tallados en ella. El suelo, sólo ligeramente cubierto de tierra amarillenta y escombros, era de mosaico azul, verde y dorado. Entré en una habitación enorme con grandes

puertas en los extremos que daban a recintos más pequeños, de paredes más bajas. Pero no había techos ni tejados. Recorrí el edificio, pared tras pared. Estaba entero, salvo por los techos, de modo que sobre mi cabeza brillaba una claridad azulada que más tarde cedió el paso al sol mismo, cuyo resplandor proyectaba en el interior negras sombras que alternaban con zonas de luz dorada. No faltaba una sola piedra de los muros, ni un solo fragmento de mosaico de aquellos suelos tan espaciosos. Y, sin embargo, no había visto antes estos edificios que ahora descollaban silenciosos sobre la hierba. Me asomé a la puerta y ya no me sorprendí al descubrir que estaba rodeado por las

ruinas de una ciudad de piedra, que se extendía desde el parapeto de las piedras gigantes hasta donde alcanzaba la vista. Crecían árboles entre los edificios, donde antes había habido jardines, como testimoniaba la presencia de toda clase de plantas y flores olorosas, así como de canales que debían de conducir el agua de casa en casa, con cauces de piedra tan bien conservados como si seres invisibles se encargasen de su mantenimiento. Había, pues, una gran variedad de casas para elegir. El problema era que todas estaban desprovistas de techo. Es muy probable que en el pasado estos edificios tuvieran una techumbre de paja obtenida a partir de las hierbas altas que

abundaban en el lugar. ¿Qué clase de ciudad era ésta, que estaba en tan buen estado que parecía habitada por espíritus amistosos y trabajadores, pero en la que no había tejados? ¿Y en qué otra ciudad de piedra de esta categoría y magnificencia se techaban los edificios con paja?

Escogí al fin una casa pequeña con un jardín de rosas y agua que corría tanto por conductos abiertos como por cañerías cerradas. Se alzaba cerca del borde de la escarpa, desde donde se abarcaban el cielo y el mar, lo que permitía a la vista pasearse desde las cascadas rocosas que se encontraban bajo la pared de cristal hasta las cataratas, los sombríos y frondosos

bosques, las playas, el océano, el cielo, y luego regresar siguiendo el camino del sol hasta posarse justo en el cénit, donde los ojos habían de desistir, ofuscados, y descender hacia mis pies, plantados en la orilla de la escarpadura.

¿Con qué techar mi casa? Esta pregunta respondía a mi pregunta anterior; ¿con qué la techaban sus antiguos habitantes? Y la respuesta fue: con arcilla. Entre las piedras de los viejos cimientos y las de los canales no había otro material aglutinante que la arcilla. Y cuando la rocié con agua, la densa y pesada sustancia de los alfareros de antaño tomó forma en mi mano. En otro tiempo las construcciones de esta ciudad habían estado coronadas

por tejas de arcilla, material más vulnerable a la acción del tiempo que la piedra, por lo que dichas tejas acabaron por desmoronarse y disolverse bajo los embates de la lluvia y el viento, muy frecuentes en estas alturas tan expuestas a las tormentas. Pero ¿dónde estaba la gente? ¿Por qué había quedado vacía y abandonada la ciudad? ¿Por qué, si aquel lugar parecía idóneo para fundar una comunidad? Había buen material a mano para construir los edificios; las casas se hallaban en perfectas condiciones excepto por sus tejados, había agua y un clima propicio para toda clase de flores y vegetales. ¿Acaso habían fallecido un día esos cientos de habitantes como consecuencia de una

epidemia? ¿Habían huido, atemorizados por un terremoto, o muerto en una guerra? No había forma de saberlo; por eso decidí no pensar más en ello. Me quedaría aquí durante algún tiempo. Y no me molestaría en fabricarme un techo. Las paredes daban sombra suficiente, y la temporada de lluvias todavía no había llegado; además, aunque lloviese, el agua se escurriría enseguida hacia zonas más bajas. No era desde luego un sitio frío ni húmedo.

Encontré un árbol de follaje aromático, algo parecido a un eucalipto, pero de hojas más finas. Arranqué brazadas de ellas y me las llevé al abrigo de un muro, para improvisar una cama mullida y calentita en la que

podría acurrucarme si la noche refrescaba demasiado. Recogí unas finitas dulces y rosadas, semejantes a los melocotones, que colgaban sobre uno de los canales. Bebí agua y caí en la cuenta de que mis necesidades como animal estaban cubiertas. No tenía más que recolectar fruta y hojas nuevas cuando las de mi cama se marchitaran. Por lo demás, no me restaba más que sentarme al borde de la escarpadura a contemplar las nubes y el mar, seguir el curso ascendente y descendente de la luna y adaptar de nuevo el ritmo de mi sueño y mi vigilia al del día y la noche.

Por otra parte, no había motivos para sentirme solo. En aquella ciudad reinaba la misma atmósfera que en las

poblaciones habitadas, como si estuviese dotada de alma o ser, como si me conociera. Las paredes parecían reconocerme al pasar, y cuando la luna salió por tercera vez desde mi llegada a esta costa, yo me paseaba bajo los árboles, por las avenidas de piedra, como si estuviera entre amigos.

Muy tarde, cuando la luna ya casi se había puesto tras las montañas, yo me acostaba en mi lecho de hojas que despedían un olor delicioso y dormía un buen rato. Era un sueño ligero y placentero del que no me costaba despertar; en él yo hablaba con mis queridos compañeros del barco, George y Charlie, James y Stephen y Miles y los demás; a esta conversación se unían

Conchita y Nancy con sus canciones y risas. Cuando abría los párpados bajo el sol que resplandecía sobre el mar verdeazul, estaba convencido de que algo reclamaba mi atención. Mis amigos se encontraban alrededor de mí, lo sabía, y de alguna manera también sabía que se componían de la misma sustancia que aquella piedra cálida y terrosa, así como de aire; pero no me bastaba vivir allí y respirar ese aire. Me incorporaba de golpe, como impulsado por la conciencia de que había algo que hacer, me acercaba al canal más próximo y me lavaba la cara y las manos. Admiraba mi impresionante barba de marinero, mis duros, morenos y soleados brazos y rostro; comía algunos de esos frutos que

semejaban melocotones y deambulaba entre las casas que tenían el cielo por techo para ver qué encontraba... Me extrañó no haberlo notado antes: entre los edificios, en lo que parecía el centro de la ciudad antigua, estaba lo que muy bien pudo ser la plaza principal, una extensión de piedra lisa desprovista de flores y canales de agua. Medía unos setenta o cien metros de largo y comprendía un círculo de unos cincuenta de diámetro. Había resquicios entre las piedras por las que había penetrado la tierra y de las que habían brotado algunas hierbas; pero la plaza era prácticamente plana y permanecía a la espera de que yo hiciese lo que tenía que hacer. En ese momento supe en qué

iba a consistir mi tarea. Debía preparar aquel círculo limpiando toda la suciedad suelta y arrancando los hierbajos. Así pues, acometí mi labor. Me llevó más tiempo de lo normal por no disponer de los utensilios adecuados. Desgajé una rama resistente y la usé como escoba. Una vez que hube barrido el polvo y desherbado el suelo, comencé a rociarlo con agua que traía de los canales cercanos en las manos ahuecadas. Sin embargo, era un proceso lento. Por fortuna, encontré una piedra cóncava que acaso sirvió para moler el grano en ella y la usé para transportar agua. Limpiar y preparar este círculo en el centro de la ciudad me llevó casi una semana, durante la que trabajé día y noche. Sólo

descansaba entre el ocaso y la salida de la luna, y entre la puesta de la luna y el amanecer, cuando no eran inmediatos.

No estaba cansado. No me fatigaba en absoluto este trabajo. No esperaba de él nada especial. Actuaba movido únicamente por la certeza de que esto era lo que había que hacer. Suponía que era lo que mis amigos me habían indicado, pues se me ocurrió después de soñar con ellos.

La luna ahora estaba en su cuarto menguante y formaba un triángulo con el Sol y la Tierra, mientras que cuando llegué a esta costa había luna llena. Me senté en el borde de la meseta, de espaldas al sol, que estaba al otro lado de la Tierra, y los dos mirábamos a la

luna. Entonces el eje de las tensiones y antagonismos entre ambos astros atravesaba la Tierra, que se hinchaba, con sus mares y sus continentes, debido a la atracción que ejercían sobre ella la Luna o el Sol al pasar por encima; pero ahora que la Tierra mitigaba la tensión entre el Sol y la Luna, la marea estaba baja, el cielo azul brillaba con una luz diferente, algo más pálida, mientras que la Luna emitía un resplandor más azulado y las estrellas titilaban. No sé por qué, pero llegué a creer que era la próxima luna llena lo que yo aguardaba.

Trasladé mi montón de hojas secas al perímetro del círculo de la plaza. Ahora que la superficie de piedra estaba limpia, relucían las losas y los dibujos

geométricos que figuraban flores y jardines celestes.

A la pálida luz lunar los juegos geométricos blancuzcos parecían cobrar relieve, mientras yo yacía acodado sobre mi lecho de hojas. Bajo el brillo lunar cada vez más débil, escuchaba el susurro del viento en la hierba, el correr del agua invisible en sus canales y, de cuando en cuando, el suave golpeteo de una hoja seca de mi cama al rodar y deslizarse sobre el suelo de piedra. Yo permanecía vigilante durante toda la noche, pues temía estar equivocado y que el esperado Cristal bajara ahora con la luna menguante. Cuando decidía dormirme, me tumbaba boca arriba, con un brazo sobre la piedra que conservaba

el calor del día; cerraba los ojos y dejaba que la luz de la luna y las estrellas me bañara la cara. Mi sueño se regía por los movimientos de la luna, que me obsesionaba, o más bien me obsesionaban sus idas y venidas, sus evoluciones imprevisibles y enloquecidas trayectorias circulares y elípticas alrededor de la Tierra, de tal manera que unas veces se acercaba al norte, otras pasaba sobre mí, a unos 15 grados sur, y, en ocasiones, incluso describía una curva tan baja que, cuando me tendía con la cabeza al norte y los pies apuntando al Antártico, su trayectoria estaba a la altura de mi rodilla. De la oscuridad del espacio surgía una llamarada de gas blanco, y

algunas partículas revoloteaban en el halo de esta lámpara; el problema era que las que se apartaban de la llama central se licuaban o se convertían en una materia muy tenue, fluidos o sopas también en órbita, y que en torno a estas diminutas partículas o gotas giraban otras, más pequeñas aún, en una especie de baile deslumbrante. Cualquiera que lo mirase o viajase hacia él desde el espacio lo vería como una gran lámpara encendida y rodeada de compañeros en órbita, como una unidad; una unidad compuesta por un destello central y los socios que gravitan alrededor, sobre todo si los sentidos de dicho Visitante extraño lo dotasen de una percepción temporal diferente; porque entonces esta

unidad, la del sol y sus socios, quizá se le presentaría como un sistema central envuelto en anillos de fuego y luz, ya que la órbita de un planeta, a ojos de alguien con una noción diferente del tiempo, quizá formaría un solo cuerpo con dicho planeta, y este Viajero Celeste, con sus sentidos adaptados a otra escala, podría muy bien ver el haz circular de la Tierra y la Luna como una misma cosa, como un planeta doble, un haz circular que algunas veces parece doble, como cuando las cerdas de la brocha de un pintor se separan y él traza dos franjas de un solo brochazo. Asimismo, el Viajero observaría los tirones y las tensiones entre las partículas y las gotas que giran

alrededor del sol en una trayectoria cambiante de temblores sutiles, de corrientes y movimientos del viento solar hacia el exterior, y tal vez incluso avistaría en esta migaja de materia que es la Tierra la fuerza de atracción y el impulso transversal de una Luna y un Sol situados en ángulo recto, de forma que aquélla está en cuarto menguante, con sus mareas de agua y tierra y aire en su momento más bajo.

La Luna me mantenía cautivo, jugaba conmigo; era como si ella y yo respirásemos al unísono, pues mi sueño y mi despertar, o mejor dicho, mis estados de vigilancia y de ensoñación, estaban determinados por la presión directa de la luna sobre mis ojos. Y

luego, a medida que menguaba, yo notaba su presencia como una esfera oscura con una faja cada vez más estrecha de luz solar reflejada, y entonces llegaban los dos días en que la Luna finalmente permanecía oculta, interpuesta entre el Sol y la Tierra, con la espalda vuelta hacia nosotros y la cara iluminada hacia el astro rey; de forma que el gran Sol y la diminuta Luna se miraban, frente a frente. La luz solar, con sus sustancias reflejadas, que la superficie lunar proyectaba hacia la ancha cara del Sol, no nos llegaba a nosotros, de modo que no nos bañaba la misma sustancia desde dos direcciones distintas; directamente desde el Sol y, por reflexión, desde la Lima. No, la

Luna nos daba la espalda como un amigo que se marcha. Durante los pocos días en que la Tierra no recibía más calor, alimento y luz que los del Sol (me refiero a la parte del planeta que estaba expuesta a los rayos solares), me sumía en la amargura y la apatía. De día vagaba por los edificios de esta ciudad que se conservaba entera, salvo por los tejados, y seguía la rotación de la Tierra en las sombras que se alargaban y encogían. Durante la noche me sentaba a la orilla de la gran plaza de piedra en cuyo centro refulgía el círculo —sí, incluso a la luz de las estrellas despedía un brillo pálido— y suspiraba por la reaparición de la Luna; es decir, por su vuelta al principio del ciclo en que

reflejaba la luz solar hacia nosotros.

De la misma manera que, en el último trecho del ascenso a la altiplanicie, la cabeza se me había llenado del rumor del río y del ulular de los vientos de las montañas, cosa que me impedía pensar y me obligaba a proseguir la marcha con la mente en blanco, mi cerebro ahora estaba inundado de luz y oscuridad, de la luna y su resplandor plateado —ahora por desgracia reflejado hacia el Sol y el espacio—, y ella era el motor de mis ideas y sentimientos; no el Sol, padre y creador del hombre, no él, sino la Luna, y me resultaba imposible apartar mis pensamientos de ella, ahora que ejecutaba alrededor de la Tierra su baile

macabro.

El recuerdo de la luna me encandilaba y atontaba. Para verla llena de nuevo, remonté el vuelo en mi fantasía hasta navegar por el espacio como en un mar y, con el sol detrás de mí, contemplé la luna; me encontraba en la alta meseta mirando simultáneamente el dorso oscuro de la luna y su cara iluminada, que el sol admiraba a su vez.

Empecé a imaginar que la Luna me conocía, que compartíamos rasgos comunes. Me puse a leer los pensamientos de la Lima. Un hombre o una mujer que pasean por la calle no delatan lo que piensan; sin embargo, sus pensamientos juegan en torno a ellos y recorren sutilmente su sustancia. Una

persona corriente no es capaz de apreciar el movimiento de estos pensamientos. Uno ve un animal vestido, con los músculos faciales relajados o contraídos en una mueca. Los ojos camales sólo ven cuerpo y carne. Si los levantamos hacia la lima o el sol, vemos materia, tierra o fuego, como si se tratara de gente que anda por la calle. La conciencia de la Luna o del Sol escapa a nuestra vista. No hay nada en la Tierra, o cerca de ella, que carezca de conciencia, ya sea Piedra, Árbol, Perro u Hombre. Al fijamos en un espejo, o en el costado cristalino de una ola a punto de romper, vemos formas camales, carne en el tiempo. No obstante, la conciencia que atisba ese rostro, ese cuerpo, esas

manos, esos pies, se desenvuelve en una escala temporal distinta. Un ser que observa su imagen, un mono o un leopardo que se agachan para beber en una charca, ven su cara y su cuerpo, ven un baile de materia en el tiempo. Pero lo que ve este baile está dotado de memoria y esperanza, y la memoria no se halla en el mismo plano temporal; por eso cada uno de nosotros, ya sea caminando, sentado o durmiendo, participa de dos escalas temporales como la yema y el huevo, que comparten una misma envoltura, y cuando una criatura que empieza a cobrar conciencia de su alma, o un adulto que nunca ha concebido más que pensamientos animales, o un adolescente

enamorado, o un viejo moribundo, o incluso un filósofo o un astrólogo, cuando uno de éstos, o tú o yo nos preguntamos, con todo el peso de nuestra vida: ¿quién soy? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué pruebas hay de la existencia de un tiempo que no es mortal como una hoja en el otoño? Y la respuesta es: aquello que formula estas preguntas reside fuera del tiempo mundano... Así pues, miraba el cuerpo de la luna, ahora convertido en un globo sombrío con una porción iluminada que se ensanchaba cada noche. Al contemplar esa migaja de materia no me cabía la menor duda de que albergaba pensamientos, si es que ésa es la palabra acertada, pensamientos, sentimientos,

conciencia de su existencia, al igual que yo, un hombre que yacía sobre una peña en la oscuridad, de espaldas sobre la roca que conservaba el calor solar.

*Luna deforme,
tirana,
que describes círculos,
reflejando el calor,
reflejando el frío,
¿por qué no te alejas en
busca de otro planeta
como Venus o incluso
Marte?*

*Desequilibrada Tierra,
esforzada* *y*

*tambaleante,
que giras salvajemente,
¿cuál es el látigo y cuál
el pomo?*

*No nos queda más
remedio que hacemos
compañía,
dando vueltas y vueltas
y vueltas y vueltas y
vueltas...*

Las reflexiones sobre la Lima son frías y hambrientas, lo sé ahora. Pero entonces, obsesionado y enamorado, suspiraba por ella. Me tumbaba y me dejaba embriagar. Mas esa migaja fría que danza un vals alocadamente

alrededor de nosotros es una gran bebedora de mentes humanas. Ya en la primera fase, cuando había recorrido una cuarta parte de su órbita alrededor de la Tierra y faltaba una semana para la luna llena y el esperado aterrizaje de mi visitante de cristal, yo estaba del todo alunado. No dormía, oh, no, no pegaba ojo. Caminaba, me tumbaba, me arrodillaba o me sentaba, con el cuello hundido en los músculos, con la mirada hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba, de manera que las células de mis ojos, inundados de la luz, zumbaban como los oídos de un hombre con fiebre.

Este sonido se tornaba cada vez más intenso y penetrante. Una noche, cuando el medio disco flotaba en el aire

por encima de mi cabeza, oí entremezclado con éste otro ruido, un ruido terreno, y supe que, fuera lo que fuese, procedía de la llanura que se extendía más allá de la ciudad, hasta las montañas lejanas. Paseé entre las ruinas de lo que hasta este momento consideraba tan mío, y ahora en cambio se me antojaba distante, como si las casas me hubieran vuelto la espalda; al alargar la mano para tocar la pared de un edificio, una esquina o el amago de una sombra, mis dedos se cerraban sobre sí mismos, y mis ojos comenzaban a recorrer todos los rincones que servirían de escondite a un posible enemigo. Era la primera vez desde mi llegada que pensaba en seres hostiles o

en otros peligros.

Seguí andando por una calle empedrada que resonaba con el eco de mis pisadas, llegué al límite de la ciudad y vislumbré, bajo la brillante luna y las estrellas, todo un rebaño que pastaba en la llanura. Había miles de reses, todas de color crema o dorado pálido, bestias grandes, bien alimentadas, de aspecto tranquilo y sin pastor. Tenían por corral la inmensidad de la llanura y se desplazaban juntas, como movidas por el mismo impulso, la misma idea; ora agachaban la cabeza para pacer, ora mugían. Era este sonido el que me había atraído hasta aquí desde el centro de la ciudad. De repente, un ala de este rebaño fantasmal se espantó

por algún motivo, y atisé una sombra que salía corriendo de las ruinas, agazapada. Acto seguido, una de las grandes bestias cayó muerta y de pronto percibí un fuerte y enfermizo olor a sangre en ese aire que, como yo bien sabía, aunque sin pruebas, nunca antes se había impregnado de ese hedor.

Y entonces comprendí cuánto me había envilecido desde mi arribada, hacía sólo tres semanas, a una tierra que nunca había conocido la matanza. Sabía que había llegado purificado, limpio gracias a la fricción de la sal y libre de culpa, pero desde entonces había sembrado el mal en mi entorno, en mí mismo, y sabía, como si hubiera sido mi mano la que empuñaba ese arco y había

disparado la flecha, que yo había causado la muerte de esa bestia de color blanquecino. Caí de rodillas al advertir que la manada, puesta sobre aviso, salía en estampida y se alejaba hasta perderse de vista, sin dejar de proferir mugidos y baladros, volviendo de vez en cuando la cabeza para olfatear un aire que les transmitía mensajes de terror y muerte. Me quedé solo bajo la mortecina luz lunar con otra persona, un muchacho, tal vez una joven vestida de hombre, que caminaba hacia la res muerta con la intención de recuperar la flecha. Aparté la mirada de esta persona, aunque sabía que la reconocería si me acercaba lo suficiente, y, sin preocuparme de que ella me viera a mí, me desplomé en el

suelo, boca abajo, y lloré. Nunca volverá a embargarme un pesar tan grande, un dolor igual. No lo soporto, no deseo vivir, no deseo saber lo que he hecho, lo que soy, lo que será de mí, no, no, no, no, no, vueltas y vueltas y vueltas y vueltas...

Debo manifestar mi total disconformidad con este tratamiento. Si fuese el adecuado, el Paciente ya habría dado señales de mejoría. Tampoco estoy de acuerdo en que el hecho de que se pase casi todo el tiempo durmiendo constituya

en sí una prueba de que necesita dormir. Sostengo que este tratamiento debería suspenderse para probar otras alternativas.

DOCTOR Y

DOCTOR Y. Bien, ¿qué tal se encuentra hoy? Duerme mucho, ¿no?

PACIENTE. Nunca he dormido menos en mi vida.

DOCTOR Y. Debería estar ya bien descansado. Me gustaría que intentara pasar más tiempo despierto, de ser posible. Que se incorporase, que hablase con los demás pacientes y todo eso.

PACIENTE. Debo conservarla limpia, asegurarme de que esté lista.

DOCTOR Y. No, no. Tenemos personal que se encarga de conservarlo todo limpio. Usted debe centrarse en ponerse mejor.

PACIENTE. Estaba mejor, creo. Ahora estoy peor. Es la luna, ¿sabe? Es la verdad pura y dura.

DOCTOR Y. Ah, ya. Se está durmiendo de nuevo, ¿no?

PACIENTE. Estoy despierto. Ya se lo he dicho.

DOCTOR Y. Bien. Buenas noches.

PACIENTE. ¡Es usted un idiota! Enfermera, dígame que se vaya. No quiero que esté aquí. Es un idiota. No entiende nada.

Opino lo contrario. El paciente mejora a ojos vistas. Se lo ve menos perturbado. Su color y apariencia general son mucho más saludables. He experimentado ampliamente con este medicamento. No es la primera vez que produce somnolencia en un paciente. El fármaco puede tardar hasta tres semanas en surtir efecto. El Paciente lleva en estos momentos sólo una semana en tratamiento; es preciso continuar.

No me quedé a verlo despedazar la bestia. Arranqué a correr de vuelta hacia el borde del campo de aterrizaje y traté de disipar mis temores durmiendo. Desconocía la causa de mi miedo, pero lo cierto es que estaba asustado, y esto marcaba tal diferencia entre antes y ahora que sabía que había entrado en un estado totalmente distinto. Percibía el cambio en mí. Ahora me atemorizaba la ascensión de la luna y su rápida evolución hacia el plenilunio. Quería esconderme en alguna parte, ocultarme bajo la luz solar perpetua hasta la noche de Luna Llena en que —estaba seguro de

ello— el Cristal descendería y se posaría en la superficie barrida y acondicionada por mí. Pero el día no era tiempo apropiado para ocultarse. Apilé unas ramas sobre mi cabeza y me tumbé boca abajo en el suelo, con los ojos cerrados, para intentar dormir a pesar de que no lo necesitaba; no obstante, mi sueño no era el de un hombre corriente. Mi sueño se desarrollaba en un lugar diferente, en otro país. Yo era consciente en todo instante de que estaba llevando una vida distinta; pero en tierra, cosa insólita para un marino, y se trataba de una vida tan pesada, deprimente y ajena a mí que dormir era como encerrarme en una celda de una prisión; sin embargo, los nuevos terrores de la noche y su luz

atrayente, traidora y agotadora me llevaban a preferir esta vida de marinero de agua dulce a la Luz Lunar. Con todo, cuando desperté, aunque había resuelto quedarme donde estaba, vigilando los cielos para presenciar el Descenso, me levanté contra mi voluntad y eché a andar por la ahora extraña y ridícula ciudad. Esta vez me dirigí hacia el norte. Vislumbré unos árboles gigantescos que se alzaban al otro lado de la ciudad, y a su sombra el resplandor de un fuego rojo. Continué caminando al descubierto, sin disimular ni aparentar tranquilidad, por los calveros de los bosques manchados por el claroscuro de la luna, hasta que, desde un pequeño promontorio, descubrí

una hondonada rodeada de árboles, tejos, acebos y olmos. Entonces los vi. Se hallaban a unos cincuenta metros, y el espacio que me separaba de ellos estaba poblado de luces y sombras lunares, y las siluetas proyectadas por las llamas danzaban por todo el lugar; esto es lo que me impedía distinguirlos con claridad. Era un grupo de personas, tres adultos y algunos adolescentes; y cuando me incliné hacia delante y mi vista se acostumbró a aquella confusión de claridad y negrura, advertí que estaban asando trozos de carne en una hoguera, sin dejar de cantar, gritar y reír. Una curiosidad nauseabunda y terrible se apoderó de mí. Sabía bien quiénes eran, o mejor dicho, sabía qué rostros iba a

contemplar, a pesar de que las lagunas de mi memoria emborronaban el lugar y el momento de mi pasado en que encajaban. Se volvieron al oír mis pasos, y en sus tres caras, caras de mujer, todas la misma, o para ser exactos, variaciones de la misma, se dibujó una sonrisa exultante, mientras la sangre se derramaba de su boca torcida y les resbalaba por la barbilla. Eran tres mujeres, las tres conocidas íntimas mías, muy parecidas entre sí, hermanas quizás, unidas a mí por una experiencia que no acertaba a recordar. Y había también tres muchachos, sí, también estaban allí, y una criatura al lado del fuego, aparentemente olvidada por quienes participaban en la orgía, pues berreaba y

forcejeaba dentro de su apretado envoltorio, con el rostro enrojecido. Corrí a apartarla de aquellos pies enormes y abrí la boca para recriminarles a gritos su irresponsabilidad; pero Felicity agarró un pedazo de carne, apenas asado, casi crudo y por tanto sanguinolento, y me lo puso en la boca. Acto seguido, me abalancé como los demás sobre el animal muerto que giraba sobre el fuego, goteando sangre, ensartado en un par de palos que se combaban por el calor, acercándolo más a las llamas de forma que la selva entera se inundó de un olor a carne quemada. Me tragaba los trozos enteros, sin dejar de reír y cantar con ellas, con las tres mujeres:

*Bajo mi mano
carne de flores,
bajo mi mano
paisaje cálido.*

*Devuélveme mi mundo,
en ti respira la tierra
bajo mi mano...*

*Estamos llegando, ya,
ya,
estamos llegando, ya ya
ya,
estamos llegando, ya
ya ya ya ya ya ya ya...*

... y los tres muchachos, mis hijos,

tan embriagados por la sangre y enloquecidos como sus madres, se entregaron por su cuenta a una danza frenética, cantando:

*Estamos llegando, ya,
ya,*

una y otra vez. Se reían todos de mí, regodeándose con malicia, porque me había unido a su festín sangriento. Más tarde, cuando todo terminó, advertí que las mujeres se marchaban muy sobrias, dejando el fuego encendido y trozos de carne hedionda amontonados a un lado. Busqué al crío con la mirada,

pero no estaba allí. Luego descubrí que estaba muerto y que lo habían arrojado sobre la pila de carne que aguardaba en medio del claro, toda ensangrentada y de color rojo violáceo, a la orgía de la noche siguiente. El bebé estaba desnudo, enrojecido como un recién nacido, empapado en sangre, y sus genitales, los genitales desproporcionados de un recién nacido, estaban a la vista en lo alto del montón de carne. Entonces me percaté de que yo estaba desnudo. No lograba recordar cuándo había perdido mis pantalones, los que llevaba cuando abandoné el barco. Probablemente iba ya sin ropa cuando el delfín me dejó en la playa; pero no había dedicado el menor pensamiento a mi desnudez.

Ahora, en cambio, sentí la necesidad de taparme. La piel sanguinolenta de la vaca muerta estaba doblada a un lado del calvero, donde las mujeres y los muchachos la habían tirado. Corrí hacia allí y me disponía a envolverme en ella, pese a que estaba mojada y sin curtir, cuando, al mirar casualmente hacia arriba vi que el sol lucía sobre los árboles y que la traidora luna había desaparecido, al igual que el fuego, la carne sangrante y el bebé muerto. No quedaba el menor rastro de aquella danza nocturna y macabra.

Regresé andando por el bosque, ahora bañado por la suave luz matinal; crucé la pradera, luego los barrios periféricos de la ciudad desierta y al fin

llegué a la plaza central. La examiné ansiosamente para comprobar si la noche anterior la había afectado de alguna manera. Pero no, estaba allí, serena y expuesta al sol, sin otro sonido que el del agua invisible y el canto de los pájaros.

Me aterrorizaba pensar en la llegada de la noche. Me aterrorizaba el recuerdo de las carcajadas de las asesinas y sus canciones. Sabía que en cuanto saliera la luna, me encontraría indefenso frente a su veneno. Intenté idear una forma de atarme, de inmunizarme contra la Luz Lunar; pero no es factible que un hombre se inmovilice a sí mismo, al menos con ataduras imposibles de deshacer, a no

ser, por supuesto, que se suicide. No hay forma de protegerse de esa personalidad diferente que puede posesionarse de él en cualquier momento y que no conoce las normas por las que se guía su huésped. Estaba empezando a dudar quién era más fuerte, quién albergaba a quién, qué era yo y qué un vástago corrompido.

Finalmente decidí que si me marchaba de la ciudad lo antes posible y caminaba sin parar hasta que oscureciese y despuntase de nuevo la luna, llegaría lo bastante lejos del bosque como para que me resultara imposible regresar a tiempo para participar en la bacanal de las brujas antes de que el amanecer las hiciese

desaparecer. Mientras yo conservara mi identidad propia, la de un hijo del sol, mi fuerza de voluntad me mantendría a salvo del poder de seducción de la noche. Por eso eché a andar, a buen paso, hacia el sur, por la ribera, entre la sima y el borde del precipicio, después por la otra orilla, luego a través de la sabana, sin pararme a descansar en toda aquella larga jornada, de forma que cuando salió la luna yo estaba a treinta kilómetros de distancia, en un lugar más elevado, con un aire más seco, entre árboles dispersos, raquíuticos y pelados. Al volver la vista atrás, hacia la pradera, divisé los rebaños que pastaban en ella; sin embargo, desde esta altura y a esta distancia quedaban

reducidos a pequeños cúmulos blancos que relucían a la luz de la luna en medio de la verde hierba. También alcanzaba a ver, aunque a lo lejos, la línea oscura que señalaba el límite del bosque, donde sin duda estaban aquellas mujeres. Faltaban tres días para la luna llena, estaba desesperado. Sabía que debía continuar caminando toda la noche sin detenerme, huyendo de la atracción que aquel bosque ejercía sobre mí; pero no lo hice. Di media vuelta y desanduve lo andado. Descendí de aquella altiplanicie donde se respiraba un aire tan puro y fresco, y, para cuando la lima estaba a mi izquierda, todavía baja sobre las montañas cuya cima yo habría coronado ya de haber seguido adelante, comprendí

que no me había apartado de la ciudad en ruinas, sino que estaba en las afueras, corriendo como un demente por las calles, pero evitando el centro y la plaza con su círculo; no quería enfrentarme al mudo reproche de esa extensión de tierra limpia que me esperaba, de modo que me lancé a la carrera por los barrios exteriores del otro lado, me adentré otra vez en la selva y allí, exactamente como las había encontrado la noche anterior, estaban las tres mujeres, los tres muchachos y el bebé muerto que yacía sobre la carne. Pero era tarde, la lima no tardaría en ponerse y el sol saldría pronto. Las mujeres estaban a punto de marcharse. Me había salvado al caminar tan deprisa en la dirección opuesta.

Todos se alejaron hacia los árboles sin mirarme, y uno de los chicos se montó de un salto en un ternero que había agarrado por los cuernos y la bestia enloquecida se marchó galopando por el claro, desparramando con las patas las brasas del fuego, los trozos de carne, el cadáver del crío. Sin aminorar el paso en ningún momento, el animal se perdió de vista, mugiendo y berreando. Al alba, el calvero estaba de nuevo desierto y limpio.

Volví a la plaza, satisfecho por haberme salvado. No obstante, sabía que estaba ahora demasiado cansado para librarme de la próxima orgía nocturna. Y sabía que habría de resistir el poderoso influjo lunar dos noches más, las que

faltaban para la Luna Llena. Me acosté a dormir en la plaza, y cuando oscureció me uní inevitablemente al sangriento banquete bajo los árboles, y esta vez habían matado al novillo, y todo el claro apestaba a sangre, intestinos y muerte, y entonces comprendí que nunca caería de nuevo en aquel delirio, porque las horas de sueño durante el día y la carne del festín me habían fortalecido. Ese último día recorrí a pie unos treinta kilómetros hacia el sur como la vez anterior, giré sobre mis talones cuando salió la luna, al igual que entonces —estaba casi llena ya— y emprendí el regreso bien entrada la noche, sin correr y sin ansias de internarme otra vez en la espesura. De hecho, no volví allí, porque para cuando

llegué a la ciudad era demasiado tarde. El sol asomaba por encima del rojo horizonte del océano. Esta noche habría luna llena; pero yo estaba cansado. Muy cansado. No había comido esa noche y había caminado sesenta kilómetros. Me lavé cuidadosamente, sumergido hasta la cintura en el canal más grande. Me peiné la barba y el cabello como buenamente pude con los dedos, y contemplé el agua que se llevaba mi suciedad. Bebí y bebí lo más posible, con la esperanza de que aquel líquido cristalino purificase mi cuerpo de toda aquella carne sangrienta que todavía pesaba sobre mí desde la noche anterior. Me tumbé después a descansar y esperar. El calor del día me sumió en un estado de somnolencia, a

pesar de todas las precauciones que había tomado. Dormí profundamente y soñé con esa otra vida, en un país húmedo y sin sol donde la existencia representaba una carga para mí cada día, cada minuto, y cuando desperté, hacía rato que la luna había salido. Habría deseado abrir los ojos antes; pero era medianoche ya. Me había perdido el descenso del Cristal, pues no cabía duda de que había estado aquí.

Sin embargo, no lo veía por ningún lado.

El resplandor del disco limar iluminaba la ciudad vacía y el suelo de piedra de la plaza en cuyo borde yo estaba sentado, exhausto y a la vez lleno de presentimientos. El círculo del

centro, todavía limpio, emitía un tenue brillo de color; y había algunas hojas esparcidas por encima a causa del abandono en que lo había dejado estos últimos días. Que el Cristal se hallaba todavía presente, muy cerca, a apenas a unos metros de mí, era evidente porque... sabía que estaba allí. La luz adquirió a mis ojos un aspecto más denso... No, no, no se había tornado más densa ni más pesada, sino más intensa. Justamente allí, en el centro, costaba ver los edificios del otro lado; no es que fuera imposible, no, pero daba la impresión de que temblaban y flotaban en el aire como piedras traídas por ese aire silbante que arrastra arena o fragmentos de roca. Más que por la

vista, lo percibía por los oídos, porque cantaban y se lamentaban con voces tan estridentes que me obligaban a agitar la cabeza para librarme de ellas. Se trataba de un sonido fuerte, agudo, insoportable. Si yo hubiera sido un perro, habría huido soltando aullidos. Además, el esfuerzo que suponía mirar hacia el interior de aquello resultaba inhumano. Mis párpados intentaban cerrarse, porque lo que estaba allí, fuera lo que fuese, y que no alcanzaba a distinguir con precisión, pertenecía a un plano de existencia que mis ojos no estaban entrenados para captar. De hecho, todo mi cuerpo, y la vida que contenía, sufrían. Del punto central emanaban ondas de una sustancia fina, procedentes

de una realidad superior, que me pillaron por sorpresa, pues me encontraba de espaldas a ellas. Entonces recordé que, cuando estaba en la cubierta del barco, contemplando aquel objeto refulgente de cristal, el Disco, que era a un tiempo y de manera contradictoria movimiento y quietud, una forma plana y visible que giraba en espiral, advertí que venía hacia mí y me envolvía, y me invadió la sensación de que todo mi ser había sido arrancado de su medio natural. La misma sensación me acometió ahora. Me sentía enfermo y desasosegado, extenuado a causa del esfuerzo de intentar ver lo invisible, oír lo que sólo habría sido audible para mí con oídos diferentes y que ahora me

atormentaba como una nota disonante e intolerable. Me puse de pie con dificultad y eché a andar tambaleándome hacia el centro. A medida que me acercaba, el ruido se agudizaba, los ojos me ardían y palpitaban con más fuerza, y todo mi cuerpo se me antojaba quemado y vacío. Sabía que lo que hacía no serviría de nada. Sabía que había perdido mi oportunidad por segunda vez. La primera había sido en la cubierta del barco cuando el Cristal se había llevado a mis compañeros, dejándome solo. No obstante, aunque sabía que era un intento vano, pues me faltaba seguridad, única garantía del éxito, no me quedaba otro remedio que realizarlo. La vaciedad me inundaba, inundaba todo

cuanto me rodeaba. Aparté la vista de aquel foco de energía, con el fin de dejarla descansar, y la paseé por las casas sin techo del otro lado. Entonces reparé, de entrada, en la serena confianza con que parecían esperar. La suya era una vaciedad muy diferente de esta angustia que me embargaba. Todas estaban ahora orientadas hacia dentro, hacia el centro; aquella ciudad había encontrado su esencia, su lugar de descanso en ese remolino de intensidad que la reclamaba como suya, la atravesaba de parte a parte con su fina sustancia, del mismo modo que un pensamiento se adueña de un hombre y cambia su realidad totalmente (para bien o para mal, como yo acababa de

descubrir). Con la mirada puesta en las casas, luego en el centro mismo del remolino y después a un lado, para descansar, logré aproximarme a unos quince metros de la cosa... pero fui incapaz de dar un paso más. Me erguí otra vez y comprobé que me hallaba muy cerca de una pared o placa de una sustancia brillante tras la que las criaturas quedaban aprisionadas por su naturaleza, como yo en el aire que respiraba. Desde esta proximidad y arreglándomelas para no mirar directamente, sino de soslayo, como los astrónomos que contemplan las estrellas, conseguí paradójicamente una visión mucho más nítida y detallada; percibía la palpitación de aquel cuerpo

compuesto de luz y alcanzaba a intuir, a reconocer, casi a vislumbrar a las criaturas que pertenecían a ese estado de la naturaleza. Como en las sombras de las llamas que se proyectan, líquidas, en una cortina de fuego, como en esa reflexión del agua vaporizada de una cascada, dentro de esa luz con pulso propio atisbé las cristalizaciones de una sustancia, cristalizaciones que constituían al mismo tiempo su función, su razón de ser y sus criaturas. Estaban allí, seres separados de mí, del mismo modo que los peces viven separados del hombre por un muro de agua; la diferencia reside en que yo los conocía, en que ellos me conocían a mí. Algo me decía que debía traspasar esa pared por

algún sitio, de alguna manera —tal vez pensando de forma diferente, respirando esas vibraciones rápidas—, pero me resultaba imposible acercarme, y todo por haberme dejado arrastrar a la selva por aquellas mujeres que bebían sangre y haberme dormido como un perro al sol del mediodía. Traté de entrar por la fuerza, a pesar de que las leyes de mi densidad me lo impedían. Me sentía además demasiado débil para sostenerme de pie. Realicé un último esfuerzo mental, que sabía equivocado e inútil, y me desplomé, desmayado, con un centelleo en los ojos que se extinguió rápidamente en la oscuridad. Cuando desperté, era ya de mañana, el sol lo inundaba todo en torno a mí, y supe que

el Cristal se había ido. La plaza y el círculo estaban desiertos. Me habían dado arcadas y me sangraba la nariz. Estaba rodeado por un pequeño charco de sangre del que emanaba el olor nauseabundo del vómito. El pedazo de suelo donde yacía despedía un hedor repugnante. Y al incorporarme y tomar conciencia de esa pérdida terrible, comprobé de nuevo lo que ya había constatado en la cubierta del barco cuando mis amigos se habían marchado con aquel visitante luminoso. Me habían dejado atrás. No me habían llevado consigo. Había fracasado miserablemente, y no cabía culpar a nadie más que a mí mismo. Habría debido centrarme únicamente en

aguardar la lima llena preparado, dispuesto y alerta. Pero no lo había hecho.

Me levanté y eché un vistazo en derredor, a una ciudad que parecía haber cambiado, aunque no habría sabido precisar en qué forma. Reinaba una atmósfera distinta; la paz y el silencio habían desaparecido. Envolvía a las ruinas un aura de frivolidad, de embriaguez. La ciudad, los edificios, las estructuras pétreas se reían entre dientes, si tal cosa es concebible: una risita estúpida y silenciosa, una muestra de infantilidad, de indelicadeza. Me recordó a aquel momento en que las mujeres se volvieron hacia mí a la luz de la hoguera, bajo los árboles,

mostrándome su rostro ensangrentado, pero sonriendo y profiriendo carcajadas, como si nada raro les sucediera a ellas ni a mí.

Empecé a arrastrarme hacia el río para refrescarme con un baño, pero me detuve, pues advertí que ahora en la plaza había un... Pero yo no sabía qué era. En un principio lo tomé por un hombre, porque su estatura, sus hombros, brazos y piernas correspondían a los de un hombre, si bien estaban retorcidos y deformes. Su cabeza, en cambio... ¿Se trataba de una especie de mono que se bamboleaba sobre el suelo de piedra, dirigiéndose hacia el centro? Una vez allí se agachó y paseó la mirada en torno a sí. Su cuerpo

estaba cubierto de un fino pelaje marrón, como el de un perro, y su cabeza, de orejas y hocico puntiagudos, también presentaba un aspecto canino. Sin embargo, la criatura, en su conjunto, semejaba más bien una rata. Tenía una cola larga y escamosa. El miedo se apoderó de mí. Él era mucho más grande y fuerte que yo. Temí que viniese a atacarme. Me aproximé a él, y me miró sin interés. Me asaltó el impulso de abalanzarme sobre él para matarlo, pues lo encontraba repulsivo y feo. Estaba acucillado exactamente en el lugar donde había aterrizado el Cristal, vibrando, radiante. Pensé que si lo mataba tendría que limpiar la ciudad de nuevo. Me acerqué un poco más. La

criatura me contemplaba impasible, andaba de un lado para otro, se espantaba las moscas, olfateaba el aire con su nariz de perro o de rata. Concluí que probablemente no me veía o bien que yo le era del todo indiferente.

Permanecí donde estaba, al igual que la criatura. La odiaba. Todo en ella me parecía ajeno. Sin embargo, cualquiera a cien metros de distancia, si no se fijaba demasiado, habría creído que ambos pertenecíamos a la misma especie; porque yo casi era tan alto como ella, mi cabeza se hallaba en la misma posición respecto al cuerpo que la de aquella rata o perro, y mis brazos y piernas eran más o menos similares a los suyos. Si dicho observador se

hubiera acercado, se habría percatado de que esta criatura estaba recubierta de pelo, mientras que yo carecía de él... Bueno, no del todo. Me había crecido una abundante cabellera ensortijada y castaña que me caía sobre los hombros, una barba poblada, también castaña, que me llegaba hasta la cintura, y un vello espeso y negro en el pecho así como en la zona que va del ombligo a la entrepierna. Tenía la piel atezada y curtida por el viento y el sol. ¡Iba, pues, decorosamente tapado, presentable! En cambio, la bestia... Paso a paso, me alejé de la plaza. Entonces la bestia soltó un grito agudo, respondido por otros, que sonaban en parte como ladridos, en parte como chillidos de

rata, y en la plaza de piedra irrumpió corriendo, dando tumbos, media docena de estos seres, todos machos. Estaban dotados de grandes genitales de perro, testículos esféricos enormes, penes largos como varas; y es que todos se encontraban en un estado de intensa excitación sexual. Más tarde caí en la cuenta de que esto era normal en ellos. Cuando se ponían de pie, se parecían a esos perros peludos en cuya parte inferior destacan los órganos sexuales cuando se alzan sobre sus patas traseras. Se reunieron en semicírculo en el mismo centro de la plaza. Se levantaron sobre sus extremidades posteriores. Llevaban palos y piedras en las manos y se mantenían en actitud vigilante. Luego

avisté a muchos más, que venían por las avenidas. Fue entonces cuando arranqué a correr hacia el borde de la escarpadura, donde me arrojé al suelo para otear el paisaje que se extendía desde los viejos bosques hasta el océano azul. Y me quedé allí, bajo el sol implacable, consciente de que habría de aguardar otro mes más hasta la llegada de la siguiente luna llena, en una ciudad en la que había vivido solo, ahora invadida por odiosos perros-rata. Los oía ladrar, chillar y corretear por toda la ciudad.

Dudaba mucho que fuera a soportar vivir allí, esperando, en compañía de tales criaturas, por lo que discurrí toda clase de planes disparatados, desde

regresar a la costa y construirme de nuevo una balsa hasta marcharme a las montañas y levantar allí una cabaña en espera de que el Cristal se compadeciera de mí y descendiera en ese lugar, o bien volver a ese país húmedo y frío al que de vez en cuando me retiraba, para dejar pasar el tiempo sin esperanza de encontrarme con el Cristal... Sin embargo, en el fondo sabía muy bien que me quedaría aquí. Finalmente, puesto que no me quedaba alternativa, me fui al río, procurando pasar inadvertido para las criaturas, me lavé, me bañé y recogí algunas frutas. Corté ramas frescas del arbusto aromático y las coloqué en el borde de la pendiente, fuera de la vista de la

ciudad y de sus ruidosos e inquietos habitantes. Enseguida me adormecí. Algunos de aquellos perros-rata se acercaron a examinarme mientras dormía, como descubrí más tarde, cuando, al despertar, vi sus huellas y excrementos. Por algún motivo, no me habían hecho daño. En mi sueño, sin embargo, yo gritaba y forcejeaba, imaginándome su prisionero.

Se trataba ahora de tomar medidas que me permitiesen sobrevivir durante un mes sin sucumbir al influjo de la luna o de esos rituales sangrientos en la selva; sin caer víctima de la curiosidad de estos invasores de una ciudad que yo ya consideraba mía.

Durante los tres o cuatro días de

luna menguante, llegaron a la ciudad muchos más de esos perros ratiformes. No obstante, como no se metían conmigo, decidí aproximarme a ellos y observarlos. Al parecer no se gobernaban por reglas fijas. Algunos se movían en grupos o manadas mixtos, machos y hembras juntos, con o sin crías. Estas generalmente seguían a un jefe, de cualquiera de los dos sexos, aunque no siempre. Se picaban por cualquier nimiedad y se peleaban con frecuencia, por lo que había individuos que cambiaban de grupo; lo permanente, pues, eran las manadas, no los individuos. Algunos formaban grupos más pequeños, basados en una pareja, con habitaciones propias en las casas.

Había machos solitarios, que por lo visto no desempeñaban función alguna en ningún grupo, grande o pequeño; a veces se unían a manadas o se juntaban con parejas, que los admitían temporalmente, pero luego los expulsaban o hacían caso omiso de ellos. En ocasiones estos solitarios se agrupaban en lo que yo interpretaba como un esfuerzo por aliviar su soledad; se sentaban de dos en dos y de tres en tres, sin apartar la vista de los grupos más numerosos. Pero la mayor parte del tiempo iban de un sitio para otro, siempre vigilando; sus actos se me figuraban un reflejo desagradable de los míos, e incluso me imaginaba que veía en su postura triste y su mirada crítica la

imagen que yo les ofrecía..., si es que se habían fijado en mí siquiera. A pesar de todo, estaban muy ocupados todo el día, ocupados y obsesionados. Iban y venían sin parar, siempre ajetreados: recolectando fruta, comiéndosela, moviéndose de una habitación a otra, de una casa a otra, instalándose en un lugar y a la hora siguiente en otro, comunicándose con unos gruñidos que parecían indicar que sus conversaciones estaban destinadas sobre todo a desahogarse, al igual que sus correteos, sus trifulcas... y su actividad sexual. Estos animales poseían una libido extraordinaria, o por lo menos esa sensación me producían por llevar los genitales siempre al descubierto. Ya he

descrito a los machos. A las hembras, una hendidura roja les surcaba la entrepierna desde el ano hasta el bajo vientre. Los machos se excitaban sexualmente siempre que una hembra de cualquier edad se les acercaba, y a las hembras les sucedía prácticamente lo mismo ante la proximidad de un macho; así pues, pasaban la mayor parte del tiempo realizando exhibiciones de su sexo, intentando captar el interés de otros, buscando compañeros sexuales y estudiando la conducta sexual de los demás. Cuando una pareja llegaba a un acuerdo y decidía aparearse, se retiraba detrás de un muro o de unos arbustos para una cópula privada, no muy diferente de las que practican los

humanos. Los demás acudían curiosos a presenciar el acto y demostraban su excitación con ladridos y chirridos, y se inflamaban hasta tal punto que se arrojaban unos sobre otros y se refugiaban en los matorrales vecinos o bajo techo. A menudo una sola pareja desencadenaba un furor general que duraba medio día. Me llamó la atención que estas prácticas se intensificaran al acercarse la Luna Llena y se volviesen más esporádicas en las noches más negras. Los apareamientos eran tan corrientes de día como después del ocaso. Aparentemente a estos animales los asustaba la oscuridad; al anocheecer se apiñaban. Esto despertó en mí cierto afecto y compasión hacia ellos, pues

parecían muy desamparados y a la vez muy valientes, pues rodeaban a los más jóvenes cuando el sol se ponía, en actitud protectora, y apostaban en los muros más altos a centinelas que iban de un lado a otro lanzando miradas cautelosas por encima del hombro. Y esto a pesar de que no había enemigo a la vista. Ahora me entró un sentimiento de camaradería hacia ellos. Cada vez me inspiraban más simpatía y menos repulsión. Por ejemplo, me resultó evidente que no hacía mucho que caminaban sobre sus extremidades posteriores, lo que explicaba su inseguridad, sus pasos vacilantes, su falta de equilibrio, iguales que los de un perro de gran tamaño al que se le enseña

a andar sobre sus patas traseras. De hecho, a esto obedecía su gesto más lastimoso y característico: sus ojos, como los de una rata o los de un perro, estaban adaptados para una posición horizontal del cuerpo, pero ahora que los seres iban erguidos, tendían a apuntar al cielo con la nariz y a torcer los ojos hacia abajo en un esfuerzo por ver con claridad. Constantemente agachaban la cabeza a derecha e izquierda, al andar o tambalearse, tensando los músculos del cuello. Al adoptar una postura similar a la suya, comprobé que su visión del mundo debía de consistir en dos semicírculos diferentes, uno a cada lado. Y a diferencia de los hombres, que para

mirar atrás han de volver la cabeza, por lo general sobre un eje horizontal, de modo que su campo visual se reduce a unos ciento veinte grados, estos animales siempre miraban hacia arriba, forzando la vista, y realizaban movimientos de cabeza y cuello muy rápidos, para corregir esto precisamente. Estas continuas sacudidas de la cabeza les conferían una apariencia nerviosa. Los más jóvenes y aquellos con músculos más flexibles parecían disfrutar de un campo de visión más amplio merced a los giros rápidos de su hocico, orientado hacia el cielo, torsiones laterales que interrumpían movimientos más bien oblicuos. Estos cabeceos producían el efecto de una

película antigua o de unos dibujos animados cuyos fotogramas no se suceden con la rapidez debida.

Noté además que, cuando estaban cansados o creían que nadie los observaba, andaban a cuatro patas durante un buen rato. De esta manera corrían veloces y con gran agilidad, pues la forma de su cuerpo se prestaba a ello. Sin embargo, cuando un individuo o grupo se comportaba así durante largo tiempo, los otros comenzaban a irritarse, a reñirlo, a emitir chillidos de reproche. En un principio los inculpados asumían una actitud desafiante, pero al final acababan por recobrar la posición vertical.

Cuando se apiñaban en

habitaciones sin techo o sobre la piedra de la plaza, en las noches sin luna, se sentaban como perros o monos, en cuclillas, apoyándose en los miembros superiores, y se desplazaban preferentemente a cuatro patas en la oscuridad. Presentaban un aspecto radicalmente distinto en cada una de estas dos posiciones: aquel andar torpe y tambaleante sobre dos patas, con esa forma de mirar espasmódica e ineficaz que les daba un aire de falsa pomposidad y arrogancia contrastaba con la rapidez con que se movían con el cuerpo horizontal. Parecían dos especies diferentes, e incluso llegué a creer inconscientemente que lo eran; recuerdo perfectamente que, cuando aparecieron

los monos, lejos de alarmarme ante la nueva invasión, pensé que quizá los perros-rata habían descubierto una tercera manera de caminar.

Estos monos eran semejantes a nosotros. Se trataba de una variedad de chimpancé, algo más grande que la que se suele ver en los zoológicos. Llegaron saltando de rama en rama y corriendo por encima de los muros, y cuando avistaron a los perros-rata, reaccionaron de un modo que no conseguí interpretar enseguida. Aunque se detuvieron de golpe, arracimados, no se mostraban particularmente asustados ni complacidos. Se quedaron en la parte norte de la ciudad, parloteando entre sí hasta que se hubieron congregado unos

doscientos. Los perros-rata, mientras tanto, también se reunieron, observando a los recién venidos con ojos entornados, y no respondieron con agresividad cuando los monos se acercaron y se diseminaron por los rincones y las habitaciones desocupadas de la ciudad. Se oyeron protestas cuando los recién llegados quisieron apoderarse de lugares habitados, pero al parecer las dos especies reconocían el derecho de la otra a asentarse en este lugar. Las oleadas de monos no cesaban. La ciudad estaba abarrotada de animales. Me dio la impresión de que los perros-rata veían a los monos como sus inferiores y que los monos estaban de acuerdo, al menos en apariencia. Prestaban

pequeños servicios a las bestias bamboleantes y solían apartarse de su camino. A pesar de todo, a mí, como ser humano, me disgustaban menos los monos, tal vez por estar más familiarizado con ellos. No me provocaban una repulsión tan fuerte como los perros-rata, pese a que cada vez me compadecía más de ellos. Además, me parecía percibir en su expresión cierta simpatía y comprensión hacia mí; aun así no intentaron aproximarse ni molestarme y me ignoraban casi siempre, como los otros. Los ojos del mono, tan tristes e inteligentes, no dejan indiferentes a los humanos. Nos producen la sensación de que se asemejan a los nuestros. Pero

¿qué clase de soberbia es ésta? En los ojos de la mayoría de la gente se aprecia una expresión aguda, inteligente y vana, no muy distinta de la de los perros-rata. La profundidad que se adivina en la mirada de los monos no se encuentra en los ojos de todos los hombres. Tomé conciencia de que cuando deambulaba por aquella ciudad bulliciosa y sucia tendía a evitar en la medida de lo posible a los enormes perros-rata, y en cambio buscaba la compañía de los monos. No obstante, ambas especies continuaban aumentando en número, en la ciudad reinaba un bullicio tremendo, y transcurrían los días; la luna, en cuarto menguante, pronto cedería el paso a las sombras. Y supe que, en el plazo de unas

dos semanas, debía estar preparado de nuevo para el descenso del Cristal. Sin embargo, el centro de la plaza estaba constantemente atestado de animales, del mismo modo que en otros tiempos debía de estar llena de personas que se congregaban para intercambiar puntos de vista; además, había basura por doquier: piedras, excrementos, palos, ramas, hojas y restos de frutas. Me sería imposible limpiarlo.

La oscuridad de la luna nueva sumergió a la ciudad en un aire cálido y pestilente. Los animales se concentraban en grandes grupos, sin dejar de contemplar la fina hoz de luz en el cielo, y apostaban centinelas por todas partes. Estaban más tranquilos que de

costumbre; pero era una tranquilidad aparente. En la gran plaza prácticamente sólo había perros-rata, además de algún que otro mono que había optado por atenderlos o divertirlos con payasadas. Me atreví una tarde a pisar la plaza al atardecer, con la esperanza de que, en aquella hora triste en que todas las criaturas se hallaban en actitud pensativa, me escucharían y entenderían. Me planté allí como un insensato y les hablé en lenguaje humano: «Amigos míos, sólo nos quedan catorce días. No disponemos más que de dos semanas; porque Ellos se acercan ya y aterrizarán aquí, en este círculo en el centro de la plaza. Pero pasarán de largo el lugar si está descuidado y asqueroso; por favor,

os conviene tanto como a mí, les conviene a todas las criaturas que viven en esta enfermiza tierra; limpiemos la plaza, barrámosla con ramas, traigamos agua y deshagámonos de toda esta suciedad.» Pronuncié el discurso con voz segura y una sonrisa, indicándoles con gestos lo que debíamos hacer; pero ellos iban y venían mientras hablaba, volvían sus narices puntiagudas de un lado a otro de forma que en uno de sus campos de visión me incluían a mí y en el otro a los monos, sus criados, que se acercaron a saltos, con sus ojos tristes, esforzándose por interpretar lo que decía, aunque sin éxito; ¿cómo iban a entenderme? Tal vez yo esperaba que el significado de mis palabras se revelase

por sí solo a estos cerebros organizados de manera tan diferente, sencillamente porque yo necesitaba que me comprendiesen con urgencia.

Del océano y del bosque vino la oscuridad, que envolvió en un abrir y cerrar de ojos la altiplanicie y la populosa ciudad. Me marché al borde de la escarpa y allí me senté, alzando la vista a las estrellas. De atrás me llegaba el murmullo sordo y variado de los animales que también escrutaban el firmamento, en el que el dorso de la luna aparecía como un círculo oscuro con una franja insignificante de luz a un lado.

Tal vez fue por su miedo a las tinieblas, tal vez por el hecho de que ese miedo despojaba sus movimientos y

voces de su brío habitual, de forma que los seres acumulaban energía en lugar de aprovecharla; o quizá fue porque la ciudad había crecido desmesuradamente, demasiado para seguir guardando las formas; fuera lo que fuese, esa noche estallaron los conflictos. Lo noté primero por el olor, aquel olor a sangre que a estas alturas conocía tan bien. Se produjeron riñas mucho más ruidosas que de ordinario, acompañadas de gritos y aullidos. Estos últimos sonaban como los que proferían las mujeres enloquecidas por la sangre alrededor del fuego. La mañana siguiente, al pasearme por la plaza central y por las casas, vi cadáveres por todas partes. En su mayor parte eran de

monos, aunque había uno o dos de perros-rata. Las dos razas se habían separado una de otra, con la salvedad de algunos monos que habían decidido permanecer junto a las grandes bestias, en calidad de sus sirvientes o bufones. La ciudad quedó toscamente dividida, y ahora los centinelas en lo alto de árboles y muros se acechaban entre sí. La vigilancia se llevaba a cabo hacia dentro en vez de hacia el exterior.

La mañana transcurrió lentamente bajo esta tensión nueva, acalorada y suspicaz. No hubo nuevos brotes de violencia, y cuando el sol brillaba sobre nuestras cabezas, parecía que se hubiera declarado una tregua, pues cesaron los ladridos, gritos y gruñidos que había

estado oyendo hasta entonces. Cada ejército mandó a algunos de sus miembros a retirar los cadáveres. No los enterraron. En cambio, los arrastraron por la ciudad y las afueras hasta la enorme grieta en la que vertía sus aguas el río, y los arrojaron allí. Les grité: «No, no, no, no ensuciéis el río y luego el mar»; pues recordaba que el hombre había envenenado océanos y ríos que ahora provocaban la muerte de bestias y peces; por eso, sintiéndome asqueado e incomprendido, me marché, sin dejar de pensar en los estragos que aquellos cadáveres causaban a su paso por la tierra, por los canales, ríos y mares, aunque a la postre serían despojos más limpios que toda esa

porquería letal con que los hombres alimentan las corrientes de agua.

Al caer la noche, cuando se desvanecían de los cielos los últimos rayos ensangrentados, se reanudaron los combates. Me senté al borde de mi escarpadura tratando de no oírlo, de no reconstruir la matanza en mi imaginación. Faltaban trece días todavía para la luna llena, y sabía que no había la menor posibilidad de limpiar la ciudad, ninguna posibilidad, por tanto, de que el Cristal descendiese allí; a no ser que, por un golpe de suerte que no había ningún motivos para esperar, los animales se largaran de la ciudad.

A la mañana siguiente los muertos yacían amontonados, y toda la ciudad

apestaba a sangre. El resto de las bestias, que normalmente se alimentaban de agua y fruta, se había apiñado alrededor de los cadáveres para despedazarlos y comérselos. Al acercarme ahora, me invadió por vez primera el miedo a estas bestias, monos y perros-rata. Me había convertido, al igual que sus semejantes, en una presa en potencia. Seguían sin fijarse en mí, aunque me encontraba a unos veinte metros. De pronto, tres de ellos repararon en mi presencia y dirigieron sus hocicos puntiagudos hacia mí. Sus dientes afilados y blancos estaban ensangrentados, y de ellos caían gotas rojas, como de los rostros de mis mujeres. Regresé a la orilla del mar y

sucumbí a la desesperación. Deseché toda esperanza. Sabía que las refriegas se recrudecerían, que irían a peor, que las bestias matarían a partir de ahora por comida. Sabía que mi vida peligraba, pero eso ya no me preocupaba. Cuando uno cae en semejante estado de ánimo, no le cuesta demasiado concebir argumentos para justificar la desesperanza. Los abogados de la desesperanza entre los hombres han sido siempre más fuertes que los demás. Me tumbé en mi puesto de observación y me puse a mirar aquellos profundos bosques que habían tardado cientos de años en crecer y donde seguramente moraban mis maravillosas bestias amarillas y pájaros chillones de

un colorido tan brillante como los cielos o la puesta del sol con una curva de vida tan breve como la mía. Luego me dormí. Quería pasarme la mayor parte del tiempo durmiendo con el fin de acelerar el final.

Cuando desperté estaba avanzada la tarde y, mientras el sol relucía todavía en el océano, a mi espalda y en el bosque era ya de noche. Continuaban los enfrentamientos. Los oía perseguirse unos a otros en los edificios cercanos a la escarpadura. Con todo, no quería volver la cabeza, pues atisbé con el rabillo del ojo a una bestia ratiforme moribunda que se retorció, gemía y pataleaba, levantando nubes de polvo en su agonía mortal. Mantuve la vista al

frente, fija en la selva donde el Jaguar, el Loro y el Lagarto nacían, crecían y morían desde mucho antes de que apareciera el hombre, y divisé a continuación en el aire delante de mí un gran ave blanca que, en lugar de continuar planeando en la corriente de aire que la sustentaba, torció el rumbo en el último momento y se posó a mi lado sobre el acantilado batiendo las alas para equilibrarse. No pertenecía a una especie por mí conocida. Medía algo más de un metro de alto, tenía el plumaje blanco, un pico muy recto y amarillo que le confería un aspecto severo. Pensé con no poca envidia que unos momentos después se precipitaría sobre una masa de aire cálido, del

mismo modo que un nadador salta de una roca al mar turbulento. Mientras estaba absorto en estas reflexiones, el pájaro volvió la cabeza hacia mí y me miró fijamente con sus ojos redondos y dorados. Me acerqué a él y se agachó, como una gallina que extiende sus alas para cobijar sus huevos. Monté sobre su lomo y, en cuanto estuve bien sujeto, él saltó y se deslizó con ligereza colina abajo, sobre las peñas, las cascadas y el frondoso bosque, ahora en silencio debido a la proximidad de la noche. La envergadura del pájaro era de unos tres metros y medio. Sentado, erguí la espalda, agarrado a un manojo de plumas para no caerme; mas una ráfaga de viento procedente del mar estuvo a

punto de derribarme sobre las copas de los árboles; por eso me tumbé, abrazado al ave por encima del punto en que se unían las alas. El plumaje, que aún retenía algo del calor del sol, estaba suave y olía a limpio, como huevos frescos de gallina. La luz del sol se reflejaba en las plumas situadas justo delante de mis ojos como en la nieve; lo que me obligaba a apartar la vista para contemplar el mar y las crestas de las olas todavía iluminadas a pesar de que los bosques y el borde de la altiplanicie estaban ya en sombra. Era un sol rojo en un cielo rojizo, en consonancia con la carnicería que estaba produciéndose allí abajo, en la ciudad, ciudad que todavía alcanzaba a vislumbrar, con sus paredes

blancas y columnas en miniatura, a kilómetros de distancia, a través del aire denso y oscuro. Mientras sobrevolábamos las olas, yo respiraba un aire salado y frío que limpiaba mis pulmones de suciedad y sangre. Seguimos adelante hasta que a mi espalda la playa y el continente quedaron reducidos a una estrecha faja negra recortada contra el cielo en que se formaban nubes grandes, brillantes y espesas; y, cuando mi ave bajó un ala para girar y dar media vuelta, yo le grité «no, todavía no, continúa», y ella aceleró, mientras el viento me silbaba en las orejas, que me ardían de tan frías, y yo notaba el sabor de la sal en mis labios y mi barba. Y así continuamos,

surcando el aire. Me tendí con mucho cuidado boca arriba, con los brazos doblados hacia atrás, aferrados a las finas plumas que crecían en las concavidades tibias bajo las alas del ave, y admiré aquel cielo salpicado de estrellas desde donde la luna mostraba su dorso a la tierra. Sólo se apreciaba un segmento del borde, aproximadamente un dedo más ancho que el día anterior, lo que me recordaba mi fracaso y mi desgracia. Frente a nosotros se extendía la costa de Portugal, y allí estaba Conchita sobre su promontorio, oteando el océano. Detrás de ella, el manchón rojo de los barrios nuevos que se propagaban como el sarampión; debajo de nosotros, el mar,

revuelto y picado. Ella cantaba a media voz, tal vez incluso hablaba, pues interrumpía su canción, preocupada, incapaz de proseguir, señal de que Conchita no estaba preparada para el convento, tras haber sido tan feliz en mis brazos:

«¡Vamos, grita!», exclamó el sol de bronce.

*El mar color pavo real chilló azul,
las casas turquesa, rojo,*

mar y sol se retaron: «¡Vamos!»

*La tierra cantaba a voz en cuello;
pero yo estaba mudo.*

*Lentamente, mis pies se hundieron
en dunas de arena gruesa,*

los caracoles marinos que
recordaban viejas tonadillas
me hirieron los pies hasta
hacerlos sangrar.

«Quien no puede bailar debe
sangrar», decían.

Ni los monos ni Dios se balancean
colgados de los árboles,
o le ordenan al mar que se calme
por temor a mí,
pequeño, casi enano, una
insignificancia
que ve arder los cielos y verdear
la hierba.

¡Cantar! ¡Cantar! ¡Exprimir la
tarde fulgurante

como fruta madura en mi mano, y despedirla luego en una melodía!

Escuchar las olas, la libertad de su ritmo,

y bailar con pies hechos a la mar.

Pero la sangre y los nervios llevan crucificados tanto tiempo

que debería encontrar alivio en el canto.

No soy capaz de cantar libre como los pájaros

cuya garganta emite sólo palabras humanas.

Renunciar al mar, a las arenas susurrantes,

a la paz, no adquirida a base de

pies ni de manos,

*o al amor que hiende la mente
dolorida*

*y que hace brillar de nuevo la
carne toda.*

*Aún me pertenecen, pero sólo
en las largas y frías
circunvoluciones de la mente que se
retuercen en espiral*

*para recrear con paciencia lo que
lentas*

*extremidades, agarrotadas, creían
una simple canción, hace ya mucho
tiempo.*

La llamé: «Conchita, Conchita»,
pero no me oía. Estaba escrutando el

mar. Entonces el ave viró en redondo y se dirigió veloz a la misma playa donde yo había desembarcado, luego planeó por encima de los bosques, y al cabo de unos instantes nos encontrábamos otra vez en el borde de mi escarpadura. El descenso de esta ave descomunal atemorizó a un grupo de monos que se ocultaban en unos espesos arbustos. Huyeron sin dejar de parlotear entre sí. Yo me senté en mi lugar acostumbrado y el pájaro me hizo compañía durante un rato, en silencio; luego echó a volar de nuevo a través de la noche oscura desplegando sus grandes alas blancas.

La noche transcurrió entre gritos, pues la pelea continuaba a mis espaldas. Ya no me desasosegaba tanto; mi mente

estaba ocupada evocando el refrescante y largo vuelo sobre el lomo cálido del ave hasta mi querida Conchita, que se lamentaba a solas de su fracaso en una costa solitaria.

Durante tres días me mantuve apartado del centro de la ciudad. Pasaba el tiempo sentado en la peña, esperando divisar de nuevo al ave, pero no reapareció; al fin me atreví a adentrarme en las calles. Los alborotos no cesaban, y había tantos muertos que las bestias no estaban en condiciones de deshacerse de ellos ni de comérselos, por lo que los cadáveres se amontonaban por todas partes. Todos los animales estaban agotados a causa de la prolongada batalla. El conflicto se había tornado

desesperado, terrible y mecánico. Las criaturas estaban enloquecidas, con los ojos rojos, la piel endurecida y sucia. Los perros-rata habían desistido de su intento de andar erguidos y corrían a cuatro patas, matando monos indiscriminadamente, lanzando dentelladas con sus largos colmillos. Al igual que en la ocasión anterior, apenas notaron mi presencia mientras cruzaba la plaza con la intención de dejarla en condiciones para la luna llena, que saldría en una semana. Al constatar que no era factible en absoluto, regresé a la orilla de mi precipicio. Abandoné mi sueño de preparar la pista de aterrizaje y comencé, en cambio, a soñar con volver al mar, con zambullirme en la

fresca sal del mismo modo que el ave se había zambullido en la corriente de aire. Pasé allí sentado largos días y noches, escudriñando el distante océano, arrepentido de no haberme dejado caer del lomo del pájaro al mar salutífero, donde habría encontrado alguna tabla, algún mástil, pez u objeto flotante al que agarrarme como una lapa hasta que el Cristal se compadeciera de mí y finalmente bajara a recogerme. Y sentado me hallaba todavía una mañana, tres días antes de la luna llena, pensando en la posibilidad de descolgarme por la pared de cristal y correr cuesta abajo hacia el mar, cuando el ave blanca reapareció y se sentó a mi lado tras saludarme con sus amigables ojos

amarillos. Se agachó de nuevo para que yo subiese a su lomo y, conmigo a cuestas, sobrevoló a gran velocidad los bosques hasta el mar, donde giró otra vez en redondo sobre las olas rompientes. Pero ahora comprendí por qué el pájaro había vuelto en mi busca, pues el mar ya no era el frío y salado pozo de cordura de otros tiempos. Ahora sus aguas se movían con pesadez, como si se hubieran espesado. Había en él atisbos de descomposición. En el oleaje cabeceaban cientos de cadáveres de la guerra que las bestias habían arrojado a la gran depresión y luego el río había llevado hasta la costa. Por todas partes había peces y criaturas marinas que flotaban panza arriba, negras manchas

de petróleo que despedían un fuerte olor mineral. Y por encima del mar, en manchas también, una fosforescencia pálida, manifestación visible de una descomposición insidiosa. Se trataba de gases venenosos escapados de los contenedores que el hombre había tirado al mar y ahora yacían en el fondo; en otras partes había cortinas de luz semejantes a un fuego eléctrico sutil que en realidad eran de origen radiactivo y provenían de fábricas situadas en playas, océanos y continentes lejanos. El ave me paseó millas y millas sobre el océano bajo un sol abrasador, mostrándome el debilitamiento del mar, que estaba agonizando en aquel preciso instante: peces, algas, almejas,

marsopas, delfines y ballenas, peces grandes y pequeños, plantas, aves y serpientes marinas, focas, todos muertos. Luego mi hermoso pájaro blanco subió y subió, cargado conmigo, recto hacia el cielo y acto seguido descendió en picado sobre los árboles y me llevó a la altiplanicie; pero en vez de dejarme al borde de mi escarpadura comenzó a volar en círculos sobre la ciudad de edificios sin techo, obligándome a verla. Cada construcción estaba marcada por la guerra, había cuerpos sin vida desperdigados, grupos de bestias que todavía luchaban por las calles, tan idiotizadas y fuera de sí que incluso arremetían contra los de su propia especie, sin fijarse ya en el

pelaje, la forma del hocico o los ojos. Peleaban monos contra monos, perros-rata contra perros-rata. La violencia se había convertido en un objetivo en sí mismo, en un impulso incontenible. Bajo cada arbusto y en los rincones de cada casa las víctimas que seguían con vida gemían y se lamían las heridas. Cuando dábamos una última vuelta en vuelo rasante y nos encontrábamos a menos de veinte pasos del acantilado, vi una hembra de perro-rata, con la piel lisa pero sanguinolenta y llena de cortes, sentada de espaldas a la pared, asestando zarpazos a una pareja de machos de su especie mientras paría. De su raja escarlata salían las crías en medio de borbotones de sangre y

tejidos, mientras ella luchaba por su vida. Las dos protuberancias redondas de su pecho estaban hinchadas y desgarradas, por lo que la leche se mezclaba con sangre. De su morro y sus colmillos colgaban trozos de carne y, al tiempo que lanzaba dentelladas a los dos perros-rata tambaleantes que la amenazaban, el miedo y la necesidad de proteger a sus crías la enloquecieron hasta tal punto que tan pronto propinaba un mordisco feroz a sus contrincantes como a sus crías, una de las cuales resultó herida y tal vez muerta, de manera que parecía que la madre luchaba a la vez contra sus cachorros y contra los dos machos que estaban tan fuera de sí como ella; porque no cabía

duda de que se proponían matarla (o al menos se comportaban de forma que la obligaban a defenderse). Lo consiguieron. Cuando volamos por encima la vi desplomarse en un charco de su propia sangre, mientras los dos machos con los órganos sexuales erectos trataban de cubrirla. Ella se estremecía con los espasmos propios del parto y también de la muerte.

El ave me depositó sobre el borde del acantilado, donde me tumbé en el suelo a llorar. Creía que todo había acabado y que no quedaba en ninguna parte esperanza para el hombre ni para los animales.

Cuando al fin me levanté, el pájaro seguía allí, estudiándome con sus

dorados ojos y su pico amarillo curvado sobre mí en una actitud severa pero amistosa. Era como si quisiera captar mi atención, y una vez que me repuse y estaba de pie, echó a andar entre las casas hacia el centro de la ciudad. Alcé la vista y deduje que la luna estaría casi llena, pues una lámina plateada se alargaba en el mar del que emergería el astro. Yo quería detener al ave, temía que las bestias guerreras la mataran. No obstante, parecía producir un efecto tranquilizador en ellas. La guerra había terminado. Se libraban todavía pequeñas escaramuzas, pero sólo entre grupos reducidos o parejas. Ahora había manadas de monos y perros-rata lameteándose, quejándose y gañendo.

Tras días de enfrentamientos encarnizados, los animales se mostraban casi indiferentes ante la presencia de miembros de la otra especie. Los monos lengüeteaban las heridas de los perros-rata, que lo aceptaban como homenaje o señal de sumisión.

El ave emprendió un vuelo bajo por encima de las calles en dirección a la plaza. Yo la seguí. Una vez allí, se posó sobre la piedra, recogió las alas y se quedó erguida, con el estrecho pico amarillento hacia abajo, como era habitual en ella. Y cuando más preocupado estaba yo por su suerte, me percaté de que todas las bestias la temían. Los animales que se hallaban en la gran plaza empezaron a retroceder —

los monos haciendo muecas y farfullando, los perros-rata de nuevo sobre las extremidades posteriores, volviendo la cabeza de un lado a otro para mirar con ojos achicados— hasta que se sintieron a salvo, momento en que se pusieron a cuatro patas y salieron de estampía hacia sus escondrijos.

El ave permanecía impertérrita en el centro de la plaza. Intuí que seguía allí para protegerme. Comencé a arrastrar los cadáveres para dejarlos lo más lejos posible. Al poco, animales de ambas especies se acercaron para llevarse a los muertos, seguramente con el fin de arrojarlos a la grieta donde se sumían las aguas del río, o tal vez para entregarse a una orgía de canibalismo,

aunque aparentemente habían perdido el gusto por la carne, pues probaban de nuevo los frutos como si fuesen un manjar desconocido para ellos y no su alimento habitual. Sin embargo, había demasiado que hacer como para entretenerme con ellos. Una vez que la plaza quedó limpia de animales muertos, desgajé unas ramas para barrerla. Luego centré mi atención en los canales, que estaban atascados con hojas, excrementos y tierra. Por último, llené de agua la piedra cóncava que en otro tiempo había servido de un mortero y, después de verterla por todas partes, barrí la suciedad que quedaba con hojas aromáticas. Trabajé toda aquella noche bajo una luz lunar blanca y brillante, y

también al día siguiente, bajo un sol abrasador. Entretanto, el ave, blanca y lustrosa, me observaba sentada a mi lado, con el severo pico amarillento siempre orientado hacia mí. Al principio se aproximaron algunos animales decididos a reconquistar la plaza, pero al reparar en la presencia del ave se alejaron. Finalmente se perdieron de vista por completo. Ya no me llegaba sonido alguno; tal vez habían abandonado la ciudad. Al final del día la plaza y sus bordes circulares primorosamente decorados con motivos de colores estaban limpios y relucientes, el aire olía a hojas fragantes y a agua, y en la oscuridad oía correr el agua bajo mis pies por los canalillos. Se respiraba

el perfume de las flores. Incluso cantaban los pájaros desde un árbol próximo a la plaza.

La Luna Llena surgió del mar y bañó toda la tierra, desde la playa hasta las altas cumbres, en un resplandor argénteo. Se elevó, abriéndose paso entre las estrellas. El ave blanca levantó las alas y subió y subió y subió volando hacia la luna.

Me adentré en la plaza y tomé posición en la línea exterior del círculo, de cara al centro.

Espero que ahora se me reconozca que este fármaco está contraindicado en este

caso. Después de una ausencia de cinco días, he encontrado al Paciente visiblemente desmejorado. En cuanto lo he visto esta mañana, me he percatado de que su comprensión de la realidad es menor. Mi diagnóstico, por lo que me ha descrito la enfermera, es que se pasa en coma buena parte del tiempo.

DOCTOR Y

Se discutió ampliamente este caso en la reunión del jueves a la que usted no asistió. Este medicamento

suele tardar más de tres semanas en surtir efecto, como ya he tratado de explicarle. El Paciente lleva sólo doce días con este tratamiento.

DOCTOR X

Sobrevino un silencio sobrecogedor que me llenó de una calma musical. Me hallaba dentro del Cristal, cuyo vórtice atraía todas las sensaciones, del mismo modo que un remolino arrastra consigo polvo y hojas de muchos metros a la redonda, o que esa agua de baño que desciende en espiral hacia el desagüe ejerce su

atracción sobre toda la superficie por igual. Al mirar al exterior comprobé que todo lo que antes estaba allí se había esfumado, o al menos eso me pareció de entrada, pues al verme absorbido por el Cristal me sumí en una oscuridad mental acompañada por una extraordinaria agudeza de los sentidos. Poco a poco conseguí equilibrarme. Me dio la impresión de que al Cristal le costaba asimilar mi relativa tosquedad. La lucha se libró tanto en mi interior como en el suyo, durante unos instantes. Aunque hablo de «unos instantes», en realidad noté enseguida que el tiempo había cambiado y transcurría de forma diferente, lo que constituyó la primera agresión contra la disposición habitual

de mi sustancia. Según mis ojos, yo estaba en un mundo de cristal transparente, o mejor dicho, de niebla cristalina. No reparé en las náuseas que atenazaban mi cuerpo sino hasta que remitieron, porque me habían atacado a un nivel tan primario que me había pasado inadvertido. Por ejemplo, así como respiramos aire normal, nuestros pulmones son capaces de adaptarse a un gas venenoso (venenoso para criaturas extrañas y quizás, en otro tiempo, para nosotros) que también se denomina aire. La náusea era una especie de vicio opresivo que me ponía en tensión contra ella. Cuando se mitigó por fin me invadió una placentera sensación de ligereza. El doloroso esfuerzo que

supone la gravedad había desaparecido: esta dimensión resultaba tan deliciosa y liberadora como patinar o volar entre las alas de un pájaro guardián. Sin embargo, conservaba mi cuerpo, aunque ahora era de una sustancia diferente, más liviano, fino y etéreo, pero con su forma habitual. Poco a poco mis sentidos, mis nuevos sentidos, se afinaron. Estaba inmerso en una luminosidad de varios colores, mi cuerpo nuevo, y esta luminosidad formaba parte, como una llama forma parte del fuego, del remolino del Cristal, que ardía con un fulgor blanco, ejecutando una danza invisible allí donde había estado el centro del círculo en la plaza; y seguía estándolo, pues alcanzaba a distinguir su

perfil, que sólo se percibía como una imagen espectral. Aferrándome al principio o centro de mi visión o, más bien, de mi sentimiento, dejé que esa visión—o quizá la palabra precisa sería interpretación— se alejara girando. Tal vez sería más certero decir que dejé que se agrandara, del mismo modo que la luz se expande, y constaté que esta ciudad de la altiplanicie existía realmente en la nueva dimensión o nivel de vibración. No obstante, al igual que mi propio organismo, la ciudad se había convertido en un cuerpo luminoso, aunque no tan tenue y sutil como el Cristal: era como si la piedra y la arcilla se hubieran disuelto, dejando una ciudad fantasma compuesta de luz, como

una niebla iluminada que contiene sombras y ecos. Sin embargo, la ciudad que crecía en torno a mí tenía la misma forma que la ciudad que conocía, aunque más transparente y extendida. Era un lugar delimitado con mayor delicadeza. Esto no significa que las casas o edificios públicos, de contornos delicados, como el dibujo que forma la escarcha en una ventana, todo él estrellas y hexágonos, revistiesen menor firmeza y carácter que las de la ciudad de piedra; si bien había menos casas y edificios en esta ciudad fantasmal que en la terrena, como si estas ruinas incorpóreas, modelo y clave de la otra ciudad, sólo coincidieran con ella en ciertas partes, áreas o construcciones

aisladas. Al parecer, la ciudad maravillosa encajaba especialmente con la otra en lo que se refiere a edificios públicos y algunas casas. Entre ellos había espacios o descampados cubiertos por la niebla. Y, a pesar de todo, yo sabía muy bien —puesto que conocía perfectamente la ciudad auténtica en la que había paseado, vivido y esperado durante semanas— que en esta urbe «real» de piedra había casas y edificios aquí y allá que no se correspondían con ninguno en la ciudad modelo. Desde la vivacidad de mi nuevo cuerpo, colegí que las zonas urbanas cuyo modelo tipo no era lo bastante fuerte para imponerse, presentaban una mayor pesadez e impenetrabilidad material en su

sustancia; mientras que en las partes de la ciudad que reflejaban su modelo tipo se apreciaba una muestra o porción de aquella sustancia fina o luz interna en las mismas piedras.

Caí en la cuenta entonces de que, cuando paseaba bajo mi forma normal por la ciudad de piedra y cobraba conciencia, como le ocurre a la mayoría de la gente, de que el aire estaba más enrarecido en esta o aquella casa o lugar público, lo que contemplaba eran lugares o espacios donde el modelo tipo latía en su propio pensamiento.

Pensamiento... —me decía yo—, el Cristal era un pensamiento que giraba en espiral con pulso propio. Mi comprensión se ahondaba de nuevo, mi

mente se renovaba y percibía en los alrededores de esta ciudad puntos o burbujas de luz en movimiento. Se desplazaban en manchas o grupos, alejándose de la ciudad. Advertí que se trataba de las tropas de perros-rata y monos, menos numerosas de lo que yo recordaba, del mismo modo que esta ciudad me parecía más sutil y dispersa que la otra. En esta atmósfera interior sólo se reflejaban algunas de las bestias, entre las que mi mente se deslizaba como un ave sobre sus alas. Comprendí que, de todas estas bestias esclavas de horribles necesidades, sólo algunas olfateaban este aire más saludable. En su mayor parte eran tan bastas, pesadas e irredimibles como esa masa de piedra

y tierra sin aire cristalino dentro. A pesar de todo, algunos brillaban con una luz interior que no casaba con ninguna cualidad del grupo ni con la moralidad de la manada. Por ejemplo, una triste y pequeña burbuja de claridad insignificante que, sin embargo, brillaba más que casi todas las constelaciones, pertenecía a una criatura que yo reconocía, una de las más violentas, enérgicas y activas de todas; otra pertenecía a un payaso, un mono alegre. Había otra más que destacaba a un simio muy diferente de los anteriores, una mona obsesionada con sus dos pequeños gemelos, pequeña, gruñona, huraña y de mal avenir y, sin embargo, su estrella no resplandecía menos que la de aquellos

dos machos dominantes. Estas bandadas de luces inquietas, de gotas encendidas, glóbulos de humedad que centelleaban en el remolino de una niebla luminosa, se alejaban hasta desaparecer. Intuí que si yo mismo echaba a andar en esa dirección con estas piernas corrientes atadas por la gravedad, la ciudad pronto quedaría limpia de nuevo. Las bestias asesinas y guerreras se hallaban ya más allá de los barrios periféricos e incluso más allá del bosque donde yo había topado con las mujeres entregadas a su orgía. Me puse a explorar ahora la espesura con los tentáculos de mis nuevos sentidos y encontré un paraíso de plantas, hojas y ramas con una estructura lumínica. La escena del mundo real que

más se asemeja a la que yo estaba presenciando es la de un bosque tras una ligera nevada, cuando la forma esencial del árbol y la rama se presenta como un perfil blanco y reluciente ante unos ojos acostumbrados a la exuberancia verde, viva, fresca y llena de detalles. Mas en este bosque paradisiaco no había rastro de Felicity, Constance o Vera, y, como mi cerebro evocaba con nitidez lo que había visto allí, surgió en ella una compulsión, una necesidad imperiosa: una exigencia por parte de las excluidas, una reivindicación. El recuerdo de aquellas noches en que había bebido sangre y comido carne con aquellas mujeres a la luz de la luna llena afloró a mi memoria. Hube de deshacer y

reajustar mis esquemas para aceptar y conservar este recuerdo, y cuando lo conseguí ya había llegado más allá, pero ahora las mujeres estaban alojadas en mi mente, en mi nueva mente. Supe entonces, aunque no muy conscientemente —eran demasiadas las novedades que debía asimilar a un tiempo— que aquellas noches terribles en que no había resistido el impulso de abandonar la ciudad y correr hacia las mujeres sanguinarias habían constituido una página en mi pasaporte para este viaje. Al mismo tiempo que este pensamiento, me asaltó otro —o el germen de un pensamiento, pues, como ya he dicho, en esos instantes todo era nuevo para mí—: la idea de que las

mujeres estaban facetadas en mi cabeza como celdillas de un panal, como destellos de luz coloreada, y de que mis compañeros, a quienes había visto titilar, convertidos en llamas huidizas dentro de la gran llamarada del Cristal, se encontraban facetados conmigo — como yo con ellos— dentro de esta estructura interna. Me percaté de ello en el momento mismo en que el Cristal me absorbió, razón por la que olvidé ir en su busca. En esta nueva dimensión las mentes están lado a lado, como peces en un cardumen, como las celdillas de una colmena, como las lenguas de fuego en una misma hoguera; juntas componen un todo en el que resulta imposible precisar dónde empieza Charles y dónde

terminan John, Miles, Felicity, Constance o el resto de nosotros. No obstante, mientras se producía en mi cerebro esta toma de conciencia, este acto de comprensión posibilitado únicamente por mi fusión con amigos, compañeros, amantes y socios en una totalidad, porque yo era como un pedacito de cristal pegado a un gran mosaico, nos rodeaba por todas partes una frialdad opresiva. Caí en la cuenta de que aquella especie de gelidez punzante me había envuelto desde el principio, aunque no me había fijado en ella hasta entonces, como tampoco en la náusea que se había apoderado de mí por completo, un malestar indisociable de mi estado general. Así de terrorífico

me resultaba este frío. Fue entonces cuando cobré conciencia de él, o eso creo, ya que al realizar las primeras exploraciones de mis sentimientos, tardé bastante en ser capaz de seguir el hilo de un pensamiento hasta dar con su raíz. De lo que no me cabe duda es de que para entonces esa certeza nueva había quedado grabada a fuego en alguna parte de mi interior: un peso helado, una fuerza poderosa, una amenaza que sólo la humanidad conseguía mantener a raya, pero que permanecía ahí, acechando, como fauces de cocodrilo bajo el agua. Era un dolor, un miedo mucho más antiguo que yo mismo, un sentimiento implantado en la esencia misma de la raza. Lo saludé y seguí adelante; pues al

igual que la náusea que me invadía, formaba parte de mí, era un injerto en mis fibras, una necesidad como la de respirar, con la que estaba relacionada: este frío, este peso, este vaivén y este apremio constituían una piedra imán demasiado antigua y poderosa como para que un individuo solo se enfrentase a ella con éxito. Simplemente estaba allí.

El mundo, esfera rutilante, giraba como una burbuja delicada. Lo que se ofrecía ante mis ojos era la mente de la humanidad; aunque no separada de la mente animal, con la que se fusionaba perfectamente. Ni siquiera cabía considerar una superior a la otra, porque, así como que el comer carne y

beber sangre con aquellas pobres mujeres había representado para mí una puerta, una llave, una abertura (pues eso representa todo conocimiento empático), en este torbellino de fusión, como en la tela de araña en que cada fibra está unida a todas las demás y vibra con ellas, cuando un águila se abate sobre un ratón, el miedo del roedor y la euforia fría del águila integran un todo natural, y esta armonía late con un pulso fortalecido por esta fibra interna de la que forma parte. Yo miraba el remolino palpitante, que evolucionaba continuamente, moviéndose en una danza controlada, circunscrita por su naturaleza a unos límites, de tal manera que el módulo luminoso encajaba

perfectamente con el mundo de piedras, hojas, carne y luz ordinaria.

En este gran entramado de claridad, las llamas, los tonos y los haces siempre cambiantes emitían notas que abarcaban toda la escala, de forma que lo que yo percibía, o mejor dicho, aquello de lo que formaba parte, no era luz ni sonido, sino esa zona donde las dos identidades confluían. El latido de esta bola de luz y sonido coincidía con el de la tierra que la circundaba, y, tal como había advertido en los edificios de la ciudad y las manadas de animales, aquellas bestias implacables, en todos los rincones de ese mundo terroso se abrían grietas y simas de una sustancia superior, una palpitación, luz o sonido

más sutil en el tiempo y que conformaba los canales de una esfera envolvente superior que se alimentaba de la inferior. Desde esa posición en el espacio, como desde el interior de una pompa de jabón que nace en el extremo de un tubo en el que unos labios insuflan aire, yo alcanzaba a ver a través de la membrana rotatoria el mundo que conocemos, tierra y mar, montañas y desiertos, que giraba presionado por la materia, mientras esta criatura suspendida en el espacio, rodeada por esa otra envoltura más delicada, estaba vacía; pues la humanidad no resultaba visible hasta que uno se acercaba a una posición desde la que las ciudades, aglomeraciones y obras humanas se

mostraban a la vista como piojos en hendiduras y brechas. No había otras señales de la humanidad que unas pequeñas costras grisáceas dispersas, unas manchas fijas, inmóviles, partículas insignificantes que se movían según pautas preestablecidas y que parecían más pequeñas que los granos de arena o el polvo del polen. Daba la impresión de que incluso la trayectoria curva descrita por uno de estos grupos de partículas en su travesía de un continente al otro era una llama diminuta y parpadeante dentro del gran cuadro de sacudidas y oscilaciones.

La Tierra pendía, con todo su peso, teñida de diferentes colores, si bien predominaba el azul del agua... Los

grandes océanos no eran más que la membrana de una sustancia transparente que cubría parte de la superficie del globo. Sí, todo ese drama de mares profundos y zafirinos que todavía conservaban su vida secreta, sus olas y tormentas aterradoras, inquietas y destructoras, la atracción de sus mareas por la luna, se había reducido al borrón de una sustancia resbaladiza sobre la superficie áspera de un globo; por otra parte, la humanidad, la vida animal, las aves, los reptiles y los insectos no aparecían más que como variaciones en la fina corteza de este globo. Motas y microbios. Y, sin embargo, era aquí precisamente donde la tela envolvente de luz tenue rozaba el globo terráqueo.

Estas partículas o migajas que componen la humanidad, vistas desde este punto estratégico de la gasa brillante (interna o externa, según la posición que uno mismo escoge) perdían la entidad individual que se atribuyen a sí mismas y pasaban a integrarse en Conjuntos, grandes o pequeños; porque los grupos, las tropas y muchedumbres constituían entidades en sí mismas, o llamémoslas Conjuntos, pues como tales funcionaban. Al aproximarme a esa tela de entendimiento en la que residía la naturaleza de esta campana envolvente y luminosa, descubrí que los tipos de luz —colores, tejidos, destellos fuertes y pálidos— no eran semejantes, sino idénticos. Estas líneas o ritmos, que

unían entre sí a grupos de individuos, no señalaban necesariamente naciones o países; a veces divisaba zonas de tierra o de líquenes que resplandecían en una explosión de color (o sonido): se trataba de guerras civiles o manifestaciones de fervor nacional; sin embargo, por lo general, cuando una misma área de color se concentraba o movía emitiendo su propia nota, ésta constaba de sectores de naciones o países que se habían separado de sus grupos de origen y se habían declarado la guerra mutuamente; me llamaba la atención que, a menudo, el estallido de áreas pequeñas se debía a la fusión de dos fragmentos o ritmos que adoptaban una sola tonalidad, un solo sonido. Pero las líneas y ritmos

más activos en este globo, los más generalizados, no correspondían a los conflictos armados de zonas reducidas, sino a las diferentes profesiones. Los legisladores no sólo estaban «en la misma onda»; eran lo mismo, formaban parte del mismo órgano o desempeñaban la misma función, incluso cuando gobernaban países rivales o en guerra. Y lo mismo ocurría con jueces, granjeros, funcionarios, soldados, conferenciantes, banqueros o escritores: cada una de estas categorías conformaba una unidad, por lo que resultaba divertido constatar que, al contemplarlas desde mi posición estratégica, las pasiones, rivalidades y odios desaparecían totalmente; y es que los átomos de cada una de estas

categorías eran una sola cosa, al igual que los pequeños fragmentos que componían cada ritmo o pulsación de luz (color o sonido), de modo que no existía eso que llamamos jueces, soldados, artistas o políticos (por más que ellos imaginaran que estaban en completo desacuerdo), sino Juez, Soldado, Artista y Político. Y sobre este mapa en que las miríadas de ridículas identidades que se creían importantes quedaban reducidas a unas pocas, se superponía otro, diferente, si bien coincidía en algunas regiones, hecho de una luz (o sonido) más potente y singular, que latía y cambiaba a ritmo constante pero que estaba conectada directamente, por medio de un puente, de un canal de

alimentación, con la tela exterior (o interior, según se mirase) de pensamiento o sentimiento, con esa burbuja palpitante envuelta en un color sutil, y con el sólido, terroso y acuoso globo terráqueo del hombre. Mas no la unía un mero puente, ya que este ramal de la humanidad estaba abierto como una red de acequias a la lluvia; salvo por una parte del entramado refulgente de un ser fluido y alegre, razón por la que esas porciones de humanidad huidizas, bulliciosas, escurridizas, agresivas, inquietas y ávidas estaban, a pesar de su distancia respecto a la tela externa y brillante, vinculadas con ella siempre, pues en todo momento la relumbrante tensión de claridad

cantarina las inundaba, como también inundaba el globo terroso, comunicándole su ritmo delicioso de júbilo y creación. La red externa de luz musical daba origen a la terrestre y la mantenía presa en una danza agitada. Al mismo tiempo, unas cuantas personas desperdigadas, que generaban una tensión leve y ramificada por doquier, hacían las veces de canales por los que el aire más puro penetraba en la tierra, infundiéndole vida. Y este fino entramado, superpuesto a las pautas rítmicas habituales, no guardaba relación alguna con el código ético de la humanidad; de forma que en ocasiones una palpitación más rápida servía de inspiración a un soldado, a un poeta, a

un político, a un hombre que estudiaba y clasificaba las estrellas o a uno que estudiaba y clasificaba el pulso fluido e infinitesimal del átomo, un átomo tan lejano de los originales como la humanidad de los astros. Y los elementos constitutivos del entramado alimentador eran uno solo; pues, del mismo modo que no hay soldados, sino Soldado, Empleado, Jardinero o Profesor, ya que cada categoría vibra con su propia frecuencia de luz y sonido, en este entramado de alimentación no cabían los individuos como tales. Juntos, en cambio, latían al mismo compás en ese gran baile, emitían la misma nota en la canción. Por todas partes y en todos los niveles, los

minúsculos individuos se incorporaban al todo con sus pequeñas notas o tonos de color. En todos los niveles: incluso mis compañeros y yo, seres insignificantes, al igual que mis mujeres, hijos y todas las personas que he conocido —hasta esos con los que alguna vez intercambié una sonrisa al toparme con ellos en una esquina—, todos tocábamos una nota, formábamos parte de un Conjunto. Y ésta era la verdad que confería sentido a estas partículas nimias: en ese gran baile orquestado todo estaba interrelacionado y se movía al unísono. Mi mente era el reflejo de otra mente, la celdilla de un panal. Si dejaba discurrir mi pensamiento a su aire, en la oscuridad,

era capaz de percibir, o intuir, el ritmo de una individualidad que en otro tiempo había conocido como los pobres Charlie, Felicity, James o Thomas. Se trataba de otros ritmos y pulsaciones que sonaban junto a los míos, y juntos componíamos una unidad conectada con esa miríada de unidades diferentes que cada una de estas personas había formado a lo largo de su existencia, que estaba formando continuamente con cada respiración. De este entramado, a través de estas telas, surgía un latido más imperceptible, más profundo, de la misma manera que en aquella ciudad de piedra corría el agua por los canales, abiertos por hombres capaces de regular el grado de elevación del terreno.

A pesar de todo, al observar —y sentir— todo esto, comprendí, tomé conciencia al fin de un antiguo peso, de esa fría pena en la que había reparado al verme absorbido por esta nueva dimensión ontológica. Y estaba siempre ahí, siempre fuera del alcance de mi vista, castigándome mortalmente; pues su ritmo era el de una gélida carga, o mejor dicho, el del contrapeso de la alegría. Estaba allí, siempre cercano; lo noté y acto seguido comencé a alejarme, aprovechando la movilidad de la que ahora gozaba y que ponía todo a mi alcance, ya que flotaba tan deliciosamente como una burbuja o como si me encontrase aún entre las alas del ave gigantesca.

El globo terrestre, como una roca redonda, giraba a la deriva a la distancia que alcanzan un grito o un saludo. Rotaba lentamente, bamboleándose de manera pronunciada. Sus evoluciones trazaban un sistema de líneas marrones, azules y blancas en la superficie del globo; aunque yo sabía que estas líneas eran los mares, continentes y casquetes polares en movimiento. El globo, además, estaba envuelto en una capa de luz vibrante, una capa translúcida como una fina nube opalescente. Yo contemplaba esta Tierra, que daba vueltas en una época anterior al de la humanidad. De algún sitio, situado detrás de mí o a un lado, emanaba el resplandor blanco e intenso

del sol, y la Tierra giraba, engullida por esta llama estable. Yo describía una trayectoria no menos estable, como un planeta minúsculo, con la mirada perdida en la rotación de la Tierra. El día y la noche resultaban imperceptibles salvo por un suave parpadeo y ese cabeceo violento que hace que nuestras estaciones semejen una súbita afluencia de verde que pasa en un abrir y cerrar de ojos, un espesor momentáneo de las líneas blancas de los polos. Todo lo que alcanzaba yo a distinguir, dada su velocidad, eran los giros vertiginosos alrededor de su eje y del sol; aquí tampoco estaba libre de ese dolor frío, pero dejé de prestarle atención, porque, mientras pensaba en la rapidez de los

movimientos circulares, ésta empezó a disminuir, de modo que ahora el planeta giraba a una velocidad que me permitía discernir las masas de tierra y agua antes de que desaparecieran de mi vista. Y puesto que ahora me hallaba más lejos que antes, cuando todo el mapa de impulsos se mostró ante mí, estaba en condiciones de examinar con menor detalle, pero con mejor perspectiva, esa capa iluminada que rodeaba la Tierra estremeciéndose, cambiando y temblando en su eterna danza; y advertí que esta capa, pegada a la tierra como niebla blanca de verano en una mañana cálida, coincidía con las zonas que se extendían debajo y hablaba con ellas. Comprobé que cada continente

presentaba una coloración no totalmente uniforme, desde luego, pero lo suficiente para que yo reconociera todas las corrientes que danzaban y fluían en el entramado de movimientos coordinados. Aparentemente había algo, atraque no sabía a ciencia cierta qué, que ocasionaba que esa masa de tierra que llamamos Rusia, la Rusia europea, despidiese un resplandor fijo, de un tono distinto del que predominaba en la masa asiática. Ambas eran diferentes, muy diferentes, de las demás áreas del mundo. Cada región de la superficie del globo tenía su tonalidad física distintiva, debida a su vegetación (o falta de ella), lo que les imprimía un carácter que las diferenciaba perfectamente como la

jungla se diferencia del desierto, de la zona pantanosa y las montañas, pero igual de distintiva era la luz que servía de espejo y regulador en el mapa aéreo. En este esquema de las corrientes mentales, de las simpatías y los sentimientos, los países —es decir, las naciones— estaban señalados y contenían lo necesario y lo característico de cada una de ellas. Era esencial que el concepto de «nación» concordara con el paisaje físico, pues, allí donde esta condición no se cumplía, se producía una alarmante discordancia de luz y sonido. Me vino a la cabeza una vieja idea, o, más bien, una vieja idea se trasplantó a esta esfera superior de aire puro: la de que, pese a los cambios de

gobierno, o como quiera que se llamaran los sistemas organizativos de los países, siempre pervivía el mismo sabor o realidad en estos lugares, áreas o países que, vistos desde donde estaba, desde un sitio donde el tiempo se aceleraba hasta tal punto que una revolución del globo tardaba lo mismo en completarse que una respiración humana, los cambios humanos trascendentales que presenciaba parecían tan relevantes como la construcción, el crecimiento y la destrucción de un hormiguero. Me fijé en la pequeña Inglaterra, fugazmente mientras pasaba, y vi que conservaba su propio ritmo, color y calidad de sonido, pues cada país, cada costra de moho o parte de la humanidad, se regía por

leyes inalterables. Eran manipulados desde arriba (o desde abajo) por fuerzas físicas cuya existencia ni siquiera sospechaban, al menos en ese momento concreto, ya que la condición de este pequeño organismo lo llevaba a descubrir y olvidar, descubrir de nuevo y volver a olvidar; ahora se hallaban en un período de olvido y se disponían a redescubrir. Sin embargo, me asaltó otra vez el pensamiento sobre la terrible esclavitud en que vivían, sobre las cadenas de la necesidad que los ataban, un pensamiento que traía consigo un soplo de aire frío, de dolor.

Y al pensar que me gustaría que la Tierra acelerase su curso, aunque no tanto como antes, cuando una vuelta, o

un año, duraba lo mismo que el giro de una moneda, la Tierra efectivamente empezó a moverse más deprisa. Ahora se presentaban ante mí nuevas formas de luz y color que se avivaban y se apagaban, desplazándose, fundiéndose entre sí, y mientras reflexionaba sobre estas formas, que al parecer no eran sino una amalgama de las corrientes y los ritmos individuales que yo había discernido anteriormente y que mezclados formaban esa especie de bruma reluciente que rodeaba el globo, se me ocurrió que esta capa, al igual que todos los ritmos de la Tierra, de nuestra Tierra, estaba determinada o sujeta por otra cosa. Mi mente, además, llevó a cabo otro salto hacia el exterior, otro

descubrimiento en el camino hacia la comprensión. Entonces advertí que esas líneas y corrientes de fuerzas tanto confluentes como antagónicas danzaban en la red, el sistema de planetas que orbitaban alrededor del Sol y constituían una parte tan indisociable de él que la sustancia luminosa que lo envolvía en el espacio mantenía los planetas tan unidos a él como si fueran meras cristalizaciones o durezas de esa materia vaporosa, momentos de densidad en el viento solar. Y este entramado representaba una necesidad aterradora y férrea que imponía sus designios.

Ahora que la Tierra rotaba con mayor rapidez, aunque todavía lo bastante despacio para que yo apreciara

el cambio, el crecimiento y la desaparición de las formas, observé que los planetas se movían, evolucionaban, se acercaban y se separaban, ejerciendo unos sobre otros una presión de fuerzas que impedía su disgregación. Me fijé, asimismo, en las pequeñas costras de materia que señalaban la presencia de los hombres, de la humanidad, y que también cambiaban y bullían. Del mismo modo que las aguas, los océanos (esa delgada película líquida sobre la corteza terrestre) se agitaban y oscilaban bajo el influjo del sol y la luna, la existencia del hombre fluctuaba en su entramado de necesidades, en el lugar que le había tocado en la vida de los planetas, en una costra diminuta en la superficie de ese

espesamiento visible del aliento del sol al que llamamos Tierra. La humanidad era un latido en la vida del Sol, de un sol que arde entre vastas explosiones de diversas clases de luz o sonido, unas fuertes y densas, otras más sutiles, con fuerzas de grado muy diverso que, lanzadas al espacio, mantenían en danza continua a las migajas y pequeñas llamas. La gran fuerza que permitía la continuidad de ese movimiento envolvente y circular era el sol. El Sol era la energía que lo controlaba todo; a su lado, la potencia y las leyes secundarias de los otros cuerpos se antojaban insignificantes. La base, el alma, el corazón y el centro de este sistema solar residían en su luz, ritmo y

musicalidad. El Sol era el rey. No obstante, aunque este poder central, este núcleo majestuoso de nuestra red, resultaba esencial para todo el sistema, en zonas muy alejadas del centro, como aquella donde se encontraba el oscuro y desolado Plutón, por ejemplo, quizá parecía más inmediata la atracción entre los planetas; tal vez allí, o más lejos aún, se pierde la noción de que el sol es la nota grave de órgano que sustenta a todo ser, tal vez se olvida más todavía que en la Tierra, que gira de forma tan irregular y lastimosa, agobiada bajo el peso frío de su necesidad. Al contemplar la danza del Sol con sus socios, pensé que a lo mejor el más cercano, Mercurio, era el único que

permanecía siempre consciente de la canción subyacente del Sol, de sus requerimientos e intenciones. Es también conocido como Tot, Enoc, Buda, Idris y Hermes, entre otros muchos títulos y nombres con que lo designan las historias de la tierra: Mercurio el mensajero, el portador de nuevas, el mandadero del sol, el diseminador de leyes del centro cantor de Dios.

Sí, pero mas lejos, en el tercer planeta, que daba vueltas desiguales, cuesta más conservar ese conocimiento, la cordura y la simplicidad del gran Sol. En efecto, la pobre Tierra estaba apartada de su gracia. Ese ritmo de rotación me permitió ver con claridad la concatenación de acontecimientos de la

Tierra y los demás planetas. Descubrí que las guerras, las hambrunas, los terremotos, los desastres, las riadas, las epidemias y las plagas de insectos, ratas y bichos voladores se desencadenaban y desaparecían según la combinación de presiones de los planetas, el sol y la luna. Porque una plaga de langostas, una epidemia de virus e incluso la existencia humana se gobiernan desde otra parte. La vida del hombre, esa pequeña costra de materia que ni siquiera resultaba visible hasta que uno pasaba por encima de ella en vuelo rasante para efectuar una inspección rápida, como el ave que otea el banco de peces que salpican el ancho flanco de una ola, poseía un ritmo con una intensidad, un tamaño y una

salud regulados por Mercurio y Venus, Marte y Júpiter, Saturno, Neptuno, Urano y Plutón, así como por sus movimientos y ese gran foco de luz que los alimentaba a todos. El hombre, esa llama vacilante que menguaba y se avivaba al azar, a veces pacífico, a veces criminal, estaba encadenado. Porque cuando una guerra estallaba y afectaba a la mitad de los habitantes del globo, cuando la población de la Tierra se doblaba en un puñado de años por vez primera en la historia o cuando por todas partes se desataban griteríos, riñas, luchas, altercados, matanzas y la gente clamaba contra el destino, era porque el equilibrio de los planetas había cambiado, o porque un cometa se

acercaba demasiado —o porque la luna hablaba, proclamando a los cuatro vientos el frío y la violencia—; por eso, al inclinarme para acercarme lo más posible, atisbé las revoluciones de la Tierra y la Luna. En aquélla, la tierra y el agua crecían rítmicamente y vibraban, del mismo modo que la materia se hinchaba, se movía y temblaba en la Luna, en la fría Luna, en la mortalmente fría Luna, la hermana helada de la cálida Tierra, la hijastra, la Luna terrible que chupaba como una sanguijuela y se aferraba a la caliente Tierra, que todavía vivía; porque la Luna quería vivir, la Luna ansiaba vivir, la Luna era como ese pobre y triste bebé recién nacido, un bebé que deseaba vivir, que luchaba por

vivir, como esos huevos que absorben cal de los huesos de las gallinas o los fetos, que arrancan un poco de vida a sus madres. La luna chupaba como una sanguijuela; semejaba un imán de carencia, el primer metrónomo de la Tierra en el baile de los planetas; porque era el cuerpo más cercano, la gemela despojada y medio muerta de hambre, el álgter ego de la Tierra, la Necesidad.

Allí estaba el dolor frío que pesaba sobre un rincón de mi mente desde que me absorbiera el Cristal: la conciencia de la Luna y de su necesidad. Tan próxima estaba, tan unida a la tierra, que era tierra; vistas incluso desde aquella distancia tan corta parecían dos

hermanos siempre en movimiento uno alrededor del otro. La lima, tan cercana, era esa fuerza siempre presente y que las limitadas mentes humanas pasan por alto tan fácilmente cuando buscan razones y respuestas. Resultaba más fácil mirar — más allá incluso de las órbitas de Urano y Plutón— hacia Riga, e incluso a ese otro espejo, Andrómeda y más allá...

Sí, esto es lo que suele hacer nuestra mente normalmente, olvidarse de lo que está próximo, muy próximo, tan próximo que se encuentra fundido con nosotros en una danza que mueve agua y tierra dos veces al día, causa fluctuaciones en nuestras venas y arterias, en la marea de nuestro pensamiento; muy cerca, pues la Luna es

carne de nuestra carne, pensamiento de nuestro pensamiento. Hijastra de la Tierra, influye en nuestra talla, en nuestro crecimiento, alimentando y engendrando nuestros apetitos. Cuando la Luna gira a menor distancia de la Tierra determina la estatura de animales y plantas; si desaparece, se desintegra o se aleja en demasía, se operan cambios en animales y plantas, en el nivel de las mareas y probablemente también en los corrimientos de tierras y masas de hielo; en una palabra, modificar la vida draconianamente, del mismo modo que un repentino aguacero modifica el aspecto de un desierto de la noche a la mañana. La superficie de nuestra pequeña Tierra está recubierta de una

membrana fina y verde, de la que forma parte la humanidad, una costra de microbios que se nutren de ella, todos ellos locos, lunáticos, dementes. A los ojos celestiales, que los observan como a través de un microscopio, semejan un caldo de microbios, siempre en guerra, siempre entregados a la destrucción. Este caldo se examina también a sí mismo, empieza a considerarse poco a poco una unidad, una función, una nota en la armonía, éste es su fin y su objetivo; en ese momento la espumosa membrana trasciende a su ser, en este sentido solamente y nunca en ese otro en que los microbios empiezan a decir yo, yo, yo, yo, yo, yo, porque en ese decir yo, yo, yo, yo, está su locura, pues al

hacerlo se han idiotizado y han enloquecido a causa de la luna, porque estos microbios integran un todo, forman una unidad, poseen una sola mente, un solo ser, y nunca pueden decir yo, yo, yo, yo sin mover a risa y a lágrimas a sus observadores celestiales — atribuimos a los guardianes de los microbios la capacidad de compadecerse y reírse; al menos carecemos de libertad para suponer otra cosa—, puesto que la compasión y la diversión son cualidades nuestras, aunque ¿quién sabe qué clase de color o sonido emiten la risa y las lágrimas en ese aire tan enrarecido?

En algún punto de la larga andadura de la raza humana se ha producido una

especie de divorcio entre el Yo y el Nosotros, una especie de desprendimiento espantoso, y yo (que no soy yo, sino parte de un todo compuesto de seres humanos, como ellos de mí) floto aquí en el aire, como sobre el lomo de un ave blanca, con la sensación que estoy regresando (aunque quizá me apartaba más aún, ¿quién sabe?), sí, regresando al vórtice del terror, como un parto a la inversa, hacia la catástrofe; sí, porque los microbios, ese pequeño caldo que conformaba la humanidad, habían recibido un golpe que los había dejado sin sentido, sin su verdadero entendimiento, de forma que la mayoría ha dicho siempre Yo, Yo, Yo, Yo, Yo, Yo, y no puede, salvo en contadas

ocasiones, decir Nosotros.

Sí, mas ¿qué golpe tan terrible fue ése? ¿Qué fue lo que nos separó del centro, de la dulce cordura del Nosotros? Enseguida lo averiguaré, pues estoy siendo succionado hacia atrás como una migaja hacia el desagüe de una bañera, arrastrado hacia el canal de molino, hacia atrás, siempre hacia atrás, hasta que ¡pum! El cometa emerge a toda velocidad de la oscuridad del espacio, golpea a la Tierra en el diafragma, la desvía de su curso; luego retorna a sus tinieblas, llevándose consigo parte de la atmósfera y dejando a la Tierra insegura para siempre, bamboleándose de un sitio para otro, como un trompo, totalmente ladeada. Así nacieron las estaciones,

amadas por los poetas; aunque el aire que respiraban, y que los mantenía cuerdos y diciendo Nosotros, llevados por el amor y la empatía hacia este órgano en desarrollo en el seno de un cuerpo celeste al que pertenecían, ya no era el mismo. Este aire, en otro tiempo fundamento del cariño y la comprensión serenos, se convirtió en veneno, y los pulmones de aquellos pobres animalillos se afanaron por adaptarse al cambio, al igual que sus pobres cerebros, todos ellos entontecidos y confusos, imposibilitados para funcionar correctamente desde entonces, a pesar del esfuerzo. Su mente se había transformado en una máquina estropeada, siempre atormentada por

recuerdos extraños e imprecisos de una época anterior a su envenenamiento, una época en que amaban en lugar de odiar. Y ahí estaba la desdichada Tierra, una víctima maltrecha; la vanidad se impuso, y ellos pronto olvidaron el aire recientemente contaminado; mas, después del choque, me encuentro al otro lado de la catástrofe, en un tiempo pasado. Por otro lado, cabría decir también «en un tiempo futuro», porque el arriba y el abajo son perfectamente intercambiables; todo depende del punto de vista, del lugar en que uno se sitúe, como ocurre con el adelante y el atrás. Hablando, pues, desde la óptica humana, o microbiana, me encuentro en un momento anterior al choque, respirando

un aire dulce y fresco que rebosa armonía, sí, armonía. Y estoy aquí como un viajero, como un Ulises que vuelve a casa, que navega en aguas familiares, tras haber burlado al rencoroso Neptuno y haberse dejado guiar por su amiga, la hija de Júpiter.

*Todos los hombres hacen de sus
ojos cuevas de sombras
con sombreros y manos, cuencas,
pestañas, cejas,
con el fin de que las pupilas
tiernas se atrevan a mirara la luz.*

*Incluso en el norte, donde la luz
convive con las sombras,
el hombre se protege los ojos con*

la mano;

*es algo que he visto hacer incluso
en noches ele luna.*

*Bajo cualquier temporal, esa
mano custodia,*

*está siempre atenta, haciendo
sombra;*

*y como los de los gatos, los ojos
de los hombres se agrandan con la
noche.*

*Son ojos nuevos que todavía no
ven,*

*brillantes, individuales,
ajos sin pericia, ojos sencillos.*

Pienso: éramos bestias sobre

*cuatro patas, bajas,
con mirada horizontal y a salvo
de ese ritmo, de esa llama que
agosta el brillo de los ojos.*

*Pero tenía que llegar el día
inevitable
en que una brava bestia alzara la
pata hacia una rama,
y se irguiera, tambaleante, cuan
alta era.*

*Nuestros bebés siguen
mostrándonos cómo fue.*

*Se ponen de pie con dificultad,
mientras los vigilamos,
dejando que descubran solos lo
absurdo que es el miedo.*

*En aquella primera aventura, la
luz se inclinó
para saludar a su igual, aquel
destello de la mente,
y la bestia la confundió con un
ángel..., como la confundiríamos
nosotros.*

*Con la pata liberada de la tierra,
se agarró a la rama resbaladiza;
mientras la otra, también libre,
aguardaba, y la vista
seguía el vuelo de pájaros y nubes,*

*Y así la bestia consiguió tenerse
en pie.*

Y el ángel, conservando lo que

*tanto le había costado obtener,
lo impulsó a alzar la mano libre
para protegerse los ojos,
en uno de los gestos que hoy son
más corrientes.*

*El hombre no puede mirar
directamente al sol.*

«He de recurrir a las palabras cuando hablo contigo.» Probablemente esta frase: «He de recurrir a las palabras» constituye una definición de toda la literatura vista desde una perspectiva diferente.

Enmarañado como un acorde en Bach, absorbido por un disco de colores exquisitos como los de una medusa, todo un despliegue de armonías rítmicas, un

remolino o espiral formado por el sol, planetas y planetoides, con todos sus apéndices; atrapado por el transcurso temporal de Andrómeda, de la Galaxia, de la Lima y mirando el objeto a través de cualquier prisma excepto el del tiempo terrestre, el hecho de trasladar el énfasis de Saturno a Júpiter para desencadenar un cambio total en la Tierra que tarde en completarse varios siglos (de nuestro tiempo) quizá se traduciría en el siguiente mensaje: que Júpiter libró con Saturno un combate justo y singular del que salió vencedor —si bien no lo mató—, lo que le permitió erigirse en Dios de la Tierra. Pero aquí surge un pensamiento y no por vez primera —no, desde luego que no,

no hay ya pensamientos nuevos—: ¿por qué Dios? Si se trata del más grande, digno y, según afirman, el más benigno de todos los planetas, cuyos rayos envuelven la Tierra en justicia y ecuanimidad (eso dicen) y que alcanza a ciertos sectores de la humanidad, aquel moho grisáceo que lucha por sobrevivir envuelto en su espuma verdosa, con más personalidad que otros sectores. Y en el monte Olimpo, el barbudo Zeus, o Júpiter, no sin cierta irritabilidad, se impuso sobre los demás dioses. Mas ¿por qué Padre? ¿Por qué Padre de Dioses y Hombres? Porque, ¿quién es nuestro Padre? ¿Quién? Nadie más que el Sol, cuyo nombre resuena como la nota más profunda, la que subyace a las

otras: Padre Sol, Amén, Amén, como rezan todavía los cristianos. ¿Por qué no Padre Sol como Señor del Olimpo, por qué Zeus, o Júpiter? En esa montaña Febo Apolo figuraba entre los otros dioses como uno más, ¡qué extraño! Desde luego, al hombre le está vedado mirar directamente al Sol. Los dioses se disfrazan, también ahora, como entonces cuando eran Pilares de Fuego; Campos de fuerza, Longitudes de onda, Presencias. Es probable que el Sol, como los demás monarcas, necesite su corte, y quién más adecuado que Júpiter, un modesto espejo del Sol, un remolino de gases de colores, rodeado de pequeños planetas, como él. Después de todo, el Sol es un cuerpo sideral más,

una estrella entre tantas otras con las que armoniza en el enjambre celeste; porque esto, camaradas demócratas, es un universo jerarquizado. Seguramente es posible ver al Sol, aunque esto a un mortal le resulte difícil de asimilar, como un crimen de lesa majestad, un átomo que se mueve en una escala temporal diferente, en una relación de compañerismo con átomos iguales que él, todos ellos unidades de la galaxia. Las galaxias constituyen unidades también, aunque en un nivel distinto, en el que los soles parecen tan insignificantes como los hombres (ese caldo de microbios) respecto a los planetas. ¡Muñecas rusas, cajas chinas! Desde esta perspectiva cuesta poco

imaginarse al Sol asegurándole a Júpiter en un tono despreocupado: «¡Hijo, serás mi sustituto; tengo cosas más importantes que hacer en la asamblea paritaria!»

Pero ¿por qué Júpiter, si Saturno ya ocupó una vez ese puesto? Al menos es lo que se desprende de los viejos mitos. Por otra parte, ¿por qué no es razonable suponer que los planetas, como las estrellas —o como la gente— cambian de carácter? Al fin y al cabo no es raro que un planeta de peso, responsable, muestre una imagen de sí mismo muy distinta de la de su juventud. Quizá Júpiter asumió la dignidad de Señor de los Dioses (del mismo modo que los mayordomos dominan a los criados

durante la ausencia de los patronos), de Dios suplente, cuando el mal genio de Saturno le impidió continuar desempeñando esta función. Después de todo, Saturno devoró a sus hijos. Y se dice que los anillos de Saturno son los restos pulverizados de planetas anteriores.

¿Quién no sabe que nuestro pequeño sistema es desafortunado a causa de su particular vulnerabilidad a los cometas y visitantes de todas clases? ¡Q es que tal vez todas las estrellas, los planetas y los planetas de los planetas están tan expuestos a repentinas calamidades como los hombres, y el manejo y el gobierno correctos de una estrella y sus planetas, de una galaxia y

sus soles, consisten en el equilibrado y el control prudentes de probabilidades y sustancias? ¿Quién no sabe que los seres no se trasladan entre los planetas, en una forma u otra, a diferencia de las plantas, a las que sus dueños trasladan de un lado a otro del jardín o se llevan al interior de la casa si se avecina una helada? Cuando ese cometa surgió a toda velocidad de la oscuridad que lo envuelve todo más allá de Plutón y chocó con nuestra pobre Tierra, tal vez Júpiter (o Saturno, depende de quién fuera el regente) lanzó un aviso. «Cuidado, Tierra», diría el mensaje. O quizá: «¡Pobre Tierra! ¿Quieres enviarnos a algunos de tus habitantes para que pervivan durante cien o más

generaciones en calidad de invitados nuestros, hasta que las consecuencias desastrosas de esa colisión se remedien? A nosotros no nos causará daño alguno, pues no somos más que una llama, gas ardiente, como nuestro Padre el Sol; pero uno de nuestros planetas os servirá, si realizáis un pequeño esfuerzo de adaptación.» Porque sin duda cabe suponer que los planetas son más sensibles y humanos que el hombre, esta pobre bestia que siempre alza el morro ensangrentado hacia el cárdeno cielo para culparlo de su sufrimiento y del agotamiento en que lo sumen las batallas contra sus semejantes.

Mas ¿quién transmitiría estos mensajes? (Tendrían que recurrir a las

palabras para hablar con nosotros.) Uno imagina que Hermes o Mercurio (Tot o Buda), el planeta más cercano a nuestro Padre, podría ser portavoz de los mensajes de los dioses dada su condición: los cambios y la interacción de los planetas le permiten (en ocasiones) arrojar sustancias sobre nosotros, tan imperceptibles para los sentidos de la Tierra (aunque no para esos instrumentos nuevos que están por inventar o reinventar) como el viento solar. Pero ¿por qué Mercurio? ¿Por qué ha de officiar Mercurio de mensajero de Júpiter? Quizá se trate de una duplicación, de una sustitución, como la del Sol por Júpiter. Porque Atenea, Minerva, por ejemplo, es tan mensajera

como Mercurio, el hijo más próximo del Sol. ¿Por qué no? Nada nos impide jugar con esta idea. Los mosquitos cantan a veces a los reyes, y sus canciones entrañan necesariamente una adivinanza. Los mosquitos creen que se les ocurren ideas propias durante sus escasos segundos de vida. Sin embargo, quizá Minerva, la hija de Júpiter, se encuentra en la misma posición respecto a éste que Mercurio respecto al Sol. Y la Luna, esa gran luminaria de cristal, subplaneta de nuestro planeta, está tan íntimamente relacionada con nosotros como Júpiter con sus satélites (¿son doce ahora?). El más grande de ellos, una muchacha lozana y saltarina, dominante pero bastante hermosa con sus ojos

resplandecientes, que va en busca de su padre. Es esta hija de Júpiter la que emite pulsaciones en dirección a la Tierra, con el fin de sincronizar la maquinaria de Júpiter con los otros planetas, sus planetas, y sus impulsos implantan pensamientos en las mentes de los hombres.

O bien, cuando las palabras han de suplir las pulsaciones, los impulsos, las vibraciones, los movimientos rápidos, las influencias, el polvo y el viento estelares, ella dice a Júpiter, en su papel de primogénita responsable: «Padre, ¿no es hora ya de que dediques un pensamiento a esa pobre humanidad tan apurada? El pobre Ulises sigue suspirando en brazos de la hechicera y

sólo desea regresar a casa. ¿No lo has castigado ya bastante?»

«¿Yo? replica su padre. ¡Te lo tomas todo como algo personal, querida. Eres tan emotiva...! En primer lugar, estoy tan sujeto a las armonías cósmicas como cualquiera. En segundo lugar, no fui yo; seguro que recuerdas que fue Neptuno quien los odiaba. Además, ese favorito tuyo se indispuso con el mar.»

¿Quién era Neptuno cuando Homero vivía y cantaba? Ah, el mar, lo olvidaba..., pero entonces, como ahora, los mares y todas las demás fuerzas y elementos contaban con sus planetas protectores. El planeta Neptuno es un descubrimiento reciente, o eso creemos. Aun así, ese bravo errante llamado

Ulises incurrió en el odio de alguna fuerza relacionada con el mar, un mar drogado, enloquecido y siempre a merced de la luna. Fue al océano a quien Ulises contrarió, con quien no fue capaz de avenirse; al océano, a esa criatura esclava de la lima.

Neptuno no había sido descubierto todavía. Lo descubrimos nosotros, los hombres modernos. Eso lo sabemos con bastante seguridad.

Hace unos cien años (del tiempo terrestre), los adivinos, historiadores y anticuarios de todas clases determinaron categóricamente que el mundo se creó hace unos cuatro mil años, y todos los que no estaban de acuerdo con esta tesis lo pasaron mal, como tristemente nos

cuentan las memorias, biografías e historias de esa época. ¡Qué gran paso se ha dado desde entonces hacia una manera de pensar más libre! Hoy se admite que el origen del mundo físico se remonta a mucho antes; de hecho, a millones de años antes. Cien años de pensamiento académico han aumentado en millones la edad de la Tierra. Sin embargo, en lo referente a la edad de las civilizaciones, todos estos adivinos, anticuarios y científicos siguen pensando como entonces: no se les ocurre siquiera la posibilidad de que la historia de la civilización sea muy antigua. Se reconoce que la Tierra se formó hace millones de años, pero el nacimiento de la humanidad está fechado entre el 2000

y el 4000 a. C, según la tendencia de cada escuela y su definición de civilización, por supuesto. Nosotros, ahora, personificamos la civilización, la corona de la humanidad, el punto álgido del proceso evolutivo. El hombre de los ordenadores es el rey, el poseedor de la sabiduría que se les negó a los bárbaros: desde nuestra superioridad no vemos en nuestro pasado más que salvajes y, más allá, monos. Se cuenta (y se canta) que la escritura se inventó en el tercer milenio antes de Cristo; la agricultura, en cambio, es muy antigua, al igual que las matemáticas y la astronomía, que se convirtió en una ciencia en el momento en que se divorció de la astrología y la superstición. Y todo se conoce por

vestigios, por fragmentos: los hijos de una sociedad obsesionada con la posesión y los objetos atribuyen las mismas características a civilizaciones anteriores; esclavos de sus propios artefactos, creen que los viejos bárbaros también lo fueron.

Cada vez que se descubren ruinas de una población desconocida, los estudiosos, aunque a regañadientes, amplían los límites (en el tiempo) de la civilización en un par de cientos de años, tal vez en medio milenio. En una altiplanicie turca se ha desenterrado el estrato superior de una ciudad en la que se aprecia un grado de organización bastante elevado (uno todavía no se atreve a calificarlo de civilizado) que

data de hace más de diez mil años; debajo de ese estrato hay muchos otros, todavía sin excavar..., pero ¿acaso los especialistas se muestran prudentes a la hora de emitir sus dictámenes sobre la historia humana, conscientes de que sus conocimientos se reducen a los hallazgos de la última excavación? De ninguna manera. Lo que saben hoy en día es lo que dan por definitivo; y así proceden siempre, así discurre su desafortunado cerebro.

Es posible que los astrónomos de hace diez mil, veinte mil o incluso treinta mil años fueran tan inteligentes como nosotros. Es posible que la prueba de esto se encuentre en yacimientos sin excavar, a disposición de mentes sin

prejuicios temporales.

Cabe suponer que los astrónomos de la Antigüedad no creían necesariamente que Dios había creado el mundo un día determinado, cuatro mil años antes de su tiempo.

Ellos sin duda entendían que las palabras debían emplearse por su propio bien y entendían lo que simbolizaban.

Mucho antes que los dioses romanos, griegos, egipcios, peruanos o babilónicos, los astrónomos escuchaban a Júpiter y su familia, o a Saturno, y sabían que Tot (o como quiera que lo llamaran entonces) servía a Amón (y aquí resurge la idea del sustituto, porque Tot creó el mundo con tina palabra) y

que había nombres para los planetas, los soles y las estrellas, así como para las migajas, las burbujas y las gotas de tierra, fuego y agua; interpretaban sus sonidos y colores, narraban historias instructivas sobre Tiempos y Circunstancias. ¿Por qué no? Nadie sabe qué hay debajo de las arenas de los desiertos. Nadie sabe cuántas veces se ha tambaleado la Tierra al recibir los golpes de los cometas, cuántas veces ha perdido o adquirido una luna, cuántas veces ha cambiado de aire, de naturaleza. Nadie sabe qué ha existido y ha desaparecido irremediablemente, en cuántas ocasiones ha comprendido y olvidado el hombre que su mente, carne, vida y movimiento se componen de la

materia de las estrellas, del sol, de los planetas; que la esencia del sol es la suya propia; todos esos sucesos que nos sobrevienen a causa de la interacción de los planetas; el hecho de que es factible una administración inteligente de los recursos de la humanidad basada en predicciones precisas realizadas por mentes especialmente sensibles al baile celeste.

—Padre —dice la eficiente y dominante hija de Júpiter—. ¿Por qué no envías a Mercurio para que ayude a ese pobre viajero, aprisionado en su isla encantada? Podría pedirle a Neptuno que abriera un poco la mano. Lo que hace no está bien, no es justo.

—Encárgate tú de eso, hija —

responde Júpiter, suplente del Sol, hombre muy ocupado con su caterva de hijos descarriados, todo el día de un lado para otro como una hacendosa y abnegada ama de casa—. Averigua qué puedes hacer; pero ten en cuenta que Nosotros, Júpiter, no somos la única influencia sobre las vicisitudes de ese viajero. Aquí todo se rige por una armonía, por una pauta, el bien y el mal que se turnan, y todo asciende en espiral... Pero sí, es un buen momento para visitar a Mercurio, gracias por recordármelo.

—Es fundamental aprovechar el momento preciso —murmura Minerva, la de los ojos brillantes, mientras parte a toda prisa en busca de Tot, o Hermes, a

quien encuentra girando alrededor del Sol en una órbita vertiginosa, alegre y animada, tan perfecta y variada que resultaba difícil seguirla.

—Ah —dice éste—, ya es la hora, ¿no? Estaba pensando en eso precisamente.

—No pareces muy convencido —dice Minerva.

—He estado viendo a Venus.

—A todo el mundo parece gustarle más que nadie —comenta Minerva, secamente—. Como todos sabéis, no me llevo muy bien con ella. Es tan tonta... Eso es lo que no soporto. La gente dice que estoy celosa. De ninguna manera. Es su maldita y disimulada falsedad lo que no aguanto, su hipocresía. Y nunca he

entendido que haya hombres inteligentes que lo toleren, pero ya lo ves. Mas no he venido a hablarte de Afrodita. He venido para interceder por esa pobre viajera, la Tierra.

—Tu nobleza te honra; pero no olvides que la culpa, en parte, es suya.

—¿Te refieres al robo del fuego?

—Desde luego. Si aquel tipo no hubiera robado el fuego, jamás habrían tomado conciencia del estado en que se encuentran.

—¡Tú, Mercurio, Dios de las letras, de la música y, en una palabra, del progreso, quejándote! ¿Acaso preferirías verlos todavía en un estado primitivo?

—No saben usarlo.

—Eso está por ver.

—Lo que quiero decir es que el conocimiento conlleva un castigo. Por supuesto que demostró una gran iniciativa el hombre... ¿Cómo se llamaba? Jasón, Alí Baba, Prometeo... Yo en su lugar habría hecho lo mismo, me habría comido el fruto aunque me lo hubiesen prohibido...

—El robo del fuego —insiste Minerva, con una suficiencia bastante habitual en ella.

—Vamos, no lo tomes al pie de la letra. No seas como ellos —le reprocha Mercurio.

—Y hay algo más —añade Minerva, muy seria, en un tono que irrita a Mercurio. Hay en ella algo de

sabionda. Su sentido del juego limpio y de la justicia (tachado de infantil por la mayoría de los dioses, que se creen más avanzados desde el punto de vista filosófico) la ha llevado a menudo a reflexionar sobre los derechos de las mujeres y la vanidad de los hombres.

—Muy bien —contesta Mercurio—. Entendido.

—¿De veras? —dice ella, severa—. Su madre era una terrícola, pero ¿quién era el padre?

—Oh, no empieces, por favor —replica Mercurio—. Te pones muy pesada cuando tocas ese tema.

—Justicia —dice ella—. Juego limpio. Soy digna hija de mi padre. ¿Quién fue el padre de él? Con esa

sangre o, más bien, fuego en las venas, ¿qué esperabas? ¿Que el hombre viviera como un topo bajo tierra sabiendo que existía la Luz, sin intentar alcanzarla?

—Había motivos para creer — señala Mercurio— que estuvo en contacto con la Luz desde el principio. Paseó por el Jardín en compañía de Dios.

—Y por eso comió lo que nunca debió comer. Robó la manzana, querido dios de los ladrones. Y pagó por ello.

—En resumen, que todo marcha según lo previsto y con nuestra valiosa ayuda.

—El progreso, para realizarse, se ha de ver.

—Muy bien, estoy dispuesto a

partir cuando llegue el momento.

—¿Estás seguro de tu mandato?

—¡Quería Minerva! ¿Acaso esta vez es diferente?

—Siempre se transmite el mismo Mensaje, desde luego...

—Sí. El de que existe una armonía, y si desean prosperar deben obedecer las leyes, cierto.

—Pero las cosas están peor esta vez. Las estrellas, como tú muy bien sabes...

—Luchan del lado de la Justicia.

—A la larga, sí. Pero qué largo les debe de parecer a ellos, pobrecillos.

—Por su culpa, en parte.

—Hoy hablas con mucha dureza. A veces parece que nos intercambiamos

los papeles. No olvides que eres el dios de los ladrones porque despiertas, o incluso provocas, la curiosidad y el deseo de superarse con acciones como el robo del fuego, el comer del fruto prohibido o la construcción de una torre con el fin de alcanzar a los mismos dioses. Todos ellos actos punibles. Actos, de hecho, que ya han recibido castigo.

—Quizá no siempre es fácil cargar con la responsabilidad, ¿eh, querida? A menudo nuestros actos son nuestros hijos... Dime, ¿os resulta sencillo a tu padre o a ti responsabilizaros de actos que se llevan a cabo bajo vuestra influencia, que en cierto modo son vuestros? La Justicia no deja de ser

Justicia cuando se condena a la cárcel a un ladrón que ha robado libros por carecer de dinero para comprarlos. En un drama así, tú y yo estamos representados, aunque no hay duda de quién aparece bajo una luz más favorable. ¿Estás segura de que mi papel divino no te atrae más que el tuyo? Por eso te preocupas de esa manera, cosa que yo aprecio, ¡faltaría más!

—Debería haberlo pensado mejor —dice Minerva—. Sólo los idiotas se meten a discutir con el Señor de las Palabras. Bueno, no te deseo una visita placentera cuando las cosas están peor que nunca.

—Pero uno espera que posean el mismo potencial para el bien que para el

mal; es así como se contrapesan las cosas.

—Es la clase de observación que yo suelo hacer, si me permites decirlo (ya que sé que esto te irrita, querido Mensajero). Pero tienes razón: esta combinación de planetas será realmente poderosa, el equivalente de varios siglos de evolución, y en una sola década. No creo, pues, extralimitarme si afirmo que, en efecto, se respira cierta ansiedad. Después de todo, ninguno de ellos se ha distinguido precisamente por su tenacidad o incluso por su sentido común.

—Estoy seguro de que la ansiedad está justificada. Pero confío en que habrá, como siempre, unos pocos que

escuchen. Con eso bastará.

—Esperémoslo, por el bien de todos.

—Y si sucede lo peor, podemos prescindir de ellos. El Jardinero Celeste no tendrá más que desgajar esa rama e injertar otra.

—¡Deliciosamente expresado! ¡Casi alentador, dicho de esa forma! Pero se ha invertido tanto esfuerzo en ese planeta que... Se han enviado mensajeros allí una y otra vez. El parecer de Nuestro Padre (a través de su Regente, mi propio Padre) sin duda se refleja en nuestra inquietud. Además, estaba aquella Alianza, y el hecho de que ellos la quebranten una y otra vez no es motivo suficiente para abandonarlos.

Al fin y al cabo...

—¿Te estás refiriendo sutilmente a ese asunto genealógico de nuevo? Bien, cualquiera que sea la naturaleza de esas inminentes configuraciones celestiales, y al margen de las posibles reincidencias humanas, el hecho de que yo esté dispuesto a descender de nuevo (sí, reconozco que se me escapa un suspiro al decirlo) demuestra que nuestros padres respectivos están muy conscientes de la situación, lo que significa que hay confianza en el futuro.

—Me alegra que tengas tan alta la moral.

—Querida Minerva, vamos, suéltalo todo. Querías darme algún consejo, ¿no?

—Es sólo que..., bueno, después de todo, somos doce o así los hijos de Júpiter, una familia cada vez más numerosa, y algunos nos parecemos a la Tierra, y, como soy la mayor, debes comprender que he adquirido cierta experiencia y...

—Mi querida Minerva...

—Bueno, no pretendía irritarte. Más vale que me marche.

—Sí, márchate. Adiós.

Minerva se va volando.

En cuanto a Mercurio, el Mensajero, se divide en una docena de fragmentos que caen suavemente hacia la Tierra a través de la atmósfera, y los Batallones del Progreso se fortalecen con vistas a la Lucha.

Muy extraño todo esto. Sí, desde luego, es preferible la interpretación moderna, a saber: la Tierra va a recibir una serie de impulsos del planeta más próximo al Sol, el planeta más cercano situado en el brazo de la espiral que parte del Sol. Como resultado, el Personal Permanente terrestre quedará reforzado y

La Conferencia

se celebró en Venus y a ella asistieron delegados de lugares tan lejanos como Plutón y Neptuno, que normalmente se conformaban con que les enviaran las actas. No obstante, en esta ocasión todo el Sistema Solar se

vería afectado. El mismo Sol estaba representado; pero su presencia era general y dominante; llegado cierto punto de la reunión, la luz brilló con más fuerza y se impuso un silencio momentáneo. Eso fue todo. Sin embargo, todo el mundo se percató de que algo insólito sucedía, y la sensación de urgencia se intensificó.

Minna Erve presidía la mesa. Aquella mujer animosa y valiente, de mirada deslumbrante, había sido la elección obvia, por su condición de hija mayor del Regente.

La conferencia estaba a punto de acabar; ya sólo faltaba que se impartiesen instrucciones. Todos los que no participarían en el Descenso estaban

ya poniéndose de pie y recogiendo sus cosas.

—En suma —recapituló Minna Erve—, esto es lo peor. Los ordenadores lo han comprobado una y otra vez. Esto fue por recomendación de las Altas Instancias —en ese momento la luz parpadeó en señal de asentimiento—, pero no hay lugar a dudas. El equilibrio de fuerzas planetarias ejerce ya demasiadas presiones adversas que alcanzarán su apogeo dentro de diez o quince años. Antes de marchar quiero que veáis este segundo filme sobre la predicción.

Los delegados se miraron entre sí, extrañados, pero se sentaron de nuevo. Aunque Minna a veces se pasaba de

escrupulosa, no dejaba de ser cierto que la mayoría de ellos no había cobrado conciencia de la gravedad del problema antes de la conferencia.

Ya habían visto esa película en la que se mostraba a la Tierra como un punto más en el Sistema Solar. Mientras ésta y los demás planetas se movían en las órbitas calculadas, se notaba que se hallaba bajo una gran presión, lo que se traducía en un notable incremento de la actividad en su superficie. En un principio era prácticamente despreciable, pero poco a poco empezaron a multiplicarse los seísmos, los maremotos y toda clase de cataclismos. Las condiciones atmosféricas, siempre inhóspitas para la

vida en el planeta, empeoraron. Los casquetes polares se derritieron provocando grandes inundaciones a lo largo de las costas. El Cometa, por su parte, causó una serie de desequilibrios y perturbaciones entre la Tierra y sus vecinos. Durante la Conferencia, los representantes de Marte y Venus pusieron una cara especialmente larga. Cualquier cosa que sucedía dentro del Sistema (y también fuera, por supuesto) afectaba a todos; naturalmente que los más vecinos sufrían los efectos antes que nadie: la última vez que la Tierra padeció una crisis, la sufrieron por igual Marte y Venus, y el recuerdo de aquello estaba aún muy presente. Todos los delegados, incluso los de Plutón y

Neptuno, para quienes los asuntos de la Tierra eran ajenos, presenciaron el filme sobrecogidos.

En él, la Tierra salía en primer plano, sin la Luna. El anterior, donde aparecían las dos, por así decirlo, como un átomo de la molécula, les había enseñado los cambios en las estaciones, el tiempo, la actividad en la corteza, la vegetación. Esta película mostraba un incremento drástico de la población paralelo a una disminución de la vida vegetal y animal y una desertización progresiva. Porque en la misma proporción en que pájaros y animales se extinguían, se multiplicaban los seres humanos, de modo que se conservaba el equilibrio. La vida orgánica, necesaria

para la estabilidad cósmica, debía mantenerse en la Tierra; y pese a que los seres humanos destruían la vida orgánica de la que formaban parte, su proliferación servía para guardar el equilibrio. El problema estribaba en que su agresividad e irracionalidad también crecían constantemente. Era un proceso global, en el que un factor era indisociable del otro. En realidad, la agresividad y la irresponsabilidad humanas no aumentaban debido a la explosión de su población, sino al movimiento planetario; se trataba, pues, de distintas facetas de un mismo proceso.

Los delegados observaron espantados que las guerras, en un

principio locales, se generalizaban. Al final la destrucción carecía de la menor pretensión de coherencia. En una década se aliaron naciones tradicionalmente enemigas y dejaron de invertir en recursos técnicos para destruirse. Sin embargo, la tecnología se había descontrolado ya.

Se llegó a una situación clasificada en todo el Sistema como estado de **MÁXIMA EMERGENCIA**: la atmósfera cada vez más envenenada de la Tierra y las emanaciones masivas de Muerte y Miedo perjudicaban en primer lugar a Marte y Venus, cuyo desequilibrio, a su vez, se propagaba hacia los demás planetas, como hizo notar la Presencia Solar al Sol mismo.

Una vez que los planetas ya no se encontraran en posición de peligro, se produciría una serie de cambios en el Sistema que, incluso ahora, y en este momento, intentaban predecir los ordenadores de un millón de laboratorios.

El penúltimo estadio pronosticado era más violento que el último. En él, la Tierra se estremecía, se hinchaba y siseaba, castigada por una lluvia de rocas, llamas, líquidos hirviendo y terremotos. Los hombres resistían y pugnaban por sobrevivir. Había movimientos de masas de animales pequeños como insectos, langostas, ratones y ratas. Se declaraban epidemias que diezmaban naciones enteras cuando

el aire y el agua contaminados alcanzaban grandes áreas del planeta. Y tantas vidas humanas y animales perecían, que el silencio y la tranquilidad se apoderaban del globo. La nota distintiva del estadio final era un vacío horrible, como si todas las formas de vida hubiesen desaparecido. Pero mientras esa caldera de veneno seguía en ebullición, se vislumbraban ya los principios de una nueva civilización: humanos, sobre todo, que se afanaban por adaptarse a las nuevas circunstancias. Incluso antes de que remitiesen las convulsiones terrestres, en cuanto se suspendió el estado de emergencia, ya estaban reconstruyendo, recreando. A juzgar por su actividad

creciente, la crisis había engendrado una nueva raza. Se había producido una mutación. El nuevo ser, aunque no muy diferente del anterior, estaba dotado de una percepción superior y de una estructura mental diferente. Este vestigio de una raza antigua, o principio de una nueva, no sólo poseía la experiencia acumulada de la humanidad, sino un cerebro capacitado para aprovecharla debidamente.

Una vez finalizada la proyección, los delegados salieron. Cuando no quedaba nadie, excepto el Equipo de Descenso y Minna Erve, todos ellos, unos cien aproximadamente, aguardaron cortésmente a que el Sol se marchara, si ése era su deseo, pero el fulgor

penetrante y dorado permaneció inmutable. A muchos les pareció que incluso lucía con más fuerza y se animaron, pensando que se trataba de un mensaje de esperanza y confianza en la capacidad de todos ellos para llevar a cabo la misión que se habían impuesto.

Merck Ury se unió a Minna Erve en el estrado.

—Merk —dijo ella—, seré breve; pero debo recordarte que el tiempo vuela.

—Gracias, Minna —respondió Merck—. En realidad, había decidido ir al grano, ya que tú te has ocupado tan eficientemente de los preparativos.

»Lo primero que debéis tener en cuenta es que no hay que subestimar las

dificultades. Todos los presentes habéis viajado a lo largo y ancho del Sistema (algunos incluso habéis salido de él), por lo que no necesito deciros que una cosa es la descripción de una experiencia y otra la experiencia misma, razón por la que seré breve.

»Probablemente todos sabéis que se dudaba de que quedara vida en la Tierra, después de esa profunda crisis que alteró su atmósfera; pero la naturaleza tiene mil recursos y saca provecho de sus deficiencias. Creíamos que nada sobreviviría en ese planeta tan tempestuoso, inestable y castigado; mas lo cierto es que las formas de vida se adaptaron a él, aunque en su mayoría sólo puedan habitar en regiones secas

con una temperatura más o menos estable. La mayor parte del planeta es demasiado fría, demasiado caliente, húmeda, gélida, montañosa o árida. No obstante, todos estáis familiarizados con la nueva especie que ha surgido, cuyo rasgo más característico es el sistema para bombear aire y líquidos. En otras palabras, que se distingue por haber desarrollado órganos adaptables a esa atmósfera turbulenta y venenosa; a pesar de todo, su adaptación todavía resulta insuficiente, sobre todo en lo que se refiere a sus procesos mentales.

»Al Personal Permanente de la Tierra se le ha encomendado una tarea importante: la de evitar por todos los medios que se pierda el conocimiento de

que la humanidad constituye, junto con todas las demás criaturas, animales y plantas, una unidad; de que desempeña una función en el sistema, como un órgano, como un organismo. La misión de nuestro Personal Permanente es extremadamente difícil, ya que la carencia más importante de estos seres humanos, hoy por hoy, es su incapacidad para sentir, para entenderse unos a otros, excepto a través de sus impulsos y actividades. Todavía no comprenden que como individuos forman parte de un todo, la humanidad, su propia especie, por no hablar de su pertenencia a una Naturaleza de la que no hay que excluir plantas, animales, pájaros, insectos y reptiles; pues juntas, las voces de todos

resuenan en un pequeño acorde de la armonía cósmica.

Estas palabras suscitaron un aplauso de aprobación discreto, aunque no uniforme. Merk, que abrigaba aspiraciones literarias, sonrió al oírlo. Sabía muy bien que muchos opinaban que, por su calidad de técnico, no debía perder el tiempo con las artes inexactas. Algunos de ellos, por afectación, empleaban jerga especializada al hablar, desdeñaban la literatura y se armaban de ironía altanera cuando abordaban un asunto serio.

—Cada individuo de esta especie está encerrado en su propio cerebro, en su experiencia personal (o así lo cree él mismo), y pese a que la mayor parte de

sus valores éticos, religiosos y de otras clases, establecen la Unidad de la Vida, la religión más reciente, llamada Ciencia (que, por ser más reciente, es la más poderosa), ofrece una visión muy inadecuada e incierta de esa realidad incontestable. De hecho, el rasgo más distintivo de esta nueva religión, motivo principal de su ineficacia, es su empeño en dividir, compartimentar, encasillar; y uno de sus más lamentables efectos es el recelo de las palabras y el uso torpe de las mismas. —Dicho esto, sonrió triunfalmente. Algunos soltaron una carcajada.

»En resumen —prosiguió—: nuestra tarea, y la del Personal Permanente, consiste en inculcar y

sostener una verdad que aquellas criaturas sólo proclaman de dientes afuera, así como intentar corregir su defecto más peligroso, su ineptitud para percibir que las cosas componen un todo armonioso. La verdad es que Nosotros (hablando desde luego como delegados y diputados) —en este momento la luz cegadora aumentó en intensidad por unos instantes, como para agradecer esta manifestación de vasallaje— debemos tolerarlos sólo si obedecen órdenes, si ajustan su vida comunitaria a las necesidades del Sistema. Pero parecen incapaces de retener esta sencilla verdad durante mucho tiempo, aunque les ha sido revelada una y otra vez, y esto obedece a una característica muy

importante de su manera de razonar: tergiversan todo lo que se les dice a su conveniencia, de acuerdo con sus prejuicios personales o colectivos, añadiendo así una piedra más a esa pila o colección de medias verdades en las que fundan sus valores. Por eso suponemos, o podríamos haber supuesto en el pasado, antes de este gran (perdonadme esta nueva digresión literaria) salto adelante que damos hoy influidos por el Viento Solar del Cambio —la Luz se destelló, como sonriendo—, que todo lo que vamos a decirles será asimilado por muy poca gente y por muy poco tiempo; porque tal es la naturaleza de las cosas, o, más bien, la naturaleza de esas criaturas. Pronto, esta sencilla

verdad, la del deber humano como parte de la Armonía, será desvirtuada, caerá en manos de grupos armados, cada uno de los cuales propugnará su propia versión. Mas confiemos en que, con el tiempo, verán las cosas como son y en todas sus facetas. La Verdad formará parte del futuro acervo de la humanidad, gracias desde luego, no a Nosotros, sino a...

La Luz emitió un acorde grave y sostenido. Todo el mundo comprendió que él o ella coincidía con Merk Ury en que aquél era el punto clave, el quid de la cuestión. Todas sus atmósferas, campos de fuerza o auras individuales refulgieron con más fuerza.

—Como todos sabéis (pues os lo

han repetido hasta la saciedad desde el instante en que os habéis ofrecido voluntarios), no se trata de descender a ese infierno tóxico y salir indemne. Vuestra vida está en vuestras propias manos. Estas criaturas son mayoritariamente de natural malévolos y hasta sanguinario, sólo toleran a aquellos que más se les asemejan; en cambio, con frecuencia se matan entre sí por diferencias insignificantes de color o apariencia. Tampoco soportan a los que no piensan como ellos, y aunque saben perfectamente que, en teoría, la superficie habitada del globo está dividida en miles de regiones, cada una con su sistema político y religioso, este conocimiento teórico no les impide

odiar a los extranjeros que residen en su pequeña zona y, si no los agreden, los aíslan de todas las maneras posibles. Esto significa que, aunque nos amoldemos a su forma de funcionar, nos atacarán; no hay que forjarse ilusiones de lo contrario. Es más, estamos seguros de que las colonias que fundaron en la Tierra los participantes en Descensos anteriores (o al menos muchas de ellas) habrán adoptado la misma actitud agresiva y poco amistosa hacia las demás. O bien, si ese miasma venenoso que llaman aire les ha permitido recordar que no deben dejar que el entorno les afecte, centrarán todas sus energías en la elaboración de sistemas que en otro tiempo les ayudaron a

mantenerse cuerdos, pero que ahora se han convertido en su propia justificación.

»Como todos sabéis, éste no será mi primer Descenso.

Muchos se miraron sorprendidos, buscando apoyo y consuelo en los demás. Todos los presentes conocían las dramáticas historias de otros que habían descendido anteriormente, o al menos aquellas que estaban documentadas (pocas lo estaban, pues no interesaba que llegaran a oídos de los habitantes de la Tierra). No obstante, en todo el Sistema Solar circulaban relatos de estos Descensos que la mayoría de la gente tomaba por fábulas. Ahora bien, a quienes sabían que eran verídicas les

dolía escucharlas; porque la primera Ley, dictada a todos los hijos del Sistema por su Padre, era que se amaran los unos a los otros, es decir, que respetaran las leyes de la Armonía. Y aun así, muy cerca de ellos, estaba la Tierra, carne de su carne, sangre de su sangre, energía de su energía, y sus habitantes no sólo no respetaban la Ley, sino que tendían a perseguir y asesinar, o como mínimo ignorar, a los que venían a recordársela. Esta reincidencia en la apostasía por parte de unos vecinos tan próximos minaba su sensación de seguridad y su salud mental; al fin y al cabo, todos sabían perfectamente que los accidentes a veces no podían evitarse, que la administración y el

control planetarios estaban necesariamente sujetos a la estructura de una Ley muy superior a la del Sistema Solar. En suma, ellos también eran víctimas en potencia, pues existían sólo por la gracia de la Luz.

—Cuando llegue la hora —continuó Merk—, será nuestra obligación recordarles a los olvidadizos el propósito de su Descenso y reclutar habitantes terrestres aptos (me refiero a los que todavía tienen capacidad para evolucionar hacia la racionalidad), además de fortalecer y defender nuestras colonias que en la Tierra se dedican a esto. Bueno, ésta siempre ha sido nuestra obligación. Esta vez, sin embargo, también hemos de proteger a

los habitantes de la Tierra con un plan de Asistencia Planetaria, ya que toda forma de vida corre peligro. Pero ya hemos hablado de eso en la Conferencia.

»Aun a riesgo de hacerme pesado, debo repetir (repetir, subrayar, y recalcar) que el problema no radica en vuestra llegada al planeta Tierra, sino en que todos perderéis la memoria de vuestra existencia anterior. Volveréis en sí, quizá solos, quizás en compañía, pero con apenas una vaga sensación de reconocimiento. Probablemente os sentiréis desorientados, indispuestos, desilusionados, y no daréis crédito cuando se os comunique vuestra misión. Despertaréis, por así decirlo, pero pasaréis por un período de duermevela

parecido al que experimenta un convaleciente o alguien que respira aire fresco después de estar inmerso en una atmósfera envenenada. Algunos de vosotros preferiréis permanecer inconscientes porque el despertar os resultará tan doloroso, el conocimiento de vuestra nueva condición (idéntica a la terrestre), tan insoportable, que, como drogadictos, tal vez optéis por continuar ajenos a lo que os rodea. Y para cuando os percatéis de que estáis en proceso de despertar, de que tenéis una labor que realizar, habréis absorbido características de los terrícolas que os harán suspicaces, desconfiados, ariscos, insolentes. Actuaréis como el ahogado que ahoga a su vez al que trata de

rescatarlo. Así de violenta será vuestra reacción al horror.

»Y cuando empecéis a recobrar el conocimiento de verdad y os repongáis de la vergüenza de comprobar lo bajo que habéis caído, acometeréis la tarea de concienciar a otros, con lo que os pondréis en el lugar de la persona que rescata ahogados, del médico de esa ciudad asolada por una epidemia de locura. El ahogado ansia que lo salven, aunque no puede evitar forcejear contra quien lo ayuda. El loco vive períodos de lucidez; pero entre uno y otro se comporta como si el médico fuera su enemigo.

»Amigos míos, eso ha sido todo. Os he transmitido mi mensaje. Va a ser

duro, todo lo duro que imagináis.

»Esto me lleva al punto final, que es precisamente el de que no hay punto final, ni resumen. ¿Por qué habría de haberlo? Olvidaréis todo lo que estáis oyendo ahora. No, llevaréis Órdenes Selladas.

Y al ver que algunos paseaban la vista en torno a sí maquinalmente, como para buscar dichas Ordenes, añadió en tono de broma: Vamos, ¿qué esperabais? ¿Un rollo de microfilm? ¿Un manuscrito que tendréis que memorizar y tragar en un momento de peligro? No, desde luego que no, deberíais confiar un poco más en mí: llevaréis marcas cerebrales, por supuesto.

Al oír esto, muchos de los

presentes suspiraron aliviados; después de todo, las marcas cerebrales no eran más que marcas cerebrales.

—De hecho estáis marcados, gracias a...

De repente, la Luz empezó a refulgir cada vez con más fuerza.

—Sí, tenemos la absoluta certeza de que nuestro Sistema es sumamente fiable. Lo encontraréis todo ahí, cuando lo necesitéis... —El brillo seguía intensificándose, acompañado de un zumbido constante y melodioso que resultaba de lo más alentador. Algunos coligieron, acertadamente, que se trataba de la fase final del marcado. Entonces supieron que había llegado la hora. Minna Erve, con los ojos llorosos, y

aunque tentada de permanecer con ellos, desapareció sin despedirse al tiempo que Merk Ury bajaba de la plataforma y se sentaba entre los demás. Todos se quedaron callados mientras ajustaban sus aparatos respiratorios. Reinaba en la sala un profundo silencio, la otra cara de la poderosa vibración. Todos repetían una y otra vez para sus adentros: «No lo olvides, guarda este recuerdo, fíjalo en tu mente...» Sin embargo, la vorágine dorada del momento barrió todo el espacio que ocupaban introduciéndolos en el núcleo de un resplandor potente en el que giraban como átomos. La presión se incrementó. El zumbido se tornó más agudo, como el de una flauta. La Luz era ahora una explosión de naranja que

enrojecía por momentos. Parpadeaba rítmicamente, y el sonido que emitía se había transformado en una especie de quejido lastimoso y perturbador que se incorporó al palpar del brillo rojo oscuro. Cada uno estaba al fin solo, y todo su conocimiento de sí mismo penetraba en sus oídos, con el martilleo constante de aquel latido.

Absorbidos por el sonido, por el mar, un mar oscilante, bum, siss, buuum, siss, bummm, zas, zas, zas, zas, zas, una y otra vez, una y otra vez, sí, no, sí, no, sí, no. Blanco y negro, idas y venidas, afuera y adentro, arriba y abajo, no, sí, no, sí, no, sí, uno, dos, uno, dos y el tres soy yo, el tres soy yo, EL TRES SOY YO. Estoy en la oscuridad,

en una oscuridad con pulso propio, agazapado y encogido, agarrándome con fuerza, buuum, siss, buuum, siss, mecido y sacudido, en alguna parte, al otro lado de la verja, delante de la puerta, deslumbrado por una luz salpicada de coágulos de color rojo oscuro, atenazado por el dolor, y salgo hacia una luz blanquecina donde las formas se mueven, las cosas brillan y despiden destellos.

Un niño precioso, un parto tranquilo, y se quedó dormido enseguida.

Mareado y con náuseas, con la boca llena del olor a vómito, el

estómago tan revuelto como el de un bebé, oh, y un malestar tan grande, y demasiado lleno y demasiado vacío, hambriento, mojado e impregnado de olores; olor, oscuridad y luz, oscuridad y luz, uno y dos, el tres soy yo. Y

Es un niño muy bueno, duerme todo el tiempo.

Lucho desesperadamente contra las náuseas y el olor a vómito; lucho y me debato y me balanceo y rujo, inmerso en un infierno de necesidades; debo tener, debo tener, debo tener, ponerme de pie, levantarme y andar, andar a donde sea y como sea, pero ellos me arrullan, chsss, me mecen, chsss, me atacan la cabeza con paños, calmantes, jarabes, drogas y medicinas.

Sé bueno y duérmete.

Y me duermo entre los muertos, envuelto en seda cálida, todo barriga y pompis húmedo y pestilente, debo despertar, debo despertar, sé que hay algo además de esto, sé que debo despertar pero

Sé bueno, te acunaré, duérmete,

Es un niño muy bueno, duerme mucho,

Es un niño muy bueno, no da ningún trabajo,

Es un niño muy bueno y duerme toda la noche de un tirón. Correteo y me muevo a gatas por todas partes, toco, huelo y pruebo, y una mota de polvo en el suelo me parece una maravilla y el sol en mi piel un continente, la luz y la

oscuridad, la oscuridad es buena para recordar que detrás hay una puerta por donde yo entré, palpitando, latiendo, uno y dos son tres, y hay una luz de un millón de texturas que cambian conforme cambia el día, la luz me tiene admirado, la luz que sale de la oscuridad; oh, dejadme olfatear, crecer, aprender, luchar pero

Sé bueno y estáte quieto,

Es un niño tan movido..., me agota,

¡Duérmete, niño, por el amor de Dios!

¿No puedes estarte quieto?

Antes eras un niño tan bueno...

Me sumo de nuevo en el sueño; me hunden ellos, como hundirían a un gatito

en el agua para ahogarlo, aunque yo me resisto, un niño que pugna por despertar. Me hunden con arrullos, canciones de cuna, amenazas, me castigan voces y silencios, me atontan con medicinas, jarabes, amagos y drogas.

Sin embargo, lucho desesperadamente, como el gato que intenta escapar de ese cubo de cinc de paredes resbaladizas en el que lo han arrojado al agua, un gatito que nadie quiere ni necesita, que vale más muerto que vivo, que vale más dormido que despierto; pero yo lucho y subo y subo en busca de la luz, si bien ahora la oscuridad se me antoja un territorio diferente, una textura diferente, un estado diferente de la Luz. Desde la

sombra reconozco a la Noche pero

Duérmete, niño, ¿por qué no te duermes?

Me da mucho trabajo, no hay manera de que se duerma.

Pero estoy de pie, corriendo, y paso el día descubriendo los tonos y sonidos de la Luz. El sueño y la cama me esperan para agarrarme de los talones y arrastrarme hacia abajo, hacia abajo y en pleno día, dicen, mientras yo desespero impaciente, inquieto y malhumorado, mientras el enemigo mina mi capacidad de descubrir, de maravillarme, de disfrutar.

Acuéstate a dormir, acuéstate y descansa,

Sé buen chico y duerme un poco.

Y cuando llega la noche y estoy furioso, el cansancio se apodera de mí, una vez más; y cuando más airado estoy por lo mucho que me queda por recorrer, el brillo de la luz en una hoja me parece una señal, y el goteo que cae de ella, un tamborileo potente

Por favor, a dormir, mi niño, que es hora de dormir,

Por el amor de Dios, déjame un rato tranquila,

Por lo que más quieras, duérmete.

Y solo en la oscuridad grito y sacudo los barrotes hasta que me duermo para que me quieran, me duermo, aprendo finalmente a dormir.

Es un niño tan bueno y duerme estupendamente.

No me da tanta guerra ahora, ya no se desvela tanto.

Gracias a Dios, está dormido.

Ahora me mandan a su escuela y aprendo a portarme bien.

Soy ya un buen muchacho, sosegado y tranquilo.

Uno y uno son dos

Y el tres soy yo.

La oscuridad me vence, y yo me convierto en un ser reposado, regulado, con horario controlado; un incordio domado que duerme cuando se le manda.

Pero es en las tinieblas y en la profundidad de mi mente donde reconozco la puerta, que está detrás o delante, arriba o abajo, más allá del bum, del chsss, del estruendo eterno, del

pulso y el ritmo, del uno dos, uno dos, a través de quién sabe dónde; yo lo sé y lo recuerdo. ¿Lo recuerdo realmente? Sí, lo recuerdo, debo recordarlo. Allí. ¿Dónde?

Los días blancos y cortos se suceden, cada vez más rápidos, pasan, pasan, pasan y desaparecen muy blancos, con breves lapsos de oscuridad intercalados, los días son para vivir, y las noches para Dormir

No duerme bien, doctor, necesita píldoras.

Los días se desvanecen, insignificantes, y las noches se matan con píldoras. Pero él duerme bien, está sano, controlado y se porta muy bien.

Y ahora la mejor medicina de

todas, la del dulce sueño, sueños dulces de noche y más dulces de día, sueño con Jeannie, la de cabello castaño claro con dos piernas tan abiertas como brazos amorosos.

Ahora soy un hombre y voy por mi cuenta, trabajo y juego, ciñéndome siempre a las convenciones sociales, duermo menos que nunca, durante este período breve de gran felicidad, lejos al fin de aquella cama familiar, antes de convertirme a mi vez en un lecho protector para mi familia, y soy todavía joven, y mi vida y mis sueños coinciden prácticamente: unos brazos blancos me rodean el cuello, y yo me ahogo, me ahogo, ella y yo, él y yo, allá abajo, entre los muertos, allá abajo.

¿Puede recetarme, doctor, una píldora para dormir? Trabajo demasiado, me preocupa mi matrimonio, me preocupa mi empleo y no aguanto más. Quiero una píldora, quiero un trago y un cigarrillo y un porro, quiero comer hasta quedar aturdido, quiero recuperar todas las comodidades de que disfrutaba cuando era un bebé, todo aquello que me enseñaron a necesitar antes de que aprendiera a hablar y a andar, quiero muchas cosas, pero sobre todo quiero que me dejen DORMIR, porque las sombras, donde se hallaba la puerta (¿seguirá ahí?), son el único lugar en que tolero estar despierto. Jamás aprendí a vivir durante la vigilia. Oh, déjeme dormir y dormir por el resto de

mis días. Y si la presión de mi memoria verdadera me despierta antes de tiempo, si la urgencia de mi cometido me apuñala mientras duermo; entonces, por el amor de Dios, doctor, *por el amor de Dios*, deme alguna medicina que me permita conciliar de nuevo el sueño.

Y ahora la vida empieza a desgastarse, y cuanto más se acerca a su final, menos efecto surten los fármacos. Cada vez me queda menos vida para amar, menos espacio para la comida y la bebida; cada vez me cuesta más dormir y tengo más ligero el sueño, que en nada se parece ya a esa caída en el pozo negro del olvido que duraba hasta que sonaba el despertador. No, el sueño se ha tornado ligero, incierto y está

plagado de recuerdos, y la oscuridad nunca es lo suficientemente oscura y

Deme píldoras, deme más píldoras.

DEBO DORMIR.

No, no me divierte pasar la noche leyendo, hablando o simplemente viviendo; no, quiero dormir, tengo que dormir.

En una sala larga y estrecha, donde unas monjas arropan como a unos niños a sesenta viejos vestidos con pijamas usados, a las nueve de la noche, la enfermera va de cama en cama repartiendo dosis para DORMIR.

DULCES SUEÑOS.

Los pacientes externos que acuden a un hospital, en las consultas de un millón de millones de médicos,

extienden un millón de millones de millones de manos.

Deme píldoras, doctor, para dormir.

DULCES SUEÑOS.

Mientras la Tierra gira, de la mitad que queda en sombra surge un lamento: no puedo dormir, quiero dormir, no duermo bastante; pero quiero píldoras para dormir, quiero alcohol para dormir, quiero sexo para dormir.

DULCES SUEÑOS.

En las clínicas mentales, que albergan a todos esos millones que se han derrumbado, que abren resquicios para que la luz pueda entrar por fin, las píldoras se distribuyen como el grano que se vierte en los embudos de los

comederos de los gallineros, A
DORMIR, las agujas penetran en los
brazos extendidos, A DORMIR, los
tubos de goma atados al brazo gotean, A
DORMIR

A DORMIR, pues todavía no estás
muerto.

Debo despertar.

Tengo que despertar.

Noto que pataleo como si estuviera
sumergido en agua cenagosa a más de un
kilómetro de profundidad, aunque
alcanzo a atisbar en la superficie olas
ribeteadas de sol soleadas donde peces
brillantes nadan y danzan, oh, dejen que
me levante, déjenme subir a la
superficie como un corcho o una
marsopa que salta hacia la luz. Déjenme

volar como un pez volador, como un pez de luz.

Me sujetan, me acunan, me acallan y luego me canturrean: DUERMA, que pronto estará bien.

Pugno por levantarme, forcejeando como si estuviera hundido a más de un kilómetro de profundidad en tierra negra sobre la que pesan planchas de piedra, lucho desesperadamente y grito NO, no, no no, no quiero, no quiero, dejadme, debo despertar, pero

Chsss, tranquilo, DUERMA, y la aguja se introduce más a fondo y yo desciendo a las frías profundidades donde el lecho del mar se compone de millones de esqueletos, detritos de continentes erosionados, escamas de

peces y plantas muertas, tierra virgen para el crecimiento de una flora nueva. Pero yo no, yo no crezco, yo no retoño, yazgo como un cadáver o un gatito ahogado, y la cabeza me da vueltas mientras floto sobre olas negras, negras y pesadas.

Está dormido, doctor, sí; duerme muy bien.

Está tranquilo, no da ningún trabajo.

Pero debo despertar.

Mas estoy atado de pies y manos, estoy envuelto totalmente por algas del mar de los Sargazos, y ruedo impotente por el fondo de los océanos entre los muertos, con la mirada ennegrecida. El sueño, tan pesado, domina la necesidad

de despertar y luchar.

Debo despertar.

Doctor, ahora está muy débil. Sí, y muy nervioso entre pinchazo y pinchazo. Parece turbado, desconcertado, incapaz de alimentarse por sí mismo; es como si quisiera dormirse de nuevo y no despertar, se ha puesto furioso cuando le he dicho Creemos que debería despertar ahora.

Enfermera, cómo voy a despertar cuando usted misma me acalla, me acalla, chsss, chsss, estoy abajo, entre los muertos, y el dulce sueño me ofrece visiones desconocidas para la luz del día, más vale dormir para que se nos presenten estas visiones, estos sueños deliciosos y prometedores, que

maravillan a los visitantes procedentes de *allá* que saben y nos indican que la puerta está detrás (o delante), abajo (o arriba); la puerta que nos conducirá a la grata luz del día.

Bien, bien, ¿cómo se siente?

¿Me siento?

Nos gustaría saber cómo se encuentra.

¿Me encuentro?

Ha dormido muchas horas, y pensamos que ahora que está descansado tal vez sea capaz de

recordar quién es.

¿Quién es usted?

Soy el doctor Y.

Nunca he conocido a nadie con ese nombre.

¿No me recuerda?

No, si no quiere, no. Pero ¿quién es usted?

¿Por qué? ¿Es que no me ve?

Le veo muy bien.

¿Entonces?

¿Se acuerda por casualidad de su nombre?

¡Mi nombre! He tenido tantos nombres...

Verá, hemos averiguado algunas cosas sobre usted; pero sería mejor que usted lo recordara por sí mismo. ¿Puede intentarlo?

Sí que puedo.

Adelante, pues.

Hay algo que debería estar haciendo, lo sé. Sí, de eso estoy seguro.

¿Qué?

No es esto, no es aquí. Allí.

¿Allí? ¿Dónde? ¿Puede recordar eso?

Sí, se trata de recordar.

¿Qué?

No, a quién.

Fue allí, lo sé. Tenemos que

conseguirlo. Tenemos que recordar.

¿Nosotros?

Es ley de Dios.

Ah, ya veo. Bien, descanse un poco. No lo ha hecho mal para ser la primera vez que está despierto.

Pero he estado mucho más despierto otras veces que ahora. Esto no es estar despierto en absoluto.

Bueno, bueno.

Lo importante es el conocimiento. La armonía. La ley de Dios. Eso es lo

que es. Déjeme... déjeme... Tengo que...
Debo levantarme.

Calma, calma, chsss, no se excite,
así, buen chico. Enfermera, ¿puede venir
un momento?. Bien. Le veré mañana,
profesor.

¿Mañana? No, es demasiado tarde.
Debo levantarme.

Duerma, muchacho. Eso es,
duerma. Buen chico.

Es Charles Watkins,
profesor de clásicas de
Cambridge. Casado y con dos

hijos. 50 años de edad. Se ha encontrado su cartera en la plaza del Parlamento con sólo una fotografía de su familia. La policía lo ha identificado en esta fotografía como la misma persona que aparece en la que se le tomó en la estación la noche en que lo hallaron. He avisado a su mujer que él está aquí. Le he sugerido que espere a que su marido recuerde quién es. Le ha parecido razonable. Pero convendría averiguar por qué no denunció ella su desaparición. He intentado tirarle de la lengua, pero noté

en ella una actitud evasiva. He visitado al paciente esta mañana. Está muy descansado, ya no habla de sí mismo; en suma, está mucho mejor. No responde a su nombre. Recomiendo aplicarle media docena de electrochoques.

DOCTOR X

Dadas mis serias dudas respecto a la eficacia de ese tratamiento, recomiendo que se retrasen unos días los electrochoques. Le he escrito a la señora Watkins. Merece más información de la que se

le puede dar por teléfono.

DOCTOR Y

Bueno, ¿qué tal está usted hoy?

¿Es hoy ya?

Es lunes, 15 de septiembre.

Hay algo de lo que debería encargarme. Debería.

¿Una conferencia? ¿Una clase? ¿Un discurso?

Sí, sí, sí. Eso es. Me lo dijeron. Me dijeron de qué se trataba. Pero debería...

tengo que levantarme.

No ha recuperado usted todavía las fuerzas.

O sea, ¿que estoy enfermo?

No físicamente.

Entonces, ¿por qué me faltan las fuerzas? ¿Estoy débil?

Profesor Watkins, usted perdió la memoria.

¿Quién es ese profesor Watkins?
¿Es así como se llama el otro?

No, así se llama usted.

¿Yo? ¡Oh, no!

Pues sí, así es.

¿De qué doy clases?

Griego. Latín. Ese campo.

No doy clases de esas cosas.
¿Campo, dice? ¡Esa no es la palabra apropiada! Debería ser... Debería...
Dígame, ¿estaba usted allí también?

¿Dónde, profesor?

¿En la conferencia? ¿En la sesión

de instrucciones?

Ah, entonces, ¿recibió usted instrucciones?

Sí, sí. Lo recuerdo. Yo. Y El, por supuesto..., y... y muchos otros, sí...

Continúe.

La Emanencia. Sí. La luz. Eso es. Dios Padre, amén, amén, amén. Y nosotros éramos, sí, eso es lo que éramos, y ésa es la razón por la que estoy aquí, pero me extravié completamente en esos campos.

Perdió la memoria, profesor, y lo

encontraron vagando por la orilla del río.

Dios mío, espero que se haya limpiado solo, espero que corra limpio de nuevo.

¿No estaba limpio?

Estaba lleno de cadáveres, ¿sabe?

Oh, estoy seguro de que eso no es cierto. Es posible que el Támesis no sea el río más limpio del mundo, pero no arrastra demasiados cadáveres que digamos.

¿El Támesis? ¿El Támesis?

Sí, usted estaba en el Embankment.
Le encontró la policía.

No recuerdo nada de eso.

Le ayudaré. Tenía usted aspecto de no haber dormido en mucho tiempo.

Naturalmente que no había dormido.

Al parecer había comido, pero estaba muy cansado.

Comido, Dios mío, Dios mío, no.

Y había luna nueva...

Eso es falso, había luna llena.

Bueno, bueno.

El Támesis, dice usted. Es un río con régimen de mareas, no como aquel otro. El río crece y decrece, un ciclo de la marea, uno y dos, y conmigo sumamos tres. Tres. Un río sujeto a las mareas es como un aliento, como una respiración que transporta pescado hacia tierra y... ¿Quién? ¿Quién?

Profesor, por favor, concéntrese en esto. No empiece a desvariar de nuevo. Por favor, trate de recordar.

Dios, creo. Tengo que recurrir a las palabras para hablar con usted. Eliot. Tengo que recurrir a las palabras. Pero si Dios no, entonces ¿qué?

Así que usted también es Dios, ¿no?

Al igual que usted.

No tiro tan alto, se lo aseguro.

Imbécil. No tiene alternativa.

Bien, bien. Que descanse. Le diré al doctor X que va usted mejorando. Hasta mañana. Me haré cargo de usted durante unos días, el doctor X se va de

vacaciones.

¿El doctor X?

Le visitó ayer. Usted dice que lo vio.

No se le puede ver. Se lo he dicho. No está aquí.

Usted me ve, ¿no?

Sí, muy claramente.

¿Pero al doctor X no?

No, él es completamente sólido. Es todo animal. No hay luz en él, ni Dios, ni

sol.

Bueno, yo no diría tanto.

¿Lo conoce? ¿Puede verlo? Quiero decir desde allí, desde la luz. Desde allí el doctor X ni siquiera existiría. Sólo los que despiden luz resultan visibles desde el país de la luz. A usted se le vería, sí; porque su luz arde, es una luz pequeña pero estable.

¿De qué luz habla?

De la luz de las estrellas.

Gracias. Sigo creyendo que es usted demasiado severo con el doctor X.

El intenta ayudarle, en la medida en que se lo permiten sus luces.

A eso es precisamente a lo que voy. No importa lo que digao haga. No existe. No consigo verlo si no me esfuerzo demasiado.

Bien, le veré mañana.

El paciente sufre delirios de carácter religioso. Paranoia. Disociación. Sin embargo, creo que es coherente. Sin noticias todavía de la señora Watkins.

DOCTOR Y

Querido doctor Y:

Gracias por sus cartas y sus explicaciones sobre el estado de mi marido. Las llamadas del doctor X me habían dejado muy preocupada porque no sé nada de psiquiatría y él no fue muy explícito. Entiendo, sin embargo, que si mi marido perdió la memoria no había gran cosa que decir. Que yo sepa, no hay ningún motivo especial para que esté «en tensión» como usted dice, al menos más de lo normal. Por otro lado, creo que yo tampoco tendría por qué

saberlo. No me meto en los asuntos de mi marido. Por eso, aunque algo lo hubiese alterado últimamente, quizá no me enteraría. Si no di parte a la policía fue porque estas ausencias no son raras en él, y a él le molesta que me entrometa. Sugiero que consulte a Jeremy Thorne, del número 122 de la calle Rose, Little Manchester, cerca de Cambridge, que está mucho más al corriente de los planes de mi marido que yo. No creo que el señor Thorne haya regresado todavía de Italia, adonde se ha ido de

vacaciones, pero volverá pronto.

Afectuosamente,

FELICITY WATKINS

P. D.: Se mostraba usted interesado por la relación entre mi marido y mis hijos. Cuando él está aquí somos una familia feliz. Preguntaba también si era posible que él hubiese recibido alguna carta que lo perturbase. Llegaron algunas precisamente antes de que él se marchara a Londres, pero mientras no sea absolutamente necesario, prefiero no leerlas. Se las

enviaré si cree que pueden serle de alguna ayuda.

Tiene usted mucho mejor aspecto, profesor. ¿Cómo se siente?

¿Por qué no me deja dormir de nuevo? Siempre me despierta.

Ayer se puso usted furioso con nosotros por mantenerlo dormido.

Ah, ¿sí?

Nos llamó de todo y nos acusó de intentar embarullarle.

Embarullar.

Embarullar.

Embarullar... Curioso el modo en que el sonido acompaña al significado. Qué extraño. Palabras..., sonidos. Una palabra apagada, densa. Embarullar. Su color sería el del barro. ¿Cómo? Ya lo sabía; pero no se trata de eso ahora. El sonido, eso es lo importante..., sí...

Creo que está usted mejor. Le ha vuelto el color a la cara, salta a la vista que está mucho más fuerte y ya no tiene los ojos turbios.

Ojos azul celeste. Ojos centelleantes. Debo dormir de nuevo. Despertar es dormir.

No, profesor, incorpórese. Lamento que no podamos dejarle dormir. Ha dormido demasiado.

¿Por qué se empeña en llamarme profesor?

Profesor Charles Watkins. Vive en la calle Acacia 15, cerca de Cambridge.

Pero no quiero eso, no lo acepto.

Me temo que no le queda otra opción, profesor. Sabemos quién es usted.

Pero yo sé que no lo soy.

¿O es que empieza a recordar aunque se niega a reconocerlo?

¿Por qué utiliza la conjunción «o»? Sería más adecuado «y». Es curioso. La gente dice «o bien», «o», «esto o aquello», a causa del embarullamiento, dentro o fuera, blanco y negro, sí y no, uno y dos, uno, dos, el «o bien» deriva de eso, del pulso, de los latidos en la sangre, pero no se trata en absoluto de «o bien», sino de y, y, y, y...

Sea como fuere, profesor, debe aceptar que usted es quien es. Le estoy diciendo la verdad. Acéptelo e intente seguir

adelante a partir de ahí.

Pero seguir adelante implica que ya he empezado, y eso no significa nada para mí. No sería yo. Sería un sueño.

Mi querido profesor, se trata de su vida...

Una vida en sueños. Una vida que es un sueño. Un sueño...

No, lo siento, no le dejaré dormirse de nuevo, por el momento.

Debo dormir, quiero dormir. Pero no aquí, sino allí. Lo que dije antes no lo habría dicho de haber sabido lo que sé.

Soy capaz de dormir para el resto de mi vida; de hecho, todos nos pasamos la vida dormidos. Sí. Usted también.

Profesor Watkins, ¿es consciente de que lleva un mes en este lugar, en este hospital? Es el Hospital Central. Se encontraba en estado de choque cuando lo trajeron. Había estado deambulando por ahí hasta que la policía le encontró en el Embankment. Estaba aturdido, hablaba solo y divagaba. Le administramos un sedante. Y como no notamos ninguna mejoría, probamos en usted una droga para recuperar a la gente. Este fármaco a menudo adormece a la gente; usted no fue una excepción, le dio mucho sueño. Que el efecto haya

sido positivo o no es discutible. Le repito una y otra vez, para que no lo olvide, que lleva usted un mes en el hospital. Acabamos de averiguar su nombre, profesión, dirección y demás datos. Sabemos algunas cosas más, si es que quiere oírlas... ¿Y bien? Vamos, inténtelo.

Usted sólo dice lo que sabe, y me asegura que es la verdad; pero si le digo yo lo que sé, me lleva la contraria.

Entonces empecemos por usted. Dígame lo que sabe. ¿Por qué se ríe? ¿Se da cuenta de que no se había reído antes, de que es la primera vez?

Doctor, no puedo hablar con usted, ¿lo entiende? Todas las palabras que usted pronuncia caen en un abismo, ni son yo ni son usted. Le veo. Usted es una luz pequeña; pequeña, pero buena. Dios está en usted, doctor. Estas palabras no son usted.

Bien, descanse. Túmbese y descanse; pero antes trate de recordar: usted es Charles Watkins. Vive y trabaja desde hace algún tiempo en Cambridge. Imparte clases sobre autores clásicos. Da conferencias. Y no vive solo; no, de ninguna manera. Bueno, me despido hasta mañana.

¿Cómo se encuentra hoy? Oh,

vamos, tranquilícese. Ha estado soñando, ¿no?

Estoy soñando ahora.

No, ahora está despierto. Está hablando conmigo, con el doctor Y.

No hay ninguna diferencia. Es un sueño, como el otro.

Sí que hay diferencia. Esto es la realidad. Lo otro es el sueño.

¿Cómo lo sabe?

Me temo que tendrá que fiarse de mi palabra.

Me daría miedo tener que hacerlo. No puedo fiarme de las palabras. Las palabras que salen de su boca caen al suelo. ¿Palabras a cambio de algo? ¿De eso se trata? De sus sueños o su vida. Pero no es «o», precisamente. Es «y», como todo. Sus sueños y su vida. Puede hablarme desde ahí, hablar y hablar. Sueño todo lo que hago, acostado o despierto.

Bien, bien, profesor, le veré mañana. Tal vez tengamos que probar con un nuevo tratamiento.

El paciente no está

mejor que la semana pasada.
No veo alternativas a los electrochoques.

DOCTOR X

Propongo un encuentro cara a cara con su mujer o con amigos, si los localizamos.

DOCTOR Y

Si no se produce una mejoría en los próximos dos o tres días, habrá que trasladarlo a North Catchment, en Higginhill. Le recuerdo que este centro es sólo para ingresos.

DOCTOR X

Es normal prolongar un tratamiento tres semanas más. Es lo que sugiero para este caso.

DOCTOR Y

Sólo si nos ponemos de acuerdo en administrar electrochoques. Esa sería una buena razón para prolongar el tratamiento.

DOCTOR X

No estoy en contra de los electrochoques, pero como solución provisional

propongo retirarles toda
medicación, narcóticos
incluidos, y ver qué pasa.

DOCTOR Y

De acuerdo.

DOCTOR X

¿Cómo está usted hoy, profesor?

Ya lo ve.

Tiene un aspecto mucho más alegre.

No me han dado medicinas en las
últimas veinticuatro horas.

Hemos pensado que eso tal vez le ayudaría a recordar.

Según me ha contado la enfermera, me han estado medicando sin parar desde que me ingresaron aquí.

Ya se lo dije, le hemos administrado varias clases de sedantes. Luego probamos un tratamiento al que respondió usted de forma muy personal —durmiendo casi ininterrumpidamente—, y por eso lo hemos interrumpido antes de lo previsto.

Ahora pienso con más claridad. Oiga, doctor Y...

¿Sí, profesor?

Tengo que hacerle una pregunta muy seria.

Adelante, por favor.

Su actitud respecto a mí es la siguiente: pretende hacerme recordar lo que usted sabe sobre mí.

Eso es, exactamente.

Pero eso significa que no me toma en serio, que no me ha tomado en serio en ningún momento.

Como respuesta le diré que durante

este último mes le he dedicado más tiempo a usted que a ningún otro paciente.

No, no me refiero a eso. Yo le insisto en que no soy quien usted dice que soy. Estoy seguro de ello. No soy el profesor Charles o como se llame. Y aunque lo sea de nombre, eso es lo de menos. Pero usted me lo repite una y otra vez, empeñado en ese punto.

Siga, le escucho.

Yo podría ser cualquier otra cosa. Podría ser...

¿Qué? ¿Dios, tal vez?

¿Quién ha dicho eso?

Usted.

Pude haber muerto en la guerra.

Ah, o sea que estuvo usted en la guerra.

Como todo el mundo.

Algunos más que otros.

Todos estuvimos allí.

¿Qué hacía usted durante la guerra?

Si sabe qué enseño en la universidad, sabrá también contra quién luché, ¿no?

No, su esposa no mencionó nada de eso. Ya le preguntaré por lo sucedido.

¿Tengo esposa?

Sí. Se llama Felicity. ¿No le parece curioso?

Ja ja ja, me he mantenido alejado de Felicity. Ja ja ja.

Yo también soy casado.

Felicity.

Y tiene dos niños.

Si soy profesor puedo tener esposa, pero, por lo que sé, también soy un marino con una mujer en la Antillas llamada Nancy.

Ah, también es hombre de mar. ¿Sirvió en la marina durante la guerra?

No, era un observador, y entonces vino el Cristal. Entablaron una lucha. Se devoraron unos a otros.

Un momento. Quiero que me ayude. Si no es Charles Watkins, ¿quién es usted?

Creo que soy mis amigos. Y ellos están... en el nombre del Cristal. Sí. Una unidad. La unidad.

¿Su nombre es Cristal?

Eso está claro como el cristal. Ja ja ja, muy divertido.

Lo noto muy alegre esta mañana.

Las palabras me resultan tan divertidas...

Ya veo. Bien, seguiremos mañana. No le daremos más sedantes ni fármacos de otro tipo. Al menos durante algún

tiempo. Es probable que a partir de ahora le cueste mucho dormir; pero trate de recordar, de pensar en su familia y en sus dos hijos. Dos varones. Dos muchachos.

Mi hijo está muerto.

Le aseguro que ninguno de los dos ha muerto. Ambos están vivitos y coleando. He visto su fotografía ¿Quiere echarle un vistazo? La traeré mañana.

Querido doctor Y:

Gracias por escribirme.

He decidido enviarle dos cartas que encontré en la chaqueta de mi marido, precisamente en la que llevaba

justo antes de perder la memoria. No sé si le serán de alguna ayuda. Una de ellas la escribió él, y por algún motivo no la echó al buzón. No creo que haya sufrido jamás una crisis nerviosa, no es de esa clase de personas. Siempre ha sido muy enérgico y trabajador. Duerme muy poco. Cuando nos casamos, esto me preocupaba, pero acabé por acostumbrarme. A veces duerme únicamente cuatro o cinco horas por noche, durante semanas enteras, aunque sólo en verano. En invierno duerme algo más. Dice que es porque los animales necesitan hibernar. Por otra parte, no creo que este año haya trabajado más que otros. Le gusta trabajar, va con su forma de ser. Al principio del año pasó

una temporada malhumorado, como suele ocurrirle cuando llega el verano, creo que a causa de los exámenes. Esta primavera comenzó a tartamudear, algo nuevo en él. El médico de cabecera le recetó unos calmantes para que se le pasara, pero durante algún tiempo el tartamudeo era tan fuerte que tuvo que cancelar algunas conferencias.

Atentamente,

FELICITY WATKINS

Querido profesor Watkins:

Hemos acordado que sea yo quien le escriba. Usted no me conoce, o mejor dicho, no se acordará de mi nombre. Mantuvimos una breve conversación después de su conferencia. Espero

refrescarle la memoria: todo empezó por algo que usted dijo. Actuó como un catalizador, hizo saltar una chispa, o algo por el estilo. Bueno, no fue un algo corriente ni obvio, y esto constituye la principal dificultad con que me encuentro al escribirle. Todo son imponderables. La charla que pronunció aquella noche inició un proceso notable en mí muy similar al que se desencadenó en mi amigo más íntimo y, según hemos visto, en unos cuantos de nuestros conocidos. Pero cuesta definirlo. En mi caso, todo se originó definitivamente al escucharle a usted. ¿Será posible que usted no lo recuerde? ¿Es consciente la levadura de que es levadura? Supongo que no. O tal vez no se trata de eso, sino

de la posibilidad de que un hombre, al realizar una disertación desde una tribuna en un estado de clara inspiración, conecte con un oyente que ha asistido al acto sin grandes expectativas, y establezca con él un vínculo sobre cuya naturaleza sabemos todavía muy poco. Pero escribirle, el hecho de sentarme a hilvanar palabras con la esperanza de que sean tan expresivas como las que empleó usted aquella noche, es como esparcir levadura o una sustancia química que ha empezado a obrar efecto en un sitio y se ha propagado por otros lugares tornándose cada vez más fuerte y estimulante. Esta carta es como la pescadilla que se muerde la cola. A

estas alturas ya debe de haber caído en la cuenta de que es indiferente que me conozca o no, porque no cuento individualmente. Y usted tampoco, por supuesto. Le escribo porque, por mi condición de jubilada, dispongo de más tiempo que mis amigos. Soy maestra y viuda, y mis hijos están ya muy crecidos. Por otra parte, nadie más podía escribirle, pues fui yo quien estuvo allí y despertó de sus sueños tan bruscamente como si me hubieran propinado una bofetada. Nos preguntamos qué sucedió con los otros miembros del público. ¿Salieron con la sensación de que los habían dotado de una inteligencia nueva? ¿O fui yo la única? Probablemente usted lo ignora, pero me

resisto a creerlo. He escuchado muchas conferencias en mi vida, e incluso he impartido algunas. Para mí no representa una novedad el que la calidad de la conferencia o el conferenciante guarde apenas relación con las palabras que usa. Esto no significa que admire al demagogo o al predicador exaltado, en absoluto. Me refiero a otra cosa, a una cualidad distinta que desplegó usted esa noche. Habría dado lo mismo si lo que usted dijo aquella noche se hubiera oído mal. El contenido de su discurso me pareció interesante, desde luego; pero eso fue lo de menos. La esencia de lo ocurrido aquella noche y de lo que he ido aprendiendo desde entonces radica en el hecho de que una frase dicha como

de pasada, una melodía familiar escuchada con especial atención, un pasaje de un libro que uno calificaría de corriente —incluso el martilleo de la lluvia en las ramas, o un trueno que retumba en medio de la noche, sonidos y visiones de lo más cotidianas—, en ocasiones poseen la cualidad que yo considero más valiosa ahora, para mí y para otros.

Y si no sabe a qué me refiero, entonces debemos aceptar como verdadera esa idea increíble de que no sólo el pájaro, el trueno, el relámpago, la música, la lluvia y las palabras de una canción de cuna como ésta:

*¿Cuántas millas hasta
Babilonia?*

Ochenta más diez.

*¿Podremos llegar al
anocheecer?*

Sí, y volver de nuevo.

sino también un hombre hablando en una sala de conferencias horrorosa puede irradiar esta cualidad por él desconocida, del mismo modo que un pájaro se pasa todo el verano cantando sin percatarse de que sus trinos permanecerán para siempre en los oídos de un niño como la cristalización de una futura promesa.

Si no entiende lo que le escribo, si

esto no despierta ningún recuerdo en usted, entonces...

Fue este año, a principios de primavera. Yo estaba pasando el fin de semana cerca de Cambridge con unos amigos, ex alumnos míos. Tenían niños pequeños y estaban muy entusiasmados ante la perspectiva de matricularlos en un nuevo tipo de escuela; no para reemplazar la enseñanza ordinaria que imparte el Estado, sino para complementarla con unas lecciones de fin de semana particulares y muy poco ortodoxas. Mientras le escribo sobre este concepto, se me antoja aburrido y trasnochado, aunque en cierto modo me continúa atrayendo tanto como entonces. ¡En realidad me ha atraído tantas veces!

Usted iba a dar una charla a un par de docenas de padres, porque también había dedicado su atención durante un tiempo a programas similares. La idea de pasarme toda una tarde en una sala de conferencias no me seducía demasiado; creo, con todo, que estos esfuerzos individuales por educar, formar y estimular intelectualmente son de vital importancia, que un país donde no se llevan a cabo es un país dormido. Es más, la democracia depende de ellos. Acudí y me encontré, como esperaba, en un espacio rectangular, recién enlucido y pintado de gris, todavía húmedo. Era una sala nueva y mal climatizada. Al fondo había una tarima dispuesta para el conferenciante, usted. El nutrido

auditorio estaba distribuido en hileras frente a usted. Las sillas eran duras. En pocas palabras, era uno de aquellos entornos tan anodinos que elegimos para exponer y discutir nuestros sueños de un mundo mejor, como la sala comunal de un pueblo o un salón parroquial. En éstos suele haber una plataforma con una mesa tras la que se sienta un hombre o una mujer, con un vaso de agua a mano y un micrófono delante, de cara a un grupo de personas que lo miran y lo escuchan. Esto redundaba en la fundación de mejores escuelas, la construcción de hospitales, el nacimiento de una nueva sociedad. Algo que consideramos normal, en suma; aunque un observador externo opinaría otra cosa. El caso es que el

orador aquella noche era usted, un hombre de mediana edad, acostumbrado a las tribunas y a las conferencias, de cierto renombre y una actitud sencilla concebida para no molestar ni ofender a su público. Tal vez esto le parezca una crítica, pero no lo es. Recuerdo que yo estaba allí sentada cuando usted empezó a hablar y pensé que demostraba usted la misma seguridad y tacto que los médicos junto a la cabecera de sus pacientes.

Me sentía inquieta e irritable sin motivo justificado, por lo que me enfurecí conmigo misma. Me gustaba lo que oía. Me gustaba el hecho de que todos aquellos jóvenes padres se ofrecieran a instruir gratis a aquellos muchachos en todos aquellos aspectos

que descuidaba la escuela. Me caía bien usted por los rasgos de su carácter que dejaba traslucir su profesionalidad. Y no obstante hervía por dentro en un sentimiento de rebeldía: ¿por qué ha de sentarse uno en sillas duras, en salas desprovistas de personalidad a oír ideas de otros, cuando uno sólo desea ser un ciudadano más y ejercer como tal? ¿Por qué tiene que haber siempre gente disconforme con la marcha de su sociedad? ¿Por qué damos por sentado que siempre ha sido así, que debe ser así? ¿Por qué los beneficios del sistema resultan siempre tan pobres, exiguos y despreciables comparados con lo que es capaz de imaginar como posible y deseable cualquier persona corriente en

la calle, por no hablar de ese pequeño grupo de padres, con una educación exquisita, que se había reunido en aquella sala? Yo formaba parte de ese grupo hace veinte años, por causa de mis hijos, y también recientemente, por causa de los hijos de unos amigos; pero lo que habíamos soñado, discutido, planeado y llevado a la práctica había quedado muy lejos del ideal. Habíamos obtenido resultados bastante buenos, pero nada que se acercara siquiera a lo que sabíamos posible. ¿Por qué? ¿Qué había fallado? ¿Qué es lo que fallaba siempre?

Estaba sentada entre mis dos anfitriones, desesperada e impaciente, invadida por la exasperación y el

disentimiento, emociones impropias de una maestra jubilada, cuando oí lo que me impresionó tan profundamente. Recuerdo exactamente lo que usted dijo, porque estaba siguiendo su discurso muy atentamente a pesar de mi intranquilidad.

«Todo el mundo en esta sala cree, sin saberlo, o sin habérselo planteado —al menos se comporta como si lo creyera—, que los niños de hasta siete u ocho años pertenecen a una especie diferente de la nuestra. Vemos a los niños como criaturas a punto de ser corrompidas por lo mismo que nos corrompió a nosotros. Les hablamos y los tratamos como si estuviese en nuestras manos conseguir que sucedan

cosas casi inimaginables. Hablamos de ellos como seres que llevan en sí la semilla de una raza superior a la nuestra. Y todos compartimos este sentimiento. Por eso en el terreno de la educación abundan los desencuentros y las disputas enconadas, y por eso no hay una sola persona en ningún país que esté satisfecho con lo que se ofrece a los niños (excepto, claro está, en las dictaduras, donde se les educa según las necesidades del Estado). Nos hemos acostumbrado a este hecho y no nos percatamos de lo extraordinario que es. En el caso de otras especies basta con enseñarles a las crías a sobrevivir, a adquirir la destreza de sus mayores y los conocimientos prácticos suficientes.

Mas sucede que cada generación profiere un gemido de angustia en algún punto determinado, como si la hubieran traicionado, vendido, estafado. Todas las generaciones sueñan con algo mejor para sus hijos, y todas se toman la llegada a la edad adulta de sus jóvenes con una desilusión profunda y secreta, aunque se trate de jóvenes que la misma sociedad ensalza como modelos. Todo esto se debe a la creencia arraigada, pero inconsciente, de que es posible algo mejor que uno mismo. Es como si los jóvenes evolucionasen hacia la adultez en una especie de carrera de obstáculos en que arrostran toda clase de peligros, mientras sus mayores se esfuerzan valerosa pero inútilmente por

brindarles un futuro mejor. Una vez que alcanzan la madurez, hacen causa común con sus padres, vuelven la vista atrás hacia su infancia y siguen el crecimiento de sus hijos con la misma angustia estéril. ¿Lograremos impedir que estos niños se echen a perder como nosotros? ¿Cómo evitarlo? ¿Quién no ha leído al menos una vez en los ojos de un niño la crítica, la hostilidad, la sombría conciencia del prisionero? Esta actitud sólo se aprecia en ellos cuando son todavía muy jóvenes; es decir, mucho antes de que se alineen con los padres, antes incluso de que su individualidad se vea eclipsada por lo que los padres dicen que es, por su “esto está bien y esto mal”.» El encuentro de aquella

noche de padres preocupados por ofrecer a sus hijos algo mejor, una «educación» mejor, no fue ni más ni menos que un reflejo del fenómeno que se repite en cada generación. Todos los que le escuchaban, sentados en aquellas sillas duras, estaban atormentados por la sensación de que no habían desarrollado todo su potencial. Algo había ido mal. Un doloroso y equivocado proceso se había completado, y ellos, después de haber cursado unos estudios caros —la mayoría de los presentes pertenecía a la clase media—, habían quedado convertidos en seres deficientes, incompletos y en muchos casos claramente desviados. Así pues, no hacíamos sino seguir los pasos de las

generaciones anteriores; y ahora mirábamos a nuestros niños como si poseyesen las cualidades necesarias para llegar a ser —siempre y cuando les proporcionáramos la educación apropiada— seres completamente diferentes de nosotros, mejores, más valientes, y alegres. Eso y mucho más: nos parecían cachorros de otra especie, libres, sin miedo, con todo un mar de posibilidades ante ellos, rebosantes de esa cualidad que todo el mundo reconoce, aunque nadie ha sabido definir, cualidad que todos los adultos pierden y saben que pierden.

Todo esto dijo usted, entre muchas otras cosas.

Es curioso, pero apenas conservo

en la mente alguna imagen de usted mientras hablaba. Sé que estaba muy despierta, pero a pesar de todo me faltaron energías para asimilar la información, paliar mi intranquilidad y prestarle atención. Y, sin embargo, esa noche yo estaba pletórica de energía e interés, posiblemente debido a la ira (no sé si es ésta la palabra apropiada) que me había invadido por encontrarme allí una vez más. Lo que usted nos dijo explicaba aquella sensación de *deja vu*, de haber pasado por eso antes; aun así, las palabras que pronunció, la contundencia con que se expresaba, lo que todo aquello significaba para usted, algo parecido a lo que significaba para el auditorio, pues todos aquellos padres

jóvenes se revolvían nerviosos en sus asientos, mirándose entre sí, incluso entre desconocidos, y se sonreían como diciendo: «Eso es, ésa es la verdad pura y dura, y esta vez no fallaremos, esta vez lo conseguiremos...» De pronto, la emoción de este descubrimiento nos llenó de vitalidad. La sensación de *deja vu* había desaparecido. Y todos dejamos de lado nuestra identidad cotidiana cuando usted afirmó: «La función de la educación consiste en alimentar esa curiosidad viva y audaz de los niños y evitar que se extinga. En eso consiste la educación.» Al escucharle nosotros también nos sentíamos vivos y audaces; en ese momento irradiábamos todas esas cualidades. Aún estimulados, mis

amigos y yo regresamos en coche a casa de ellos. En cuanto entramos en la sala, que todavía conservaba el calor y el humo que habíamos dejado aquella tarde antes de dirigirnos a la conferencia, empezamos a bostezar. El estímulo había desaparecido. Uno de los niños rompió a gritar en sueños, y su padre subió a calmarlo, mientras la madre comentaba que pensaba llevarlo al médico, pues últimamente dormía mal y turbado por pesadillas. Noté que ya no había relación alguna entre el padre que subía a tranquilizar al niño, la madre que hablaba de medicinas y médicos, y lo que estos mismos padres habían experimentado y proyectado durante al menos media hora o unos pocos minutos

antes, en el coche. Todo se había acabado. El tiempo de la receptividad y la determinación se había agotado. No somos demasiado resueltos. Su conferencia o lo que había expresado en ella nos había infundido fuerzas y nos había arrancado de nuestro letargo, nos había mostrado partes de nosotros normalmente ocultas..., pero todo había acabado. La tarde finalizó como había empezado, con unos cuantos adultos en un salón, fumando, bebiendo, hablando y discutiendo el proyecto de las lecciones de fin de semana para los niños, como si se tratara de una más de sus tareas y obligaciones.

Yo, en cambio, continuaba despierta, como si hubiera recibido una

inyección de adrenalina. No dormí. Me senté junto a la ventana aquella noche, pensando: «No lo olvides, no dejes escapar la oportunidad.» Algo extraordinario sucedió. Tal vez esa noche, sentada contemplando un jardín de un barrio residencial, me retrotraje a la época en que contaba tres, cuatro, cinco años, cuando era una criatura muy diferente de aquella en la que estaba destinada a convertirse. Reconstruí mi infancia. Me vinieron a la mente detalles que había olvidado, cosas que habían sucedido antes de que «las sombras opresivas» vinieran a atraparme.

Y cuando volví a casa, a mi piso de Londres, esto permaneció en mi mente. ¿Qué precisamente? No lo que usted

dijo, sino la impresión que dejó en mí la esencia de su discurso. Y era como el recuerdo de algo que había interiorizado. Me asaltó el temor a olvidar otra vez, a dejar escapar mis vivencias de niña. Era una sensación similar a la que se experimenta al despertar de un sueño intenso y que uno sabe trascendente para sí o para un amigo íntimo. Abres los ojos luchando por retener el sueño, su esencia y contextura; a pesar de todo, a los pocos minutos ese país onírico se desvanece, y su sabor y realidad se diluyen en la vida ordinaria. Todo lo que queda es una certeza intelectual encerrada en una frase. Quieres recordar. Tratas de recordar. Cuentas con unas cuantas

frases que ofrecer a un amigo o repetirte a ti mismo. Pero la realidad se ha ido, se ha evaporado.

Y, no obstante, yo recordaba. Era como si, en cualquier instante del día en que me apeteciera revivirlo, se tendiese un puente entre lo que usted sostenía respecto a los niños, a nosotros, y el pulso de los tiempos en que vivíamos. Empecé a buscar conscientemente esa cualidad en otros momentos cotidianos, como probando a alear un metal con otro, a mezclar una sustancia con otra en apariencia distinta. Esa noche había supuesto para mí una inyección de adrenalina, y ahora me encontraba inquieta, explorando con ansia febril, temerosa de que esta inquietud se

difuminase como la inspiración que sigue a ese gran sueño, devolviéndome a mi aturdimiento habitual.

Unas semanas después sucedió algo más. Se lo describiría, pero habré de conformarme con poner por escrito unas cuantas palabras. Fue otra iluminación, un redescubrimiento, el gran gozo que nos invade cuando reconocemos «sí, eso es», y de nuevo se manifestó esta concordancia de sustancias que armonizan entre sí, exactamente igual que en aquellos cinco, diez, o treinta minutos en los que usted habló de preservar la audacia y la vivacidad en los niños, al mismo tiempo que imbuía a la gente que abarrotaba la sala de dinamismo y energía, aunque sólo

durante unos minutos.

Estuve, como he dicho, indagando, vigilando, buscando semiconscientemente esa «cualidad» que yo llamo «longitud de onda» porque producía el mismo efecto que tocar de pronto un cable de alta tensión, que vibrar con una corriente de frecuencia distinta en la que lo familiar se volvía transparente. Y cuando al fin surgió, no la reconocí al instante. Quizás había idealizado demasiado mi reacción a lo que usted nos había transmitido en la conferencia y anhelaba que se repitiera. Cuando ocurrió me causó una impresión de lo más común, como su charla rutinaria sobre la educación. No lo esperaba y, de no ser porque atrajo mi

atención, me lo habría perdido.

Supongo que si juzga por lo que he escrito, no le parecerá gran cosa. A menudo, cuando uno lee un libro, cae en la cuenta de que las palabras están muertas y lucha por acabarlo o lo deja, ya que el interés ha decaído. Otras veces, el mismo libro se nos antoja lleno de sentido, y extraemos mensajes e ideas de cada frase e incluso de cada palabra, y leer provoca en nosotros una buena descarga de adrenalina.

Lo mismo sucede con las experiencias ordinarias.

Yo iba por una calle en dirección a la Universidad de Londres. Atardecía. Creo que era el mes de mayo; el verano no había llegado todavía. Había llovido.

La luz de las farolas se reflejaba en el asfalto. ¿No se ha fijado en que, cuando el sol está a punto de ponerse, lo baña todo en un brillo más intenso? Y también más triste a veces, sobre todo en días lluviosos. Bien, ya sé que las vistas o paisajes que conmueven a unos, dejan indiferentes a otros. Pero volvamos a mi relato. Había estado caminando deprisa, tratando de entrar en calor: era un típico día primaveral en Inglaterra, frío como el invierno. Cerca de la entrada de la universidad, por la que paso a menudo desde que vivo aquí, me detuve a mirar los grandes pórticos, los pilares, la pomposidad del lugar, y se me ocurrió que es esta formalidad tan impersonal la que mejor identifica a un

centro de enseñanza, y que esta atmósfera condicionará el pensamiento de los jóvenes que se eduquen aquí. Avisté a un hombre que bajaba por la escalera; pero era la hora de salir, y un río de personas descendía hacia las puertas. Los contemplé distraídamente, pensando en lo insignificantes que se vuelven estas personas fuera de estos fríos edificios que en teoría están a su servicio, aunque ni un solo estudiante creería jamás que los seres humanos son más importantes que las instituciones. Las palabras, los profesores, los textos afirman una cosa; los edificios proclaman lo contrario.

Por alguna razón seguí con la vista a ese hombre, consciente del frío que me

estaba entrando por haberme quedado quieta. Esa era mi preocupación principal, que tenía frío. Al mismo tiempo me rondaba la idea de que conocía a ese hombre. De pronto me asaltó la certeza de conocerlo; era algo más que pura amistad, pero recuerde que cuento sesenta años y que ya no soy una chica romántica. No sabría decirle más: no consigo evocar otra ocasión en que haya sentido una afinidad tan grande con otra persona, como si lo supiese todo sobre ella, como si estuviéramos profundamente compenetrados. Cuando esta sensación se disipó, dejándome asombrada e incluso divertida, me percaté de que, en efecto, lo conocía: era Frederick Larson. ¿Ha oído hablar

de él? No lo creo, no es muy célebre; aunque no la considero una pregunta tan tonta. Después de todo, ¿cuántas veces pregunta uno a un amigo o conocido por tal o cual persona, y resulta que, contra todo pronóstico, ha tratado con ella? Pero en este caso hay algo más: sucede que cuando nosotros —explicaré ese «nosotros» en otro instante— entablamos una relación de atracción con otros, de hecho estamos ya en la misma órbita, por así decirlo. Nos conocemos y tenemos amigos en común. El encuentro en sí representa únicamente la confirmación de un lazo existente. En una palabra, Frederick le ha oído nombrar a usted y está al tanto de su trabajo, dice que, de hecho, le saludó en

una ocasión, pero que había tanta gente... Fue en otra conferencia; él duda de que se acuerde usted de él, si es que llegó a oír su nombre.

Cuando se acercó a la puerta y me vio allí de pie, dijo, sonriendo: «Y ahora cuénteme algo de usted.»

Se lo explicaré. Es una vieja broma. Hace ya veinticinco años que mi hermana Marjorie me habló de él. Se encontraba en Grecia con su marido, un arqueólogo. Este contrajo allí una enfermedad de la sangre que lo postró en cama durante mucho tiempo hasta que murió. Fue entonces cuando ella conoció a Frederick Larson, amigo de su marido y arqueólogo como él, que había pedido un largo permiso para velar a su colega

en su agonía. Mi hermana estaba tan sola y desesperada que me escribía dos o tres cartas muy extensas por semana. En ellas se deshacía en elogios de este amigo maravilloso de su marido moribundo, de su amabilidad, su paciencia y demás virtudes. Me contó todo sobre él: su vida, aquello por lo que había luchado, su educación, todo. En suma, yo lo sabía absolutamente todo respecto a él, y él todo respecto a mí; quizá porque no había razón alguna para que nos conociéramos en persona. Éramos el uno para el otro como personajes de una larga novela por entregas; aunque la historia se escribe mientras uno lee. Estábamos enterados de los detalles más íntimos del otro. Y

no es la primera vez —ni la última— que he establecido esta clase de relación con gente que nunca he visto. Ahora me pregunto si dos personas que alcanzan este grado extraordinario de intimidad por medio de terceros están predestinadas a encontrarse. Pues bien, un día en una fiesta me sentaron al lado de un americano desconocido para mí, si bien me parecía familiar. No oí bien cómo se llamaba cuando nos presentaron, pero él se llevó una impresión similar sobre mí. Empezamos a contarnos cosas que sabíamos el uno del otro, como un chiste, ocultándonos nuestra identidad. Nos conocíamos a la perfección. Sabíamos más el uno del otro que personas que se ven a diario.

Finalmente, acabamos por revelarnos nuestros nombres y todo quedó aclarado. Sin embargo, eso no supuso el principio de una hermosa amistad. Él estaba a punto de partir a una excavación en Turquía y yo me iría de vacaciones con uno de mis hijos; nuestras vidas, pues, tomarían caminos divergentes. En broma convinimos que entablar amistad carecía de sentido, ya que sabíamos todo lo que había que saber del otro, lo que excluía cualquier clase de sorpresa. Después de aquel día me topé con él varias veces en la calle y en casas de amigos. Por supuesto, él pasaba la mayor parte del tiempo en el extranjero, y cuando mis hijos cumplieron edad suficiente, mi marido y yo empezamos a llevarlos con

nosotros en nuestros viajes. Antes de salir, yo apostaba con él, medio en serio, a que tropezaríamos con Frederick en alguna parte. Y efectivamente, eso ocurrió en más de una ocasión. Entonces uno de los dos soltaba la frase: «Y ahora cuénteme algo de usted.» Y frecuentemente ya estábamos al tanto de las andanzas del otro, gracias a los amigos comunes que desgranaban los capítulos de nuestra novela por entregas.

Esta vez, cuando llegó a donde yo estaba, dirigió la mirada hacia el patio—aunque era demasiado grande para llamarlo patio— que cruzaba a toda prisa la gente diminuta tras salir del edificio. Debió de fijarse en lo mismo

que yo, porque comentó: «Hay edificios tan grandes como éste con escalinatas de tamaño proporcional.»

No le entendí.

—Recuerdo, por ejemplo, un edificio en México. Tiene unas escaleras totalmente impracticables para seres de nuestra especie. Imagínese aquel edificio con unos escalones que estuviesen a la misma escala, escalones tan altos como un hombre. La razón por la que ese edificio nos empequeñecería tanto está en las escaleras y en el edificio mismo, en sus proporciones.

—Pero sería un edificio para gigantes —observé.

—«Había gigantes en aquel tiempo» —citó él, riendo.

Me estaba quedando helada y se me hacía tarde para la visita que había programado. Mientras yo pensaba en esto, él me dijo:

—Espero que nos veamos de nuevo.

Ya me había despedido y me marchaba cuando algo me impulsó a retroceder sobre mis pasos. Se trataba de una especie de pánico, de una advertencia sobre posibilidades perdidas, posibilidades que se desvanecían. Me había venido a la memoria la imagen de usted, hablándonos desde aquella tarima. También Frederick se había vuelto hacia mí después de haberse alejado unos metros.

—Me pasé el verano trabajando en un yacimiento de Turquía —me explicó—. Se ha excavado una superficie de unos dos mil metros cuadrados de una ciudad de varios kilómetros de ancho. Todo apunta a que debajo de ese estrato hay otros muchos. Allí han vivido seres humanos desde hace miles de años. Probablemente el clima ha cambiado, y con él la vegetación, la fauna, todo, hasta la gente. A raíz de nuestro trabajo en aquella excavación lo aprendimos todo sobre esa civilización: creencias, rituales, costumbres, métodos agrícolas. Se han publicado docenas de artículos al respecto. Yo mismo he escrito tres. Ayer no me sentía muy bien, así que me quedé en casa viendo la tele de cuatro a siete.

Basándome en esta experiencia, he concluido lo siguiente sobre la civilización en Gran Bretaña en 1969. En primer lugar, la característica más destacada de una civilización extraordinaria: se concede la misma importancia a todos los sucesos, desde la guerra hasta un juego, así como el tiempo, la agricultura, las modas o una investigación policial.

»Otro rasgo, para nosotros increíble, es su habilidad para compaginar una amplia gama de creencias, algunas de ellas incompatibles entre sí. Se trata de una sociedad altamente tecnificada que, sin embargo, cree en brujas, hadas, superhéroes y todo tipo de magia, y que

se esfuerza al máximo por inculcar estas creencias a sus hijos junto con conocimientos de orden científico.

»Por otra parte, venera a una deidad superior a todas las demás, pero a la vez más atrasada que ellos mismos, y menos poderosa, pues hasta los dioses de segunda, como Superman, emplean técnicas modernas como la levitación y los viajes por el espacio. La deidad superior, por el contrario, se aplaca e invoca con cánticos que se entonan delante de sacerdotes vestidos con túnicas muy decoradas, con arreglo a un ceremonial complicado, y normalmente en edificios muy recargados pero de arquitectura rudimentaria y arcaica. Estos sacerdotes, siguiendo

probablemente un ritual mágico, recurren a sonidos de toda clase, como cantos, salmodias, sonsonetes, etcétera.

»Su uso del sonido resulta desafiante y al mismo tiempo enigmático. Aunque se comunican unos con otros verbalmente, por lo general mediante discursos —un hombre o una mujer hablando largamente de temas específicos—, creen poco en la eficacia de las palabras, a juzgar por el hecho de que estos discursos o conversaciones van siempre precedidos, acompañados, interrumpidos o rematados por una diversidad de sonidos, normalmente musicales. Mi teoría sostiene que en esta utilización de la música, si consiguiésemos entenderla, radicaría la

clave de su civilización. Debe de guardar una relación estrecha con el adoctrinamiento o el lavado de cerebro. No se me ocurre otra explicación para la naturaleza totalmente arbitraria, casual y fragmentaria de esta música con la que realzan o puntúan su discurso que la de que forma parte de un sistema desarrollado por una casta oculta sacerdotal o tecnológicamente superior para controlar a la plebe. Si esta hipótesis es correcta, cabe concluir que esta cultura es extraordinariamente avanzada en muchos aspectos, aunque muy primitiva en otros. ¿He mencionado ya que es una cultura profundamente animista, que atribuye rasgos humanos y a veces mágicos a animales y plantas?...

Sí —dijo—, y le aseguro que me he servido de un método análogo a los que empleamos en Turquía, en Africa y en todas partes. Ahora bien, si hubiera visto la televisión entre ocho y diez, mis conclusiones habrían sido diferentes, si bien igual de categóricas...

Fuimos a un bar desde donde telefoneé a la persona que me esperaba y me excusé por no acudir a la cita. No me atrevía a dejar a Frederick entonces; se hallaba en un estado muy alterado. Descubrimos que ambos habíamos atravesado experiencias muy parecidas en las últimas semanas. El no recordaba con claridad el origen de la suya. No podía decir: todo empezó porque una tarde yo fui a una sala de conferencias a

escuchar a un entusiasta de la educación. No: un día, de pronto, advirtió que estaba de un humor muy diferente, aunque no habría sabido definirlo. Su trabajo, que él ama y antepone a todo — incluso a su mujer y su familia, según él mismo reconoce—, se había vuelto rutinario, se había convertido en una obligación más. Pensó que tal vez había caído enfermo. Incluso fue al médico, que le recetó un tónico. Se percató de que dormía mal. Según su descripción, se sumía en un sueño intranquilo como el de quien va a salir muy temprano de viaje y se despierta continuamente, temeroso de pasarse de la hora.

Lo invitaron a una excavación en Sudán, y, aunque deseaba trabajar de

nuevo en África, rehusó la oferta, aun sabiendo que era una locura y que seguramente se arrepentiría de su decisión.

Finalmente concluyó que padecía un trastorno mental leve debido tal vez a que había tomado conciencia de haber sobrepasado ya la mitad de su vida. Pero dejó de preocuparse por los porqués. Todo había cobrado cuerpo y vida ante sus ojos. Era como el enamoramiento, esa condición que duraba horas, días, semanas, en la que todo se nos antoja impregnado de la personalidad de la otra persona. Y, sin embargo, no estaba enamorado ni había otra persona. Todo —gente, lugares, árboles, plantas, edificios— había

adquirido un cariz rico y prometedor que desaparecía cuando él se acercaba. «Era como no ver mi imagen en un espejo.» Conozco muy bien esa sensación, ¿usted no? Le hablé a Frederick de todo lo que experimenté aquella «noche de los niños» (ése es el título que le he puesto). Continuamos hablando hasta que cerró el bar; luego fuimos a mi piso, porque compartíamos la misma impresión de que éramos el uno para el otro una caja llena de posibilidades, aunque cerrada, sellada. Mas si seguíamos hablando, quizás emergería alguna revelación, alguna clave.

Un inconveniente residía en que habíamos llevado vidas muy distintas, él

siempre viajando, explorando lugares y ciudades nuevos; yo, en cambio, una simple maestra y ama de casa, apenas salía de Inglaterra. Lo que había en común era esa clarividencia insólita que se había revelado en nosotros. Las respuestas de los demás nos parecían lentas, como si estuvieran medio dormidos. Mas esta circunstancia representaba también una fuente de sufrimiento, pues intentar mantenerse a la altura de este don implicaba una tensión permanente.

He referido el encuentro de Frederick con detalle, porque fue como «la noche de los niños». Ahora trataré de poner en orden mis ideas y ser lo más breve posible.

A partir de aquel día Frederick y yo nos veíamos casi a diario. Estábamos a principios de verano, entre finales de mayo y comienzos de junio. Como ya le he dicho, yo me había retirado, y él había caído en la inactividad. Su carácter enérgico y su aversión a la ociosidad lo llevaron a preparar un par de conferencias sobre sus descubrimientos en Turquía. Era un conferenciante consumado. Un día vino a verme alrededor de las diez de la noche y me contó que cuando se puso de pie para pronunciar su primera conferencia, hacía un par de horas, empezó a tartamudear de forma tan exagerada que se vio obligado a interrumpirse. No le salían las palabras,

literalmente. Los organizadores se disculparon en su nombre, aduciendo que había trabajado demasiado últimamente y cosas por el estilo. Excusas y mucha vergüenza. Cuando entró en mi casa, estaba sorprendido, horrorizado y muy asustado. Creía que estaba enfermo; pero aunque no había conseguido construir dos frases completas seguidas ni articular una palabra sin que se le trabara la lengua, no tartamudeó una sola vez al hablar conmigo. Se encontraba en su estado normal. De pronto recordó que le había ocurrido lo mismo unos diez años atrás y había sido tan desagradable que había desterrado el incidente de su mente. «Resultó una cosa realmente extraña

para un hombre con facilidad de palabra como yo. No me sentía identificado; era como si le hubiera sucedido a otro.» Había finalizado recientemente unas excavaciones en una isla griega y disertaba sobre sus descubrimientos en relación con la *Iliada* y la *Odisea*. Y entonces comenzó a tartamudear. Luchó por proseguir; era algo que nunca le había sucedido; después de algunos minutos le sobrevino un ataque más fuerte que lo obligó a suspender la conferencia. Era como si la lengua se le hubiera paralizado. Regresó a su casa y acabó allí en voz alta la charla que había intentado dar en público. La finalizó con su fluidez habitual. Aun así, notó que mientras hablaba brotaba un

chorro de palabras paralelo al que salía de su boca y que no expresaba una opinión opuesta, como un eco o reflejo —lo que, según Frederick, no carecía por completo de sentido desde el punto de vista psicológico—, sino opiniones tangenciales, opiniones que él juraría no haber leído ni oído en ninguna parte. Eran descabelladas, absurdas, ilógicas, ridículas. A pesar de todo, no podía contener ese chorro silencioso mientras hilvanaba la estructura racional de su disertación. Me aseguró que temía que en el momento en que dejara de reprimirse, su lengua empezaría a vocear esas otras opiniones y él se encontraría en ese mismo momento tan impotente como un muñeco ventrílocuo.

Así pues, canceló sus conferencias programadas y se marchó de vacaciones con su familia. Tomó sedantes, bajo prescripción médica, y, al acabar su período de descanso, se embarcó en otra excavación y pronto olvidó su episodio de tartamudez.

Le cuento con especial detalle el asunto del tartamudeo porque, en la «noche de los niños», usted comentó de pasada que había pasado por dificultades similares.

Frederick anuló su serie de charlas sobre Turquía. Acudió a un psiquiatra que fue incapaz de descubrir algún trauma oculto, pues el paciente le insistía continuamente en que era feliz con su trabajo, su vida, sus hábitos, su

mujer y sus hijos, ya crecidos. Le describió entonces al doctor su estado mental de las últimas semanas, y éste le informó de que sufría menopausia masculina y manía depresiva. A Frederick esto le pareció interesante desde una perspectiva académica, aunque de poca ayuda. Le daba la impresión de que el hecho de ir al médico había añadido una nueva vía paralela a su vida. En visitas sucesivas habló ampliamente de su estado con el médico sin modificarlo en modo alguno ni alterar lo que en verdad le interesaba, sus discusiones conmigo y con un par de personas más. Diré simplemente a este respecto que poco después de mi conversación con Frederick, los dos

tuvimos encuentros semejantes, por separado. Aunque fueron hechos fortuitos, resultó que estos amigos nuestros ya mantenían entre sí una relación parecida a la mía con Frederick, aquella larga novela por entregas. Si se decide usted a entrevistarse con nosotros, y espero que esta carta le anime a ello, conocerá a Frederick y a dos personas más cuyas vidas también han cambiado recientemente, aunque de una forma tan sutil que cuesta precisarla. Volviendo a Frederick, aun después de una docena de sesiones con el psiquiatra, seguía tartamudeando cada vez que abordaba algún aspecto de su vida profesional; por lo demás se comportaba con total

normalidad.

El psiquiatra le propuso varios tratamientos, todos a base de fármacos, pero Frederick los descartó y acudió a un especialista en tartamudeos, un hombre que ejercía al margen de la medicina oficial. Aplica un método para tratar la tartamudez de sus pacientes que consiste en hacerles hablar muy despacio, articulando con cuidado cada sonido e intercalando pausas entre las palabras. Las frases así pronunciadas están desprovistas de emoción y de la fluidez natural del habla. La entonación es como la de una máquina. Con todo, el método acaba por curar a algunas personas. Frederick asistió a una docena de clases, hasta que lo asaltó la idea de

que el método ponía freno a la espontaneidad y la creatividad. Suponía una especie de censura. Vigilar cada sílaba que aflora a los labios representa mucho más que centrar toda la atención en el propio discurso: significa instalar al censor en el mismo cerebro. Quien selecciona o escoge las palabras cuando ya están en la punta de la lengua reacciona demasiado tarde. No, la elección hay que realizarla antes, en la mente. Frederick cayó en la cuenta de que esto se le daba bien. En clase hablaba como si acabara de aprender inglés y repensase cada frase antes de decirla, o como si viviera en una dictadura y se mordiese la lengua. Sin embargo, cuando le entraba el

tartamudeo —cosa que ocurría con menor frecuencia— experimentaba las mismas dificultades. Dejó las clases y decidió no volver al psiquiatra. Al final comprendió que allí sucedía algo que él debía dilucidar.

Juntos repasamos el período anterior al primer tartamudeo, que le había sobrevenido unos diez años antes. En esa época él estaba en Grecia, recogiendo material que luego recogería en un libro llamado *Nueva perspectiva sobre Homero*, o algo parecido. Luego llegó a la conclusión de que ése no fue el principio. Antes de ir a Grecia, había emprendido un viaje por África, donde había visitado una tribu cuya vida se regía por las variaciones de caudal de

un río. Este se desborda cada año y anega una gran llanura por completo, salvo por unos montículos donde los nativos construyen sus chozas. Cuando llegan las crecidas, la gente sube a sus canoas y se instala en las márgenes hasta que las aguas bajan de nuevo. Frederick pensaba lo siguiente —y ahora llego al punto esencial de la cuestión—: supongamos que el río sube seis metros más de lo normal e inunda las aldeas; supongamos también que la gente entonces decide no regresar a su pueblo y establecerse en otra parte. Al cabo de muy poco tiempo, posiblemente menos de tres años después, sería imposible determinar si ese lugar estuvo alguna vez habitado por seres humanos. Las

chozas eran de ramas y barro, los techos de paja, y la mayor parte de los utensilios, de madera. Además, las vasijas de barro no estaban cocidas; simplemente las habían dejado secar al sol y eran de usar y tirar. Durante mucho tiempo la tribu había gozado de paz; contaban con armas y lanzas de hierro, pero sólo las utilizaban para sus ritos. El agua y las hormigas, pues, destruirían todas estas cosas en unos meses. Lo único que perduraría en estas aldeas serían algunos objetos modernos de cobre y plástico. Dicha civilización puede haber desaparecido y renacido miles de veces en estos mismos promontorios barridos periódicamente por riadas. Y Frederick pensaba que, si

se ha de juzgar a una sociedad por la armonía y la responsabilidad de sus miembros, así como por la ausencia de agresividad hacia sus vecinos, la citada sociedad es sin duda de alto nivel, una sociedad mucho más integrada en la naturaleza que ninguna otra, lo que, tratándose de África, era mucho decir. La existencia de esta tribu no sólo giraba alrededor de las crecidas y menguas del río, sino también de una serie de ritos vinculados a las estaciones, los vientos, el sol, la luna y la tierra. La antropología convencional, en cambio, la clasificaría como una sociedad bárbara, atrasada, por el solo hecho de ser «animista» y estar ligada a la naturaleza.

Cuando Frederick se marchó de allí, estaba profundamente perturbado. Aquella tribu y las reflexiones que había provocado en él habían socavado su moral de arqueólogo. Como a una persona religiosa, lo atormentaban las Dudas, y tenía que desecharlas si quería seguir adelante. Su idea principal era que nuestra sociedad está dominada por cosas, artefactos, máquinas, objetos, y que valoramos otras sociedades en función de ello. No hay manera de penetrar en la idiosincrasia de culturas anteriores más que a través de esta barrera.

Pero decidió que aquella experiencia había producido en él un efecto «morboso» y «malsano».

Supongo que ya habrá deducido usted que Frederick es un hombre de una vitalidad y una seguridad tremendas, que nunca vacila en expresar su opinión o en tomar partido.

Si no hubiera sido un hombre tan seguro de sí, probablemente aquel viaje a África no le habría afectado tanto.

Sin embargo, venció esta crisis temporal e inició una serie de conferencias sobre Grecia. Fue entonces cuando sufrió el ataque de tartamudez.

Esto nos lleva a unos días antes de nuestro encuentro en la Universidad de Londres.

Se produjo un incidente, aparentemente sin importancia, cuando él visitó a un viejo colega que trabajaba

en una excavación en Wiltshire. Había pasado la noche en un hostel de la localidad y por la mañana había ido a ver a su amigo. Era media mañana y reinaba una actividad considerable. El profesor se encontraba allí con media docena de aficionados y dos estudiantes de arqueología. Habían excavado ya una zanja llena de escombros. El profesor, que no reparó en la presencia de Frederick, les explicaba a los demás que aquella zanja indicaba que aquéllos eran los cimientos de un edificio de piedra cuyo material se había aprovechado en otras construcciones. Entonces, uno de los estudiantes comentó tímidamente que había estado en una aldea de África donde vio construir una cabaña de

maderos, barro y paja. Los nativos cavaban primero una zanja, después hincaban en ella los postes de las futuras paredes y finalmente los reforzaban con cascotes de piedra. El profesor no replicó. Se alejó, y Frederick lo siguió y lo saludó. El profesor lo llevó a conocer el yacimiento y al llegar a la zanja aquella le dijo: «En mi opinión, se trata de los cimientos de un edificio construido con maderos y no con piedras; después de todo, ciertos pueblos primitivos levantaban sus casas sobre...» De no ser, pues, por un estudiante que acababa de volver de una expedición a África, la voz magistral del profesor habría declarado con toda autoridad que aquéllas eran las ruinas de

un edificio de piedra. Es así como emiten sus sesudos dictámenes los arqueólogos eminentes. Este insignificante episodio despertó en Frederick el recuerdo del desasosiego que lo había embargado en Turquía ese verano. Si es que «desasosiego» es la palabra justa.

Todo aquel verano en Turquía se lo pasó pensando en aquella sociedad africana dominada por un río. No lograba quitársela de la cabeza, a pesar de que entre ambos lugares había tan pocas cosas en común, pues uno permanecía buena parte del año recubierto por las aguas y el otro se hallaba en un lugar alto, seco y aireado. No dejaba de dar vueltas a las bases

sobre las que se asienta la arqueología moderna y que él aceptaba como males menores pero inevitables. Por ejemplo, estaba la financiación, la clave de toda expedición, el factor del que dependía que ésta se llevara a cabo o no. Había personas más hábiles que otras para obtener dinero. Algunas nunca lo conseguían o sólo lo conseguían con muchas dificultades. Había países más atractivos que otros para los encargados de aprobar presupuestos. Unos países se ponían de moda y luego quedaban relegados al olvido como los modelos de vestidos. El, por ejemplo, había trabajado en ese yacimiento no porque le entusiasmara especialmente, sino porque la excavación estaba financiada

por un museo estadounidense interesado en un tipo de objeto que abundaba entre los restos arqueológicos de la zona.

Se consolidaban muchas ideas, a veces durante décadas y siglos, y de pronto se ponían en tela de juicio. Para la arqueología, «Grecia fue durante muchos años la madre de la civilización occidental, y Roma el padre»; a Frederick, en cambio, no le habría costado sostener la teoría de que los árabes, moros y sarracenos fueron padres de la civilización occidental, a la que legaron sus ideas, su literatura, ciencia, opinión, basándose en la misma clase de pruebas que nos convertían en legítimos herederos de Grecia y Roma... Dicha teoría, aunque no necesariamente

más válida que la otra, sería igual de convincente.

Durante todo aquel verano, Frederick, para divertirse, se inventaba escritos que describían la civilización que estaba desenterrando desde el punto de vista de civilizaciones alejadas de la nuestra, como la romana, la griega, la azteca. Escribió varias versiones del artículo que probablemente publicaría como exposición de su trabajo estival.

Este texto empezaría o acabaría con la advertencia de rigor de que las conclusiones son provisionales debido a la falta de conocimientos, dinero y tiempo, y a que sólo se había excavado una parte de un estrato del yacimiento. Sin embargo, con la salvedad de esta

frase concebida para protegerse de los profesionales de la Duda, el resto del artículo constituye un aserto. Su publicación encendió el fuego de la polémica entre profesores, escuelas y defensores de las diversas teorías. A raíz de eso, aparecieron libros de texto universitarios con aseveraciones como la siguiente: la escritura no se descubrió en Oriente Próximo hasta el año 2000 a. C. Los sumerios creían tal y tal cosa. Los astrónomos de los acadios esto y lo otro. Los egipcios momificaban a sus reyes-sacerdotes porque querían que sus cuerpos perduraran largo tiempo. El mundo lo creó Dios hace cuatro mil años. Las civilizaciones africanas no existían antes de la llegada del hombre

blanco, pues los nativos vivían dispersos y en sociedades salvajes, primitivas o atrasadas, según cuál fuera el concepto en boga. Frederick abandonó Turquía en un estado psíquico que él asoció con el que lo había invadido tras su anterior visita a África. Por casualidad cayó en sus manos un libro sobre la crisis de fe de un clérigo Victoriano. El carácter del clérigo le pareció sorprendentemente similar al suyo: enérgico y confiado. Las Dudas que lo atormentaban eran relativas a la fecha de la creación del mundo por Dios. Su turbación también se asemejaba mucho a la de Frederick. Se disponía a colgar los hábitos, incapaz de proseguir su vida eclesiástica con

sinceridad, cuando su décima hija se prometió a un clérigo. Se trataba de un compromiso ventajoso ya que, a sus treinta años, era una solterona para la época. El clérigo sabía que la muchacha acabaría por perder a ese hombre si él iba por ahí aireando sus Dudas sobre la Iglesia, ya que si la abandonaba se armaría un escándalo y el prometido de su hija era un hombre conservador que aspiraba a llevar una vida tranquila y cómoda. La crisis del padre devino en un bonito ejercicio de responsabilidad: él debía elegir entre su conciencia o el futuro de su hija. Con no poca angustia, resolvió posponer su renuncia a la Iglesia hasta que su hija se casara, lo que lo obligó a soportar el ritual de la

boda de su hija con el clérigo (que él ofició personalmente) mientras las Dudas se arremolinaban en su cabeza. Mas cuando examinó su conciencia después de la ceremonia descubrió que las Dudas no eran tan grandes, como si el acto de la ceremonia las hubiera mitigado. «Fue mi amor por mi hija, el miedo a que acabase en la miseria, la angustia ante la posibilidad de que mi sufrimiento y mi confusión emponzoñaran a otros, fue esto lo que me movió a obrar, según me pareció entonces, de forma deshonesta. Demos gracias a Dios porque su poderosa Merced me guió, a través del Valle de las Sombras, de nuevo hacia El...» En suma, que esa crisis victoriana llegó a

su fin, y la historia inspiró en Frederick dos reflexiones. La primera, que esa lucha interna temible y dolorosa se había producido hacía unos cien años, lo que no es demasiado, ni siquiera para la escala temporal humana. Se trataba de un conflicto corriente, de un tormento e incluso un derrumbamiento que habían sufrido las mejores mentes victorianas. Se malograron numerosas carreras, familias y vidas. Unas pocas décadas más tarde, aquellas Dudas parecían ridículas. (Desde el punto de vista religioso, las Dudas parecían ridículas, pues en la actualidad las Crisis de Fe se experimentan más bien en el contexto político.) La segunda reflexión era que su estado mental después de la visita a

África y a Turquía en nada se diferenciaba del conflicto religioso del clérigo Victoriano. Sin embargo, el Victoriano no había contado con la ventaja de la psicología moderna (aunque no le habría venido mal acordarse de que la mano del tintorero se debe a su oficio). Sin embargo, no había excusa para que Frederick no analizase fríamente lo que tanto lo turbaba, ni más ni menos que esas Dudas Profundas relativas a la marcha de la arqueología, a sus fundamentos, premisas, métodos y, sobre todo, sesgos inconscientes.

Si optase por seguir el ejemplo del pobre victoriano, aceptaría ese trabajo en Sudán, aunque sólo sea para que su

mujer no se quedase sin ese crucero de placer a Madeira en el que había depositado tantas ilusiones. No era justo que ella pagase las consecuencias de las Crisis de Fe de Frederick. Si él lo hiciera, por otra parte, como la mente del trabajador está condicionada por su trabajo, pronto olvidaría sus Dudas, que acabarían por parecerle no sólo ridículas, sino enfermizas. Por fortuna, su esposa es una mujer juiciosa, para quien la arqueología ha significado siempre una oportunidad para que ella y sus hijos se tomen unas excelentes vacaciones, de modo que le contestó que no iba a quejarse de verse privada de un viaje a Madeira cuando había viajado ya a tantos sitios. Entonces se marchó una

temporada a España con una amiga que tenía un chalet, dejando a Frederick en Londres.

Y ahora, un interesante dato psicológico... en un relato que, convendrá usted conmigo, no está en absoluto falto de ellos. Frederick olvidó las Dudas resultantes de su visita a África —lo que no es de extrañar ya que sucedió hace diez años—; pero también olvidó las otras Dudas de su reciente visita a Turquía. Y las desterró por completo de su cerebro hasta que, recientemente, después de su ida a Wiltshire, se esforzó conscientemente por evocar recuerdos que había enterrado precisamente por dolorosos. A continuación sucumbió a un acceso de

Euforia, de Menopausia Masculina, de Manía Depresiva (elija el trastorno que más le guste) que le divirtió enormemente (si divertirse es el término apropiado). Paseó por Londres y se entretuvo visitando museos y monumentos, viendo piedras, vasijas y lanzas, incluso ideando teorías tan sólidas y contundentes como las tradicionales. Y así termina mi historia. Si lo que le he contado no le dice nada, entonces he perdido el tiempo; aunque no lo creo. No sé por qué, pero estoy segura de que me ha entendido. ¿Le gustaría que nos viéramos la próxima vez que venga a Londres? A mí y a Frederick nos encantaría.

Para finalizar añadiré otra cosa,

por si le sirve de algo; Frederick se curó de su tartamudez dando rienda suelta a «ese torrente paralelo» de ideas y palabras que lo cohibían, impidiéndole soltar lugares comunes. Primero lo escucha y luego lo repite en voz alta, bien a solas, bien delante de mí o de un magnetófono. Los resultados son sorprendentes.

Espero recibir noticias tuyas pronto.

Afectuosamente,

ROSEMARY BAINES

Querida señorita Baines:

Nunca me había sentido tan halagado. Cuántas consecuencias se han derivado de lo que, me temo, no fue sino

un acto rutinario para mí. Suelo imponerme el castigo de impartir conferencias sobre temas ajenos a mi campo. Mi mujer opina que tanta energía no me sienta bien. Tal vez no le falte razón. Esas observaciones que a usted le sorprendieron tan agradablemente —si se me permite la franqueza— son puro artificio. Dispongo de varios recursos para recuperar el hilo cuando me quedo sin palabras o sin aliento. Desde luego que considero que la educación no es lo que debería, en esto casi todos coincidimos. He de admitir que lo que comenzó como una cruzada, como una obsesión, se ha quedado prácticamente en nada. En cuanto a su interés por mi problema de tartamudez, se lo

agradezco, no faltaría más. He estado trabajando en exceso, según el médico, lo que se ha traducido en titubeos al hablar. Sin embargo, no recuerdo que se me trabase la lengua en esa conferencia. Usted, en cambio, parece haber retenido hasta el último detalle. Quizá mi chiste sobre los tartamudos produjo un efecto profiláctico. Sucede a veces. En cuanto a Frederick Larson, el nombre me resulta familiar, eso es todo. Si él dice que nos conocemos, debe de ser verdad. A mi juicio, se complica demasiado la vida con su tartamudez. Logré aliviar la mía forzándome a articular las palabras despacio y con cuidado, especialmente cuando estaba cansado, y sobre todo tomándome las píldoras que me recetó

el médico. Lamento desilusionarla con esta contestación tan escueta a una carta tan extraordinariamente larga. La razón es que no me he jubilado todavía y no dispongo de tanto tiempo como usted. Esta circunstancia me impide también aceptar la amabilísima invitación que usted y el señor Larson me hacen. No voy con frecuencia a Londres, y cuando mis asuntos me llevan allí, las entrevistas y visitas relacionadas con mi trabajo consumen todo mi tiempo.

Atentamente,

CHARLES WATKINS

Querido Doctor Y:

El profesor Watkins vino esta primavera a consultarme a causa de

cierto problema de tartamudeos. Le receté Librium y unas vacaciones. Además, le facilité la dirección de un logopeda cuando advertí que su tartamudez no remitía. Es mi paciente desde hace cinco años. Yo ejerzo desde 1969. No ha estado enfermo en todo este tiempo, salvo por una gripe que pilló el año pasado. En marzo me pareció que estaba en buena forma física. Me aseguró que había perdido peso. Cuando recibí la carta que usted me mandó le pedí a la mujer del profesor Watkins que viniera a verme. La conozco mejor a ella que a él, porque visito a sus hijos. Aunque ella no ha arrojado mucha luz sobre el asunto, recomiendo, por su propio interés, que se le permita ver a su

marido cuanto antes. Desde luego, no soy más que un médico de cabecera, aquella figura pasada de moda, y no sé demasiado sobre enfermedades mentales. Pero sí sé que la señora Watkins está atravesando momentos muy difíciles.

Afectuosamente,

DOCTOR Z

Hola, Charles.

Usted es...

Tu esposa, soy.

¿Quieres sentarte?

....., Lo siento, no sé

qué decir.

Pero, Charles, no es posible que no me reconozcas.

Lo siento.

No lo entiendo...

Entonces Felicity...

¿Cómo sabes que me llamo Felicity?

Me lo dijeron. Me avisaron de que quizá vendrías hoy.

O sea, ¿que no fuiste tú quien pidió

verme, entonces?

No.

Charles, ¿cómo puedes quedarte tan tranquilo después de decirme...? No, no es posible. Oh, lo siento tanto...

Dime, pues.

¿Qué quieres que te diga?

Por ejemplo, ¿cuánto tiempo hace que estamos casados?

Quince

años

.....

El médico dice que ha tratado otros casos. No soy yo el primero, ni por asomo. ¿Por qué te ríes?

Siempre dices eso, exactamente eso, «ni por asomo».

¿De verdad?

.....,
Cuando me dijeron que me harías una visita, tuve la esperanza de que al verte me acordaría...

¿Y no te acuerdas?

No. Estás enfadada. No esperaba

que lo estuvieras.

¿Enfadada? Por supuesto que no lo estoy. ¡Qué cosas dices! No es culpa tuya haber perdido la memoria. A algunas personas les pasa. Siento mucho que te haya pasado a ti, realmente lo siento.

No, tú estás enfadada.

Bueno, si estuviera enfadada... Es que es tan propio de ti, Charles. Desde que me enteré de que habías perdido la memoria no he dejado de pensar «qué típico de Charles».

Pero ¿por qué? ¿Es que la he

perdido otras veces?

No. Bueno, hasta donde yo sé, no. Si la perdiste, nunca me lo dijiste. Pero como normalmente no me cuentas las cosas...

¿Ves? Sabía que estabas enfadada.

Estoy comportándome de nuevo como una tonta. Es *que sencillamente no me puedo creer que.....*

No llores.

Hemos vivido juntos quince años. Quince años, Charles.

Lo siento, lo siento de veras, Felicity. Y ahora estás aún más enfadada.

No lo estoy, pero no puedo evitar llorar. ¿Acaso no llorarías tú?

Vete, por favor. Debes irte. No te conozco, créeme, Felicity.

La esposa del Paciente ha venido a verlo hoy. La visita ha terminado a petición de él. Ella presenta una personalidad histérica, por lo que considero preferible

impedir que se acerque al paciente mientras éste siga así.

DOCTOR X

Doctor X, necesito hablar con usted.

Creía que se había ido usted a casa, señora Watkins. Siéntese, me alegro de verla. Dígame qué puedo hacer por usted.

¡Qué puede hacer por mí...! Doctor X, él lleva aquí casi dos meses.

Es cierto. Pero está mejor.

Creemos que está mejor.

¿Cómo juzgan la mejoría? ¿Cómo? Me dicen que no sabía quién era cuando lo trajeron aquí, y sigue sin saberlo. ¿En qué sentido está mejor?

El se siente mejor, más descansado.

¿Descansado? ¿Acaso estaba enfermo cuando ingresó?

No, no tenía gripe ni bronquitis.

Sé que soy bastante tonta, doctor, lo sé. Pero no me ayuda su sarcasmo. Usted

dice que está mejor, y yo nunca lo había visto en un estado tan lastimoso. Nunca. Está tan demacrado y débil...

Entiendo que esto le afecte, señora Watkins.

Oh, gracias. Cuánto se lo agradezco.

Póngase en nuestro lugar. La policía trajo a su marido hace dos meses en estado de choque. Le habían robado, no llevaba encima papeles ni dinero y no sabía quién era. Hablaba solo, sufría alucinaciones, delirios religiosos, paranoia. Hicimos lo posible por ayudarlo a recuperarse, eso es todo.

¿Y dice que está mejor?

En mi opinión, sí.

¿Puedo hablar con el doctor Y?

Desde luego, pero no está aquí hoy.

Tampoco estaba ayer. Fue él quien me escribió para darme noticia de mi marido, ¿sabe?

Trabaja dos días a la semana en otro hospital.

¿Cuándo estará aquí?

Mañana.

¿Podré verlo?

Desde luego. Al salir diga en la oficina que volverá mañana y pídale una cita.

Espero no haberle parecido demasiado brusca, doctor. No era mi intención.

No se preocupe, estamos acostumbrados, señora Watkins.

Doctor Y, me he quedado en la ciudad

para hablar con usted.

Y yo me alegro de que lo haya hecho. ¿Qué piensa del estado de su marido?

¿Qué voy a pensar? ¿Qué quiere que le diga? Su aspecto es horrible, horrible... Y no acabo de entender cómo es posible...

Créame, sucede a veces.

No, no me refiero a eso. Sé que hay gente que pierde la memoria. Pero... ¿está usted casado, doctor?

Sí, lo estoy.

¿Desde hace cuánto tiempo?

Nueve años. No, diez.

Imagínese que esta noche entra usted en su habitación, encuentra a su mujer allí, ella le mira y le habla como siempre, pero le dice que no le conoce.

Señora Watkins, he intentado imaginarlo. Lo he intentado de verdad.

Pero... No me quejo de eso. Creo que no me explico bien. Lo que quiero decir es que no entiendo en qué se basan

ustedes para asegurar que ha perdido la memoria.

No la entiendo... ¿Un cigarrillo?
Van a traernos té dentro de un momento.

Si ha perdido la memoria, ¿por qué habla como siempre? Emplea las mismas frases, se expresa exactamente del mismo modo.

Ahora la entiendo.

Si la hubiera perdido del todo, si en realidad no recordara quién es, sería como un recién nacido.

Me temo que, en cierto sentido, lo

es.

Yo no lo creo. Si lo que era antes se hubiese borrado de su mente, si hubiera desaparecido, él podría creerse, no sé, un isleño de los mares del Sur, un alemán, un marciano o qué sé yo.

La comprendo. En serio. Ah, aquí tenemos el té.

Gracias. Por eso no creo que haya perdido la memoria. Es el mismo de antes. Lo único que pasa es que no me recuerda a mí ni a los niños.

Según él, no recuerda nada en absoluto, ni su niñez, ni sus padres, nada.

Con todo, doctor Y, cuando usted le pregunta si recuerda su niñez, él responde: no, no la recuerdo. No dice, yo qué sé, gugú, ni balbuceos de otra clase. Oh, no pretendía hacerle reír, se lo aseguro. No estoy de humor para eso. Ay, Dios mío. Ya sé que es una estupidez llorar.

Señora Watlans, ¿le gustaría verlo de nuevo? Naturalmente, sólo si él está de acuerdo. Podría ser beneficioso.

¿Si está de acuerdo quién?

Entiendo a qué se refiere. Pero tenga en cuenta que yo estoy tan a oscuras como usted, o más. Usted lo conoce bien, yo no. Si habla usted de nuevo con él y deja que se acostumbre poco a poco... Y no lo tome a mal, pero si usted tratase de no llorar...

Doctor, lo tomé de la mano y era la de mi marido, recuérdelo; pero reaccionó como si una desconocida estuviera coqueteando con él, y creo que no estaba seguro de si le gustaba.

Escúcheme, voy a hacerle una sugerencia. Tómese otra taza de té, fume otro cigarrillo. Lávese la cara, hay un

lavabo ahí. Voy a pedirle a su marido que la reciba de nuevo; pero no entre si no consigue contener el llanto. ¿Entiende por qué? Si él la ve demasiado afectada, puede cerrarse en banda. Procure mostrarse relajada, tranquila. Eso puede ayudarlo a recuperar la memoria.

Lo intentaré, doctor.

Charles, he hablado con el doctor Y.

Ah, ¿sí?

Me cae bien.

A ése puedo verlo.

¿Verlo?

A otros no se les ve en absoluto.

Ah, ya

.....,
No entiendo eso, y de nada serviría fingir lo contrario. Quiero preguntarte algo. No me resulta fácil, Charles. Por favor, no te enfades...

No creo que me haya enfadado una sola vez siquiera, pero sí percibo emociones en tu rostro y en el de los médicos y las enfermeras.

Y, sin embargo, me pediste que me

marchara. ¿Qué sentiste en ese momento?

Sentí que todo volvía a empezar, que no quería pasar por eso otra vez.

¿Qué?

Me has preguntado qué sentía. Eso es lo que sentía, si es que eso es sentimiento.

Charles, ahora estoy muy tranquila y no voy a llorar.

Quiero que me mires a los ojos y me respondas. Cuando me ves sentada aquí, ¿es lo mismo que cuando ves, qué

sé yo, a las enfermeras o a los médicos?

¿Lo mismo?

Me refiero a si tienes la impresión de conocerme mejor que a ellos.

Te conozco muy bien.

Me conoces... Entonces...

A ellos también los conozco.
Observar es conocer.

Entiendo.

Todos sois muy...

¿Muy qué?

Todos sois muy... grandes y radiantes. Irradiáis luz y calor. Me deslumbráis, me hacéis daño en los ojos. Es demasiado para mí.

¿Te doy miedo, Charles?

Tu rabia...

Charles, cuando dices que no te acuerdas de nada, ¿lo dices en serio? ¿No te acuerdas de mí, de los niños, de la casa? ¿No te acuerdas de tus padres? Querías a tu padre, Charles, lo querías mucho, ¿no lo recuerdas?

Mi cabeza está llena de recuerdos.

Ah, ¿sí? Pero los médicos dicen que...

No sé de qué me hablas.

¿Qué recuerdas entonces?...
¿Charles?... No me respondes...
Respóndeme; tal vez tus recuerdos nos
lleven a la verdad.

Verdad es una palabra divertida,
¿no te parece?

¡Charles, a ti nunca te había dado
por filosofar!

¿Filosofar?

¿A qué se debe que reconozcas algunas palabras perfectamente y en cambio te quedes con la mente en blanco al oír otras?

Te lo explicaré, si quieres. Algunas palabras concuerdan. Algunas de las palabras que te salen de la boca concuerdan con algo que conozco. Otras, en cambio, no casan con nada.

Pero ¿qué es lo que ves, Charles? Dímelo.

Felicity, háblame tú. Dime lo que piensas. Cuéntame lo que sabes. ¿Eres

mi mujer? Bueno, pues háblame de eso.

Muy bien, Charles. Lo intentaré. Nos casamos en Londres, por lo civil, en Kensington. Fue en febrero de 1954. Un día frío; luego... nos fuimos a una granja de Gales a pasar la luna de miel. No teníamos mucho dinero. Permanecimos allí tres semanas. Estuvimos muy contentos... ¿Sigo? Después alquilamos un piso en Cambridge; luego, nos mudamos a una casa. En Gales me quedé embarazada de Jimmy. Jimmy es nuestro hijo mayor. Hemos sido muy felices.

¿Por qué eres mucho más joven que yo?

No sé... Te enamoraste de mí, Charles.

No me sorprende.

Por el amor de Dios, Charles, no coquetees conmigo, no lo soporto; soy tu mujer.

Lo siento.

Te preocupaba la diferencia de edad. Quince años te parecían demasiados. Yo te dije que era una tontería y tenía razón: no hemos tenido problemas por eso. Yo era una de tus

alumnas.

Sí, todo el tiempo me dicen que soy profesor. Profesor, qué palabra tan graciosa...

¿Quieres que continúe?

.....,

Creo que me iré ahora, si no te importa. ¿Quieres que vuelva? Mañana no, porque tía Rosa está con los niños y tiene que regresar a casa a cuidar de tía Anna, que no está muy bien. Tiene de nuevo bronquitis, y, por supuesto, no puedo dejar a los niños solos; pero podría venir dentro de cuatro o cinco días, si convenzo a la señora Spencer de

que se quede un par de días...
Telefonaré al médico. Adiós, Charles.

La señora Watkins ha pasado una hora con el paciente hoy. Dice que él no la recuerda en absoluto. En mi opinión ha sido una visita beneficiosa para el paciente y debería repetirse.

DOCTOR Y

No estoy de acuerdo. Deberíamos probar los electrochoques.

DOCTOR X

El paciente ha pasado una mala noche con alucinaciones recurrentes. Le he administrado meprobamate.

DOCTOR Y

Querido doctor Y:

Usted me preguntaba en su primera carta si a lo largo de mis años de matrimonio había notado algo raro. Creo que ya no sé lo que significa la palabra raro —ahora que he visto a Charles en este estado—; pero, después de permanecer despierta toda la noche pensando en ello, he decidido enviarle la primera carta que me escribió mi

marido. Entonces me pareció muy rara, en efecto, tal vez porque nunca me había dicho que me quería hasta entonces, aunque había sido su alumna durante siete u ocho meses. Tenía sólo dieciocho años. Más tarde, cuando decidí casarme con él, su carta ya no me parecía rara, quizá porque me había acostumbrado a él. No sé si usted la encontrará extraña. También hay que tener en cuenta las circunstancias; hasta que recibí esa carta, yo nunca lo había visto bajo esa luz. Lo admiraba, desde luego. Una tarde, después de una clase, me invitó a tomar el té y comenzó a hablar. Su actitud me pareció rara; pero es que enamorarse es raro. Cuando recibí su carta no supe qué pensar, especialmente

porque me puso muy contenta y orgullosa. Y luego, más tarde, cuando decidimos casarnos, olvidé la extrañeza que me había causado; incluso ahora no sé qué pensar. Por favor, devuélvame la carta cuando la haya leído. Es uno de mis más preciados recuerdos.

Afectuosamente,

FELICITY WATKINS

Dios mío, Felicity, no he dormido desde que te vi —¿fue ayer? No lo sé—; continúo viendo tu cara; tu pelo es demasiado brillante para mis ojos. Fue tu cabello primero —siempre busco el brillo de tu cabeza en la oscuridad de la clase—; eres como una luz en un mundo malo; sí, y me basta con verte..., ¿con

tocarte también? Eso sería una alegría demasiado grande; y, sin embargo, si puedo mirar, también tocar sería una alegría; ¿para los dos? Pero ¿cómo me atrevo a pensarlo siquiera? —y, con todo, ayer, aun estando tú presente, lo veía de un modo diferente; no pude dormir—; soy viejo, Felicity, tengo treinta y cinco años. Tú, ¿dieciocho? Una niña; aunque las muchachas no tienen edad —brillan en los rincones oscuros—; si pudieras... Te imagino en un gran bosque en que la luz del sol se filtra a través de las ramas, con tu cabello resplandeciente, sonriéndome—sonriéndome—; ¿lo harás? Oh, no sé si... no sé si echar esto al correo; una cosa es sentarse aquí y juntar palabras

en un papel con cincuenta pensamientos por lo menos por cada palabra, y otra... Por eso, ¿de qué sirve mandarte esto si no soy capaz de mandarte mis pensamientos (sólo uno de cada cincuenta, y tan diluido)? ¿Es digno de tu atención siquiera? Me pregunto... Pero tal vez lo interpretes como que... te quiero. Sí, eso es, lo sé; nunca me aceptarás, estoy seguro, soy un porquero. Ella tenía el pelo rubio brillante y ojos azules también; debía de tener... Pero es el alma lo que cuenta. No como ocurría con aquella morena, de cabello negro, dientes blancos y labios rojos... Esos son los colores que gustan a los porqueros. Y en la guerra también; la luz y la oscuridad. Pero el rubio de su

pelo lo cautivó, lo aprisionó en su pocilga y lo alimentó con sobras. ¿Le convirtió en un ternero cebado? Pero no me atrevo... Sí. ¿Y tú? Yo nunca me he atrevido, por eso he estado siempre solo. Ella murió, por lo que jamás llegó a encerrarme en su pocilga. ¿Debo temerte a ti? Felicity, Felicity, Felicity. Tienes un nombre rutilante como la luz del sol, a juego con tu pelo. Si te veo sonreír mañana, sabré que... Te quiero. Felicity, Felicity, Felicity, Felicity, Felicity, Felicity, Felicity.

Estimado doctor Y:

No me faltan palabras para expresarle lo consternado que me he quedado al enterarme de que Charles

Watkins está enfermo y en el hospital, a su cuidado. Me gustaría ayudarle en la medida de mis posibilidades. Supe de su trastorno anoche, cuando regresé de un viaje a Italia con mi mujer y ésta llamó por teléfono a Felicity Watkins.

No, no creo que Charles mostrara señales de debilidad o agotamiento este año, aunque no es la clase de persona en quien uno se fija cuando se pasa de la raya. Me temo que para explicarme mejor habré de entrar en detalles sobre nuestra relación. Le aclaro que yo no soy su «superior». ¿Le ha dicho Felicity Watkins que lo soy? Eso me parecería tristemente revelador, no respecto a Felicity, sino al mismo Charles. Desde que él se incorporó a nuestro

departamento ha sido «la estrella», aunque en teoría yo estuviera por encima de él y fuera el jefe. Espero que no entienda estas palabras como una crítica. Las cartas a veces resultan engañosas, y habría preferido hablar con usted en persona, pero el trimestre empieza mañana y me debo a mis alumnos.

No sé si esta información le servirá de algo, pero recientemente he comenzado a redactar unas memorias, una especie de balance de mi vida. Me parecía una actividad útil ahora que he cumplido los cincuenta y he sobrepasado ampliamente el ecuador de mi vida. Mas al leer lo que había escrito, descubrí que trataba más sobre

Charles Watkins que sobre mí. Siempre he sido consciente de la enorme influencia que Charles ejercía sobre mi persona, pero no sabía hasta qué punto. Desde luego, es algo que escapa a mi entendimiento, máxime cuando hay de por medio complicaciones como crisis nerviosas y cosas así; mas lo esencial, desde mi punto de vista, es lo siguiente: que Charles nunca me ha caído bien. Creo que no lo admiro ni me gusta su actitud. A pesar de todo, ha tenido más ascendiente sobre mí que cualquier otra persona.

Usted me pregunta sobre su juventud.

Nuestros padres eran amigos. Desde niños, todos nos tomaban por

grandes camaradas. Sospecho que la visión de Charles sobre esto es tan irónica como la mía. íbamos al mismo colegio. Ninguno de los dos destacaba entre los demás. Creo que nos juntábamos porque nos sentíamos solos y para defendernos mutuamente. Mis recuerdos de este período no coinciden con los de Charles, según he colegido de discusiones posteriores. En pocas palabras, yo lo consideraba un incordio, aunque sabía que él no actuaba de mala fe. Pero dejemos eso: le contaré un incidente típico del colegio de Rugby, en el que ambos estábamos internos. El verano en que ambos contábamos dieciséis años, nuestro profesor invitó a seis de nosotros a una excursión en

velero que partía de la isla de Wight. Yo figuraba entre esos seis. Las invitaciones no eran «personales», sino que, en vacaciones, se asignaban turnos de forma justa y rigurosa. Este profesor era una gran persona, una muy buena influencia para mí, y también, estoy seguro, para Charles. La razón por la que me eligió a mí y no a Charles radica simplemente en que mi apellido precedía al suyo por orden alfabético. Yo me había ejercitado bastante en la navegación, por la sencilla razón de que mis padres se encontraban en mejor posición económica que los de Charles. Sabía que a él no le hacía mucha ilusión volver a casa aquel verano, por una serie de razones. En resumidas cuentas,

le sugerí al profesor que dejara que Charles fuera en mi lugar. Era impensable, por supuesto, que Charles quedara indiferente ante el gran sacrificio que esto suponía para mí. Mi gesto conmovió al profesor. No, no fue esto lo que me movió a ello. Esperaba que Charles me lo agradeciera de alguna forma. Cuando Wentworth le comunicó que yo había renunciado en su favor, Charles simplemente asintió con la cabeza. Esto sorprendió tanto a Wentworth que le repitió que yo le había cedido mi lugar en el velero, entonces y sólo entonces, Charles respondió: «Gracias, me gustaría ir.» No le comenté nada al respecto. Fue un verano particularmente soleado y agradable, y

yo lo pasé rodeado de gente tan aburrida que mi pensamiento se desviaba continuamente hacia la reacción tan extraordinaria de Charles. Durante mucho tiempo no se lo mencioné; me había sentido demasiado mal. Sólo saqué a relucir el tema años más tarde, después de la guerra. Entonces le dije —tal vez con la esperanza de desterrar ese recuerdo obsesivo de mi cabeza— lo resentido que había estado aquel largo verano. Me miró y me replicó: «Nadie te obligó a cederme tu lugar, ¿verdad?»

En efecto, nadie me había obligado.

Seguramente referir esta anécdota tan insignificante me desacredita por completo; sin embargo, usted me pidió

que pusiese por escrito todas mis reflexiones sobre el tema, en especial las que me pareciesen útiles.

Ese incidente refleja un rasgo de Charles muy significativo para mí.

Nuestra relación cobró un carácter muy definido cuando teníamos nueve años: Charles era siempre el tipo excéntrico y original, y Jeremy el serio. Desde entonces, esto no ha cambiado. Y cuando les aseguro a él y a los demás que lo que admiro es su originalidad y audacia intelectual, en realidad estoy eludiendo lo esencial; que hay algo descuidado y sucio en esa originalidad. Imagino que él es un poco anarquista. Desde luego, su experiencia le ha llevado a eso.

Su padre, comerciante durante la Depresión, prácticamente se había arruinado. Charles comenzó a trabajar mientras yo iba a la universidad. Desempeñó todos los empleos imaginables, e incluso se rumoreaba que pensaba ir a luchar a la guerra civil española, pero no se marchó. Luego estalló la guerra y él se alistó enseguida. Yo serví como piloto y él estuvo primero en la infantería y más tarde en una brigada de tanques. Nos encontramos una o dos veces. En todo momento, amistades comunes me mantenían al corriente de sus andanzas. Así supe que más de una vez rechazó el ascenso a oficial. El grado no iba con su temperamento. Le pregunté por qué y,

entre carcajadas, me contestó que no se negaba a fastidiar a la gente. Esta respuesta me pareció —y me sigue pareciendo— forzada. Y poco convincente. Así se lo dije. Esto provocó cierta tirantez entre nosotros, si bien más tarde me percaté de que la tirantez estaba en mí y no en Charles. No nos peleamos, aunque reconozco que me hubiera gustado.

Cuando terminó la guerra, Charles regresó a la universidad, donde se desenvolvió muy bien. Posee una cualidad poco corriente, una memoria casi fotográfica. Para cualquier examen, estudiaba día y noche durante meses. Obtenía notas fenomenales. Según él, a los tres meses se le había olvidado todo.

Para cuando se tituló y estaba listo para trabajar, yo ya llevaba cuatro o cinco años y me hallaba en condiciones de echarle una mano. Había una docena de solicitudes para un puesto, y Charles era el candidato más joven y con menos experiencia. Pues bien, consiguió el empleo por mediación mía; pero esto no es lo importante. Lo importante es lo siguiente: la semana anterior a la designación, él vino a verme. Presentaba un aspecto desaliñado, sucio, extravagante, como de costumbre. Nada muy terrible, por supuesto, y muy alejado del exhibicionismo de los estudiantes de ahora, pero no por eso menos irritante. Le advertí que debía cuidar la compostura o de lo contrario

me ponía en una posición difícil. Me escuchó en silencio. La siguiente ocasión en que me reuní con él, ya ocupaba el cargo, y su apariencia se asemejaba a la mía. Creo que debo explicar esto. Somos físicamente diferentes, pero yo tengo unas maneras características de las que no era consciente hasta que Charles me las mostró. Se vistió con una vieja chaqueta mía. Se la había pedido a mi mujer, que la iba a tirar. Se había agenciado una pipa —nunca había fumado antes— y lucía un corte de pelo como el mío. Al verlo supuse que se trataba de una broma monstruosa. Pero no lo era. Cabría esperar que esto diese pie a bromas entre nosotros, o al menos a

comentarios. Pues no. No aludimos a ello en mucho tiempo, a pesar de que todo el mundo lo había notado y cuchicheaba. Cada vez que yo entraba en la misma sala o tropezaba con él en la calle, era como contemplar una caricatura monstruosa de mí mismo.

Cuando alguien mencionó finalmente este asunto (mi mujer, creo) y yo me volví hacia Charles, pidiéndole una explicación con la mirada, él sencillamente se encogió de hombros, en un ademán más bien impaciente, aunque no mucho. Fruncía el ceño, como diciendo: «Ah, esa nimiedad.»

Supongo que usted también la considerará una nimiedad; pero he de añadir que, años después, la gente tiende

a pensar que fui yo quien copió a Charles, que lo tomé como modelo. Ese detalle lo dice todo sobre el modo en que nos juzgan a cada uno, y, por supuesto, me duele.

Y ahora, un episodio del verano pasado. Mi esposa y yo estábamos pasando por un momento turbulento. Tanto ella como yo habíamos trabajado en exceso y decidimos pasar el verano separados. Sabíamos que íbamos camino del divorcio. Discutíamos y montábamos escenas, lo normal en estas situaciones. Me atrevería a afirmar que estábamos emocionalmente agotados. Ella decidió ir con su madre a Escocia y dejar a los niños al cuidado de unos amigos, los Watkins, por más señas. Los

dos se condujeron ejemplarmente en esto. Charles llevó a Nancy en coche a casa de su madre. Nancy estaba al borde de la histeria, como ella misma admite. Me cuesta mucho describir lo sucedido de tal manera que quede patente su importancia. No es que Charles se comportara mal, al contrario. Nancy dice que se mostró amable y atento. Sin embargo, antes de llegar a Escocia, ella misma empezó a percibir algo raro en su actitud. El parecía quitarle hierro al asunto. Daba por sentado que Nancy volvería conmigo antes del fin de año; pero ¿y si no volvía? Y ahora debo hablarle de Felicity, su mujer. Mantengo una relación valiosa con ella. La conozco desde que era una mocosa. No,

no estoy enamorado de ella, nunca lo he estado; pero los dos sabemos que nos queremos y que si no nos hubiéramos casado con otras personas, quizás habríamos formado una buena pareja. Mi esposa nunca lo ha ignorado, ni tampoco Charles. No hay nada que ocultar.

El permaneció dos días con Nancy en Escocia, apoyándola frente a la madre, que no dejaba de reprenderla, llevándola a pasear y dedicándole su atención. Pero en realidad su comportamiento la perturbaba aún más. Según me ha contado ella, se pasó toda una tarde asegurándole que si él se hubiera casado con Nancy y yo con Felicity, todo sería igual; que hacíamos

una montaña de un grano de arena. Sí, «estábamos haciendo una montaña de un grano de arena». Al fin y al cabo, hablaba del matrimonio. Al fin y al cabo, no somos hotentotes. Fuera como fuese, Charles sacó de quicio a Nancy. La embargó la sensación de que su vida carecía de sentido, ya que no era más importante que la de una gata o una perra. No olvidemos que estaba muy alterada. Al final, se hartó y le gritó que se largara. Obviamente, se disculpó más tarde, a instancias mías, porque, después de todo, tanto él como Felicity habían estado muy atentos. Mi mujer me confió después que la auténtica crisis de aquel verano no la sufrió al dejarme, sino al pasar cuatro días en compañía de

Charles. Dice que faltó poco para que se cortara el cuello, aunque para ello habría sido necesario convencerse primero de que su muerte importaba algo.

He escogido este incidente porque creo que también ilustra una peculiaridad fundamental de Charles: que se salta los convencionalismos respecto a los sentimientos corrientes. Tal vez no son tan importantes como creemos; pero respetaría más esa actitud suya si la creyera consecuencia de un conflicto, de una reflexión sobre ello, y no un rasgo de su naturaleza.

Y ahora una última anécdota. En la primavera sucedió algo en mi casa que me resultó realmente desagradable;

aunque supongo que últimamente todo me resulta desagradable cuando Charles anda por medio. Yo estaba con Nancy, mi mujer, Charles y Felicity, otra pareja de nuestro equipo —me gusta llamarlo así— y un visitante de Estados Unidos. No soy de la opinión de que las visitas importantes merecen un trato especial, pero sí de que hay que dirigirse a ellas con tacto. Nuestro invitado había venido por vez primera a este país y planeaba —quizás aún no haya cambiado de idea, a pesar de todo— pasar un año con nosotros. Charles se comportó de forma vergonzosa. Sospecho que estaba borracho, aunque no suele beber. Sencillamente se portó como un estudiante de primer curso, si se me

permite esta comparación un tanto manida. Ni siquiera estuvo ingenioso, como otras veces, sino zafio, torpe, maleducado. Se puso a farfullar que los clásicos eran «pura bazofia» y las clases que habíamos preparado juntos, «una cagada», cosas por el estilo. Me temo que empleaba expresiones bastante pobres, como corresponde a un estudiante de primer curso.

Si yo fuera un reaccionario que se cierra a toda idea nueva, lo entendería; pero no lo soy. No recuerdo haber rehusado jamás escuchar un punto de vista diferente; pero decir que el programa del departamento de clásicas es una bazofia, que nunca han sido otra cosa, que nunca hemos tenido la más

remota idea de lo que Platón, Sócrates o Pitágoras enseñaban, y demás... Lo interrumpí enérgicamente más de una vez aquella tarde y acabó por marcharse temprano. Felicity, muy molesta, no se fue con él.

Al día siguiente vino a exigirme que le permitiese planificar el siguiente trimestre basándose en unos principios que no voy a detallar aquí; baste decir que desautorizaban a generaciones enteras de estudiosos. «¿Qué habría de malo en que ideas consideradas válidas durante siglos se desvanecieran de la noche a la mañana?», alegó. Debo aclarar que a Charles le gusta hablar de siglos, cuando no de milenios, signo inequívoco de una mente perezosa, a mi

entender. Aun así, le pregunté de dónde venía la autoridad —¿o le dije prepotencia?— con que juzgaba el trabajo de investigadores infinitamente superiores a él, y si no le había asaltado una sola duda respecto a su proyecto. Me respondió que no, que todo aquello era «de una claridad meridiana para una mente sin prejuicios» como la suya.

He de reconocer que discutimos acaloradamente. Creo que, curiosamente, fue la primera gran discusión en que nos enzarzamos. Me hablaba en un tono insultante y burlón. Por lo común se mantenía impasible, indiferente. Yo pugué por no perder la paciencia. De hecho, soy un hombre paciente, pero su conducta me irritaba

cada vez más. Entiéndame: daba a entender todo el tiempo que la razón estaba de su parte y que yo lo admitiría si no fuera un estúpido. Al final le pedí que se fuera antes que perdiera los estribos.

A la mañana siguiente me telefoneó como si nada hubiera sucedido. No me ofreció una explicación. Como de costumbre, actuaba como si el incidente no revistiese la menor gravedad. Sus palabras no dejaban traslucir que se hubiera equivocado, no; ni siquiera que yo estuviera equivocado y él se hubiese avenido a seguirme la corriente, aunque supongo que eso estaba implícito. No, era como si nada relevante hubiera ocurrido, lo que me pareció del todo

intolerable, pues el discurso que había soltado delante del colega americano, que debía decidir si integrarse en nuestro equipo, no sólo ponía en peligro nuestro trabajo y nuestras carreras, incluida la suya, sino toda la labor realizada por los especialistas en nuestro campo hasta la fecha. Es más, después de haberse conducido de un modo tan escandaloso y ofensivo, tuvo la osadía de pedirme que me reuniese con él para preparar una serie de conferencias que el día anterior no se había dignado tomarse en serio. Su actitud equivalía a decir: lo siento, estaba un poco indispuerto la noche pasada y me dolía la cabeza.

No sé si he conseguido explicarle

bien el regusto desagradable que me dejó este episodio.

No creo que me quede nada importante que referir, aunque podría citarle muchos más ejemplos.

Mis sentimientos hacia Charles en estos momentos son los habituales. Me pregunto qué significa cobrarle cariño o antipatía a una persona. Nuestras vidas corren parejas. Compartimos amistades. A mi juicio, Charles Watkins es una persona destructiva. Quizá «negativa» sea una palabra más acertada. Lo encuentro no sólo fastidioso, sino aburrido. Mi conclusión final es que no sabemos demasiado sobre las relaciones humanas.

Atentamente,

P.D.:

Si puedo prestarle mi ayuda de alguna otra manera, no dude en comunicármelo. Huelga decir que haría lo que fuera por Charles. Se me ocurre una idea: no sé si usted se ha puesto en contacto con Constance Mayne o si su nombre le suena siquiera. Ella y Charles eran amantes, tal vez lo sean todavía. Era una de sus alumnas. No, no censuro su proceder: se enredó con ella cuando ya no asistía a su clase. Además, no soy un moralista. Se lo cuento porque creo que su esposa, Felicity, no sabe de sus relaciones. Si cree que le será útil, dígame y le facilitaré sus datos. Vivía

en Birmingham la última vez que supe de ella.

Querido doctor Y:

¿Que si estoy en condiciones de ayudarle a «rehabilitar» a Charles Watkins? No lo sé. Desde luego que lo conozco y lo conozco bien. ¡Qué diplomático es usted! Yo fui su amante. Supongo que usted lo sabe; de lo contrario, ¿por qué habría de escribirme? Me gustaría saber quién se lo dijo, aunque no espero que usted me lo revele. Bien, hablemos de Charles... ¿Ha perdido la memoria? ¿No se acuerda de quién es? Esto me apena, de verdad; pero ¿qué puedo hacer yo? Se lo digo con toda sinceridad. Ojalá me

incumbiera este asunto, pero tal como están las cosas, creo que incumbe más a su esposa, Felicity Watkins. Supongo que usted ya la habrá consultado. ¿Le sugirió ella que hablara conmigo? Es lo que cabría esperar de ella. Me refiero a que su actitud, tan jodidamente altruista, está por encima de toda emoción humana, como la de su Charles. Dicen que los casados acaban pareciéndose; aunque desde luego a mí no me consta.

Después de mucho pensarlo (créame) adjunto esa otra carta. Se la escribí a Charles, también después de mucho pensarlo durante años. Lo que quiero decir es que habría debido escribirla mucho antes, pero fui una tonta y no lo hice.

Se la envié a su casa, no por rencor, sino porque no disponía de otra dirección. Vino a verme enseguida. En cuanto recibió la carta, quiero decir. Unos diez días después. Vino en tren a Birmingham. Traía la carta consigo. Se trataba de una visita de buena voluntad, por llamarla de alguna manera. Pasó la noche conmigo, ¿por qué no? Cuesta deshacerse de los viejos hábitos. Cuando se marchó por la mañana, dejó la carta sobre la mesilla. Lo importante, aunque dudo de que se lo parezca a usted, es que no la dejó allí a propósito o para que la comentáramos más tarde, pues ya habíamos hablado de ello durante la noche. En una palabra, se le olvidó, se le borró totalmente de la

mente. Por eso aprovecho esta oportunidad para devolvérsela por medio de usted. Quizá le guste rememorar los viejos tiempos al leerla.

Siento no serle de más utilidad.

Con mis mejores deseos,

CONSTANCE MAYNE

Querido Charles:

No te alarmes, no es una carta bobalicona y lacrimógena como las que te escribí cuando te hartaste de mí. No temas, aquello ha quedado ya muy atrás. Esta mañana al despertar, me he acordado de que hace tres años que me dejaste.

*Tu recuerdo
tan dulce y verdadero
todos estos años tan
tristes
ha sido un lloriqueo,
un lloriqueo, un
lloriqueo.*

Me he dado cuenta de que, lejos de ser un llanto y de ser dulce, se trataba de un buen berrinche, de una rabieta de aúpa. Me he dado cuenta, Charles Watkins, de que lo que siento por ti no es un dulce llanto, sino odio puro. Es más: no consigo borrar de mi memoria tu jodida y ridícula persona.

Y ahora, déjame contarte un cuento.

Había una vez una joven e idealista estudiante de lengua y literatura que asistió, que Dios la perdone, a una clase, una introducción a la Antigua Grecia, y allí oyó a un profesor loco afirmar que no existía más que una literatura y una lengua, las griegas (clásicas, no modernas). Y resultaba tan persuasivo que la ingenua muchacha abandonó sus cursos de literatura hermosa y útil, de francés, español e italiano, por la vieja e inútil Grecia, sólo porque el profesor Loco se lo recomendó. Pasaron tres años en los que esta ingenua muchacha sudó la gota gorda, sacó unas notas magníficas y todo para verse recompensada con una sonrisa de aprobación del profesor

Loco. El día que se enteró de que había obtenido la licenciatura, esta ingenua muchacha estaba en Londres, donde el profesor Loco daba una charla en televisión sobre Grecia, cuna de la civilización europea: que si Intelectual por aquí y Moral por allá, y la charla seguía y seguía, pero, tal como notó la ingenua estudiante, ni una palabra sobre la Mujer y menos aún sobre los Esclavos de ese paraíso, o Antigua Grecia, moralmente tan superior. Entonces la ingenua estudiante tomó un taxi y se fue a los estudios de la BBC, y cuando salía él todo orondo y encantador, con su pipa y su americana de *tweed*, ella le dijo: «No he oído ni una palabra sobre la mujer ni sobre los

esclavos.» A lo que el profesor Loco replicó: «¿Eres tú, Connie? Magnífico. Felicidades por tus excelentes resultados. Así que te preocupa la suerte de las mujeres y los esclavos. ¿Qué haces por ellos?» La ingenua muchacha, que tardó cinco confusos y vertiginosos minutos en captar el sentido de sus palabras, le respondió: «Tiene razón. Intentaré algo.» Renunció a volver a la universidad a realizar estudios de posgrado, tal vez de doctorado, y así sucesivamente, y en cambio se fue a Birmingham y consiguió un empleo en una fábrica con otras mujeres que producían envases de plástico para detergente... Descubrió que su condición de Mujeres las convertía en Esclavas, le

armó toda clase de escándalos y alborotos a la dirección, fue nombrada representante sindical, se hizo comunista y tres años más tarde regresó a Cambridge a intercambiar impresiones con el profesor Loco. «Ya lo he intentado», le gritó y a continuación le contó la historia de sus tres años duros, muy duros, pero que muy duros, de trabajo intenso, agotador, brutal, en apoyo de aquellas mujeres de Birmingham que fabricaban envases de plástico. Por toda respuesta, él se quitó la pipa de la boca: «Bien hecho —dijo—. Y ahora, vamos a la cama.»

Sí, sí sé si llorar o reír. Esta mañana me estoy riendo, y Dios sabe que ya era hora.

Así nació el amor del siglo, principalmente en Birmingham, entre un profesor de clásicas con esposa y dos hijos, sin tiempo que perder en distracciones, y la Boba Representante Sindical, que apenas ve a su Amor. Mientras tanto, ella tiene un enamorado fiel: el Representante Sindical de la planta donde un grupo de hombres produce fundas de plástico para radios de transistores. Y la Boba Representante Sindical planta al amante y fidelísimo mozo por su Amor del Siglo. Desamparada y lloriqueando, le dice:

—Qué solita estoy, casémonos.

—No digas tonterías —contesta él.

—Pero ¿y tus promesas, tu amor, tu pasión? —gime ella.

—Quien se crea una palabra de lo que alguien dice en la cama merece lo que le pase —sentencia él.

No está mal para un profesor, ¿verdad?

—He cambiado dos veces de vida por culpa tuya —grita ella, llorando desconsolada.

—Nadie te lo pidió —replica él, después de sacarse la pipa de la boca.

—¿Qué será de míiii? —se lamenta ella, desesperada—. He perdido a mi verdadero amor, el representante sindical, y tú estás fuera de mi alcance. Llevo una vida vacía, quiero una famiiiiilia.

—Pues forma una. ¿Quién te lo impide? —repone.

Para entonces la muchacha debería haber aprendido la lección. Debería, ¿no?

Recordarás al menos, si dispones de un momento para recordar, todas esas cartas lacrimógenas mías. Pero en realidad pensaba: ¿qué me lo impide? Pues resulta que estaba en estado, aunque entonces no lo sabía con certeza.

Por eso volví a Birmingham, tuve un hermoso hijo que pesaba tres kilos y seiscientos gramos, y conservé mi trabajo con alguna que otra ayuda de los amables embaladores de envases de plástico; de eso hace ya dos años.

Dos años de lloriqueo.

El niño tiene dos años y se llama Ishmael, ¿qué te parece?

No, no quiero nada tuyo, maldita sea. Nada. Si quieres ver al niño, bien. Si no, también.

Me da igual.

Me las arreglo sola, muchas gracias.

Ahora que lo pienso bien, sí, es totalmente cierto, así que muchas gracias, pero no. Lo digo en serio. No necesito a nadie, yo.

Dentro de un mes me voy de Birmingham a pasar el verano con una tía de Escocia y dar clases de griego a unos pobres idiotas que no perderían el tiempo si aprendieran italiano, francés o español, lenguas que desafortunadamente no estoy capacitada para enseñar, gracias a ti. Oh, no te

estoy echando la culpa, joder que no.

Según me comentó ayer un viejo compañero de clase, vas por ahí diciendo que la literatura clásica es un montón de basura y que su enseñanza es absolutamente catastrófica, que nadie la entiende, excepto tú, claro.

Felicidades, no me sorprende que perdieras la voz —me lo ha dicho un pajarito— ¡y te quedaras sin habla!

Te lo he dicho, eres ridículo.

Con todo mi odio, de verdad,

CONSTANCE

Estimado doctor X:

Puedo responder a su pregunta fácilmente. Sí, Charles Watkins vino a verme a mediados de agosto. Era muy

tarde, creo que un miércoles; aunque no lo recuerdo con exactitud, lo siento.

Atentamente,

ROSEMARY BAINES

Querido doctor Y:

Después de enviar la carta —en realidad fueron dos— me vino a la memoria algo sobre Charles que quizás a usted le convendría saber.

Fue en la última guerra. Para mí no era nada nuevo, por supuesto, pero desde que entablé una relación estrecha con Charles supe que la experiencia no le había hecho mucho bien. Un día me presentó a un amigo, y éste me confió que Charles le había asegurado una vez que él —es decir, Charles— había

decidido que no sobreviviría a la guerra. Lo habían destinado a un puesto peligroso. En dos ocasiones, sus camaradas, es decir, los hombres con los que luchaba en ese momento, murieron. Una vez en el norte de África, y la otra en Italia. Este amigo me dijo que se encontró con él una vez que ya todo había terminado, no podía creer que siguiese vivo, según me dijo. Se llama Miles Bovey. Incluyo su dirección, por si le interesa preguntarle sobre aquello. Me contó que Charles sufrió una profunda crisis al final de la guerra y le faltaban fuerzas para empezar a vivir de nuevo. Se entregó a la bebida, al menos según Miles, aunque yo nunca lo he visto beber más de lo

normal. Luego volvió a la universidad. Ahora recuerdo algo que me dijo una vez: que, desde la guerra, le parece imposible que la gente realmente conceda importancia a las cosas que señala como importantes. Añadió que tenía que aprender a «jugar a esos pequeños juegos»; también que Miles Bovey era «la única persona que lo había comprendido de verdad». Le pregunté a qué pequeños juegos se refería y me contestó: «A todo este condenado embrollo.» «¿Al amor también?», quise saber. Y no recuerdo qué me respondió a esto.

Afectuosamente,

CONSTANCE MAYNE

Apreciado doctor Y:

Gracias por su amable carta. No he sacado gran cosa en claro de la carta del doctor X.

Sí, supongo que no cabe duda de que aquella tarde Charles Watkins se comportó de un modo insólito en él; pero recuerde que sabía muy poco de él; sólo había escuchado algunas charlas suyas y algunas observaciones sobre él de boca de amigos comunes.

Ignoro si esa conferencia fue importante para él. Lo fue ciertamente para mí. Le escribí a Charles una larga carta explicándole por qué. Tal vez fue un error; aunque, pensándolo bien, no me arrepiento. A veces hay que correr el riesgo de poner a la gente en una

situación embarazosa, exigiéndoles más de lo que están dispuestos o en condiciones de dar. Y en mi carta yo le planteaba una de esas exigencias. Conscientemente, además. Usted me preguntará qué decía. Responderle implicaría reescribir la misma carta. Baste decirle que asistí a aquella conferencia y que lo que oí en ella cambió mi manera de pensar. De pensar y de experimentar el mundo que me rodeaba; aunque mi cambio no fue notorio para los demás. No obtuve respuesta. Pensé un par de veces en volver a escribirle por si la primera carta se había extraviado; pero eso no sucede normalmente. Concluí que a mi misiva le había faltado tacto, o tal vez

que no había sido oportuna y que nunca recibiría noticias suyas directamente.

Una tarde, me hallaba en un pequeño restaurante griego de Gower Street donde como a menudo, en compañía de Frederick Larson, el arqueólogo. De pronto, Charles Watkins se sentó a nuestro lado y dijo: «Suponía que la encontraría aquí.»

Esto no me pareció tan raro como cabría esperar. Para empezar, él sabía dónde vivía yo, pues mi carta le había llegado unos días antes, e incluso, por lo visto, se había acercado a mi piso a ver si yo estaba. Al no encontrarme allí, se pasó por los bares vecinos hasta dar conmigo.

Su extraña manera de presentarse

correspondía a su aspecto general. Mi primera impresión, así como la de Frederick, fue que estaba borracho. Luego, que tal vez había consumido marihuana, o algo peor. Más tarde Frederick le instó a que comiera y, poco a poco, tomé conciencia de que lo más extraño en él era su ropa, que presentaba ese aspecto de suciedad tan especial que sólo se aprecia en las prendas que suelen estar limpias. Como Charles no es la clase de persona que uno imagina durmiendo con la ropa puesta, en un principio no advertí que todo lo que llevaba estaba recubierto de mugre, al igual que sus manos. Incluso despedía olor a viejo, a rancio.

En un principio rehusó comer, o,

más bien, parecía no oír cuando lo animábamos a que comiera. Luego empezó a mordisquear un trozo de pan. Frederick, sin consultarle, pidió un plato para él. Cuando lo sirvieron, comprobamos lo hambriento que estaba. Hablaba con frases de lo más inconexas. No recuerdo de qué, aunque en aquel momento me pareció que en conjunto tenían sentido. Se dirigía a Frederick y a mí como si fuéramos viejos amigos y entendiésemos todas sus referencias. A pesar de todo, la situación no nos resultó tan violenta, ya que ambos realmente nos sentíamos como sus amigos, pues habíamos conversado sobre él a menudo. Nos comentaba algo de un viaje que planeaba realizar, y aparentemente

pensaba que iríamos con él. Fue entonces cuando comprendimos que estaba trastornado.

Cuando acabó la comida le propuse que nos acompañara a mi piso. Fuimos andando; distaba unos cien metros. Una vez en el apartamento, no se sentó. Caminaba de un lado para otro, inquieto, examinando los objetos cuidadosamente, las paredes y demás. Me daba la impresión de que en cuanto dejaba lo que había agarrado perdía todo interés en ello. Esto duró dos o tres horas. Balbucía algo sobre escapar de la trampa, de la prisión. Y no nos extrañó entonces, porque nuestros pensamientos seguían un curso parecido; aunque he descubierto —y estoy convencida de

que usted también— que a veces uno se pasa días, o incluso toda una vida, hablando con un amigo para descubrir más tarde que cada uno otorga un significado distinto a las mismas palabras.

No sé hasta qué punto eran reales las prisiones, redes, jaulas y trampas de que hablaba Charles aquella noche. Si es que aquellos desvaríos eran hablar. Frederick y yo interpretamos estas palabras de manera muy concreta; pero ¿y Charles? No estoy segura. Cuando al fin salió de la habitación (había reparado en la suciedad de sus manos y quería lavárselas), nos planteamos la posibilidad de llamar al médico; al final decidimos no hacerlo. No se le veía

incapaz de valerse por sí mismo. Tal vez nos equivocamos; después de todo, la suciedad de su ropa, la falta de alimento y su fatiga saltaban a la vista. Pero soy una de esas personas que no cree que las crisis de otras personas se deban cortar de golpe ni paliar por medio de drogas o somníferos, o fingiendo que no hay tal crisis; tampoco creo que haya que restarles importancia. Estoy segura de que otras personas —aquellas que los médicos califican de responsables— habrían llamado a un médico para que se hiciera cargo de Charles (perdóneme por expresarlo así, tan a las claras). No obstante, me pareció que su estado mental no se diferenciaba mucho del que me ha invadido en períodos de especial

inspiración o iluminación.

Por otra parte, me gustaba escucharlo.

Aunque sus aseveraciones se antojaban deshilvanadas, encerraban cierta lógica y seguían una especie de hilo conductor que producía en nosotros la sensación de haberlas oído antes. En ocasiones era el sonido de un vocablo o sílaba, y no el significado, lo que daba pie a la siguiente frase o palabra. Cuando esto sucedía, su discurso sonaba superficial e incoherente, como el de un atolondrado o un demente; pero quizás ha llegado el momento de que asociemos el sonido de una palabra con su significado. Desde luego, los poetas están acostumbrados a ello; pero ¿y los

médicos? Los sonidos, su función en el habla... No hay forma de determinar en qué medida una expresión verbal refleja una realidad interior, ¿o sí? Lo dejaré ahí; tal vez usted no encuentre interesantes estos razonamientos.

Hacia la medianoche, quedó patente que la vida cotidiana iba a ejercer un influencia decisiva sobre Charles. De lo contrario, nada lo habría arrancado de ese estado. Frederick anunció que se iría a casa. Charles cayó en la cuenta de que era ya medianoche. Se marchó con él. Fue una decisión automática. Nada le impedía quedarse. Ya en la calle se despidió de Frederick: «"le veré pronto», y se alejó. Y esto es todo lo que supimos de él hasta que

recibimos una carta del doctor X.

Espero que este relato más bien confuso de aquella tarde le sirva de algo. No sabe cuánto lamento su enfermedad, y, sin embargo, parte de mí lo envidia. Hay tanto que desearía olvidar... ¿Me permitirá visitarlo alguna tarde? Me gustaría, sobre todo si puede ser de alguna ayuda.

Afectuosamente,

ROSEMARY BAINES

Querido doctor X:

Estoy encantado de ayudarle en la medida de mis posibilidades.

Conocí a Charles Watkins en mi época de universitario, aunque no lo traté mucho entonces. íbamos a

facultades diferentes. *Al* estallar la guerra, nos destinaron a ambos al norte de África. Charles entró más en combate que yo. Yo estaba en el servicio de inteligencia, donde no había mucha actividad entonces. Nos veíamos de vez en cuando; luego a mí me trasladaron a Yugoslavia y a él a Italia. Sí, pasó por experiencias duras en la guerra; sobre todo porque le tocó un trabajo pesado, primero en la infantería y luego en la brigada de tanques. No nos encontramos de nuevo hasta el final de la guerra, en 1945, y pasamos unos meses juntos. Los dos estábamos trastornados, necesitados de alguien que comprendiera la situación. Personalmente no creo que la tensión cambie a la gente. He aprendido

que, sencillamente, algunos rasgos de la personalidad adquieren un relieve especial. En este sentido, no creo que a Charles Watkins lo cambiara la guerra, aunque ciertamente lo trastocó. Tal vez el oficial de su división le aclare algunas dudas a este respecto. Es el general Brent-Hampstead, de Little Gilstead, Devon.

Un saludo,

MILES BOVEY

Doctor X:

Charles Watkins sirvió bajo mis órdenes durante cuatro años. Su conducta fue satisfactoria en todo momento. Rechazó en cierta ocasión un ascenso porque no deseaba separarse de

ciertos amigos. Su decisión me pareció de todo punto comprensible, aunque me alegré cuando cambió de opinión, hacia el final de la guerra. Fue durante la campaña italiana. Llegó a teniente, creo, aunque no estoy seguro porque estamos hablando de hace veinticinco años. Siento oír que no se encuentra bien.

Atentamente,

PHILIP BRENT-HAMPSTEAD

DOCTOR Y. Me gustaría probar otro método, profesor. Me gustaría que se sentara a escribir todo lo que se le ocurra.

PACIENTE. ¿Qué clase de cosas?

DOCTOR Y. Lo que sea. Todo lo que pueda damos una pista.

PACIENTE. El hilo de Ariadna.

DOCTOR Y. Eso es; aunque esperemos que no haya minotauro.

PACIENTE. Pero es posible que resultara ser un viejo conocido, ¿no?

DOCTOR Y. ¡Quién sabe! ¿Lo intentará? ¿Quiere una máquina de escribir o un magnetófono? Me han contado que es usted un conferenciante consumado.

PACIENTE. Por lo visto poseo muchos talentos ocultos de los que no sé nada.

Se acerca el fin de mes,
el tiempo del paciente aquí se
agota, y no veo razón alguna

para no trasladarlo, como decidimos originariamente, a North Catchment.

DOCTOR X

Ya que últimamente el paciente se muestra más dócil y dispuesto a cooperar, así como a prestar asistencia a otros pacientes, sugiero que, para afianzar su mejoría, continuemos con el tratamiento en las mismas condiciones. Existe un precedente de una prórroga de tres semanas.

DOCTOR Y

Querido doctor X:

Gracias por su carta. Me alegra mucho saber que mi marido progresa. ¿Se acuerda ya de mí y de su familia?

Atentamente,

FELICITY WATKINS

PACIENTE. Lo intentaré, aunque no sé de qué escribir.

DOCTOR Y. ¿Por qué no de la guerra?

PACIENTE. ¿Qué guerra?

DOCTOR Y. Usted luchó en la última guerra, en las campañas del norte de África e Italia, a las órdenes del general Brent-Hampstead. Tema un amigo llamado Miles Bovey.

PACIENTE. Miles. ¿Milos? Milos, sí, creo que... Pero está muerto.

DOCTOR Y. Le aseguro que no.

PACIENTE. Todos murieron, de una forma u otra.

DOCTOR Y. Me gustaría que pusiese todo eso por escrito. ¿Lo intentará?

La reunión se celebró en la tienda del oficial al mando. Yo no sabía para qué se nos había convocado. Me habían comunicado que había sido escogido para una misión delicada, aunque sin especificar de qué clase de misión se trataba. Desde luego no imaginaba

siquiera que sería en Yugoslavia.

Los aliados habían estado del lado de Mihailovich. Corrían rumores de que Mihailovich era aliado de Hitler y de que Tito representaba la única oposición real, por lo que convenía prestarle toda la ayuda posible. Pero Tito era comunista. Se sabía poco de él, y las noticias que llegaban de Yugoslavia eran muy confusas; al parecer se habían reavivado los viejos antagonismos religiosos y regionales en el marco de la lucha entre Tito y Mihailovich.

La campaña en favor de Tito nació entre las filas de la izquierda. Se decía que Gran Bretaña le negaba su apoyo a Tito por comunista, lo que formaba parte de la estrategia de permanecer aliados

con la URSS, sin dejar por eso de aplastar los movimientos comunistas locales. Finalmente Churchill, desoyendo a los mandamases, consultó a la izquierda mejor informada sobre Yugoslavia. Se tomó la decisión de establecer contacto con los partisanos de Tito y granjearse su confianza asegurándoles que Gran Bretaña no apoyaría ni a Mihailovich ni a ningún otro movimiento de orientación nazi. Les ofreceríamos armas, hombres y equipo. Sin embargo, no se sabía con exactitud dónde operaban los partisanos. Resolvieron lanzar en paracaídas a grupos de soldados en las zonas donde se creía que se encontraban.

Éramos veinte aquella noche en la

tienda del oficial, seleccionados por nuestros méritos, pero sobre todo porque hablábamos francés, alemán o ambos idiomas. Además, todos sabíamos esquiar y en la vida civil hubiéramos pasado por atletas. No nos conocíamos entre nosotros. Yo estaba sentado junto a un hombre que acabaría por convertirse en mi mejor amigo. Se llamaba Miles Bovey.

Durante el mes siguiente nos prepararon a fondo para la misión. Nos sometieron a unos ejercicios para endurecernos físicamente, nos enseñaron a tirarnos en paracaídas y a usar la radio, y nos impartieron los conocimientos básicos sobre el país, sus costumbres y conflictos religiosos.

En la última reunión, nuestro número se había reducido a doce. Dos habían muerto en prácticas de paracaidismo, y otro había enloquecido y estaba en manos de los psiquiatras. Había más bajas, por un esguince de muñeca o un hombro dislocado, lesiones que, pese a su escasa gravedad, incapacitaban a un hombre tanto para el salto como para la prueba siguiente.

Me emparejaron con Miles Bovey. Nos dejarían caer a ambos sobre las montañas de Bosnia, a fin de que intentáramos contactar allí con los partisanos.

En la última sesión nos indicaron cómo sobrevivir si no localizábamos a las guerrillas y cómo proceder si

caíamos en manos de los alemanes o de grupos de colaboracionistas locales. Comparadas con lo que ahora sabemos sobre el refinamiento de las torturas físicas y psicológicas, de las drogas que se administran a los prisioneros de guerra y del entrenamiento necesario para no dejarse doblegar, aquellas instrucciones resultaban de lo más simples. Nos proporcionaron un par de pastillas venenosas que debíamos ingerir en caso de necesidad extrema. Sin embargo, se sobreentendía que, si nos capturaban, debíamos resistir la tortura. La idea de que los seres humanos no son capaces de soportar la tortura ni los métodos psicológicos modernos no había pasado todavía a

formar parte de la cultura general. No recuerdo haber oído una sola alusión a esta idea durante la guerra. Ni yo mismo la habría asimilado, y si alguien me hubiera hablado de ello, me hubiera sorprendido; no obstante, la tortura estaba alcanzando ya un elevado grado de complejidad allí donde se extendía la guerra. Parecíamos campesinos en una sociedad tecnológica y creíamos en el poder del heroísmo. Sé que hay hombres que continúan demostrando una capacidad de aguante casi sobrehumana frente al tormento, pero hay presiones muy fuertes que mueven a la compasión: todo soldado que se ve en la tesitura de enfrentarse a la tortura confía en que si no logra resistirla, si se viene abajo, no

se le considerará un cobarde; es decir, nadie, en ninguna parte, lo tildará de tal. El progreso.

Recuerdo perfectamente mis fantasías de aquellos días de espera, la preparación más útil para la violencia y el peligro inminentes. Estos sueños diurnos —o planes— parecían salidos de una novela juvenil de aventuras, de *Beau Geste*. El aspecto sórdido, sucio y desagradable de la tortura moderna y sus tortuosas técnicas psicológicas me habrían pillado totalmente por sorpresa si el enemigo me hubiese capturado.

Miles Bovey y yo saltamos del avión una noche fría en medio de una oscuridad absoluta. La sensación habría sido la misma si nos hubiésemos

lanzado sobre el desierto o el mar—o hacia arriba, hacia el vacío del espacio —, en lugar de sobre unas montañas donde sabíamos que había pueblos llenos de guerrilleros, los partisanos, y sus adversarios, los chetniks.

Bovey se arrojó primero. Me dedicó un gesto con la cabeza, sonriendo, y se tiró. Fue el último contacto humano que tuvo. No vislumbré siquiera el blanco de su paracaídas debajo de mí mientras descendía a toda velocidad en las tinieblas. El tenue brillo del aparato se desvaneció en la negrura sobre mi cabeza. Bajé oscilando hasta que vi subir algo negro a mi izquierda. Esquivé por muy poco la copa de un pino muy alto y aterricé en un

promontorio, entre dos rocas escarpadas. Me lastimé ligeramente la pierna. Eran las cuatro de la mañana, faltaba todavía un buen rato para que amaneciera. El cielo estaba encapotado; habían esperado a una noche nublada para lanzarnos. No me atreví a llamar a Miles. Arrebujé el paracaídas detrás de la roca con el fin de ocultar su blancura y me senté sobre él. Hacía un frío horroroso. Permanecí sentado hasta que la luz empezó a filtrarse entre las agujas de las coníferas. Me hallaba en una ladera. El cielo se tiñó de un rosa intenso, si bien aún reinaba la oscuridad bajo los árboles. Avisté un resplandor blanquecino en el aire a unos cien metros y seguí sentado sin moverme

hasta que lo identifiqué como el paracaídas de Miles. Lo suponía, aunque también cabía la posibilidad de que se tratara de un montoncito de nieve.

El paracaídas colgaba de una rama alta que se mecía al viento. Salí de detrás de mi roca y, a pocos pasos del árbol del que pendía el paracaídas, me topé con el cadáver de Miles. Cuando me fijé en su frente ensangrentada, pensé en un principio que le habían disparado, pero enseguida comprobé que no era así. Se había precipitado sobre un árbol. Su paracaídas se había enganchado, y él se había quedado colgado como una mosca en una telaraña. Al intentar soltarse, se había caído y se había golpeado la cabeza contra una roca. La caída había

sido de sólo unos doce metros, y la piedra estaba rodeada de un suelo mullido y suave, cubierto por una capa de pinaza y hojas secas. Debió de suceder minutos antes de que mis pies tocasen la tierra. El había tenido tan mala fortuna como yo buena.

El paracaídas reflejaba la luz, de modo que, como un faro, debía de resultar visible desde varios kilómetros de distancia. Se imponía la necesidad de encaramarse al árbol y bajarlo. El tronco se erguía recto y sin una sola rama por lo menos hasta una altura de seis metros, aunque en él había numerosos nudos y otros bultos. Trepé por ellos sin dejar de recorrer los alrededores con la mirada, al acecho de

los posibles curiosos que quisieran investigar aquel objeto blanco y radiante. Había alcanzado ya la primera rama, cuando oí un ruido que podía ser tanto el chasquido de una horquilla al romperse como el disparo de un fusil lejano, y me quedé inmóvil, indeciso, hasta que me percaté de que lo más peligroso para mí en aquel momento era aquella superficie ofensivamente blanca. Ascendí por el tronco lo más rápidamente posible, me tumbé cuando largo era en la rama que sujetaba el paracaídas y me arrastré hacia él. Ya había conseguido agarrar la seda y tiraba de ella para desengancharla, cuando divisé en la ladera la silueta de cinco soldados que me apuntaban con

sus armas. Ignoraba si se trataba de partisanos o de chetniks; por tanto me senté en la rama, como un muchacho a quien han pillado robando manzanas, y continué dando tirones al paracaídas. Advertí que el segundo de los soldados era una muchacha, la más bonita que he visto en mi vida. Unas gruesas trenzas que arrancaban bajo su gorra le caían sobre la espalda. Eran negras, al igual que los ojos de aspecto oriental que me contemplaban desde su rostro de Afrodita.

Entonces reparé en la estrella roja que llevaban en la pechera.

—Soy soldado británico —declaré.

El líder dijo algo y todos bajaron los fusiles.

—Le esperábamos —me respondió en francés.

—Voy a desenredar este paracaídas. —No bien pronuncié esta frase, la tela se desprendió de golpe y fue a dar al suelo.

El sol estaba ya alto. Sus rayos de color dorado rojizo inundaban el bosque. Los pájaros cantaban. Las cinco personas que se encontraban a mis pies miraban y sonreían.

—Mi amigo ha muerto —les informé.

No habían visto a Miles todavía.

La muchacha se acercó a él para asegurarse de que estaba muerto. Era una estudiante de Medicina que oficiaba de médico en el grupo. Su nombre era

Konstantina. Creo que me enamoré al instante de ella, y ella de mí.

Cuando bajé del árbol, ella, que había acabado de examinar a Miles, pasó a examinarme los rasguños que me había hecho en las palmas al aferrarme al tronco, y después la pierna, que me dolía de mala manera por el golpe recibido al aterrizar. Los demás se habían puesto a excavar una fosa. Mi primer encuentro con los partisanos y con mi querida Konstantina se produjo en torno a un entierro. Escarbaban la suave tierra con sus manos, cuchillos y cantimploras. Antes de introducir el cuerpo en la sepultura, lo despojamos de sus pertrechos, de gran valor para aquellos soldados tan precariamente

equipados, y yo extraje sus píldoras venenosas del compartimento de su cinturón donde yo sabía que las guardaba.

Lo dejamos allí y descendimos al valle siguiendo el curso de un río alimentado por el deshielo; lo vadeamos y subimos por una montaña recubierta aún de abundante nieve. El sol primaveral calentaba tanto que llevábamos los abrigo plegados y metidos en las mochilas. Y allí, justo debajo del límite de la nieve, había una serie de cuevas donde el grupo de partisanos había establecido su cuartel general. Nunca permanecían en un mismo sitio más de dos semanas.

En los países ocupados por los

nazis, estaban los que los combatían y los que colaboraban con ellos, bien por simpatía natural, bien porque creían que acabarían por ganar. En general se distribuían de manera muy simple. La gente de la ciudad o de los pueblos sabía que fulano y mengano eran nazis, y que fulano y mengano no lo eran. En los países del norte, como Noruega u Holanda, las divisiones estaban más claras que en los del sur. De la Holanda ocupada llegaba información de que los nazis habían colgado, fusilado o aprisionado a doce miembros de la resistencia, que tales o cuales miembros de la resistencia habían efectuado tales o cuales actos de sabotaje. Pero en Yugoslavia las cosas eran muy distintas.

No se recibían noticias como: «Los alemanes entraron en tal pueblo y fusilaron a veinte miembros de la resistencia yugoslava», sino: «los colaboracionistas croatas entraron en un pueblo serbio y exterminaron a todos los habitantes», o «tropas musulmanas masacraron a toda la gente del pueblo de...», o «los partisanos, después de entrar en tal pueblo tras un duro combate encontraron a todos los habitantes asesinados por... los croatas», etcétera. Las posibilidades eran casi infinitas debido a la gran variedad de grupos: católicos, mahometanos, montenegrinos, herzogovinos, croatas y serbios, entre otros.

Al salir de la espesura a los claros

salpicados de rocas que rodeaban las cuevas, distinguí una docena de soldados. Nos observaban mientras tomaban su desayuno de pan con embutidos. Todos eran jóvenes y había muchachas entre ellos. Los que venían conmigo explicaron mi presencia con muy pocas palabras. Me ofrecieron una hogaza. Una lata de agua pasaba de mano en mano. Para mí fue un momento emotivo indescriptible: me había unido a los partisanos cuyas famosas hazañas daban que hablar en todo el mundo. Su heroísmo conservaba la simplicidad de otros tiempos, como el de los héroes de Troya. Eran gente parecida. Cuando más tarde estudié sus fusiles y su equipo comprendí que luchaban con muy pocos

medios pero se dejaban la piel en ello. No poseían más uniformes que los que les habían quitado a enemigos muertos, al igual que las botas, gorras, chalecos, chaquetas y cinturones de muy distintas formas y colores. Los que carecían de uniforme llevaban encima todo lo que pensaban que les serviría de protección en aquellas montañas agrestes: botas de campesinos, gorros de punto de estudiantes... La estrella roja de sus gorras y pecheras era el único distintivo que lucían todos.

Este grupo de jóvenes estaba integrado por serbios, croatas, montenegrinos, católicos, musulmanes... En ninguna parte, salvo en estas montañas, y entre estos soldados, estos

camaradas, era posible que dos personas se estrecharan la mano y se llamaran por el nombre de pila, sin importarles sus diferencias: Milos, Miro, Konstantina, Sloba, Vido, Edvard, Vera, Mitra, Aleksa..., todos unidos por la estrella roja.

Ahora, al recrear en mi imaginación aquel momento en que emergía del bosque con los demás y me sentaba entre ellos para comer de su pan y beber el agua fría de la montaña, pienso en algo que entonces pasé por alto: su extrema juventud. Ni uno solo contaba más de veinticinco años. Yo tampoco. Entre ellos, y entre todos aquellos que conocí las siguientes semanas en las montañas, figuraban los

hombres y mujeres que empuñarían después de la guerra las riendas de la nueva Yugoslavia, una nación fundada por jóvenes.

Y ahora alguien que combatió junto a aquellos jóvenes y que en la actualidad se sube a la tarima de un gran auditorio a dar una conferencia, o una clase, se encuentra a menudo, un cuarto de siglo después, frente a esas caras de jóvenes revoltosos, adustos, críticos e indisciplinados que rechazan en todos los países lo que su sociedad les brinda... Este hombre, quizás un profesor, una persona con un puesto de responsabilidad y un lugar en la sociedad, piensa al mirar esos rostros que otros jóvenes exactamente iguales

que ellos, y tan «niños» para los adultos de su tiempo, se enfrentaron al ejército más despiadado y terrible de la historia, el de Hider, a menudo sin comida, en clara inferioridad numérica; lucharon y vencieron, y fundaron una nación joven.

Pasé con ellos unos tres meses. Sólo en la guerra y en el amor escapamos al sopor de la necesidad, a la jaula de lo cotidiano, y entramos en un estado en que cada día es una aventura, cada momento cae nítido y definido como un copo de nieve recortado contra una roca negra y brillante, como una hoja que desciende en espiral sobre el sotobosque. Tres meses de vida normal no representan mucho más que el esfuerzo de revolverse en la cama en un

sueño agitado. El aire de aquellas montañas y la compañía de aquellos jóvenes soldados... Es como si se me hubiera grabado en el cerebro cada respiración. Recordarlo produce la misma sensación que esos ojos amigos cuando se posan afectuosos en tu rostro, generando calor, y notas que en tus labios se dibuja una sonrisa.

Nuestro número oscilaba entre doce y treinta personas. Con frecuencia se presentaba un hombre o una mujer, tendía la mano, sonreía, se quitaba la mochila y el fusil, y al instante el grupo lo acogía como uno más. En ocasiones alguien se marchaba en silencio para entregar un mensaje, llevar a cabo un reconocimiento del terreno o acercarse a

una casa del pueblo para conseguir víveres o suministros. No permanecemos en esa ladera más de dos días. Yo necesitaba que me condujesen al cuartel general de los partisanos, pues debía transmitirles unos mensajes y recoger los que querían enviar al norte de Africa. Había que desplazarse con cuidado; las montañas estaban infestadas, no sólo de chetniks, sino también de campesinos corrientes que habían huido de sus casas y llevaban una vida de bandoleros que acabaría cuando las próximas nieves los obligaran a regresar al encuentro de una muerte segura, o a ponerse al servicio de los alemanes o los chetniks.

De pie en una cumbre que

dominaba un paisaje de más de cien kilómetros a la redonda con sus colinas, valles y ríos, uno contemplaba el espectáculo más salvaje de la Tierra. Nada se movía en todo aquel espacio, salvo un pájaro que se cernía en el aire, o a lo lejos, la columna de humo que se elevaba sobre una población demasiado distante para saber si procedía de una chimenea o era producto de un saqueo. Vacío absoluto. Un mundo virgen que el hombre todavía no había echado a perder. De pronto, mientras aguardaba y admiraba el panorama me asaltó una convicción diferente. En la ladera de una alta montaña, al otro lado de un río cuyas aguas corrían impetuosas, brilló un destello metálico que, por más que

nos esforzamos en verlo de nuevo no se repitió. Se trataba del reflejo del sol en el cañón de un fusil o en la hoja de un cuchillo. A tres kilómetros de distancia, los árboles, tintados de verde salvia, verde cromo y azul grisáceo por la primavera, aparecían envueltos en una mancha borrosa —un árbol de hoja tardía, con el verde apenas insinuado en la rama, de modo que parecía más bien gris—, ¿o era el humo de una fogata encendida por un grupo de partisanos? Al observar la ladera opuesta a través de los prismáticos, descubrimos que la mancha borrosa era, en efecto, humo, y no un efecto de la renovación del follaje. Las personas sentadas en torno a la hoguera llevaban ropa gris o de color

indefinido, por lo que resultaba imposible determinar si se trataba de campesinos, chetniks o partisanos. Por las noches intentábamos mantener nuestro fuego oculto entre unas piedras o pilas de leña, y lo alimentábamos con palos secos que al arder producían una llama limpia y brillante con el fin de que el enemigo no atisbara el menor rastro de humo. De cuando en cuando, en la ladera de enfrente, un fogonazo rojo se desvanecía rápidamente en la oscuridad, revelándonos que a poco más de un kilómetro otro fuego había escapado de su cerco de tierra o ramas y había sido rápidamente confinado de nuevo; pero ¿por quién? ¿Por un amigo o un enemigo? Entonces uno de nosotros, con

una sonrisa o una inclinación de cabeza, o bien con la gravedad de los más jóvenes, cuyo sentido del deber les impide sonreír o mostrarse alegres, se apartaba sigilosamente de nuestro círculo por entre los árboles para regresar una o cinco horas más tarde y presentarnos su informe: «son gente del pueblo», o «son croatas». A veces con él o ella venían un grupo de soldados con su estrella roja y nos saludaban con un fuerte apretón de manos, la promesa de la vida mejor que nos esperaba a todos cuando la guerra terminara.

Aquella vasta sierra en la que nos movíamos como si fuéramos los primeros habitantes de la Tierra, descubriendo riquezas en cada nuevo

claro del bosque, flores, frutos, bandadas de palomas, ciervos, arroyos de agua cantarina llenos de peces. Estas montañas albergaban a cientos, no, a miles de grupos que avanzaban silenciosos bajo los grandes árboles, con los ojos siempre alerta en busca del enemigo; gente que dormía con las manos en los fusiles y que había aprendido a reconocer a los amigos tanto por sus muestras de camaradería como por el heroísmo optimista de su estrella roja.

Todos estábamos convencidos —y el apretón de manos, nuestra sonrisa y nuestra dedicación así lo presagiaban— de que en aquella tierra tan rica y bonita florecería una maravillosa armonía entre

el recuerdo del pasado y los sueños del porvenir. Era como si cada uno de nosotros lo hubiera vivido ya, en otro tiempo y en otro país como éste, donde se respiraba un aire fresco y aromático y crecían árboles gigantescos, entre miembros de una realeza natural para quienes la maldad y el odio eran ajenos. Nos unían, pues, otros tiempos y otro aire. Todo lo trivial y lo innoble estaba desterrado, y sólo conservábamos en la memoria la nobleza.

Si en mi relato pongo mi amor en segundo lugar es porque ese amor surgió en ese momento y en ese lugar. Esto no significa, desde luego, que si me hubiera encontrado con ella en circunstancias normales, en tiempos de paz, no nos

hubiéramos reconocido, pero nuestra relación, aquellas semanas, se originó como parte de la maravillosa camaradería del grupo. Allí los individuos no importaban, porque un individuo contaba sólo como promesa de futuro. Las personas iban y venían y eran siempre las mismas, pues en virtud de su naturaleza común profesaban valores generosos que estaban por encima de intereses mezquinos y de los conflictos entre razas, religiones o territorios. Nuestro amor brotó en el seno del grupo, como una flor, a pesar de que algunos camaradas no lo aprobaban, ya que según ellos en una guerra como ésta no había lugar para idilios. Las críticas se expresaban con

franqueza, sin odios ni ánimo de herir. No nos callábamos nada. No había objeciones que no nos atreviéramos a plantear, por duras que fuesen, y siempre redundaban en beneficio de todos, lo que constituía nuestra contribución más grande a esta guerra, que no se libraba sólo contra las lacras que asolaban nuestra nación (mientras estuve con ellos me sentí yugoslavo), es decir, contra los colaboracionistas, los chetniks o los ricos egoístas, sino contra todas las injusticias del mundo. En esas altas montañas se luchaba contra el Mal y estábamos seguros de salir vencedores, pues las estrellas estaban de nuestra parte. La victoria llegaría finalmente cuando el pobre, el manso y

el humilde hubiesen heredado la Tierra, y sólo entonces el león habitaría junto al cordero y una maravillosa armonía reinaría al fin en toda la Tierra. Sabíamos todo esto porque era como si nos acordáramos de ello. Además, ¿acaso no lo habíamos hecho ya realidad? Con fusiles en las manos, granadas en los bolsillos y nitroglicerina en las mochilas, nos deslizábamos con sigilo como bandidos bajo árboles que semejaban torres, conscientes en todo instante de que portábamos la semilla de un mundo mejor, si bien nosotros mismos, como individuos, carecíamos de toda relevancia, y nuestra vida no valía prácticamente nada... La mayoría de los hombres y las mujeres con

quienes conviví y luché esos meses murió. Ya contaban con ello; mas no importaba, puesto que la sangre derramada no se perdía. La fraternidad había finalmente arraigado en los hombres, el comunismo y su estrella roja representaban la gran esperanza que iluminaba con su luz a todos los pobres, a todos los que sufrían en cualquier parte del mundo. El amor entre la muchacha partisana y yo se desenvolvía en el marco de ese gran amor general. Apenas hablábamos de ello, apenas pasábamos ratos a solas; éramos soldados y pensábamos como soldados. Cuando nos encontrábamos los dos solos, no era porque lo hubiésemos planeado, sino porque la casualidad, las

necesidades colectivas, nos empujaban a juntarnos para ir en busca de suministros o alimentos a algún pueblo abandonado; a pesar de todo, no olvidábamos que estábamos de servicio y actuábamos de forma responsable. No recuerdo cuándo la besé por primera vez, pero sí recuerdo que bromeábamos sobre el hecho de que habíamos tardado tanto en darnos el primer beso. Nos acostamos juntos una vez, atormentados por la tristeza, al enterarnos de que faltaba una semana para que mi misión en Yugoslavia —al lado de Konstantina— llegase a su fin.

Sucedió poco después de que me condujesen al cuartel general de Tito, donde intercambié información con el

alto mando. Había cumplido con mi objetivo en Yugoslavia. El problema entonces residía en cómo salir de nuevo. Por aire era imposible. Ya resultaba bastante peligroso lanzarse en paracaídas allí, y habida cuenta de la fase en que se encontraba la guerra quedaba descartado el aterrizaje de aviones aliados. Así pues, hube de abrirme paso hacia la costa. Una vez allí, un barco de pescadores me recogió para transportarme a una isla donde me reuní con otros camaradas que habían llevado a cabo misiones parecidas en Grecia y otras zonas de Yugoslavia. El viaje desde allí hasta el norte de África, eso es otra historia.

A lo largo de las semanas

anteriores a mi encuentro con el hombre que me guiaría a la costa participamos en varias acciones peligrosas. Nuestra guerrilla voló un ferrocarril, inutilizó un par de puentes, entabló un par de batallas sangrientas con dos grupos de chetniks mucho más numerosos que el nuestro. Esto diezmó nuestras filas y nos dejó extenuados. Algunos resultaron heridos. Vido, el jefe, murió y Milos, viejo compañero de escuela de Konstantina, lo sustituyó. Ella accedió al puesto de subcomandante y desde entonces estuvo más atareada que nunca; había mucho más trabajo y menos manos que antes. Aun así, no dejaba de apuntarse gente nueva. Recuerdo en especial una tarde que estábamos en la

falda de una montaña, por encima de un pueblo ocupado por tropas alemanas y croatas. Milos tenía amigos allí o, mejor dicho, los había tenido. Nos estaba exponiendo sus planes de bajar al pueblo al día siguiente con una de las chicas, disfrazados ambos. Sólo faltaba hacerse con un vestido de campesina y un pañuelo. Una de las jóvenes se había procurado una indumentaria de esta clase, pero la había perdido en una lucha reciente. Y mientras estábamos sentados aquella noche hablando en susurros, apiñados, muertos de frío y hambre por no atrevernos a encender el fuego, vislumbramos a dos personas que salían de los arbustos en dirección a nosotros. Los apuntamos con los fusiles,

pero Milos nos detuvo a tiempo. Dos muchachos se nos acercaron corriendo en silencio sobre la hierba, sonriendo. Milos los abrazó. Eran del pueblo, habían oído el rumor de que estábamos en las montañas cercanas y venían a unirse a nosotros. Ninguno de los dos había empuñado un fusil antes. Eran hermanos, y contaban dieciséis y diecisiete años. Llevaban consigo dos revólveres de la guerra del 14, así como pan y embutidos, artículos estos que fueron mejor recibidos que los revólveres. Aquella misma noche empezamos a entrenarlos en el arte de la guerra de guerrillas y en sólo dos semanas aquellos dos adolescentes se habían revelado tan habilidosos y útiles

como cualquiera de nosotros. Si los recuerdos de guerra nos parecen terriblemente preciosos, se debe principalmente a que es entonces cuando uno cobra conciencia de lo que en tiempos de paz no habría que olvidar: que «hasta un cocinero debe aprender a gobernar un Estado». En tiempos turbulentos todo el mundo, incluidos el empleado más humilde y el ama de casa más recluida, descubre de qué es capaz. En tiempos de paz estos dos muchachos habrían llegado a ser lo que la pobreza de la vida de su pueblo les permitiera. En Inglaterra, los muchachos de esa edad, al menos los de clase media, son niños consentidos. Durante la guerra, y en nuestro grupo, los muchachos se

convertían en buenos rastreadores, tiradores, espías, ladrones y rateros, que pasaban veinticuatro horas caminando sin parar, que sabían encontrar setas, fresas y raíces comestibles, seguir el rastro de un ciervo o de un faisán y matarlo sin hacer el menor ruido ni malgastar un solo cartucho. Cuando todo terminase y retornasen a la condición de civiles, ¿encontrarían una experiencia equiparable a la que habían vivido ellos y los millones de jóvenes que habían luchado en guerrillas de diferentes países? Quizás el presidio (el destino de muchos), donde se adquiere otra clase de resistencia. En menos de un mes, la compañía de aquellos dos muchachos me enseñó de nuevo lo que ya había

comprendido en mis primeros días con los partisanos: que todo ser humano despliega cientos de talentos y habilidades simplemente si se le brinda la oportunidad de ponerlos en práctica. Ambos muchachos sobrevivieron a la guerra. Los dos desempeñan ahora puestos importantes en el gobierno de su país. Toda su educación la recibieron de las guerrillas, en las montañas y los bosques.

No fueron los únicos lugareños que se acercaron a hurtadillas para incorporarse a nuestra partida. Con este sistema de reclutamiento, nuestro grupo alcanzó los treinta integrantes, cada vez más jóvenes. Los «viejos» solían bromear a costa de los «novatos». Milos

era «un viejo». Tenía veinticuatro años.

Aunque era verano, siempre andábamos escasos de alimentos y de material médico. A Konstantina no le quedaban más que unas vendas y un poco de pomada. El grupo decidió enviarnos a ella y a mí al pueblo donde residía su tía para aprovisionarnos. Nuestro plan consistía en dirigirnos hacia el borde del bosque, donde había unos maizales en los que trabajaban las mujeres. Konstantina conocía bien la localidad y las costumbres de sus habitantes. Sabía que simpatizaban con nosotros y que odiaban a los ocupantes croatas. Las mujeres nos proporcionarían una falda, una blusa y un pañuelo. Konstantina se los pondría

y, en su compañía, entraría en el pueblo al mediodía. Una vez allí, su tía le facilitaría vendas, desinfectantes, medicinas y comida. Había sólo un peligro, que las mujeres en esa época no regresaran a sus casas al mediodía, sino que almorzaran en los campos. Aun así, una de ellas podría volver de todos modos y buscar a la tía de Konstantina. En caso de que esto también resultara demasiado arriesgado, pues cabía la posibilidad de que las tropas de ocupación vigilaran todas las salidas, entonces tendríamos que permanecer ocultos en el límite del monte y esperar a que una de las mujeres transmitiese el mensaje a la tía y ésta nos trajese los suministros.

Pero todo resultó muy simple. Nos despedimos de nuestros amigos antes del alba. Reptamos hasta la orilla del campo. A menudo había centinelas apostados en estos terrenos. Sin embargo, todo estaba muy tranquilo. Las mujeres conversaban a gritos entre las espigas de maíz, riendo. Konstantina llamó a una de las mujeres que alzó la vista sobresaltada; luego demostró lo bien entrenada que estaba por la guerra. Se hizo cargo de la situación al instante y nos indicó con una sencilla señal que entendía y que guardásemos silencio. Sin dejar de trabajar se acercó despacio, mientras proseguía su charla con una mujer situada a unos diez metros de distancia. Cuando al fin llegó a donde

estábamos, ella y Konstantina hablaron en voz baja, una desde el campo, la otra desde los arbustos. Los labios de la mujer apenas se movían. Esto, junto con su extrema cautela, evidenciaba el estado en que la ocupación había sumido al pueblo. Nos confió que una de las mujeres simpatizaba con los alemanes. Era necesario planear la forma de librarse de ella. La suerte nos sonrió. Cuando llevábamos una hora escondidos entre las matas, dicha mujer, por iniciativa propia, se encaminó hacia el pueblo. Explicó que tenía que poner pan a cocer. A partir de ese momento, todo sucedió muy rápidamente. Una de las mujeres se marchó a su casa y regresó con un lío de ropa que arrojó a los

arbustos donde nos encontrábamos. Al cabo de un momento, Konstantina había cambiado su atuendo de soldado por uno de moza de pueblo y salió del bosque. Llevaba una falda larga azul, una blusa blanca y un pañuelo del mismo color. A continuación se unió a las mujeres imitando los movimientos de una que labraba con una azada. Al poco rato todas se marcharon al pueblo, Konstantina entre ellas.

La pendiente que descendía hasta la aldea estaba desierta. En el maizal predominaba un color verde brillante. Los árboles y matorrales vecinos lucían la lozanía de principios del verano. El sol resplandecía en el cielo, de un azul intenso. Hacía calor. Las plantas de maíz

acababan de alcanzar su altura normal, pero parecía que la fuerza de la savia las impulsaría a crecer aún más. Se erguían rectas, con tallos tan frágiles como cañas de azúcar. Las inflorescencias que coronaban las espigas empezaban ya a palidecer, dando al conjunto de los campos una coloración ligeramente blanquecina por encima de aquel verde vivo. Las mazorcas, que sobresalían a los lados, no habían alcanzado aún la plenitud, y los pelos colgaban suaves y frescos de los extremos. Ninguna se había secado todavía. De cada panocha sobresalía una lengua de seda brillante. Aquella mañana había llovido. De las puntas de las hojas arqueadas y los laxos

filamentos rojos caían grandes gotas relucientes. La tierra desprendía un olor fresco y dulce. Una humedad vivificante se elevaba de los sembrados. Todo allí era joven y a la vez maduro. Al cabo de sólo una semana, presentaría un aspecto muy distinto. Las hojas arqueadas se tornarían amarillas, y las aristas duras y blanquecinas, mientras que el rojo intenso de las espiguillas se secaría formando coágulos. Era como contemplar una ola instantes antes de que se rompa.

Del pueblo surgió una columna de humo. No había un alma a la vista. Reinaba un silencio absoluto. Sin embargo, yo sabía que el enemigo había invadido la aldea y que dos semanas

antes había fusilado a una docena de personas en la calle principal, por enviar provisiones a los partisanos. Si las cosas se torcían, era probable que alguien más acabase ejecutado. Pero por el momento todo parecía ir bien.

Al poco rato se aproximó una docena de mujeres que venían del pueblo con toda parsimonia. Recogieron sus azadas de donde las habían dejado. Konstantiná había conseguido una y se puso a arar con las demás. Yo habría jurado que trabajaba por el placer de trabajar, evocando la vida tranquila y rural de otros tiempos. Poco a poco, y sin soltar el instrumento de labranza, se acercó a los arbustos y al poco tiempo estaba a mi lado, ya sin la azada. Bajo la

falda ocultaba hogazas, carne, fiambres, incluso huevos. Su tía pasó frente a nosotros, sin que la azada dejara de subir y bajar en sus manos. Con disimulo lanzó un paquete hacia los matorrales, y yo extendí los brazos para recogerlo de entre las ramas, como si de un fruto codiciado se tratase: eran los suministros médicos. Para entonces, Konstantina se había quitado el disfraz de campesina y vestía ya con su ropa de soldado. Devolvió el hatillo que contenía las prendas y después de despedirse rápidamente de la mujer que cavaba a poco menos de dos metros, emprendimos la marcha de regreso. La operación había sido un éxito y no había perjudicado a los civiles. Antes de la

llegada del invierno, los nuestros lograrían expulsar del pueblo al enemigo.

Guardamos los suministros con todo cuidado en nuestras alforjas. Íbamos muy cargados y costaba avanzar a buen paso. Nuestro grupo se encontraba unos quince kilómetros más adelante y se dirigía hacia una cumbre que se divisaba delante de nosotros. Entre ella y nosotros, no obstante, se interponía una cadena de colmas y montes, así como varios ríos y valles. No serían quince kilómetros fáciles.

A mitad de trayecto, nos detuvimos en la falda de la última montaña que se alzaba frente a la que temamos que escalar. Era media tarde. El sol estaba

exactamente enfrente de nosotros y nos deslumbraba. En el cielo no había una sola nube, y todo emitía un resplandor cegador, las hojas, la hierba y las rocas. Decidimos descansar unos minutos. No se trataba de bajar la guardia para tumbarnos a la bartola; pero habíamos cumplido satisfactoriamente nuestra misión y, hasta donde sabíamos, sin exponer la vida de la gente del pueblo. Nos sentamos con la espalda apoyada en una roca y nos tomamos de la mano como unos niños. Enfrente de nosotros se abría un claro, justo al pie de la colina, circundado de enormes árboles. Aun lado del raso había una peña que fragmentaba la luz amarillenta en mil reflejos. En la parte baja del claro, las

mariposas se posaban en las flores rosadas de aspecto cremoso que adornaban un árbol pequeño. Imperaba una plácida quietud.

En este escenario de paz perfecta y bucólica irrumpió de pronto un ciervo. O tal vez el ciervo llevaba allí largo tiempo, mirándonos. Estaba como a unos veinte metros, junto a la peña. Quizás era la fragmentación de la luz en las plantas, las rocas y el ciervo lo que nos había impedido verlo. Ahora se me antojaba increíble que no hubiéramos reparado antes en él. Era una criatura magnífica, un animal dorado, con un pelaje cálido y lustroso y unas astas relucientes, negras y puntiagudas. Nos levantamos. Se me ocurrió que si un

ciervo tan próximo había escapado a nuestra atención, quizá también habíamos pasado por alto algún enemigo. Ella probablemente pensaba lo mismo. Por un instante me pregunté si convenía abatirlo de un tiro para llevar carne fresca al campamento; pero siempre era peligroso disparar. No sabíamos quién más había en aquella ladera, tal vez observándonos desde hacía un rato, como el ciervo. Además, llevábamos ya una carga demasiado pesada como para transportar también el cuerpo del animal. Era tan hermoso que la idea de matarlo se desvaneció de mi mente. Nos contemplaba como de reojo, con la cabeza gacha. No era muy alto; le llegaba a Konstantina a la cintura. De

pronto me invadió una increíble sensación de felicidad. Aquel animal representaba la culminación de un día redondo. Me volví hacia Konstantina para compartir mi alegría con ella; pero no sonreía. Estaba muy seria, con el ceño fruncido, expresión que yo conocía bien y que denotaba preocupación o duda. No apartaba la mirada del ciervo. La bestia ahora se hallaba mucho más cerca. Recuerdo haber dudado si éramos nosotros quienes habíamos avanzado hacia él de forma inconsciente, del mismo modo que nos habíamos puesto en pie automáticamente al fijarnos en él por vez primera, alertados por él como si fuera un enemigo. Y continuó acercándose. No cesaba de describir

con los cuernos trémulos un leve semicírculo, algo realmente curioso. Me fascinaba este movimiento; luego, al tiempo que me asaltaba el pensamiento de que quizá la bestia fuese agresiva, Konstantina lanzó un agudo grito de advertencia y se colocó entre el ciervo y yo cuando éste embistió con la negra cornamenta por delante.

Luego, nada sucedió. El ciervo se quedó inmóvil delante de Konstantina, con las astas goteando sangre, ahora bajas, mientras Konstantina continuaba de pie entre los dos. Luego empezó a deslizarse hacia el suelo. Era como si ella estuviese arrodillándose por voluntad propia. La sujeté por las axilas.

Le dije: «Konstantina»,

sorprendido, incluso en un tono de reproche. Me costaba creer que esa criatura maravillosa la hubiera herido.

Al fin se desplomó y, al volverle la cara, vi que sus ojos estaban cerrados y que el vientre le sangraba profusamente. Se había puesto de color verdoso pálido.

Finalmente cobré conciencia de lo ocurrido. Siguieron unos minutos de impotencia desesperante y angustiosa. Uno de los fardos contenía material médico; sin embargo, nada de aquello serviría para restañar la sangre. Comprendí que ya no importaba porque aquello ya no tenía remedio. Le subí la chaqueta y le bajé los pantalones para dejar la herida al descubierto. El cuerno

del ciervo, afilado como el bisturí de un cirujano, le había desgarrado las entrañas. Temí que ya nunca abriese los ojos, pues su muerte era inminente; ya casi no le notaba el pulso y tenía el rostro cadavérico. Busqué mis píldoras de veneno. No quería que ella sufriese el dolor inhumano que debía de causarle aquella terrible lesión. Antes de que las encontrase, ella abrió los párpados, sonrió, y los cerró de nuevo. Estaba muerta.

La acosté en el suelo. Advertí que el ciervo había retrocedido unos pasos. Estaba junto a la roca donde lo había avistado unos minutos antes. De nuevo acaricié la idea de pegarle un tiro, esta vez por venganza. No me pasó por la

cabeza que seguramente seguía siendo peligroso. Konstantina había muerto por salvarme de su acometida. Todavía era posible que me atacara. Mas no pensé en ello. Me olvidé del ciervo.

Sabía que debía enterrar a Konstantina. Aunque no disponía de utensilio alguno con que cavar; para entonces yo había presenciado muchos entierros en los montes. Me puse de rodillas y me puse a escarbar en el suelo con las manos. El sol intenso, agobiante, recubría la cara de Konstantina de una pátina amarilla.

Continué excavando. Era fácil. Había un espeso manto de hojas secas, producto de muchos otoños. Aquella tierra aromática, la carne de las hojas

del bosque, se desmenuzaba entre los dedos. Trabajé sin parar, de manera metódica, lo más rápidamente posible. Si no aparecía antes de las diez de aquella noche, nuestra gente mandaría patrullas en nuestra busca. Sabían que traíamos provisiones muy valiosos pero tan pesadas que nos convertían en un blanco más fácil.

Pronto oscurecería. Cuando cayó finalmente la tarde, había abierto una fosa de un metro y medio de profundidad y un metro de ancho. La arrastré hasta que quedó tendida dentro, y acto seguido me tumbé boca abajo, al borde del hoyo, para taparle el rostro con hojas frescas. Le crucé las manos sobre el pecho; luego la cubrí con un manto de

hojarasca. Yo sudaba y sollozaba sin cesar, pero en silencio: más tarde descubrí que me había mordido los labios hasta hacerlos sangrar. Muy pronto lo único que delataba el emplazamiento de su sepultura era una leve protuberancia en la capa de broza del último otoño. La situación no me permitió poner señal alguna sobre ella. Elegí tres árboles que formaban un triángulo en cuyo centro se encontraba la tumba y los marqué practicando unas muescas en la corteza; luego las froté con lodo para que el enemigo no las descubriese.

Cuando la guerra terminó, viajé a Belgrado en avión, luego me dirigí en tren al pueblo que habíamos visitado

aquel día y subí a pie a las montañas con un amigo, que se había incorporado a nuestro grupo después de que yo lo abandonara y que ahora era funcionario. Nos habíamos conocido en Londres. Juntos encontramos la tumba gracias a las cicatrices ya viejas de los árboles. Pusimos una lápida sencilla con la inscripción:

KONSTANTINA RIBAR
PARTISANA

Dio su vida por la Humanidad

Y, por supuesto, por mí.

Para cuando acabé de enterrarla, el sol empezaba a ponerse tras la cima que yo debía coronar antes de que saliera la

luna. La luz amarillenta del crepúsculo inundaba el claro. Y al reunir todos los paquetes de comida y medicamentos para intentar juntarlos en un solo fardo, me percaté de que a lo largo de aquellas dos o tres horas el ciervo no se había movido del lugar donde estaba, a unos veinte pasos de mí, entre las rocas. Creo que fue el ruido de sus pezuñas sobre una piedra lo que me impulsó a mirar. Aún me observaba fijamente, y su cabeza comenzó a repetir aquellos movimientos delicados cuando yo pasé cerca de él. En uno de sus cuernos había una mancha, la sangre de Konstantina, que muy bien habría podido ser la mía. Me planté delante y clavé la vista en él. No lo entendía. No entendía por qué

después de su embestida no había huido. También escapaba a mi comprensión que hubiera permanecido allí, vigilándome durante todo aquel tiempo mientras yo excavaba la fosa de Konstantina y la depositaba en ella, sin acercarse ni poner de manifiesto su presencia de alguna manera. Me sumí en ese estado de indiferencia casi onírico que sigue a una emoción fuerte. Aquella bestezuela de pelaje brillante que permanecía con sus elegantes astas gachas, a la espera y sin razón aparente, contribuía a la irrealidad de la escena.

Yo no despegaba la mirada de ella. Estaba como a unos quince pasos. Esta vez caí en la cuenta de que era una hembra y de que se tambaleaba,

exhausta. Al ver el cervatillo supe que acababa de parir.

La cría yacía a un lado de las rocas que proyectaban largas sombras sobre ella. Su piel suave y reluciente estaba llena de vida. Junto a ella, como montando guardia, había una planta alta de hojas rutilantes que la abanicaban y la rociaban, como si se encontrara bajo una fuente. El cervatillo era perfecto, un triunfo deslumbrante, como si aquellas gigantescas montañas y aquellos frondosos bosques hubieran elegido aquel animalillo para representarlos; aquella imagen rebosaba belleza y estaba cargada de significado.

Descubrí también que todavía llevaba adheridas algunas gotas secas de

líquido amniótico y que el cordón umbilical, húmedo y brillante, aún le pendía del vientre. Tres o cuatro días más tarde, se marchitaría y se caería, y el pelaje del cervatillo quedaría limpio y lustroso gracias a los lametones de la madre. El cervatillo, como un bebé, o como las plantas de maíz que había visto aquella mañana, significaban un culmen de la perfección y la promesa de futuro. Pero ser testigo de un nacimiento implica penetrar en los misterios de la naturaleza, allí donde la vida y la muerte trabajan juntas. La visión del cordón umbilical, de la piel todavía sucia, redimía a la criatura de todo patetismo y le devolvía su verdadera vulnerabilidad, su atroz debilidad. Con todo, sus ojos

me contemplaban serenos y sin miedo, pues entre él y yo se interponía la madre. Creo que el cervatillo todavía no había conseguido levantarse sobre sus cuatro patas. Probablemente los dos soldados, con su llegada al claro, habían interrumpido el parto y habían, de alguna forma, trastornado el ritual que madre e hijo debían seguir, habían alterado el orden normal de las cosas. Y allí estaba la cierva, inestable, pues sus cuartos traseros, afianzados en la hierba, temblaban ostensiblemente.

Rodeé a la bestia a distancia prudente, sin apartar los ojos de ella. Conforme me movía, ella también giraba, apuntándome con los cuernos. Tras ella, el cervatillo permanecía,

como una ofrenda, bañado en luz, bajo la planta, probablemente un hinojo o un eneldo.

Yo avanzaba muy despacio. Llevaba encima cien kilos entre la comida y los medicamentos. Cuando llegué al borde del claro, me volví y advertí que el cervatillo pugnaba por levantarse sobre sus delgadas y largas patas de grulla. La cierva todavía me miraba. Así abandoné aquel calvero donde reposan los restos de Konstantina. La cierva me amenazaba aún con su cuerno ensangrentado, y el cervatillo consiguió ponerse de pie, exactamente debajo de aquella fuente verde y resplandeciente.

Querido doctor Y:

Estoy seguro de que Charles Watkins nunca estuvo en Yugoslavia. No se me ocurre una explicación para esa insistencia suya en que lo enviaron allí durante la guerra. Al finalizar ésta, yo regresé a Inglaterra en un estado deplorable. Eso es lo que Charles y yo teníamos en común. Pasamos algunos meses juntos en una casita de mi propiedad en Cornualles. Allí hablamos largo y tendido de todo aquello por lo que habíamos pasado. Esto probablemente nos ayudó a recuperarnos. Incluso después de tantos años no me costaría referirle con todo detalle las experiencias de Charles durante la guerra, pues conservo de ellas

un recuerdo casi tan vivido como de las mías. De éstas, las que dejaron una huella más profunda en mí fueron mis dos descensos sobre Yugoslavia. Si los olvidara, olvidaría sucesos y personas fundamentales para la formación de mi personalidad. Supongo que se me considerará afortunado. Sé que Charles piensa que lo fui. Mis vivencias de la guerra fueron muy diferentes de las suyas. No llegaría al extremo de afirmar que lo pasé bien, pero sí que aquello representó una especie de sueño romántico para mí, mientras que la guerra de Charles supuso una larga y tediosa pesadilla. Le tocó un trabajo demasiado monótono y repetitivo, aunque no sé si coincidirá usted

conmigo en que el peligro en ocasiones también se vuelve aburrido.

Si se me permite añadir una opinión que quizá vaya más allá de lo que usted me pidió, me parece alarmante la situación actual. Ahora la mayoría de la gente joven, tanto si es antimilitarista como si no, tanto si se opone al servicio militar obligatorio como si está a favor, ignora que lo peor de la guerra es el hastío que llega a provocar. Nunca hubiera creído que en tan corto espacio de tiempo —veinticinco años— recuperaría esa aura de *glamour*. Me refiero a que mi experiencia de la guerra fue parcial. Charles, en cambio, hubo de soportar las actividades más pesadas y rutinarias, las mayores incomodidades y

el tedio máximo, además de dosis fijas de peligro y muerte. No todos aquellos a quienes asignaron tareas parecidas en Dunkerque, el norte de África, Italia y el segundo frente sufrieron tanto.

Algunos gozaron de períodos de descanso y esparcimiento. Charles no corrió la misma suerte. De hecho, bromeábamos a veces al recordar que siempre que él estaba a punto de obtener un permiso o un traslado a un lugar menos desagradable, surgía algún impedimento. Solíamos decir que él se había pasado cinco años librando una guerra moderna —moderna para aquel entonces, se entiende— mientras que yo me había retrotraído a los viejos tiempos. Sé, por supuesto, que se trata

de una generalización un poco desafortunada, habida cuenta de la innegable contribución que realizó la guerrilla a nuestra victoria en la guerra.

Si Charles piensa que estoy muerto, ¿cree que le sería de alguna ayuda demostrarle que se equivoca?

Un saludo,

MILES BOVEY

Querido doctor X:

Con gusto visitaré a Charles en el momento en que usted me lo pida, pero no quiero llevar conmigo a James y Philip para que vean a su padre. Creo que sería exigirles demasiado. Debo reconocer que me sorprende que usted lo haya sugerido siquiera. Sé que

Charles está enfermo, pero hay en la familia otras personas tan importantes como él. Por supuesto, lo de menos es si me resulta doloroso a mí; pero los niños tienen quince y catorce años y prefiero ahorrarles estos malos tragos a su edad. Lo siento, pues. Me niego a llevarlos.

Atentamente,

FELICITY WATKINS

Querido doctor Y:

Por supuesto que quiero que mi marido vuelva a casa lo antes posible. Será una situación difícil para todos nosotros, pero haré lo que esté en mi mano por ayudarlo. Estoy segura de que una vez que se encuentre en casa, con los suyos y rodeado de sus cosas,

recobrará la memoria.

Atentamente,

FELICITY WATKINS

Eran las diez de la mañana. En una gran sala de un primer piso desde donde se dominaba un macizo de flores de diseño formal, ahora con la tierra removida y expuesta a las primeras escarchas, así como un par de hayas y unos rosales de florecimiento tardío, había unas cuarenta o cincuenta personas, algunas sentadas, otras repantigadas. Ninguna de ellas contemplaba la vista por las ventanas. Las había de todas las edades y de ambos sexos; aunque predominaban las

mujeres de mediana edad. Algunas miraban la televisión, o, para ser exactos, la imagen de prueba, una toma de un riachuelo que corría sobre unas rocas a la sombra de unos árboles en flor. Algunas hacían punto, otras charlaban. Parecía el salón de un hotel provinciano o de segunda, salvo por el olor característico a medicinas.

Había mesas y sillas repartidas desigualmente por la sala. Una chica joven, sentada a una mesa situada justo en el centro, jugaba al solitario. Tenía el cabello liso y negro, grandes ojos del mismo color y piel aceitunada. Era delgada aunque de formas levemente redondeadas. Su imagen se ajustaba al ideal de belleza femenina. Además, iba

vestida a la moda. Llevaba un vestido de crepé que ceñía con suavidad sus pechos y caderas. Tanto las mangas largas y estrechas, como el cuello alto y ajustado, estaban adornados con unos sencillos ribetes de lino blanco ligeramente sucios. Habría pasado por el atuendo apropiado para un ama de casa, una secretaria o una *lady* victoriana que se dispone a dedicar la mañana a sus cuentas, de no ser porque la falda le llegaba a medio muslo. En una palabra, se trataba de un minivestido especialmente corto. Costaba imaginar una prenda más sorprendente que aquélla. El contraste entre su severidad, su austera elegancia, y aquellas largas piernas desnudas era chocante. De

hecho, no estaban completamente desnudas; la joven llevaba unas medias muy finas de color gris pálido. Iba sin bragas. Su postura, con las piernas separadas, indicaba claramente que se había olvidado de ellas o que ya tenía bastante con cubrirse la parte superior, como para encima ocuparse de sus piernas o su sexo. Sus partes pudendas se entreveían como una mancha húmeda y oscura, y el hecho de que las enseñara le confería un aire cándido, casi tierno.

Había dos enfermeras entre los pacientes. Las dos pobres mujeres, mal pagadas, pertenecientes a la clase trabajadora, estaban allí porque los salarios de sus maridos también eran muy bajos y no alcanzaban para

mantener a su familia según la pauta que marcan los anuncios de la televisión. Ambas estaban más pendientes de la joven que de los demás pacientes. Su mirada destilaba una especie de resentimiento que ni un sueldo diez veces superior habría mitigado.

Como las dos tenían hijas adolescentes, estaban familiarizadas con las discusiones sobre el maquillaje y los trapitos. A una le gustaba que su hija luciera vestidos muy cortos y abundante colorete; a la otra, no; mas estas diferencias habían quedado eclipsadas por una inquietud más profunda. Las dos se habían enzarzado en acaloradas riñas con la muchacha. Se llamaba Violet y llevaba unas minis mucho más cortas de

lo que la misma moda exigía, cosa que a ambas les parecía horroroso, tanto más cuanto que se negaba a ponerse bragas. La joven las tildaba a ellas, las enfermeras (y también madres entrenadas para ejercer la autoridad), de anticuadas y carcas, de odiar a las chicas y al sexo; exactamente, palabra por palabra, las mismas acusaciones que les lanzaban sus propias hijas. El hecho de que Violet estuviera loca y recurriese a los mismos argumentos que ellas para no llevar bragas y convertirse con su provocación en foco de desorden entre los pacientes masculinos ya bastante desequilibrados, subvertía el marco de la moralidad convencional. Por supuesto que el esquema mental de una de las

enfermeras —la que permitía a su hija ponerse minifalda, pestañas postizas y gruesas capas de maquillaje— era más liberal que el de la otra; con todo, a ambas las invadía a menudo la sensación de que aquella muchacha, la señorita Violet Stoke, ridiculizaba los valores que ellas defendían con tanto orgullo al sentarse de aquella forma, con la entrepierna a la vista. Además, obraba así por principio, es decir, en nombre de la libertad, de los derechos de la juventud y de la liberación femenina. Las dos mujeres confesaban no sólo a los médicos sino incluso a sus pacientes que Violet las sacaba de sus casillas. No les importaba admitir que la odiaban, actitud que los médicos al

cargo de la clínica deploraban y achacaban a una falta de visión y de control, pero que el resto de los doctores aplaudía, pues demostraba una franqueza y honestidad que resultaban refrescantes tanto para los pacientes como para ellos mismos. Ambas sabían bien que ese vestido, especie de parodia del de una mujer de su casa, y la posición en que se sentaba, con el pubis expuesto, constituían un desafío a su dignidad. Además, no se lavaba lo suficiente (síntoma muy habitual de su enfermedad), por lo que despedía un hedor intenso que ni el olor a medicinas disimulaba.

Por otra parte, era bonita, una belleza exótica y nada británica.

Estaba sentada sola, tal como había vivido siempre. Por eso jugaba al solitario. Si la gente estuviera dotada de una vista lo bastante aguda, habría notado que a Violet la consumían llamas de odio, un fuego siniestro. La envolvía un aura de odio que sólo ella conocía. Era consciente de que aquellas dos mujeres la observaban más que a los demás, pero no las veía como realmente eran, como a dos pobres mujeres que desempeñaban un empleo desagradable porque no estaban cualificadas para desempeñar otro mejor. Las veía tres veces más grandes de lo que eran, arbitrariamente poderosas, peligrosas, terribles. Las detestaba con todas sus fuerzas, por viejas, zafias, provincianas,

pobres y porque estaban siempre cansadas. Para colmo, aquella mañana, como cada mañana desde hacía semanas, le habían ordenado que se pusiera bragas además de medias, pues daba asco y su tarea ya era lo bastante pesada como para que ella encima anduviese excitando a todos aquellos hombres; además la habían llamado egoísta, antisocial, desobediente.

Cuando Violet las miraba, se apoderaba de ella un terror juvenil, pues temía estar contemplando su propio futuro. La vida le había enseñado a una edad temprana que aunque al principio era fácil ser joven y alegre, muy pronto acababa uno como una persona entrada en años, cansada y totalmente olvidada.

En muchos de los primeros cuadros de Goya —no me refiero a los relativos a la guerra o la locura, sino a esas pinturas alegres y brillantes— se percibe algo perturbador aunque muy difícil de precisar. De entrada no, pero poco a poco se percata uno de que en todos esos grupos de gente de aspecto encantador, formal, pastoril, la civilización personificada, hay una figura que mira fuera del cuadro, directamente a los ojos del espectador. Esa persona que rehúsa someterse a los convencionalismos de la pintura está allí puesta por el artista para destrozar toda artificiosidad. Es como si éste hubiese pensado: «Supongo que tengo que pintar esto que me han encargado, *pero ya*

verán.» Cuando uno se pone delante, el resto del cuadro, esos personajes cautivadores y sonrientes, heroicos, civilizados, se desvanecen. Y todo a causa de esa mirada penetrante y sostenida que esa figura dirige fuera del cuadro y que nos revela que todo son pamplinas. Está ahí para decirnos que lo cree así.

La expresión de los ojos de Violet Stoke producía el mismo efecto: se contradecía con su apariencia externa y, posiblemente, nos expresaba lo mismo que los personajes díscolos de Goya.

Y por si fuera poco el marcado contraste entre su vestido negro tradicional y la desnudez de sus partes bajas, entre la sedosa cabellera de

bailarina y la mancha húmeda entre las piernas, entre el juego de cartas, tradicionalmente asociado con las clases altas, y el aislamiento que su miedo y odio ocasionaban, por si no bastara con todas estas muestras de insociabilidad (a las que había que añadir el detalle, menos importante quizá, pero significativo desde el punto de vista sociológico, del vestido, los zapatos y el bolso tan caros que llevaba, cada uno de los cuales le habría costado a cualquiera de las enfermeras una semana de salario), había también otra contradicción: los ojos negros de la muchacha estaban vueltos hacia el exterior del cuadro, y si alguien hubiese seguido la dirección de esa mirada y se

hubiese introducido en su cabeza, no habría encontrado odio ni violencia, sino un charco de lágrimas, las lágrimas de una jovencita. Parecían implorar: «Amadme, abrazadme, perdonadme, no me dejéis sola, sobre todo no me dejéis crecer.» Lo que había detrás de aquella fachada de contrasentidos perturbadores era lo que toda niña pequeña siente cuando la ha maltratado un padre autoritario y ella sabe que cuando él esté borracho, de mal humor o atemorizado a su vez, la maltratará de nuevo. Era el prototipo de víctima traicionada, atormentada y vulnerable pero sedienta de amo.

Llevaba un buen rato allí sentada, jugando al solitario con una actitud que

parecía clamar «¿por qué me dejáis aquí sola?», cuando entró en la sala un hombre bien parecido que rondaba los cincuenta. Tenía el pelo cano y ondulado, los ojos azules y una buena sonrisa.

A diferencia de otros que habían estado allí y, al verla frente a la mesa, desafiándolos en silencio a sentarse junto a ella, se iban a otros asientos, él se encaminó directamente a ella, sacó una pipa del bolsillo y procedió a llenarla y luego a encenderla. Llevaba una chaqueta informal y un jersey azul oscuro debajo. A juzgar por su complexión, había sido atleta aficionado en otros tiempos.

Se trataba del profesor Charles

Watlans, y él y Violet eran amigos.

Sin que él se lo pidiera, ella empezó a barajar las cartas y a repartirlas para empezar una partida de póquer, juego favorito de ambos. Cada uno jugaba, pues, tres manos de siete cartas, con cuatro comodines y además con apuestas a alta o baja. Casi siempre ganaba ella, no por ser más inteligente que el profesor, sino porque prestaba más atención al juego.

—Los comodines son el tres, el cinco, el siete y el valet—anunció con voz amistosa.

Jugaron la primera mano. Ella ganó.

—¿Lo has visto hoy? —preguntó mientras barajaba de nuevo.

—Sí. El doctor X no estaba.

—¿Qué te ha dicho?

—Que tienen que trasladarme a otro sitio. No puedo seguir aquí en las mismas condiciones.

—¿Por qué no? ¡Oh, no me digas eso!

—Insiste en que este hospital es sólo para ingresos y que no puede seguir saltándose las normas.

—Pase lo que pase, no dejes que te envíen a North Catchment.

—No te preocupes, no lo permitiré.
Violet repartió otra vez.

—Doses, seises y reinas, comodines —declaró.

Jugaron en silencio. Ella ganó.

—Pero ¿es que no tienes nada de

dinero? —gritó con la voz petulante de una niña mimada que pide una muñeca nueva o un vestido.

—El profesor está forrado, según me cuentan —comentó él—. Aunque eso, por supuesto, no me ayuda mucho.

—Yo podría conseguir un empleo y ganar dinero. He tenido varios empleos. Nunca por mucho tiempo, desde luego.

—Estoy seguro de que yo también podría. Soy hábil con las manos. Podría lavar platos en un restaurante o trabajar en un bar, ¿no crees?

—¿Ganaríamos lo suficiente para vivir?

—Podríamos probar.

—Intentémoslo, por favor.

—Sí... Y no nos violentaríamos

mutuamente, ni nos impondríamos condiciones.

—Nos ayudaríamos el uno al otro, de eso estoy segura.

Dio las cartas. Cinco esta vez.

—Esta mano la jugaremos al estilo clásico —dijo ella.

Jugaron y ella ganó.

—¿No estarás haciendo trampas?
—preguntó él.

Lo que en realidad le estaba preguntando era si se estaba identificando más de la cuenta con alguna de las manos que jugaba, porque en la versión personal del póquer que habían inventado, las diferentes manos representaban diferentes aspectos de ellos mismos. A veces sabían qué

significaba una mano, a veces no; aunque él había descubierto que cuando ella repartía los naipes para un juego clásico estaba mucho más tranquila y controlaba mejor sus múltiples personalidades que cuando daba tres manos con tantos comodines. Por la mañana, ella le había dejado ganar la primera partida, en señal de que sabía que él había pasado una mala noche.

—¿Que si he hecho trampa? ¿Acaso lo parecía? He procurado evitarlo.

—Bueno, a lo mejor yo también he hecho un poquito de trampa.

—Pero he ganado yo —exclamó ella, con orgullo—. He ganado yo, ¿no?

—Sí, Violet. Siempre me ganas.

—Siempre, siempre.

Volvió a repartir, en esta ocasión tres manos, cada una de cinco cartas.

Jugaron y ella ganó.

—¿Vendrán a verte tus hijos?

—No. Ella no quiere traerlos.

—No dejes que eso te afecte, por favor. Te prepararé un té, ¿te apetece un té?

—Sí, gracias, aunque no me importa que no vengan. Lo que me importa es el hecho de que no me importe, pese a que ellos están tan seguros de que debería importarme. Pero ¿quiénes son ellos? Te conozco a ti, y creo que eres mi hija. Ellos dicen que no tengo hijas.

—Me gustaría ser tu hija. Me

gustaría muchísimo, aunque supongo que serías como el resto.

—Tal vez. ¿Cómo saber si he sido un buen padre para mis hijos? Pero eso forma parte del pasado. Tú formas parte del presente, y mi cariño te hace bien, ¿no?

—Sí, porque me quieres. Mis familiares en cambio no me quieren.

—Sí, te quiero y mucho.

Ella se dirigió entonces a la pequeña cocina donde los pacientes se preparaban té, tostadas o bocadillos. Para cuando regresó con dos tazas de té, otra de las pacientes se había sentado junto al distinguido y apuesto profesor, mas al reparar en la mirada feroz de Violet se retiró a toda prisa.

—Oí al doctor X decir que el doctor Y te había dado un trato de favor.

—Sí, eso mismo me contó el doctor Y.

—Y el doctor X le dijo a la enfermera Black que sospechaba que a lo mejor tú estás fingiendo.

—¿Que no he perdido la memoria?

—Que recuerdas más de lo que dices.

—Lo que recuerdo ellos no lo aceptan, ése es mi problema.

—El doctor X dice que hubo un caso el año pasado de un hombre que fingía no recordar a su mujer; pero el doctor X lo desenmascaró y lo mandó a su casa.

—Tampoco recuerdo a mi mujer ni

a mi amante. Era atractivo para las mujeres, eso está claro. Ambas me odian a muerte.

—No creo que eso resulte divertido.

—Lo siento.

—Yo no te odio.

—No, pero tú no eres mujer.

—No, señor, no lo soy. No, no.

—Te pareces mucho a mi novia, la que murió en Yugoslavia.

—Nunca has estado en Yugoslavia.

—Pero yo... Bueno, da igual, no sé qué puede importarte esto.

—Sí que me importa. Ellos saben que no has estado en Yugoslavia.

—Te le pareces mucho.

—Tal vez soy la primera persona

que ha registrado tu nueva memoria. Quiero decir que a lo mejor nosotros, la gente de esta sala, los médicos y yo componemos tu nueva memoria.

—¡El doctor X no!

—Oh, bueno, no creo que sea para tanto. O sea, ¿por qué nos cae tan mal a todos el doctor X? No son tan diferentes, ¿o sí?

—Sí, sí que lo son.

—Bueno, perdona, no te alteres.

—Está bien.

—Pero cuando empieces a recordar a toda la gente que ha pasado por tu vida, ¿qué me sucederá a mí? Anoche estaba pensando que me he convertido en una persona importante para ti...

—Lo eres, lo eres, Violet.

—Pero cuando todo vuelva a la normalidad, seré sólo una de tantas.

—Tal vez eso nunca llegue a ocurrir.

—Cuando ocurra, ¿querrás seguir siendo mi amigo?

—Por supuesto que sí.

—Pero *ella* no querrá.

—¿Estás segura?

—Sí. Me fijé en ella las dos veces que vino a verte. Yo fui quien le indicó dónde estabas y le mostré el camino. Eso fue cuando me mostraba dócil y dispuesta a cooperar.

—Es muy atractiva. Tiene buen gusto el profesor.

—¿Es el tipo de mujer que

elegirías ahora?

—No me importaría. No me importaría salir con ella como si acabara de conocerla.

—Pero si la acabas de conocer...

—Sé cuando estoy con ella que me dice la verdad. Me odia, ¿sabes?

—Pero no es a ti a quien odia. Odia la vida que lleva.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Lo leí en su cara. La observé muy atentamente las dos veces. Supe lo que sentía.

—Ah, ¿sí? Háblame de eso.

—Ella es un poco como mi madre.

—Tal vez todo el mundo lo sea.

—No. Si eso fuera verdad tú serías como mi padre y tú no lo eres, no lo

eres, no lo eres.

—Entonces no llores.

—No lloro. Nunca lloro, y cuando lo hago no soy yo quien llora. A menudo me veo a mí misma llorar, desde fuera... Y no vale la pena, no es un sentimiento real... En cambio, ella lloraba como una Magdalena la última vez.

—Dicen que he perdido la memoria porque me siento culpable.

—¿Y es así?

—Creo que me siento culpable por haber perdido la memoria. Me parece una irresponsabilidad muy grave.

—Si sientes eso es que no has perdido la memoria, sino sólo el recuerdo de algunos datos o sucesos.

—Sí, eso me digo una y otra vez.

Pero es que hay algo más. Sí, hay algo que *debo* recordar, que *tengo que* recordar.

—No te excites, eso sólo empeora las cosas.

—Llevo aquí casi dos meses, Violet.

—No dejes que te trasladen a ese lugar, por nada del mundo.

—Pero dicen que si me niego aplicarán electrochoques.

El hombre de mediana edad y la bella muchacha se volvieron al mismo tiempo hacia otra persona, una mujer, que estaba sentada cerca, viendo la televisión. El programa acababa de empezar. Luego miraron a otra persona, a un hombre maduro, y luego a otro y a

otro. La gente a la que miraban había estado sometida a electrochoques o iba a estarlo en un futuro próximo.

Ningún otro tratamiento provocaba tanto pánico entre los enfermos. Con todo, más de la mitad de los presentes en esa sala había recibido descargas eléctricas en el cerebro. Aunque se les administraban fármacos de efectos tan potentes como los de los electrochoques pero más imprevisibles, éstos no suscitaban rumores ni comentarios tan pavorosos.

—Brian Smith dice que sabe con una semana de antelación cuándo le va a tocar la próxima sesión de electrochoques —observó ella.

—La señora Jones me aseguró el

otro día que no soportaba la idea de vivir sin ellos.

Se impuso un largo silencio.

—A Roger le darán el alta la semana próxima —dijo ella al fin—. Dice que va a buscar un apartamento y que podemos compartirlo con él si queremos hasta que encontremos uno para nosotros.

—Estupendo. Es muy amable. Estoy seguro de que eso será lo mejor para nosotros.

¿Qué tal, profesor?

¿Qué tal, doctor Y?

He conseguido que le concedan un par de semanas más. Ha sido complicado, y me temo que no serán prorrogables. Todo resultaría mucho más fácil si no mostrara usted esa antipatía tan manifiesta por el doctor X. Es bastante irracional. Según me dicen, los pacientes me consideran el bueno y a él el malo, como si fueran colegiales.

No le tengo antipatía.

Pero usted nunca le dirige la palabra.

No sé de qué hablarle. No está ahí.

Vaya, vaya.

Doctor Y, ¿ha pensado en mi propuesta?

¡Oh, vamos, profesor!

La cuidaré bien. No se imagina... Yo la comprendo. Todo lo que necesita es que la dejen comportarse como una niña.

¿Quiere usted hacer de niñera?

O de padre.

De todos modos, da igual lo que yo piense: no sería posible. Ella tiene dos

padres, dos madres, tres hermanas y un hermano. Lo sé bien, para mi desgracia.

Pero ¿eso no es ilegal?

No. Pero usted tendría que aguantarlos revoloteando alrededor de usted día y noche. Más vale que ella permanezca aquí donde se le permite seguir siendo una niña sin la agradable compañía de esa familia.

Me resulta muy raro, doctor Y. Dice que le agradecería que me alojara con Miles Bovey o con Rosemary Baines.

Ambos han expresado su

disposición a acogerle durante todo el tiempo que considere oportuno. El señor Bovey tiene una casa en Gales, según dice. Un sitio tranquilo. La señorita Baines parece una mujer muy razonable.

Y, sin embargo, yo no los conozco.

Me dijo que recordaba aquella noche en que vagó por las calles después de despedirse de la señorita Baines.

Algo sí, aunque no mucho. El hecho de que vagara por las calles no es lo importante. Lo importante es que había algo que tenía que recordar, que tengo que recordar. Lo sé. Iba en busca de

algo o de alguien.

¿De usted mismo?

Palabras. Eso es, una palabra. Para usted significa una cosa, para mí otra diferente.

¿Cree que convivir en un apartamento con Violet le refrescaría la memoria?

No lo sé. Lo que pasa es que ella representa el presente, ¿lo entiende? No es un personaje de un sueño, no va a transformarse de pronto en otra cosa ni a inventarse un pasado para mí..

No creo que ni Miles Bovey ni la señorita Baines tengan la intención de inventarse un pasado para usted y, lo que es más importante, no supondrán para usted una presión emocional como la que sufriría si regresara a su casa ahora.

No entiendo por qué nunca consigo hacerle comprender, y en cambio a Violet sí.

¿Está seguro de que no se comporta como una niña que juega a ser mayor?

Algunas veces sí; pero no es sólo una niña, doctor Y. Desde el punto de vista emotivo sí lo es, por supuesto, pero ella capta el significado de cosas

que usted no entiende.

Lo siento, ¿qué quiere que haga? Puedo decirle que me parecería beneficioso que los dos pasaran una temporada juntos. Podría decírselo; pero estoy convencido de que mi opinión sería discutida, y no sólo por sus cuatro progenitores.

Tiene veintiún años.

Legalmente, quiero decir.

O sea, que no hay más que hablar.

Si mañana salieran del hospital usted y ella y se fueran a vivir juntos,

nadie podría impedirselo físicamente. Pero estoy seguro de que ella volvería corriendo a nosotros en menos de una semana.

¿Para protegerse de mí?

De sus sentimientos hacia usted, pero sobre todo por su familia.

Pero ¿por qué iban a enterarse?

Es muy fácil localizar a la gente hoy en día. Hay muchas personas que se dedican exclusivamente a eso.

Muy bien, doctor, eso reduce mi número de posibilidades para elegir.

Creo que al final me inclinaré por la de volver con mi familia.

Al final, sí; después de todo, se debe usted a ellos.

Dígame, ¿ha vivido usted algún momento realmente decisivo en su vida? ¿Pudo haber elegido otro camino?

No, creo que las circunstancias han fijado el rumbo de mi vida en gran medida.

Pero cuando piensa en sí mismo, ¿se considera un simple fruto de sus circunstancias?

Pude haber tomado otras decisiones, desde luego; pero siempre he sido la misma persona.

Entonces, ¿por qué tengo que ser necesariamente el profesor Como-se-llame? Porque yo no soy el marido de Felicity Watkins ni el padre de James y Philip. Suponga que yo hubiera vuelto a Yugoslavia después de la guerra y me hubiera casado con Vera, la amiga íntima de Konstantina.

Mire, profesor, que yo le comprenda o deje de comprenderle no importa gran cosa, y usted lo sabe. Tiene usted varias alternativas. Se las enumeraré otra vez, ¿de acuerdo?

Pero ¿por qué se niega a ver la verdad?

Puede volver a casa. Su mujer asegura que le recibiría con los brazos abiertos. Creemos que esto sería un error, en vista de su estado actual. No lo sabemos, pero es muy posible que la raíz de su problema estuviese en su casa, su mujer o sus hijos.

No tenía nada que ver con Felicity, sino con...

Vamos, continúe. ¿Con qué tema que ver?

Se me ha ido de la cabeza. ¿Por qué no lo recuerdo? Ronda siempre por ahí. Tengo la sensación de que si me volviera de repente, lo pillaría. Está cerca, como una sombra en el rabillo del ojo.

¿Y no es su casa ni su mujer?

No. Conozco su naturaleza muy bien, se lo estoy diciendo. Sé qué clase de cosa es, aunque no puedo precisar más. Hay algo más que debería estar haciendo, algo diferente. Lo sé y tengo que...

Continúo con las alternativas. La segunda es que se instale en casa de un

amigo, ya sea Miles Bovey o Rosemary Baines, puesto que los dos se han ofrecido...

Pero usted dice que no conozco a Rosemary Baines. Intercambiamos impresiones después de una conferencia y luego ella me escribió esa carta que usted me entregó. A veces pienso que algo de lo que decía en ella me marcó de alguna manera. La última vez que la leí me parecía estar seguro, pero... Es tan fácil confundirse... Ahora mismo estoy confuso. Quizás ocurra algo que aumente la confusión y...

Prosigo. Yo le aconsejo que pruebe a convivir con amigos durante algún

tiempo. Exigen menos que la propia familia y...

Amigos, amigos, sí. Amigos fieles. Los amigos no están para ayudarse y lamerse uno a otro el hocico y decirse: qué fabuloso eres, qué amable. Los amigos están para combatir codo con codo, están para...

Sigo. Si decide no ir a casa ni alojarse con amigos, queda la posibilidad de trasladarle al hospital North Catchment en Higginhill dentro de dos semanas. Allí encontrará unas condiciones parecidas a las de aquí.

Peores, según todo el mundo.

Las mismas, digo, para usted; porque si decidiera salir de allí, se encontraría en la misma situación en que se encuentra ahora. Tendría las mismas alternativas.

No es una cuestión de alternativas. Es cuestión de recuerdos.

Continúo. Podría probar la terapia de electrochoques. Ya le he explicado en detalle los pros y los contras, pero no queda otra opción de tratamiento, ya que usted no respondió satisfactoriamente a los fármacos experimentales.

¿Y qué opina usted?

En esencia creo que no le harían daño y quizá le ayudarían a recordar.

¿A recordar qué? ¡Ese es el problema!

También es posible que no le produzca efecto alguno.

O sea, que cuando aplican a la gente este tratamiento, en realidad no conocen el resultado de antemano.

No, pero sabemos que habría miles, tal vez ya millones de personas que sin él se sentirían demasiado deprimidos para seguir viviendo.

No estoy deprimido, doctor. No lo estoy.

Bien, bien.

Y si estuviera en mi lugar, ¿se sometería a ese tratamiento?

Sí, desde luego. Probablemente usted mismo acabará por acceder a ello. Ese es mi punto de, vista. Es también la opinión del doctor X. Le hemos administrado medicinas en lugar de electrochoques y no han producido la mejoría que deseábamos. Nada ha funcionado con usted. Había perdido la memoria antes de llegar y sigue sin

recobrarla: ¿qué hemos de hacer?

Pero me quedan todavía dos semanas.

Sí.

Es posible que recupere la memoria en ese tiempo.

Sí, desde luego. ¿Quiere intentar escribir de nuevo lo que se le ocurra? ¿Prefiere un magnetófono?

Mi habitación en la universidad da a un patio cuadrado, de paredes blancas. Hay

varias plantas en cubos y tiestos. Mi puerta se abre al muro de contención de un jardín que se extiende arriba. Dos zarcillos de madreselva cuelgan sobre el costado. Crecieron el verano pasado, paralelos, a un metro de distancia el uno del otro. Producen un bonito contraste con la pared blanca. Está en la naturaleza de la madreselva el buscar un soporte, un muro, un enrejado u otra planta. Aunque la pared carece de salientes de los que sujetarse, hay una camelia en una maceta en uno de los rincones. Me llamó la atención que la rama de madreselva más cercana a la camelia se balanceara atrás y adelante, describiendo un arco mucho más amplio que la otra. En un principio pensé que la

meecía la brisa, pero no parecía probable, ya que era el otro zarcillo el que estaba realmente expuesto a los vientos debido a su proximidad a la parte exterior de la pared. Sin embargo, no cabía duda de que era la rama interior la que oscilaba más deprisa y de forma más pronunciada, movida seguramente por el impulso de agarrarse a la camelia. Ese verano me pasaba largos ratos allí sentado, contemplando aquello. Era un espectáculo poco corriente. Después de mirar durante algunos minutos el zarcillo danzante empecé a imaginarme que era un brazo o una extremidad de algún animal que intentaba alcanzar la camelia. Entonces arrimé unos centímetros el tiesto con la

camelia y me senté a ver cómo la madreselva se las arreglaba finalmente para agarrarse a ella. Soplabla una ligera brisa.

Luego devolví la planta a su sitio, aunque para entonces me habían conmovido tanto los esfuerzos de la madreselva por encontrar un asidero que fue como quitarle la comida a una criatura hambrienta. Marqué la longitud del zarcillo en la pared con tiza; pero estábamos ya en otoño y la planta no crecería más ese año.

Una tarde alcé la vista de mi escritorio y advertí que el zarcillo se había mecido lo bastante lejos para engancharse finalmente a la camelia. Había sido una noche tormentosa. El

viento había empujado la otra rama de la madre selva, la más alejada, de modo que había quedado cruzada sobre el brazo de la camelia, aferrada a una espaldera que se alzaba en lo alto del muro. Así pues, los dos zarcillos estaban finalmente sujetos y formaban dos bonitos lazos verdes en la pared. A los pocos días se desató otro vendaval y la rama adherida a la pared se soltó. Colgando ahora a su aire inició un balanceo con el aparente propósito de alcanzar el zarcillo hermano, que estaba curvado hacia el otro lado, abrazado a la camelia. Una tarde vi que un viento suave depositaba la rama suelta sobre la otra, mas el peso combinado de las dos fue demasiado para aquel enlace todavía

débil con la camelia, por lo que las dos cayeron y quedaron suspendidas, oscilando.

Estábamos, pues, como al principio.

Y los dos zarcillos empezaron a columpiarse de nuevo, con ayuda del viento. Nunca estaban del todo quietos, ni siquiera en los días en que el aire no se movía. Los dos se balanceaban levemente sin cesar, el interior más que el exterior, como antes.

Solía observarlos largamente, preguntándome si aquellos dos vástagos de la madre selva se acordaban de que uno de ellos había conseguido agarrarse a un enrejado aquella noche de viento y el otro a la hospitalaria camelia.

Después de todo, la especie madreselva sin duda «recuerda» que se debe asir a algo y sabe que para ello debe mecerse hasta encontrar una planta huésped. ¿Y qué sucede con la camelia? ¿Se inclina lo máximo posible, ofreciéndose a la madreselva, o permanece indiferente a la lucha de la madreselva?

Para el final del otoño aquellos zarcillos habían alcanzado varias veces la camelia, gracias a la brisa para después volver a su sitio, bien a causa de un viento fuerte, bien porque ambas suponían un peso demasiado grande para la camelia.

Y, entretanto, siempre que la rama de la parte interior no estaba agarrada a la camelia, pendía con un tenue temblor,

sutilmente, a la espera del viento, como el surfista que se pone en tensión y equilibra su cuerpo sobre la tabla, aguardando la ola.

En ocasiones me parecía que todo el proceso que se desarrollaba contra aquel muro componía un todo: el balanceo de la madreselva, la paciente espera de la camelia, la brisa invisible excepto cuando empujaba los dos zarcillos de la madreselva acercándolos a la camelia.

No era que la madreselva alcanzara la camelia.

No era que el viento juntase el zarcillo con la camelia.

Ambas cosas eran la misma.

Hubo de llegar la primavera para

que la madre selva alargase sus brazos y consiguiese al fin ceñir la camelia con firmeza.

He descubierto, pues, una tercera parte en este proceso.

Primero era el movimiento u oscilación; luego el viento. Pero sólo el ulterior crecimiento de la madre selva posibilitó la unión permanente con la camelia.

Y había un elemento esencial para la existencia de todo este proceso: el Tiempo.

Lo esencial es el tiempo, la sincronización.

El surfista en la ola. La planta mecida por el viento. Todo se rige por los mismos principios. Y eso es todo lo

que tengo que decir, doctor. ¿Por qué no lo entiende?

Eran las diez de la noche en la habitación compartida por el profesor y otros tres hombres. Resultaba acogedora con sus cortinas rosa corridas. El profesor estaba leyendo el *Times*. Fuera rugía el viento.

Dos de los otros tres pacientes dormían con las luces apagadas. El otro escuchaba la radio con unos auriculares.

Una muchacha entró en la sala. Llevaba un pijama infantil con flores y una bata enguatada. Se había deshecho el moño formal que llevaba y se había

recogido el cabello en una cola de caballo, de modo que semejaba una mata marrón cuidadosamente atada con una cinta rosa. Era la viva imagen de todo lo bueno y lo sano; pero la pobre muchacha no era capaz de conseguir lo que quería. La presencia de la señorita Violet Stoke resultaba tan chocante porque el rostro de aquella niña traslucía el semblante triste de una mujer en sus cinco sentidos. Se sentó en la cama del profesor.

—¿Es verdad? —preguntó en voz baja, furiosa.

—Supongo que sí.

—Pero ¿por qué? Por favor, no lo hagas, no lo hagas.

Aquel día había corrido la voz de que el profesor Charles Watkins había

pedido voluntariamente que le aplicaran corrientes. Algunos de los pacientes acogieron la noticia con indiferencia, pero muchos estaban asustados. El profesor se había convertido en una especie de símbolo. Mientras que a la mayoría la sometían al tratamiento sin consultarla, a él se le había ofrecido la posibilidad de elegir, porque el doctor Y se había opuesto en su caso. Pero ahora que ya estaba recuperado (salvo por el hecho de que estaba de acuerdo con el pasado que le asignaban), había comunicado a los dos médicos que quería probar el electrochoque.

Se le administraría el primero a la mañana siguiente.

Algunos de los pacientes

reaccionaron como si estuvieran en prisión, y uno de ellos incluso proclamó que estaba dispuesto a dejarse electrocutar.

El profesor, un hombre de mediana edad, agradable y sonriente, con una respetable cabellera gris, tomó a la muchacha de la mano.

—Siento que te lo tomes tan mal —respondió—, pero ya no sabía qué hacer. Para empezar, no quiere ni oír hablar de lo de compartir un piso. Supongo que al fin y al cabo no era una opción realista.

—No es realista porque no hemos insistido lo suficiente. ¿Qué va a ser de mí? ¿Adonde iré? No tengo a nadie...

—Si, como espero, todo sale bien,

entonces podrás venir a pasar una temporada con Felicity, conmigo y con los niños.

Siguió un silencio cargado de rabia.

—Lo siento —dijo él al cabo—. Sé que sería indecoroso. Aunque supongo que si soy el profesor Como-se-llame y tengo una casa, nada me impide recibir invitados.

—Te has dejado convencer. Pero, por qué, por qué, por qué.

El profesor examinó a los dos hombres que yacían en las camas situadas frente a la suya, luego al que escuchaba la radio sentado en la cama y de cuando en cuando soltaba sonoras carcajadas.

—Sólo hay una cosa en la que todos parecen estar de acuerdo: que los electrochoques me pueden ayudar a recordar.

—Sí, y puede que no. Sabes tan bien como yo cómo quedan algunos. Parecen sombras, zombis. Ya has visto lo que pasa.

—Pero algunos no sufren daño alguno, e incluso mejoran.

—Pero es un riesgo.

Se oyeron pasos que se acercaban y una voz alegre que decía «buenas noches, buenas noches, buenas noches», mientras las luces se apagaban una a una en las salas que daban al pasillo.

—Pero supongamos que recuerdo lo que quiero recordar. Según ellos,

recordaré lo que ellos quieren que recuerde. Necesito desesperadamente recordar, pero no sé qué. Está todo sincronizado, ¿te das cuenta? De eso estoy seguro. La trayectoria de las estrellas. El lugar y el tiempo. Estaba pensando... Me pasé la noche pasada en vela, y la noche anterior, y la anterior... Estaba dándole vueltas a una idea importante, intentando sacar algo en claro. ¿Por qué tengo esta sensación de apremio? Se trata de algo familiar. No es algo que me haya venido después del accidente. No, es algo anterior y creo que sé de qué se trata. Y no es eso sólo. Hay montones de cosas en nuestra vida cotidiana que se nos presentan como sombras, coincidencias o sueños; cosas

que parecen estar al margen de la vida diaria. ¿Me sigues, Violet?

Ella asintió con la cabeza. Sus tristes ojos de mujer miraban hacia la puerta, donde aparecería la silueta de la enfermera poco después. Estaban en la última sala del pasillo.

—Lo importante es recordar que hay mensajes que recibimos procedentes de ese plano de existencia, como la ansiedad y la prisa. Oh, ellos los toman por enfermedades y los conjuran por medio de sus drogas mágicas. Pero no son sensaciones gratuitas, sin relación entre sí. *Ellos* las llaman «estado de ansiedad» o paranoia; pero todas estas cosas poseen un significado, son reflexiones de ese otro yo que conoce

cosas que nosotros pasamos por alto.

—Bueno, bueno —dijo la enfermera al vislumbrar al hombre y a la muchacha charlando junto a la cama—. Ya debería estar acostada y durmiendo, señorita Stoke.

—Ya me iba —balbució Violet, repentinamente, transformada en una chiquilla de tres años.

La enfermera comenzó a apagar las luces de la sala.

—Mi sensación de apremio — prosiguió el profesor— obedece a que he conseguido recordar que lo que tengo que rescatar de mi memoria es algo relacionado con el tiempo que se acaba. En eso consiste la ansiedad para muchas personas. Saben que tienen que hacer

algo, que deberían hacer algo además de vivir al día, ponerse pintura en la cara, pintar las paredes de la cueva y jugarles bromas pesadas a los amigos. No, tienen que hacer algo antes de morir; a eso se debe que estén llenas las clínicas mentales y que la industria farmacéutica florezca.

—¿Quiere una pastilla para dormir, profesor?

—No, gracias, enfermera.

—Le recuerdo que no debe comer nada por la mañana. Desayunará después del tratamiento.

—Voy a apagar la luz dentro de un minuto, ¿puedo? —preguntó la muchacha con los ojos encendidos, como una niña de tres años que reclama sus derechos.

—Muy bien, señorita Stoke. Recuerde que el profesor necesita dormir esta noche y usted también, querida. —Acto seguido, se marchó.

—Querida, tú —murmuró la muchacha.

Estaban sentados muy juntos y a media luz. El hombre que escuchaba la radio en la cama rompió a reír, contuvo de pronto el aliento mientras escuchaba un nuevo chiste y comenzó a carcajearse de nuevo.

—Esa es la razón, Violet. La violencia de las descargas tal vez me lleve a recordar algo que está ahí, esa sombra que atisbo con el rabillo del ojo.

—Pero a lo mejor descubres que no eres más que ese tal profesor

Watkins.

—Sé que corro un riesgo. Lo sé bien. Tal vez el choque me haga olvidar lo que ahora sé; que debo cambiar de vida.

—Sí, pero ¿cómo? Todos pensamos eso, lo pensamos todo el tiempo. Sé que ésa es la clave de todo, pero ¿cómo?

—Hay algo que debo alcanzar. Tengo que difundirlo. Aunque la gente no sea consciente de ello, es como si respirase a diario aire envenenado. No están despiertos. Se golpearon la cabeza hace tiempo y no saben que por eso viven atontados y matándose unos a otros.

—Como Eliza Frensham después del electrochoque.

—O como yo mismo después de las nueve, mañana. Sí, lo sé.

—Pero ¿no hay manera de seguir siendo diferentes? ¿No hay forma de escapar? Si lo averiguas, ¿me sacarás de aquí?

—Todo depende del tiempo, de la sincronía, ¿sabes? Hay veces que resulta más fácil escapar que otras...

—¡Señorita Stoke! —llamó la enfermera desde la puerta.

—Voy—respondió la muchacha—. Le he dicho que ya venía, y ya voy.

Se levantó y se quedó de pie junto a la cabecera del hombre de la radio.

—Siempre hay gente en el mundo que lo sabe —aseveró el profesor—. Pero callan. Actúan discretamente,

salvando a la gente que saben que ha caído en la trampa. Para éstos es como volver en sí después de haber inhalado cloroformo. Se percatan de que han pasado toda la vida dormidos, soñando, y que ahora les toca aprender las reglas del tiempo. Son ellos quienes empiezan a vivir sin atraer la atención de la gente, como lo haría un puñado de hombres si el resto de los habitantes del planeta fueran monos, pero monos con la posibilidad de pensar como seres humanos. En el cerebro dañado de esos pobres monos hay un conocimiento semienterrado. A veces piensan que si supieran cómo, que si logran recordar, podrían salir de la trampa y dejar de ser zombis. Algo así es lo que me ocurre,

Violet, y yo tengo que arriesgarme.

—Pensaré en ti mañana por la mañana.

—Adiós, querida.

—Buenas noches, Charles.

—Buenas noches, enfermera.

Queridísimo Charles:

Me acaba de telefonar el doctor Y diciéndome que te has recobrado. Iré a buscarte el jueves. Oh, querido, mi querido Charles. Y los niños están muy contentos. No puedo escribirte más..., sólo decirte que el jueves a las cuatro estaré ahí con el coche.

FELICITY

Estimado Charles:

Felicity acaba de hablarme de tu mejoría. Ni que decir tiene que me alegro muchísimo. Había pensado impartir esas conferencias que habías preparado para este trimestre, e incluso encargarme en la medida de lo posible de tu trabajo pendiente en otras áreas. Me congratulo de que vuelvas a tomar las riendas de tus responsabilidades. La primera es «El epíteto homérico, primera parte: la

litada.» Está programada para el próximo lunes. Si no te sientes con fuerzas no te preocupes y házmelo saber.

JEREMY

Estimado Jeremy:

Gracias por todo. Siento haber sido tan pelma. Creo que estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Recuerdo todo lo que hablamos sobre la serie de conferencias y me siento con fuerzas para darlas yo mismo.

Tu amigo,

CHARLES

Querido Miles:

Te agradezco el interés que demostraste por mí mientras estaba enfermo. Ya estoy bien. ¿Vendrás a Londres este invierno? En caso afirmativo me gustaría comer contigo. No dejes de avisarme. ¿O qué tal un fin de semana con la familia en Cambridge?

Un abrazo,

CHARLES

Querida señorita Baines:

Estoy seguro de que le alegrará saber que ya me he recuperado y que espero no

darle más preocupaciones en adelante. A propósito, tengo que agradecerle la paciencia que tuvo conmigo aquella noche. Mi comportamiento fue del todo inaceptable. Pida disculpas de mi parte al señor Larson.

Vuelvo a Cambridge y estaré muy ocupado, por lo que me temo que no podré aceptar su amable invitación a comer.

Afectuosamente,
CHARLES WATKINS

Abril de 1970

EPÍLOGO O GUARDA

Un breve recuerdo que viene al caso

Hace algunos años escribí una sinopsis para una película. Estaba inspirada en un buen amigo mío cuya percepción sensorial era diferente de la del resto de la gente.

Blake pregunta:

¿Cómo sabes que toda ave que surca el
aire

no es un mundo inmenso de placer,
confinado por tus cinco sentidos?

Mantener una amistad larga y

estrecha con una persona que lo vive todo de forma distinta que la gente «normal» me ha llevado a hacerme esta misma pregunta.

La idea central de esta película era que la sensibilidad y percepción extraordinarias del protagonista suponen un inconveniente en una sociedad como la nuestra, partidaria, por encima de todo, del orden.

Presenté el guión a varios directores. Varios contemplaron la posibilidad de realizarla; aunque todos acababan por preguntarme lo mismo: ¿cuál es el problema del protagonista?

No se me había ocurrido pensar en eso antes; en parte porque, desde mi punto de vista, ese guión estaba escrito

de tal manera que no había lugar para una pregunta como ésa; en parte, también, porque en la vida real, al héroe en que estaba basado el personaje los médicos le habían diagnosticado tantos trastornos distintos que yo había renunciado a explorar ese camino.

Por otro lado, hace falta haber recibido un adoctrinamiento especial para creer que clasificar sentimientos o estados mentales, encontrar las frases y expresiones o, en una palabra, describirlos, equivale a entenderlos, a experimentarlos en su propia piel. Y ese adoctrinamiento es el que se imparte en las escuelas, donde la mayor parte del tiempo se invierte en enseñar a clasificar, a escoger palabras, a definir.

Se me ocurrió una idea. Envié el guión a dos médicos. Uno de ellos era especialista en psiquiatría de un hospital clínico, un hombre que formaba futuros doctores y trataba enfermos. El otro era un neurólogo que trabajaba en un gran hospital clínico de Londres como catedrático y en su consulta privada de Harley Street.

En resumen, eran dos hombres en la cima de su profesión.

Les pedí que lo leyeran y me indicaran qué trastorno padecía ese personaje, que emitieran un dictamen como si se tratara de un paciente.

Así lo hicieron. Fueron tan amables de dedicar su tiempo y energías a cumplir con mi encargo...

Sin embargo, sus diagnósticos, aunque compasivos y razonados, diferían el uno del otro. De hecho, no coincidían en un solo punto.

notes

Notas a pie de página

¹ «Bad sin»: literalmente «pecado malo» en inglés. (*N. del T.*)

² Juego de palabras que se basa en el hecho de que, en inglés la i griega (apellido del doctor Y) se pronuncia igual que la palabra *why*, «*por qué*». (*N. del T.*)